

Bernard Fay

CIVILIZACIÓN AMÉRICANA



305.973
F196

ediciones ercilla

305.973
F19c

BERNARD FAY

CIVILIZACION AMERICANA

Traducido por
HERNAN DEL SOLAR



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE

1941

000872-tne.26/98-gmb

000872

Es Propiedad
Inscripción N.º 7163

COPYRIGHT by
EDIT. ERCILLA, S. A., 1940

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A. — Santiago de Chile

INTRODUCCION EN FORMA DE DIALOGO

Dos hombres que se estimaban mucho, pero que no se habían visto desde largo tiempo, se encontraron el otro día. Les gustaba conversar, pues sus vidas habían sido muy diferentes, y también lo eran sus opiniones, aunque sus inteligencias y sus sensibilidades no lo fueran. Abordaron temas corrientes, banalidades cotidianas; es decir, la paz, la guerra, la bancarrota, los impuestos, los gases asfixiantes, la democracia, M. Blum, Mr. Roosevelt y la forma de los sombreros de las mujeres.

Terminaron por tratar un tema más delicado, pero también más real: el de ellos mismos. El "Campesino" explicó a su amigo cómo, en su contacto con la tierra, en el marco de los trabajos cotidianos, había concluido por advertir que existen leyes inmutables, aunque sutiles y secretas, para la vida y para la muerte; hasta creía haber entrevisto algunas de sus líneas generales. El "Viajero", al contrario, que volvía de muy lejos, había logrado advertir, sobre todo, cuán difícil es aprender, cuán precario es saber, cuán peligroso es comprender y criminal el no comprender.

Su amigo le preguntó, entonces, si estaba desilusionado y si su errante existencia no había dejado en su espíritu sino proceder y vacilaciones.

El Viajero.— No; mis viajes y mis encuentros no han sido estériles. Pero me había equivocado. Había partido en busca de las ideas y de las ciencias: he encontrado, en todas partes, seres humanos y cosas. La existencia, los países, no son sueños y apariencia, sistemas o ideologías; son realidades. Pero frecuentándolos, como lo he hecho, viviendo largo tiempo entre ellos, siéntese uno chocado ante la extraordinaria mentira que constituye la visión del universo ofrecida a cada cual, diariamente, en los periódicos, en los manuales es-

colares, y en los escritos "científicos". Todo ello no es sino ilusión; todo ello, en relación a lo que es, no posee ni siquiera la fidelidad de las sombras chinescas, todo ello se asemeja al universo como un circo de pulgas sabias se parece a la Corte del rey Luis XVI. Tenemos tal prisa en saber rápidamente, tenemos tanto celo en presentar a todos un saber universal y simple, que la realidad se ha alejado irremediablemente de nosotros. Entre las cosas, los seres, los espíritus, tales como son, y nuestro universo de papel, el apartamiento es tan grande que desde hoy se puede anunciar la bancarrota total de todos los símbolos inventados por el siglo XVIII, explotados por el XIX, y cuya entristecedora influencia sufrimos todavía.

El Campesino.— Esta actitud de su espíritu no me habría extrañado en otro tiempo. ¿No es usted hoy en día un amante de América? De todos sus viajes, ¿no se ha traído un invencible amor a ese pueblo, que es el producto más puro del siglo XVIII, y el más fiel adepto de sus métodos de pensamiento, por usted denunciados? ¿Cómo puede ser posible que ame tanto usted un país cuya civilización cae de lleno bajo el azote de sus críticas?

El Viajero.— Muchos franceses son como yo. No pueden resistirse al invencible encanto de un país al que la historia no ha cesado de unirnos, ni cerrar los ojos ante la creciente catástrofe de nuestra civilización.

El Campesino.— Cuando usted habla de "nuestra civilización", ¿pretende decir que ellos y nosotros poseemos la misma?

El Viajero.— Esa palabra "civilización" es extravagante. Se nos impone. Nos parece sonora y solemne. Creemos que representa antiguos tesoros y los más hondos recuerdos del país. ¿Sabe usted que únicamente data del comienzo del siglo XIX, de una época en que nuestra vida, nuestras instituciones y nuestras artes comenzaban a hacerse menos refinadas, más bárbaras y menos "civilizadas"? Esa palabra fue inventada precisamente para señalar esa continuidad que une a los Estados más antiguos de la antigua Europa con nuestra Francia y con los Estados Unidos. Es una expresión histórica y, como todos los demás instrumentos de la historia, es un esfuerzo para dar una atadura a todas las manifestaciones del trabajo humano. Si, mi amigo, ya que hay una civilización, la hay griega, la hay francesa, y la hay americana.

El Campesino.— Mucho le costaría el convencer a los mejores espíritus de esta paradoja. Y hasta muchos americanos se quedarían escépticos ante usted.

El Viajero.— Sin embargo pretendo persuadirlo. Durante siglos, nuestros antepasados creyeron que allende el mar no había sino salvajes. Muchos franceses lo creen todavía. Pero, ¿no creen los americanos, por su parte, que la vieja Europa está en decadencia, que arrastra una existencia miserable en la podredumbre de su decrepitud?

Yo mismo me sorprendí cuando, al llegar por primera vez a los Estados Unidos, en 1919, al salir del estrépito de la guerra, del grito desgarrador de los heridos y de la alegría tumultuosa de la paz, en busca de serenidad y apartamiento, después de ocho días de travesía agitada por la tempestad, atropellado por las ráfagas del viento y los clamores de las borrascas, me encontré de súbito en el corazón de Nueva York. Todos los rumores que había escuchado en mi vida estaban lejos de mí; encontré allí un clamor más gigantesco aún, que me era desconocido, extranjero, pero en el cual, incesantemente, reconocía sus elementos, cuyo conjunto formaba una sinfonía insólita y cacofónica. Me sumergí en un mundo tan real como el nuestro, enteramente nuevo, perfectamente liberado del nuestro; pero cuyos elementos todos eran los nuestros. Cada una de las calles de Nueva York, cuando termina en el río, parece prolongar de una manera natural y burlesca una calle del Havre, de Rotterdam o de Liverpool.

Si nos juzgamos civilizados, no podemos ignorar que los americanos lo son, y si nos interesa conocer nuestra civilización, no podemos apartarnos de la de ellos, que la complementa, la concluye, la corona.

Si queremos salir de nuestro suelo, no podemos ir sino al de ellos, pues habitan al otro lado de este mar que nos limita. Deseemos evadirnos, deseemos afirmarnos, con ellos nos encontramos.

Por mi parte, desde hace veinte años, sin cesar los he encontrado en mi vida; desde hace veinte años, Europa no ha podido moverse fuera de sus límites, o tratar de instalarse en sus límites, sin que los encuentre a su lado, o en ella. De aquí ha surgido un extraño sentimiento que hemos visto crecer año tras año: impulsos calurosos sin cordialidad, una camaradería sin amistad; una intimidad sin conocimiento. Cada una de nuestras desgracias se las hemos reprochado a los Estados Unidos; cada una de sus dificultades, la Amé-

rica nos la ha imputado; pero esto no ha cambiado nada. El destino ha seguido empujándonos a los unos hacia los otros. La América está más próxima de nosotros, desempeña un papel más importante en nuestra existencia; pero no por ello estamos mejor informados acerca de ella. No podría extrañarme. Cada vez que, al acercarme a Nueva York o al alejarme tras una estada, miraba esa inmensa ciudad lineal y caótica deslumbrante y sórdida, la sentía extranjera; pero cuando en ella me encontraba, de cuerpo o de espíritu, y unía mis actos a los de millones de americanos, juntando mi pensamiento, mis deseos y mis instintos a los de ellos, abandonábame a la alegría de la acción y parecíame entonces que todo era sencillo, evidente y familiar. El aspecto de América está hecho de contrastes que es divertido describir, agradable experimentar, y que no se comprenden.

La realidad de América está formada por una fuerza, que no se distingue de la nuestra, ya que de ella ha brotado, pero que es imposible apreciar si no se ha participado en su movimiento y sentido su realidad.

El Campesino.— Si usted lo pudiera, haría obra útil demostrando que América no es un sistema, sino un ser vivo, pues en la hora actual se les aparece a la mayoría de los franceses como una mecánica: algunos aprueban su sistema, otros lo censuran, pero raros son los que en él vislumbran el elemento humano. Ya que ese país le agrada y ya que es para usted, ante todo, una fuerza vital, revéleme su misterio.

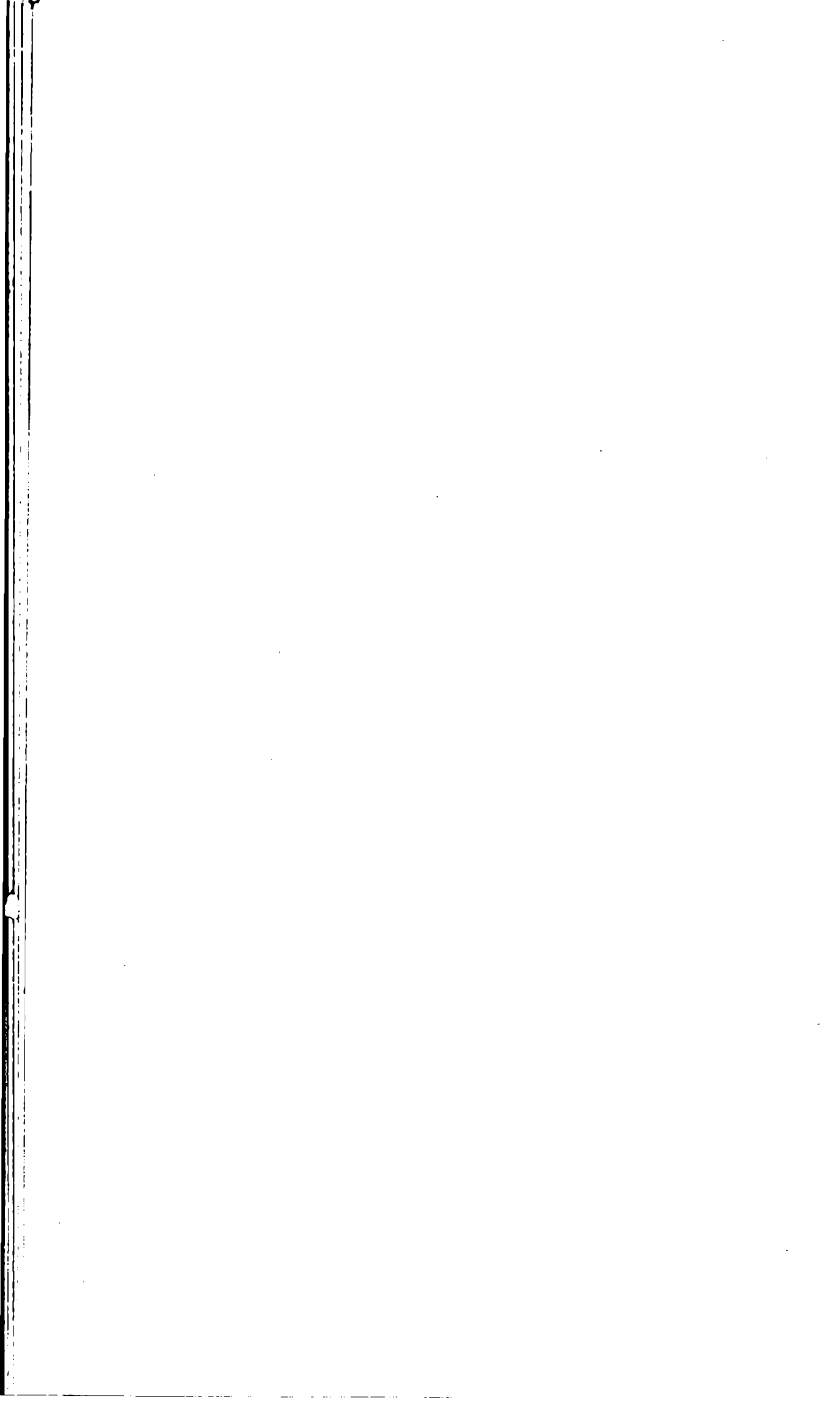
El Viajero.— Muchos otros han escrito disertaciones sabias acerca de América; muchos otros han reunido luminosas estadísticas y colmado sus páginas de croquis reveladores. Muchos también han trazado en lo blanco los negros arabescos ingeniosos de las palabras sonoras y sutiles. Puedo admirarlos; pero imitarlos no quiero. Ya que usted me invita a ello, quisiera, a mi querido amigo, establecer entre usted y ese país que tan a menudo me ha recibido, en el que he conocido tantas alegrías y sentido tantas emociones, aquel contacto personal, aquella fraterna relación de que he gozado y que permanece como uno de los mejores recursos de mi vida.

El Campesino.— Acaso lo podría usted, a condición de ser sencillo. Recuerde que soy un hombre de la tierra.

El Viajero.— Bien. Es así como lo entiendo. Y, para comenzar, voy a mostrarle primero la tierra americana.

PRIMERA PARTE

A M E R I C A



CAPITULO I

EL ESPACIO

El vértigo del espacio

América: una línea delgada, larga, baja, indefinida, que se distingue apenas y solamente como una raya sombría en la infinita mudanza del agua.

Cuando el viajero se acerca a Nueva York, tras la interminable travesía, duramente zarandeada por las borrascas y las tormentas, y la disminución progresiva de la amplitud de las olas, la aceleración de su ritmo, y la aparición de grupos de pájaros marinos le anuncian la proximidad del continente, mira él con avidez. Plena aún la memoria de altos acantilados de Cornouailles, de negras rocas coronadas de crudo verdor, acecha la costa que ha de surgir de la bruma y en la que descubrirá ese mundo nuevo que aguarda con impaciencia. Por fin divisa América: no es sino una barra sin espesor, sin colorido, sin contornos y sin volumen. Esta es su primera impresión. Más tarde pasará, cuando se encuentre en el bullicio de Nueva York, incesantemente detenido por sus densas masas humanas, por sus rígidas filas de coches, por sus casas erizadas, que parecen aferrar las nubes. Fascinado por este rumor, cogido en el torbellino, el viajero olvida su primera visión de América. No la recobra sino cuando, apartándose de nuevo de Nueva York, antes de sumirse en la bruma azulenta, se vuelve una última vez y contempla esa tierra en que tanto ha vivido, pero que ahora se desvanece como un espejismo, un vértigo lineal.

Esta impresión la conservaría si, saliendo de la gran ciudad, se internara por el país. Sea que parta en avión y que en menos de una hora vaya de Nueva York a Los Ange-

les; sea que tome el tren y que llegue en 18 horas a Chicago, en 70 a San Francisco, en ambos casos la ventanilla de su vagón o de su aeroplano le mostrará en torno suyo no ciudades y pueblos, no casas y árboles, ni siquiera campos, sino espacio.

En Europa, al contrario, de un extremo al otro del continente el que viaja se encuentra en una sucesión de parques distintos, disímiles y pintorescos, cuyas características contrastantes no cesan de halagar su mirada, de ocupar y divertir su espíritu, de grabarse en su memoria y fijarse en su inteligencia. De París a Roma, se encuentra la Borgoña y la Savoya, luego el Piamonte y la Toscana, por último la Campiña Romana. De Berlín a Ginebra, se recorren la llanura de Prusia y la de Hannóver, los bosques medievales de la Turingia, las altas campiñas opulentas de Baviera, el caos de las montañas suizas. En una palabra, de cualquier lado que se dirijan los pasos, la diferencia de los campos que se han de cruzar da a la tierra su carácter y hace del suelo una especie de museo de las invenciones y los gustos humanos. Europa está ataviada de decoraciones innumerables y variadas que los hombres han escogido e instalado. Los mismos árboles, entre Francia y Alemania, entre la Bretaña y Normandía, tienen colores, ramajes y actitudes diferentes.

En América, el espacio es puro.

El hombre ha plantado allí su casa, más que haberla establecido. Está erguida en la vasta llanura como la tienda del mongol en los desiertos del Asia. La misma ciudad se asemeja a esos mercados por donde pasan los nómades, sin detenerse nunca mucho tiempo. Por lo demás, ¿no es curioso que todas las más grandes ciudades americanas estén en sus fronteras o en sus costas? Nueva York, la más gigantesca, al extremo oeste; Chicago, al extremo norte; San Francisco, Los Angeles, en el extremo este; Nueva Orleans en el extremo sur. Ninguna ciudad del interior puede compararse a éstas. El centro de América está dedicado al vacío, al espacio. El alma de América, su eje, su definición, es aquella vasta cuenca del Mississippi, abierta y lisa, entre Chicago y Nueva Orleans, entre Cleveland y Salt-Lake-City.

Mientras el continente europeo parece haber sido hecho, esculpido desde edades inmemoriales por las tempestades y las pasiones de los hombres que se grabaran en él, confiriéndole aquel aspecto complejo y múltiple, el conti-

nente americano parece simple. Las bellas montañas que contienen no poseen ese inextricable enredo de nuestros Alpes. Fuera de los montes Alleghanys y las montañas Rocosas, erguidos al este y al oeste de una manera simétrica y paralela a las costas, que constituyen una especie de borde regular, nada detiene, nada fija la suerte de los hombres.

Siempre han sido errantes. Desde los tiempos más antiguos, cuando los primeros indios, viniendo del norte se dirigían al sur, y otros indios viniendo del sur se dirigían al norte, el hombre siempre ha pasado por esos grandes bosques, esas inmensas sabanas, esas llanuras infinitas, como esas pajas y esos huracanes que el viento empuja del Golfo de México hasta los grandes lagos, sin que se detengan en ninguna parte. Cuando desembarcaron los primeros exploradores europeos, el continente del norte de América era una tierra de caza por la que vagaban hombres semi desnudos, que no habían trabado relaciones mantenidas con las cosas y los seres. Salvo exigüos campos de maíz, los indios no cultivaban nada, y si eran lo bastante diestros para matar las bestias de los bosques, nunca habían sabido reconciliarse con los animales, y no tenían animales domésticos, salvo el perro. Vacas, carneros, cerdos éranles desconocidos. Nada les apegaba al suelo, si no era su misma extensión. Por él y en él lograban vivir. Ligera y débilmente instalados en sus cabañas de tablas, en sus casuchas de bambú, en sus tiendas de pieles de animales, y en parte alguna se fijaban. En sus frágiles canoas de corteza de abedul, surcaban los ríos y la tranquila superficie de los lagos. Sus pies desnudos, rozando la hierba, les llevaban en largas y ágiles peregrinaciones de los bosques del norte de América a los bosques del centro de América. Aunque no poseyeran ni artes, ni oficios desarrollados, aunque su comercio fuese rudimentario, encuéntranse todavía, en el centro del Canadá, esas conchas de nácar, venidas del Golfo de México, que con ellos llevaban. De su vida lo ignoramos casi todo, pero sabemos sin duda posible que fué un continuo vagar.

Así es aún la existencia del americano.

No quiero solamente hablar de los inmigrantes, de esos catorce millones de seres, la décima parte de la población cuyos padres han nacido en las estepas de Rusia, en la campiña de la Calabria, o junto al lago de Killarney. Estos, sin duda, han sido viajeros; pero más que ellos han viajado

los americanos llegados al continente en el siglo XVII. Una antigua familia americana no es, como sería entre nosotros (hay excepciones, por cierto) gente desembarcada en Boston en 1630 y que allí vive todavía, en la casa en que han nacido los antepasados, desde hace seis generaciones. Una antigua familia americana ha visto, por lo general, a la primera generación llegar a Boston, a la segunda establecerse a 50 o 60 kilómetros al interior de las tierras, a la tercera y la cuarta abordar los montes Alleghany, que la siguiente ha cruzado. Dos o tres generaciones han bastado para atravesar en sus techadas carretas, a caballo, y aún a pie, la vasta llanura del Mississippi, para cruzar el río y llegar hasta las Rocosas; aún, una o dos generaciones, y se ha llegado al Pacífico. Ahora, aquellos cuyos antepasados han fundado Boston, Nueva York, Filadelfia, Charleston, a menudo se hallan de retorno, —porque después de haber alcanzado la costa del oeste, los descendientes han afluído hacia las riberas del Atlántico.

Este vasto movimiento, análogo a la sucesión de las mareas, no es el único que agita a América. Sin duda, de generación en generación, de década en década, el agricultor ha avanzado hacia el oeste en busca de nuevas tierras, el aventurero seguido del minero ha caminado hacia el oeste en búsqueda de oro, plata, hierro, carbón, y los mercaderes de toda laya, los sacerdotes de toda religión, las mujeres de toda especie les han seguido. Pero también, a cada instante, cada americano alzaba su cabeza por encima de la ola y, fuera de estas marejadas, innumerables olas contradictorias se han formado. La gran alegría del americano fué la aventura, y toda aventura, en su principio, se inicia con la errancia.

En la hora presente, el americano no es menos errante que en otro tiempo. Los hijos se gozan en establecerse lejos de la granja o el negocio de los padres. Cada joven matrimonio quiere empezar por sí mismo, y el extraordinario desenvolvimiento de los transportes hace todos los viajes, todas las emigraciones, todas las errancias, innumerables e incesantes. La mayor industria americana es el automóvil. El pueblo americano posee 28 millones de automóviles (cifra de 1936). El negro, que no es capaz de pagarse una buena comida, adquiere un automóvil. Los sábados y domingos la población entera de las grandes ciudades, de los pueblos y las aldeas viaja en automóvil. La ciudad se vacía en el campo el sábado a mediodía, y la inmensa ola regresa del

campo a la ciudad el domingo en la noche. Desde que nació, se desarrolló y se instaló la crisis, toda una población pobre adquirió la costumbre de vivir en el automóvil, con el hogar familiar instalado en un remolque. A la entrada y la salida de las ciudades, se han organizado campamentos para estas poblaciones errantes. Pasan el invierno en Florida, la primavera en Pennsylvania, el estío en las montañas del Vermont y de Nueva Hampshire, el otoño en California. Giran en círculo.

Para participar en la vida de su país, y para ser totalmente un francés, un hombre nuestro necesita poseer un rincón de suelo, por pequeño que sea. Para ser americano, cada hombre necesita poseer todo el espacio de su país; pero no necesita de un rincón que le pertenezca. Los ciudadanos de los Estados Unidos se llaman norteamericanos; no forman una nación sino un continente. Su país no está hecho de territorios sino de espacio.

La conquista del espacio

Nadie se ha engañado allí. Era espacio lo que querían los primeros inmigrantes, y espacio es lo que desean sus descendientes.

Se les hablaba de oro y de plata, se les prometía montañas de diamantes, se trataba de hacerles soñar con Eldorado, y tal vez, como eran humanos, aceptaban tales quimeras. Pero al fondo de sí mismos, lo que pedían, lo que exigían era espacio.

Gentilhombres católicos perseguidos en Inglaterra, nobleza arruinada de los viejos países que las guerras, las revoluciones y las crisis económicas obligaran a vender sus campos; campesinos cuyas tierras fueron devastadas por la invasión, u ocupadas por el perceptor de impuestos, todos ellos pedían tierras, mientras Europa no podía dárselas; los antepasados de Washington, esos "caballeros" que fundaron la Virginia, los camaradas de Lord Baltimore, señores y campesinos católicos que se establecieron en Maryland, los puritanos de la Nueva Inglaterra, buscaban tierras que pudiesen cultivar tranquilos, y despiertos en torno suyo para hallarse al amparo de sus enemigos, de sus hermanos, del gobierno. Así, en Massachusetts, los pastores calvinistas habían venido a fundar la Iglesia del desierto que, lejos de los hombres y en presencia de Dios, podría practicar las virtudes austeras y proclamar los dog-

mas imperiosos de que tenían sed. Los mismos mercaderes eran atraídos por el espacio, venían a comprar y vender pieles; lo que perseguían primero era el despejo de los animales salvajes, y lo que en seguida acapararon fué el despejo de los bosques, de las minas, de todo cuanto rápidamente se puede coger, vender y liquidar.

Desde que allí se establecieron, y aunque encerrados entre el bosque virgen lleno de indios crueles y el mar desencadenado, y con pocas esperanzas de triunfar, los americanos soñaron con la total posesión del continente. Apenas desembarcado, fué la pretensión de Sir Walter Ral-eigh; apenas de regreso en Inglaterra, fué su reclamación. Es curioso comprobar que en el siglo XVIII los ingleses de América eran ya suficientemente americanos y lo bastante poco ingleses para no preocuparse de establecer y afirmar los establecimientos de la costa y para soñar ya la conquista del interior. Los ingleses de Inglaterra y el Gobierno no comprendían. Estimaban una verdadera locura esas vagancias a través del desierto, esa conquista apresurada e imprudente de las soledades, ese desordenado apetito de territorios; se indignaban por ello y ésta fué una de las graves causas del conflicto que más tarde debía separar a los ingleses de América de los de Inglaterra.

Cuando el buen rey Luis XVI y su ministro Vergennes se decidieron a intervenir en este conflicto (1778), en lo cual veían a la vez una manera de humillar a Inglaterra crecida en arrogancia, de mostrar al universo la generosidad francesa, y de socorrer a un pueblo virtuoso y filósofo, no pudieron imaginar que los americanos no se preocupasen sino de defender sus hogares. ¿Por qué entonces, cuando ya tenían más tierras de las que podían cultivar, trataban de extenderse al infinito por ese territorio lleno de emboscadas, infestado de indios peligrosos, y cuyo clima no era sano? Los primeros ministros de Francia en Filadelfia no dudaban de que los americanos victoriosos iban a consagrarse por entero a engrandecer sus ciudades, multiplicar sus caminos y manufacturas, desmontar las tierras, sanear los estanques y, en general, cuidar de todo aquel territorio tan grande. Fué una viva sorpresa, un duro golpe para los señores Gérard, de La Luzerne y de Moustiers cuando se percataron de que los americanos proclamaban inmediatamente su derecho a nuevos territorios, que ni siquiera ocupaban todavía. Nuestros diplomáticos vieron en esto cierta imprudencia y hasta un poco de arrogancia.

Esta fué la primera contrariedad entre Francia y América. Debía ser grave, por lo demás. A pesar de las victorias comunes, a pesar de la sangre vertida en las batallas en que franceses y americanos demostraran su valor, la negociación de la paz se desarrolló sin armonía (1781-1783). Los americanos terminaron por ser los primeros en firmar los preliminares, sin aguardar a los franceses. M. de Vergennes concibió por ello un despecho amargo, que le pareció confirmar cuanto los filósofos habían dicho acerca de la ingratitud de las repúblicas; pero, como era tranquilo, no quiso pensar en esto largo tiempo y, como murió poco después, no tuvo sobrada ocasión para preocuparse.

La lección fué útil. Si la Francia de 1783 había vacilado en combatir por asegurarles a los Estados Unidos la posesión del continente americano, la Francia de 1803 se la entregó. En la curva de su destino, Napoleón Bonaparte, que acababa de arrancar la Luisiana a España y que pensaba crear en ultramar un vasto imperio colonial francés, viéndose de súbito en vísperas de una guerra con Inglaterra, y adivinando cuán difícil le sería el proteger sus lejanos establecimientos contra la rapacidad imperial de Gran Bretaña, resignóse a entregarlos a los Estados Unidos, antes de ver que se los arrebatában. Estas negociaciones revelan hasta qué punto los americanos consideraban como esencial la posesión de aquel inmenso espacio. Thomas Jefferson, tercer Presidente de la República de los Estados Unidos, filósofo, pacifista, amigo de Francia, dióse prisa en comunicar al Gobierno Consular que si Francia se instalaba en la cuenca del Mississippi, a pesar de sus derechos históricos y de su calidad de amiga, pronto sería considerada como una enemiga y que fatalmente se llegaría a una guerra. No vacilaba, pues, en violentar todas sus doctrinas, todas sus tendencias y su propio carácter, para exigir de la nación hermana la cesión de esos territorios. Esto se verificó y, por la suma de 60 millones de francos, Francia cedió a los Estados Unidos un territorio que aumentaba en un 140% su extensión, que hacía de ellos el más grande imperio del Nuevo Mundo, y que les establecía como los dueños indiscutibles del continente de la América del Norte. Después de esta operación la Florida poseída aún por España, quedaba aislada por completo. Las revoluciones de la península ibérica y la decadencia de la flota española hicieron imposible a este país

mantener aquellas tierras; los Estados Unidos adquirieron la Florida en 5 millones de dólares (1819).

No tenían ya ante ellos sino a las poblaciones indias débiles y errantes, mientras que, al Sur, la República de México, dominada por una aristocracia desidiosa y habitada por tribus indias poco coherentes, no podía oponer a la extensión americana ninguna seria barrera. Así también al Norte, el Canadá, colonia inglesa, aprisionada entre los grandes lagos y las regiones polares, no era de talla suficiente como para medirse con su vigorosa vecina. La guerra de 1846 permitió a los Estados Unidos el alejar a México del otro lado del desierto, ocupar Texas y la California, e instalarse en la costa del Pacífico. Esta guerra no costó sino dos mil muertos. En realidad, la fuerza de los hombres no fué nunca un obstáculo a la supremacía de los angloamericanos en el continente. No tuvieron sino que dominar las cosas.

Se ha hablado mucho de Ciro, de Alejandro, de César, de Napoleón, ¿pero qué son junto a este pueblo cuya saltarina fuerza arrancó al mundo el mayor imperio que se haya podido conquistar? En 1790, los Estados Unidos no contaban sino 892 millas cuadradas (Francia poseía 212 mil).

En 1810, tras la adquisición de la Luisiana, tenían 1.700,000.

En 1850, después de la adquisición de Texas y de la California, alcanzaban 2.997,000.

En la hora actual, el territorio propiamente llamado Estados Unidos comprende 3.026,000 millas cuadradas.

Y si se agregan las posesiones como Alaska, adquirida en 1867, Hawaii ocupado en 1898, etc., el conjunto del territorio de los Estados Unidos se eleva a 3.738,396 millas cuadradas.

Habría que tener en cuenta también, para ser justos, la influencia dominante que ejercen sobre la vida política y económica de Cuba, Haití, de las Filipinas, y del papel que desempeñan en la América Central. De hecho, los Estados Unidos de la América del Norte se consideran como los protectores de las dos Américas.

El espacio y la vida

¡Qué voracidad!, exclamarán los europeos.

Movidos a considerar la América con alguna condescendencia, los habitantes del Viejo Mundo no verán en esta vertiginosa conquista, realizada casi sin combatir, sino el más curioso testimonio de las insaciabiles ambiciones del hombre. Pero, en buenas cuentas, no comprenden esa necesidad de un espacio cada vez mayor de un pueblo que nunca ha conseguido satisfacerla.

Es que el espacio es para el americano algo más que un elemento físico, es una cualidad moral y espiritual, un atributo necesario para su alma tanto como para su cuerpo.

Las naciones de Europa están edificadas sobre el tiempo. La acumulación del tiempo ha permitido a Inglaterra, Francia, España, Alemania, Italia, el constituir su marco político, organizar sus territorios, moldear su carácter, enseñar a sus ciudadanos a tolerarse, a amarse, a colaborar los unos con los otros, a formar realmente naciones. Porque desde hace quince siglos sus antepasados han hablado la misma lengua, conocido los mismos sufrimientos y compartido los mismos triunfos, los franceses constituyen el pueblo más sólido de Europa. Porque sus espíritus han trabajado sobre los mismos fenómenos siguiendo los mismos métodos, su carácter nacional ha adquirido una consistencia incomparable; todos los franceses, en suma, en las horas críticas, comparten igual sentimiento, se reúnen en torno de las mismas ideas, alrededor de su pasado, forman un pueblo.

Cuando seres pertenecientes a diversas razas, a todas las religiones, todas las civilizaciones, se encontraron en la tierra virgen y dura de América, no contaban para unirse con esos profundos recuerdos y esos hábitos inveterados que ligan entre sí a los ciudadanos de los grandes pueblos europeos. La fuerza que los ha movido y ha hecho de ellos una gran nación no ha sido su pasado, ha sido su porvenir; pero su porvenir tenía una realidad material; el inmenso espacio abierto ante ellos que debía pertenecerles si eran unidos y audaces. La nacionalidad americana fué edificada sobre tal esperanza, este movimiento. El espacio aquí ha hecho lo que el tiempo; el porvenir ha sido lo que el pasado.

El carácter de su población no resulta de las tradiciones propias a cada individuo que vino a instalarse en el Nuevo Mundo, sino del sueño que a todos los ha llevado hacia el Nuevo Mundo, y del trabajo por ellos realizado para penetrar este espacio, para realizar este porvenir. En política, en literatura, en filosofía, en religión, el americano es el producto de su frontera. Sin interrupción, de 1630 a 1900, los más audaces, los jefes, los modelos, han estado todos en la frontera. Vemos a Washington midiendo, descubriendo, conquistando, desmontando la Virginia del oeste; a Franklin lanzado en expediciones al interior de la Pennsylvania y construyendo las grandes compañías que deben explotarla; a Jackson, plantando la bandera americana en Nueva Orleans; a Lincoln, abogadillo de una ciudad de pioneros, hijo y hermano de esos audaces colonos que se instalaron en la cuenca del Mississippi; a Roosevelt, yendo a rehacerse entre los cow-boys. Siempre y a cada instante, la América viva es la América conquistadora, como el árbol que cada vez lleva más alto sus ramas, para absorber más luz y fuerza, el pueblo americano se ha lanzado, sin cesar, cada vez más audazmente en este vacío y esta soledad que en él renovaban la audacia, la vitalidad, la esperanza y la unión.

Europa se sentía ahogada por sus pasiones y por la victoria misma de su civilización estable. Necesitó espacio. Descubrió América.

Los americanos son europeos que han tenido sitio; han contado con el sitio suficiente como para que su inmenso número no impida a cada uno de ellos el vivir solo, en esa soledad que tiene libertad por nombre.

CAPITULO II

LA SANGRE

América antes de los ingleses

Desde antiquísimo tiempo los hombres han vagado por tierra americana. De un extremo a otro del continente se encuentran sus osamentas. Encogidos en odres o tendidos en tumbas, los pálidos y frágiles esqueletos son casi todo lo que nos queda de los hombres que primero cruzaron los grandes bosques y penetraron la soledad. Se ve aún, por aquí y por allá, a lo largo de las riberas del Ohio, aquellos extraños montículos en forma de lobos o de perros, de tortugas o de águilas, de lagartos o de serpientes que evocan edades olvidadas y cultos desaparecidos. Me aconteció un crepúsculo el encontrarme en la gran llanura, cerca de Newark (Ohio) y, mientras que las sombras rosadas de la tarde caían, el pasearme por entre esas murallitas de tierra, apenas de una altura de un metro, que forman cuadrados, losanje, redondel, ojivas, todo ello tan claro y tan modesto, tan próximo e incomprensible, tan natural al mismo tiempo que impenetrable. Estos vestigios se extienden por kilómetros y se encuentran análogos en otros parajes. En el museo de Columbus se han reunido centenares de piedras esculpidas en forma de alas de mariposa, llamadas "piedras-estandartes" (banner-stones), pues acaso servían de emblema en las procesiones rituales. Se ven también pipas de toda clase y "tomahawks", flechas, instrumentos extraños de una nación muerta, que no ha dejado como recuerdo de su vida sino estos instrumentos de muerte. En un rincón relumbran esas bizarras esculturas de mica que se encontraran en Nueva Jersey, grandes

planchas que representan a humanos, a la manera de nuestras sombras chinescas, pero luminosas y espejeantes en vez de ser oscuras. Como el indio pasó en otro tiempo, relámpago teñido de humanidad, por el sombrío bosque que penetraba con pena y peligro, así, a través de la opacidad del tiempo, estas débiles y brillantes huellas de su vida relucen aún en los museos, y en la tierra brilla débilmente el blancor de sus huesos.

Ningún testimonio escrito, al menos en el territorio de los Estados Unidos, ninguna tradición, siquiera oral. Cuando llegaron los ingleses, los indios no sabían nada de sus antepasados, y lo que balbucían sus conquistadores no lo escuchaban, de manera que ahora sus hijos no lo reconocen ya, ni comprenden. Las piedras, las cenizas únicamente nos presentan testimonios ambiguos, complejos y contradictorios. Por ellas discernimos, al menos, que muchas razas se han sucedido, pues la forma de la mandíbula ha cambiado, así como los instrumentos de que se servían. Vemos que en la época en que desembarcó Colón, una de estas razas estaba a punto de extinguirse. ¿De qué murió? Algunos hablan de grandes guerras que habrían librado los indios, los unos contra los otros. Otros, de una inmensa bajada de búfalos que habrían devastado todas las ciudades indias. Otros aún, de terribles epidemias, de enfermedades cuyo nombre se ignora. Pero los más prudentes no dicen nada, porque nadie está informado. El mismo número de estas poblaciones nos es desconocido. Sus orígenes, que tratamos de descubrir, nos llevan, sin duda al Asia. Parece que la tierra de América haya sido recorrida por sucesivas invasiones, las unas venidas del sur, las otras del norte. Algunos indios del Nuevo Mundo tienen un tipo mongólico pronunciadísimo; otros parecen muy próximos a los malayos. La mayoría es una mezcla de ambas razas. Estudiando el corte de sus cabellos, se ve que, en la América del Norte, es oval y doblemente extendido como el de las tribus mongolas del norte del Asia. Han debido pasar por los helados territorios del polo o caminar en sus canoas de isla en isla, entre la Malasia y la costa oeste de la América del Sur; en la región de la América Central, han mantenido durante varios siglos una civilización brillante; pero al norte de lo que actualmente es México siempre fueron ignorantes y torpes. Ni los mayas, que florecieron en México y Guatemala, ni los aztecas, ni los toltecas, de que hemos conservado obras de arte extrañas y recias, ejercie-

ron influencia sobre el gran bosque que debía servir de abrigo a los Estados Unidos. Las tribus que lo cruzaron y las que se lo disputaron no practicaban las artes ni los oficios que habían adquirido los grandes imperios del sur. No conocían sus jeroglíficos y entre ellos no se encontraron esos calendarios monumentales que atestiguan la ciencia de los mayas. Algunos rudimentarios elementos de agricultura que les permitían hacer crecer un poco de maíz en los claros de los bosques, una destreza sutil y siempre empírica en la caza de las bestias salvajes, y procedimientos refinados para destruirse los unos a los otros: he aquí cuanto sabían de los indios.

Sus fantasmas pueblan aún los bosques de la América, como frecuentan de continuo la imaginación de los poetas. Pero no son sino fantasmas.

Fantasmas también todos esos asiáticos o esos europeos que llegaron hasta el Nuevo Mundo sin buscarlo ni quererlo. Algunos objetos misteriosos parecen manifestar el conocimiento de la civilización egipcia que poseían los indios de México. Otros objetos nos hacen imaginar que los indios de los grandes lagos habían conocido a hombres blancos venidos de Europa. Cuando desembarcó Cristóbal Colón, los indios hablaban de dioses blancos. Mucho antes de que Cristóbal Colón pensara partir de Palos de Moguer, en los alrededores del año mil el normando Eric el Rojo había descubierto la Groenlandia; una tempestad del este arrastró a su hijo Leif hasta riberas misteriosas donde su suerte, acaso un infortunio, le hizo abordar, entre bosques densos y silvestres plantas trepadoras. Los normandos pasaron el invierno en esta tierra brumosa, y los que regresaron comentáronla lo suficiente como para que una canción de gesta celebrase entre los navegantes de Dinamarca y de Noruega su hazaña fantástica, involuntaria e inútil. Cuando ocho siglos después se descubrió una piedra rúnica en la región de los grandes lagos, la emoción fué grande entre los granjeros escandinavos del centro de los Estados Unidos; el entusiasmo fué inmenso entre los parlamentarios que buscaban los votos de estas poblaciones y agudo fué el escepticismo entre los sabios de América. Chicago llamó a una de sus grandes avenidas, La avenida de Leif Ericson; pero en las universidades se clasificó el asunto bajo la rúbrica: "superchería". Luego, en el otoño de 1938, unos campesinos que trabajaban al oeste de la provincia de Quebec desenterraron espadas danesas del

siglo X. Empañadas por las edades y devoradas por la herrumbre, estas armas son la única herencia que los europeos de América hayan dejado antes de Cristóbal Colón.

Sin rechazar nunca al hombre, el continente americano siempre lo había vencido. No le había tolerado sino con desdén, no como a un amo o un camarada, sino como a forastero, a mendigo. Sin embargo, no tenía como armas defensivas esas formidables amenazas que otros continentes han utilizado, los volcanes, los terremotos, los tifones; ni tenía tampoco los leones, los tigres, los elefantes, los orangutanes, las panteras. América parecía casi débil y como indefensa. Pero su misma debilidad la defendía contra la fuerza del hombre: hacía el vacío en torno de él y bajo él, le negaba ese apoyo que los fuertes, cuando son vencidos, aseguran a los fuertes que los han derrotado. Dócil y desilusionadora, se esquivaba, incesante.

Parece que cada milenario, o más frecuentemente aún, una raza humana haya sido tragada por los bosques de la América del Norte. Parece que junto a la humedad pegajosa de los grandes árboles, mucho tiempo antes de la definitiva llegada de los blancos, la vitalidad de los hombres se haya disuelto. Un drama monótono de invasiones y de derrotas se ha desarrollado en numerosas ocasiones. Y nada expresa mejor el destino de estos aventureros infelices que las palabras tomadas de las bíblicas quejas de la antigüedad: "Desaparecieron como una nave en el mar, como la sombra cuando viene la anochecida, como la nube empujada por la tormenta".

Los ingleses desembarcan

¿Por qué el inglés, a su llegada, triunfó tan pronto de aquello que venciera a todas las demás naciones?

Antes que él, los españoles habían puesto el pie en este suelo. Valientes, audaces y sublimes, los conquistadores buscaban almas para su Dios, oro para sus palacios. La América del Norte no les interesó. Sus bosques y sus sabanas no les ofrecieron ni el metal brillante, ni los servidores que buscaban. Tomaron y conservaron la América del Sur y la América Central, llenas de objetos reales, de metales preciosos y de una humanidad a la vez resistente y plástica.

Al Norte habían llegado los franceses. Conducidos por audaces capitanes que anhelaban la gloria, los descubrimien-

tos, las maravillas, los campesinos de Francia buscaron allí, como buscaban en su país, pedazos de tierra para cultivar su trigo y fundar su hogar. La América embriagó a sus jefes como la más hermosa de todas las aventuras, agradó a los soldados como un sitio amparado donde poder gustar un destino sereno. De todos los pueblos colonizadores que invadieron América, el francés fué el que mejor se entendió con los objetos y los seres ultramarinos; no masacró a los indios, no devastó los bosques. Hasta se sintió tan fuertemente atraído por estos rostros extraños, estos fulgores misteriosos, que la seducción se verificó sobre él hasta emborracharlo. Existe un antiguo reglamento de la provincia de Quebec que prohibía a los hombres entrar en el bosque después de la puesta del sol. No había que permitirlo, porque los que así entraban en los grandes bosques, allí permanecían, prisioneros de aquella paz salvaje que les intoxicaba. Cualquier día, un misionero o un trampero los encontraba con sus familias errantes, sus mujeres de rostros rojos y sus hijitos de "madera quemada", como hasta hoy se les ve en las aldeas canadienses. La fascinación de la soledad y de lo desconocido movió de tal modo a los franceses que fueron los descubridores y los pioneros de todo el centro de la América septentrional. Jesuitas, vagabundos de los bosques, capitanes y marinos, surcaron el bosque de Quebec a Nueva Orleans, de Montreal a San Luis. Su espíritu triunfó de este misterio; pero sus cuerpos no aprovecharon en absoluto de este continente al que prodigaban toda su vitalidad, sin recibir de él nada sino la gloria. En vano la altiva brutalidad del español, en vano la valerosa audacia del francés empeñóse en este suelo: también ellos pasaron.

El inglés se quedó.

Los primeros colonos venidos de Inglaterra no eran más valerosos, más inteligentes, más cultivados, mejor armados, ni mejor organizados que los españoles o los franceses. Sin embargo, triunfaron allí donde ellos fracasaron. ¿Qué don era el que poseían, que de ellos hizo unos vencedores?

Como los otros, como todos aquellos a quienes atraía América, tuvieron que cruzar el océano Atlántico. Este mar brutal, cruel, el más inclemente de todos los mares del globo, con sus largos inviernos, sus tempestades de primavera y otoño, aquel clima que no deja seguridad ninguna al navegante sino durante tres meses en el año, eran para los in-

gleses una barrera casi infranqueable. Eran también un guión. Los españoles, que venían del sur, cruzaban el Atlántico Sur, más tranquilo, temperado, tibio; pero peligraban el perder allí semanas enteras, inmovilizados por la calma chicha. En la América del Norte, si las borrascas furiosas no rompían los frágiles esquifes de la época, los precipitaban de un extremo al otro del Atlántico. Ya en el siglo XVIII conociéronse travesías de menos de treinta días, si el velero era bueno y malo el mar.

Nueve días de cada diez, entre América y Europa, el viento sopla de oeste a este. Aparta de la costa americana cuanto quisiera abordarla. Los blancos no tenían ninguna razón para descubrir a los rojos, y éstos tenían toda las facilidades para descubrirnos, bastaba con dejarse llevar por el mar y la brisa. No obstante, el europeo, habituado a luchar contra las cosas y a apoyar su destino en la oposición de los objetos, franqueó el Atlántico que el indio del Nuevo Mundo apenas se atrevía a contemplar.

Acicateado por la dificultad, el navegante inglés triunfó de los obstáculos. Hay que imaginar esas frágiles carabelas, esos bergantines angostos, esas torpes fragatas de los siglos XVII y XVIII. La mayoría de los navíos tenía menos de cien toneladas, a menudo menos de cincuenta. A bordo, se amontonaban, confundidos, hombres, mujeres, niños; carneros, puercos, cabras, gallinas, que se llevaban para el alimento; los pobres mobiliarios y los animales domésticos destinados a la instalación, los fusiles, los mosquetes, los indispensables cañones para defenderse de los piratas que infestaban esos mares. Para ganar más dinero, los capitanes de las naves llevaban el mayor número posible de emigrantes. Uno de estos infelices nos los muestra "apretados como arenques, disponiendo apenas cada cual de un espacio de dos pies de ancho por seis de largo en las literas, pues la mayoría de estos barcos transportaba cuatrocientas, quinientas y hasta seiscientas almas, sin hablar de los innumerables utensilios, cajas, provisiones de boca, barriles de agua y otros, todo lo cual ocupaba gran trecho". "Entre los puentes, es difícil para un hombre el poder respirar pues durante la noche se alza tal fetidez que trae consigo la putrefacción de la sangre, y causa enfermedades que mucho se asemejan a la peste negra", dice otro viajero de la época.

El viaje era larguísimo: cinco o seis semanas, por lo general, a veces un centenar de días, a menudo hasta seis meses. Fuera de esto, costaba muy caro, a lo menos seis libras es-

terlinas, suma considerable para la época (mil francos oro de hoy, el precio de un pasaje en un camarote de primera en el "Normandie"). La mortalidad era terrible. En una sola travesía, a fines del siglo XVII, de 180 pasajeros murieron 130. En 1732, un navío permaneció 24 semanas en el mar: 100 pasajeros murieron, de 154. En 1752, otro puso seis meses en el viaje, y de 140 pasajeros no quedaron sino 21 sobrevivientes. En tales condiciones, necesitábase de un coraje o de una desesperación heroicos para atreverse a cruzar este mar. Los ingleses, buenos marinos, habituados al Atlántico, tenían en relación con las demás naciones europeas una marcada ventaja; además, la posición geográfica de Gran Bretaña abreviaba y facilitaba esta travesía. De modo que no hay que extrañarse de que las colonias inglesas de América pudieran implantarse mientras que las demás desaparecían. Tenían con Europa las mejores líneas de comunicación, poseían el más estrecho contacto con la madre patria, y estaban bien armadas contra el más terrible enemigo: el mar.

También estaban mejor preparadas para unirse a este suelo.

Los ingleses venían de una tierra pobre, pues su isla, salvo al suroeste, no posee los ricos campos de trigo de Francia ni los deslumbrantes huertos de España. Esta misma pobreza les había habituado a navegar y comerciar, a expatriarse, y a apropiarse de prisa cuanto a su alcance hallaban.

Cuando la América forestal e inhóspita se le apareció, cuando el indio temeroso y furtivo le encontró, el inglés, en seguida, rompió cuanto hallóse al frente. Desde el comienzo de la colonización de la Nueva Inglaterra, el principio por todos practicado fué: "No hay más indios buenos que los indios muertos". Y apenas avanzaron, los ingleses incendiaron el bosque. No trataron de ser fraternales ni con los hombres ni con las cosas. No les costó esfuerzo. A seres y cosas supieron explotar. La más brutal destrucción del indio no la hicieron con el fusil ni la batalla, sino con los tratados de paz y los acuerdos. Mucho se ha hablado de las emboscadas, de las haciendas aisladas que los indios atacaban de noche, masacrando a las mujeres, a los niños hasta a los recién nacidos en sus cunas, muertes horribles que pronto eran seguidas de feroces represalias. Pero esta lucha del hombre coloso contra el hombre irritado nada es junto al terrible espectáculo que numerosas veces mostraron los grandes bosques de la América.

Imaginad uno de esos claros rodeados de árboles gigantes y musgosos que nunca el hacha de ningún leñador ha tocado, que nunca ha plantado mano de hombre, ni escamondado. Al centro del espacio libre, algunas chozas y, reunidos ante sus puertas, los indios. Al otro extremo del claro, el grupo de emisarios ingleses. Mientras la noche cae y se espesa en la hierba la sombra de los grandes árboles, se encienden fogatas de ramas secas y de hojas. El humo acre y las llamas se alzan en el aire. No es, desde luego, ella también, sino una sombra que sube entre la sombra que cae. Pero cuando la noche ha venido ya, los grandes braseros crepitantes forman columnas de roja claridad, vacilante, que dan color a los árboles extraños y a las bizarras figuras, iluminando las danzas salvajes, los rojos uniformes ingleses y sus brillantes armas. En torno de una de la fogatas se empieza a negociar, es decir, a hablar; pero los ingleses han llevado hasta allí sus panzudos barriles y generosamente, entre discurso y discurso, dan de beber a los indios. En cambio, éstos les ofrendan sus pipas. Cuanto más beben los salvajes, más hablan, y en la noche que se prolonga sus interminables discursos conviértense en balbuceos confusos.

Pacientemente, los ingleses aguardan, pacientemente responden, pacientemente dan de beber. De súbito hacen un gesto, presentan un papel, que con mano vacilante, con los ojos repletos de borrachera y de sueño, los jefes indios firman. Están ebrios, ¿pero hubieran podido nunca adivinar el sentido de esos signos que no comprenden? Apenas el papel queda firmado, y cuando un sello de cera caliente ha sido colocado, los negociadores ingleses abren todos los barriles, dan de beber en abundancia, luego huyendo de las grandes fogatas cuyos resplandores ahora gigantes se unen al delirio de los indios, resbalan por la propicia sombra, llevándose sus papeles. Los indios bailan. Por precio del tratado, se les ha dado whisky, ron, fusiles, pólvora, hachas y pipas. Están borrachos. Disparan sus fusiles, los unos contra los otros. Sangrando y vomitando, se han olvidado de lo que les ha acontecido. Ignoran que han cedido su bosque, que, por lo demás, no sabían que les pertenecía.

Unos tras otros, los diversos rincones de la América del Norte fueron así ocupados por los ingleses, que los adquirieran de los pequeños jefes indios. Estos, que nunca se consideraran, en verdad, como propietarios del suelo, sino como los poseedores de la caza creían conceder a los ingleses el derecho a cazar y, sin medir el exacto valor de esas marcas

y papeles, firmaban al azar y dejaban los papeles a los ingleses, pues desde entonces se consideraban como los únicos dueños legítimos del suelo.

Más tarde, los indios volvían a cazar. Encontraban tala-do el bosque e instaladas las granjas. Ya no había ni espacio ni caza, con lo que antes vivieran. Se irritaban, quemaban algunas habitaciones, mataban a algunos colonos; después sufrían las represalias de los ingleses, virtuosamente indignados y sin piedad; los indios aceptaban entonces negociar, con tal de que se les diera un poco de pólvora y mucho ron.

La pólvora, el ron, los vicios, las epidemias, recibieronlos de los europeos, y ésta fué la antesala de la civilización. Así fué cómo penetró en los bosques y dejó todo en claro. Tras esto, la humanidad moderna, hija de las luces, pudo instalarse, plantar el estandarte del Progreso y poner al centro de las ciudades estatuas de la Libertad, enmarcadas por las imágenes de la Fraternidad y de la Igualdad.

Un virtuoso prelado que poseía una experiencia de la vida y a la que gustosamente se le concede una inteligencia superior, me refiero a Monseñor de Autun, el príncipe de Talleyrand, que visitó los Estados Unidos entre 1793 y 1797, sintióse asombrado de esa dureza que daba a los americanos ingleses la supremacía sobre el de Nueva Inglaterra. La describió en una página célebre que quiero citar aquí:

"El leñador americano".

En varios cantones, el mar y los bosques han hecho de los colonos ingleses pescadores y leñadores. Tales hombres no tienen, propiamente hablando, una patria, y su moral social se reduce a poca cosa. Se ha dicho desde hace tiempo que el hombre es discípulo de lo que le rodea; y esto es verdad; aquel que no tiene en torno suyo sino desiertos no puede recibir lecciones sino de lo que hace para vivir. La idea de la necesidad que los hombres tienen unos de los otros, no existe para él; y únicamente examinando el oficio que ejerce encuentra uno el principio de sus efectos y de su moralidad toda. El leñador americano no se interesa por nada; toda idea sensible está lejos de él: aquellas ramas tan elegantemente lanzadas por la naturaleza, aquel hermoso follaje, un vivo color que anima parte del bosque, un viento más fuerte que ensombrece otra parte, todo esto, nada es; no tiene recuerdo que situar en parte alguna; la cantidad de hachazos que ha de dar para derribar su árbol es su idea única... lo que sale de sus manos no pasa por todas esas etapas tan atractivas para el cultivador; no sigue el destino de

sus producciones; no conoce el placer de nuevos ensayos; y si, yéndose, no se olvida de su hacha, no deja nostalgia ninguna allí donde tantos años ha vivido.

El pescador americano recibe de su profesión un alma más o menos igualmente despreocupada. Sus afectos, su interés, su vida están al margen de la sociedad a que uno cree que pertenece... No aman paraje ninguno; no conocen la tierra sino a través de una mala casa que habitan; es el mar el que les da alimento; así pues, algunos bacalaos de más o de menos determinan su patria. La agricultura produce un patriota en la buena acepción de la palabra; la pesca no sabe producir sino cosmopolitas".

El señor de Talleyrand hablaba muy bien, y su cólera contra los Estados Unidos, a los que no perdonaba el haber dado muy reservada acogida a una dama negra, amiga suya, daba mayor luz a su clarividencia. Tenía razón, el angloamericano fué más "duro" que el francés, y esto le ha servido.

Sólido y duro, el inglés se impuso a la América septentrional, pero no se ha de ver en las descripciones que acabamos de dar y que corresponden a la realidad, una condena o siquiera una acusación. El inglés triunfó en el Nuevo Mundo porque su destino lo había querido así. La debilidad del francés consistió en apegarse demasiado humildemente a tierras que trató como a las de su viejo país, y a las que se esclavizó. La fuerza del inglés fué dominar muy naturalmente a estas gentes y este suelo. Venido de una tierra relativamente pobre, en la que para suplir a la agricultura se entregó a la navegación, a la pesca, al comercio y la industria, encontróse mejor adaptado que nosotros en un continente cuyas verdaderas riquezas debían surgir de la industria, de la pesca, del comercio. Legítimo era que lograrse dominar aquello a lo cual todos sus instintos le capacitaban para explotar.

Conquistó el Nuevo Mundo, que habíamos explorado antes que él y al que, sin duda, hubiésemos podido mejor que él civilizar. Supo cogerlo y conservarlo. Nuestros filósofos, Voltaire a la cabeza, hablaban entonces desdeñosamente de "esas pocas fanegas de nieve", por las que las naciones mejor civilizadas de Europa se entregaban a guerra asesina. Demasiado "iluminados" para preocuparse de los intereses del país, también eran demasiado ciegos para adivinar el porvenir de América. Fortalecidos en su ignorancia y su doctrina, contentábanse con dar lecciones y pre-

dicar el abandono del Nuevo Mundo. Su crédito era grande y la opinión los respetaba; preocupados de defender el suelo de Francia, nuestros soldados estaban prontos a sacrificar la Nueva Francia a la Antigua, nuestros diplomáticos, entregados a combinaciones sutiles como siempre, no comprendían ni la importancia real ni el alcance profundo de sus negociaciones. En vano el rey y los mercaderes lucharon; cedimos el Canadá y la América se tornó inglesa.

En el siglo XVIII, no había para el Nuevo Mundo otra alternativa que Francia o Inglaterra. Italia era un recuerdo, Rusia una esperanza, Alemania una posibilidad; únicamente Francia e Inglaterra eran reales. Únicamente ellas podían colonizar América. Debido al abandono de Francia (y el más grave, el más significativo, no fué el que ratificó la monarquía en 1763, sino el que consintieron Napoleón y la Revolución en 1803, cuando abandonaron la Luisiana), Inglaterra reinó en el Nuevo Mundo. A pesar de las dificultades políticas, que no tardó en encontrar nuevamente entre sus colonos, logró impregnar al continente su cultura, su lengua, su religión y todas sus costumbres sociales. ¿Cómo hubiera podido ser de otra manera? Cuando los colonos ingleses de América se rebelaron, alzaronse no contra el rey de Inglaterra, cuyos derechos legítimos no podían negar, sino contra el Parlamento al que consideraban opresor a causa de sus pretensiones legislativas y de su tasación, pero sobre todo iban contra las Cámaras de Comercio inglesas, las verdaderas responsables de la Revolución de América, ya que habían exigido que se conservara en tutela económica a este vasto continente y con ello llevaron a sus habitantes al último extremo. Los ingleses de América rompieron entonces (1776) el vínculo político que los unía a sus hermanos de ultramar; pero conservaron, cuidadosos, con piedad, con fervor, todos los demás vínculos. Algunos de entre los más celosos revolucionarios sugirieron, sin duda, que sería prudente para emancipar por completo a América el renunciar a la lengua inglesa. Propusieron ya el latín, ya que estaban colmados de espíritu clásico, ya el hebreo, ya que eran tan piadosos. La idea fué tratada con respeto, pero desechada. Hasta se puede decir que el culto por la lengua inglesa fué en los Estados Unidos la característica esencial del país, y uno de los primordiales rasgos del patriotismo yanqui. Mientras las autoridades británicas del Canadá terminaron por tolerar

el uso del francés en la provincia de Quebec, nunca el gobierno americano, ni el pueblo de los Estados Unidos permitieron entre ellos a una población que conservara una lengua extranjera, aunque fuese ésta el francés. El uso de la lengua inglesa hizose una disciplina nacional obligatoria.

Nada tiene más influencia en el espíritu del hombre que las palabras de que está colmado, nada moldea mejor sus gestos y sus actos que las frases; en que se esbozan y concluyen todos los movimientos de su ser. Una lengua es una vasta conspiración entre todos los que la hablan. Implica cierta manera de conducirse, de pensar, de sentir, de soñar y de ser. Forma las costumbres más íntimas de la sensibilidad. Sobre todo si es grande, bella, gloriosa, plena de prestigio, somete a cada cual a su disciplina. Guía todos los espíritus, domina todas las inteligencias, salvo las mayores y a aquellos que, teniendo el hábito de la literatura, juegan con ella en vez de servirla. Pero las masas de inmigrantes negros, irlandeses, alemanes, eslavos, judíos, italianos que vinieron a fijarse en el continente norteamericano no estaban capacitadas para luchar contra el idioma inglés; apenas si hablaban el suyo: seres simples, deformados por el exilio, esclavizados por el infortunio, prestáronse gozosos a esta reencarnación.

La operación fué tanto más fácil cuanto que se produjo en la época en que el mundo moderno tomaba su aspecto definitivo, y en que Inglaterra, la única capaz de conservar su aristocracia, en un mundo en que, por todas partes, se disolvían las minorías selectas, aparecía así a los ojos de todos como un país resplandeciente de grandeza moral y de superioridad social. La burguesía anglosajona de América aprovechóse de la autoridad que adquiría a través del universo su hermana mayor la nobleza británica. Lo hizo muy a gusto, pues no le parecía desagradable el ver imponerse a todos los demás pueblos ese poderío inglés de que ella había ya triunfado y del cual se hacía respetar.

No nos extrañemos, pues, de que los ingleses conquistaran América y allí mantuviéranse como amos, a despecho nuestro: un pueblo que a pesar de la más sangrienta lucha conserva el sentido de su unidad y cuyos trozos, separados por las batallas, las matanzas, los rencores, siguen siendo, no obstante, capaces de colaborar, indefecti-

blemente penetrados de la certeza de su superioridad colectiva, ese pueblo —duro de cabeza, de alma y de puños— es un pueblo de conquistadores.

El crisol

Sin embargo, América era el centro de atracción de todos los descontentos, y Dios sabe cómo los hubo en el siglo XIX. Pudo creerse que la ola humana dirigida hacia el Nuevo Mundo todo lo iba a arrastrar: costumbres, civilización, tradiciones y nacionalidad.

Cada 25 años, de 1630 a 1920, duplicóse la población de los Estados Unidos, y no debido a los habitantes antiguos, sino a los inmigrantes. Todas las primaveras las naves traían de Europa esos miles, esas decenas de miles, esas centenas de miles, esos millones de inmigrantes que el Viejo Mundo vaciaba en la joven América. Llegaban en oleadas, en mareas; los galos primero (a partir de 1719) y los irlandeses protestantes arrojados de su tierra por la miseria, la tiranía, la derrota.

La guerra de siete años, luego las de la Revolución y del Imperio desarraigaron a millares a los campesinos renanos y palatinos. Penn, a fines del siglo XVII, ya había iniciado la inmigración alemana, que se desarrolló poderosa y fecunda; redobló a mediados del siglo XIX cuando las tentativas revolucionarias en Alemania y su fracaso obligaron a los liberales alemanes a abandonar su país. Eslavos e italianos comenzaron a tener considerable sitio en la ola a partir del último cuarto del siglo XIX. Entre 1900 y 1914, más de un millón de emigrantes salían anualmente de Europa a los puertos norteamericanos, y esta gente era en su mayoría rusa, croata, polaca, italiana.

En 1930, existían aún en los Estados Unidos más de 14 millones de americanos nacidos en Europa, cuyos sitios de origen eran los siguientes: Gran Bretaña: 1.400.000; Irlanda: 744,000; Escandinavia: 1.122,000; Alemania: 1.600.000; Polonia: 270,000; Checoeslovaquia: 490.000; Austria: 370,000; Hungría: 275,000; Rusia: 1.150,000; Italia: 1.790,000; Canadá: 1.278,000; etc. Estas cifras enormes son tanto más asombrosas cuanto que después de la gran guerra los Estados Unidos cerraron sus puertas; gradualmente han reglamentado, luego restringido, y en seguida suprimido de hecho el contingente de inmigrantes. Sin embargo, hasta esta fecha, este afluir de hombres y esa

hospitalidad universal habian sido la gloria y la característica esencial de los Estados Unidos. Los norteamericanos se vanagloriaban de que su país fuera el más grande "crisol" (melting pot) que hubiera existido; se enorgullecian igualmente de la generosidad en mantener abiertas sus puertas y de su buen éxito en asimilar tantos elementos diferentes, heterogéneos y antagónicos.

Tierra de Dios, tierra a todos abierta, para todos claramente, la América ofrecía a quien se instalara en ella con valor y celo la ocasión de ganarse la vida y la de su familia, de convertirse en un buen ciudadano, y, con ayuda de la suerte, en el padre del Presidente de los Estados Unidos, ya que la Constitución reserva esta alta función a los ciudadanos nacidos en el suelo patrio. Para recibir estos infinitos dones, no pedía sino docilidad.

Había que trabajar duro y doblegarse al tipo. Fué una gran sabiduría de los anglosajones de América el aceptar todas las razas y todos los colores, sin desechar ninguno; pero el establecerse entre ellos como árbitro y norma. Huyendo de los países de que estaban hartos, de que tenían vergüenza, a los que odiaban por los malos tratos que en ellos recibieran, los inmigrantes tenían prisa en trasplantarse, no pedían sino la ocasión para tornarse en diferentes de ellos mismos y para renovarse. Con prudencia, los anglosajones estimulaban tal tendencia; se les hacía fácil e indispensable aquello que ya estaban tentados a hacer. Cada cual, para convertirse en norteamericano, hubo de hablar el inglés y aceptar la Constitución del país; cada cual, para ubicarse en la vida social hubo de someterse a la sencilla etiqueta, rudimentaria pero obligatoria que los pioneros anglosajones instauraran. Renunciando a la estricta elegancia, un poco rígida e imperiosa de la alta sociedad inglesa, pero rechazando el descuido grasoso del bajo pueblo británico, el ciudadano anglosajón de América, al contacto de aquel vasto espacio sobre el cual reinaba, contrajo un conjunto de costumbres conforme a sus tradiciones, a su orgullo, a su clima. Su imperioso realismo, su sentido de la simplificación les permitieron imponerlo a las demás razas. Su prestigio hizo fácil la tarea.

Cuando las elecciones de 1928, que oponían a M. Hoover y M. Al Smith como candidatos a la presidencia de los Estados Unidos, yo me encontraba en Los Angeles y permanecía en un círculo cuyos servidores eran americanos de raza y origen chinos. El que se ocupaba de mi cuar-

to tenía confianza en mí, de modo que no vacilé en preguntarle, algunas semanas antes de la elección, por quién pensaba votar. Aunque mi pregunta fuese indiscreta, respondió con cortesía: "Por Hoover, ciertamente". "¿Y por qué?" —le pregunté algo sorprendido, pues yo prefería la sonrisa atrayente de Smith al rictus un poco penoso de Hoover, que siempre parecía tener su boca cerrada porque era muy pequeña para estar abierta y expresar otros sentimientos que no fuera la contenida desaprobación. Un poco asombrado de mi estupidez, pero amable como todos los de su raza, el chino me dijo: "Es algo evidentísimo: Smith no es sino un irlandés, mientras que Hoover es un verdadero americano, un anglosajón". Y siguió su faena.

Un código no escrito, pero imperioso, parece dictar a todas las razas establecidas en el continente norteamericano una deferencia instintiva para los anglosajones. Los primeros en llegar a esta tierra aun virgen, han realizado, han mantenido el esfuerzo más duro, han resistido los peligros más apremiantes, han vencido las dificultades más agobiantes. Todos los que llegaron tras ellos son, en cierto modo, unos aprovechadores. No tuvieron más que continuar, que imitar, que recomenzar. Esta anterioridad en el tiempo, esta prioridad en el peligro implican también un avance en la adaptación. Los primeros de entre los blancos, los anglosajones, supieron cómo se había de vivir para subsistir en esta tierra. Crearon los estilos de las casas, de las iglesias, de las bibliotecas, de los coches, de los vestidos y hasta de las telas. Sus pequeños templos de madera y ladrillos pintados de blanco, de flechas agudas destacándose en el cielo de un azul crudo entre los árboles de un verde sombrío y sobre los densos céspedes, tienen la sequedad prudente y graciosa del pionero que no aceptó la camaradería de la naturaleza ni impuso norma arrogante a los objetos que le rodeaban. Tienen una soltura y una seguridad que simbolizan muy bien la importancia adquirida por el anglosajón en el continente, por el que todas las demás razas pasaron sin permanecer, y donde él mismo se impone, pasando.

Las mismas formas tomadas por su cuerpo, pómulos salientes, rostro ovalado, largos y ágiles miembros, evocan — se dice — el tipo que también tuvieron los indios. Sea como sea, esta faz rasurada, ese andar un poco desgarrado pero armonioso, esos gestos angulosos y vivos, esa ropa que no se inquieta en ver desgarrada pero que siempre se esfuerza en tener limpia, esos pantalones a los que no se cansa nun-

ca de dar una línea rígida, todas estas características del anglosajón de la América se han tornado fascinadoras para las otras razas y una necesidad fisiológica para estos habitantes de ultramar. ¿Por qué extraño fenómeno el calabrés de Chicago casado con una siria logra tener hijos de tez clara, de cabellos castaños y piel lisa? ¿Por qué en menos de veinte años el griego y el serbio consiguen moverse, vestirse, guiar su automóvil y gesticular como su vecino, el plomero galo o el político irlandés, que imitan a su vez, cuidadosos, los gestos y el vestir del abogado anglosajón, cuya imponente casa se ve en la esquina de la calle? ¿Por qué desde la fundación de los Estados Unidos, a pesar de los bloques enormes de poblaciones alógenas y de su influencia electoral, nunca se ha visto entre los 32 Presidentes de los Estados Unidos a uno solo que no sea del tipo y de la tradición anglosajona más pura? (1) ¿Por qué entre estos 32 Presidentes no hubo, y no puede haber, un solo católico romano?

Por base de su vida social la América ha aceptado la concepción anglosajona. Todos estos seres venidos de los cuatro rincones del universo, a los que la gran aventura de la inmigración ha separado de sus hogares, de sus orígenes, de sus mismos recuerdos, han contraído avidamente las costumbres anglosajonas que se les ofrecían. Así el ritmo de la vida humana se ha instaurado a orillas del Potomac, del Mississippi, del Hudson, o del río Charles como existe a orillas del Támesis o del Mersey. En la existencia cotidiana y en el rodar de los días, un americano que actúa instintivamente prolonga, continúa, está dentro de la civilización inglesa. Como los domingos de Londres, los de Nueva York o de Boston arrastran sus largas horas piadosas y veladas, tras las cuales se disimulan las disputas, el buen beber y el comer abundante de la familia.

La misma reticencia domina las conversaciones mundanas y fija los límites de la buena compañía. La misma emoción da a los actos religiosos esa tibieza acompasada en que entra tanta familiaridad con Dios y tanto temor del prójimo...

(1) Los Roosevelt y Van Buren tenían sin duda sangre holandesa, pero la unión no tardó en hacerse entre la aristocracia anglosajona y los colonos de "New-Amsterdam". La asimilación de éstos era completa ya en el siglo XVIII.

Todos los héroes epónimos de América, el silencioso Washington, Franklin sutil como Platón y sabio como Solón, Jefferson, que vulgarizó la democracia, Lincoln que la santificó, Emerson, Poe, Whitman, que la cantaron, Henry Ford, Rockefeller, que la acomodaron, todos los creadores o mantenedores de tipos pertenecen a la misma tradición.

El victorioso inglés ha marcado con su sello todos los objetos y todos los seres de los Estados Unidos. Nuestros antepasados llamaban al continente del norte del Nuevo Mundo: "la América inglesa". Y tenían razón.

CAPITULO III

EL CLIMA

El esplendor de América

No hay en la tierra espectáculo más hermoso que una llegada del otoño a Nueva York, que un viaje a Nueva Inglaterra a comienzos de noviembre.

Por encima de los rascacielos brillantes de mármoles, terracotas y dorados, un cielo resplandeciente fulgura, una luz incisiva y liviana parece traspasar todos los seres y entrar en sus corazones. El viento que no cesa de soplar, que no es brutal nunca, hace rodar por los objetos esas sutiles palpitations que no son una disminución de la luz, sino que parecen ser, de incesante manera, un refuerzo de la claridad. Cada uno de los colores en que el ojo se posa es a la vez vivo, crudo, y en secreta armonía con cuanto le rodea. El sol va en busca de las alhajas en los pechos femeninos, las hebillas de metal en el uniforme de los policías, los radiadores de los automóviles, para hacerlos resplandecer y para contestar a la alegría espontánea, a la avidez gozosa que los ojos de los hombres expresan. La luz es sutil y tangible. Acicatea, vivifica, hace estremecer de júbilo, como esas descargas eléctricas que se reciben cuando se toca un botón de puerta, o se acerca la mano a un instrumento de metal. En la mañana, al levantarme, mi pijama crepita en torno de mi cuerpo. Por donde mire, hacia donde me vuelva, está el mismo estremecimiento, hecho de movimiento, de luz, y de un lujo increíble de vitalidad.

Si remonto el Hudson, si me voy por el río de Nueva York a Albany, y si dirigiéndome al noroeste recorro la región que separa Albany de Boston, me sumerjo en los fue-

gos artificiales más espléndidos que la naturaleza haya dado jamás. A lo largo de las riberas del río, y de cada lado de los caminos que tomo, el bosque empurpurado proclama el triunfo del otoño. No se trata, como entre nosotros, de esos matices infinitamente suaves, variados y moderados, de todos los tonos oscuros, los amarillos y los grises que parecen recomendar al hombre el reposo y la resignación. Es, al contrario, una quintaesencia de colores fuertes y contrastantes, pero reconciliados por su misma audacia, que espejean bajo la brisa seca y bajo el sol crudo. Entre el empenachamiento escarlata del arce, que se encuentra de trecho en trecho como el leit-motiv de esta audaz sinfonía, y el aborregamiento bermellón, ocre, concho de vino, rosa, malva, de todos los árboles, de todos los arbustos y de las flores en los jardines, existe una conspiración para invitar al hombre a la alegría, a la audacia, al esfuerzo.

En nuestros climas, el triunfo de la naturaleza viene en la primavera. Entonces todas las fuerzas profundas se despiertan en las cosas y en el hombre, es una alegría insidiosa, placentera, que los lleva al placer y a la acción, a través de peripecias y vacilaciones, que hacen el encanto incomparable de la primavera de la Ile de France en abril, y de la primavera de Inglaterra en mayo. La brutal primavera americana más aturde que estimula. El deshielo, tardío y general, el súbito tránsito del frío al calor, la brusca explosión de las savias, todo ello es demasiado fatigador para que encierre esa suerte de delicias y esa animación que nos da en Europa nuestra primavera. La vida americana comienza en otoño. Entonces es cuando, tras los asfixiantes calores del estio, la vida se reanuda. Todas las empresas establecen en otoño su programa de trabajo, el gobierno prepara su presupuesto. Es la temporada mundana de Nueva York, el concurso hípico, el lanzamiento de los grandes éxitos literarios, el periodo de elecciones, en una palabra, es la etapa de acción en que la vida se renueva. Es la cima del año, la cumbre de la vitalidad humana.

Hay que haber vivido esas semanas de otoño en Nueva York o Boston para conocer hasta qué punto el hombre puede ser estimulado. Mientras que en París es agradable dormir siete u ocho horas cada noche, y Londres, con su nieblas, sus suaves lluvias, su inmensidad confusa y continua, invita a nueve o diez horas de sueño, Nueva York os sacude tras cuatro o cinco horas de buen dormir y os envía de

nuevo a vuestro trabajo como si ya estuvierais descansado, porque os ha rehecho en tan breves instantes.

El clima americano es muy distinto al europeo. Aunque esté situado en la zona templada, conoce un régimen mucho más extremado que el nuestro. Boston, a la altura de Florencia, y Nueva York a la altura de Roma, tienen inviernos infinitamente más fríos que Londres o París, estios infinitamente más cálidos que Nápoles o Sevilla. Comparado con Europa, el rasgo más característico del clima americano consiste en su escala muchísimo más vasta de saltos de temperatura y en su sequedad. La temperatura de verano es en todas partes más alta que en Europa (salvo en California); las regiones más cálidas son las del sudeste (Florida, Alabama, Luisiana) que casi llegan a los climas tropicales. En Texas, en Arizona y en California, donde el termómetro sube a veces hasta 115 grados fahrenheit, la sequedad hace esto soportable; pero en el conjunto del país, las olas de calor que se suceden en estío constituyen un peligro cierto. A pesar de todos los cuidados higiénicos, las insolaciones y las epidemias de diarrea se llevan anualmente numerosas vidas humanas. En cambio, en invierno, y sobre todo en la montañosa región del noreste, se producen olas de frío que no por ser menos dañinas son menos penosas. Los saltos de temperatura que, en toda estación, y sobre todo en otoño, se producen con extraordinaria rapidez, son acaso el hecho más curioso de este clima. También hay que tener en cuenta la repartición de las lluvias. Muy abundantes en el este, lo son mucho menos en el oeste y el centro. En la costa del Pacífico, salvo las lluvias regulares y torrenciales de comienzo de invierno, no llueve casi nunca. En su conjunto, América tiene la ventaja de una gran abundancia de lluvia, con un número relativamente pequeño de días húmedos.

En cuanto a las tempestades, con sus variedades todas: tormentas, borrascas, ciclones, tornados, etc, los Estados Unidos conócenlas mejor que ningún otro país de la tierra. La región de los Grandes Lagos, en el Norte de los Estados Unidos y en el Sur del Canadá (lo que se extiende desde el Maryland y Kansas al sur hasta Dakota y Alberta al noroeste) es, desde este punto de vista, la más expuesta del mundo.

Este continente tan vasto conoce, por cierto, gran diversidad de climas. Si el este vuelto hacia el mar tiene inviernos brutales y estíos tórridos, California se aparece como una especie de país de ensoñación: las estaciones

son apenas perceptibles y de un extremo al otro del año la temperatura igual mantiene una vegetación siempre activa, al menos donde puede encontrarse agua. Pero hay que considerar a California como una especie de jardín, un país de sueño al margen de la nacionalidad americana. Esta se ha constituido en la costa este y se ha formado al contacto con la cuenca del Mississippi. Esta región central, con su enorme extensión desnuda, que enmarcan las cadenas de montañas ubicadas al Oeste y al Este, constituye un amplio pasillo donde los vientos se cuelan. Nada protege allí los diversos distritos de la influencia dominante de las tempestades y las corrientes. Mientras que en Europa la extraordinaria complejidad del sistema geológico, el enlazamiento de las montañas, de los valles, de las depresiones, crean millares de rinconcillos amparados, donde se encuentran todas las variedades de los diversos climas, en América reina una relativa simplicidad, y no es imprudente el aplicar a todos los Estados Unidos las conclusiones formuladas por un autor de ultramar (1). "Los habitantes de la región occidental y central de los Estados Unidos son más nerviosos y activos que los habitantes de Europa —pero no, necesariamente, más realizadores— a causa de las condiciones esenciales de su clima. Sucesivamente, se ven estimulados y reposados por las variaciones tan frecuentes de la temperatura diaria, y se les puede comparar a caballos conducidos por experto cochero. La primavera y el otoño, el efecto combinado de una temperatura ideal de las variaciones cotidianas intensamente vivificantes, los estimulan y los mueven a un increíble despliegue de energía. Luego viene el tórrido estío, el invierno riguroso, ambos debilitadores. Sin embargo, la gente no disminuye su actividad, sobre todo en invierno. Para mantenerla al mismo nivel, recurren a su energía nerviosa y así se agotan. Son comparables a caballos que, impacientes de partir, mordisqueando su freno, y rápidos para iniciar la carrera, apenas se les da el menor espolazo se goza en galopar con todas sus fuerzas Y luego, detenidos en mitad de su carrera, vense obligados a apoyarse y se hieren. Alemania se encuentra en análoga condición, aunque en menor grado. Inglaterra, aparentemente, está más cerca del clima ideal que ningún otro país. En toda estación, la temperatura es estimulante, tanto a causa de las tempestades renovadas como a

(1) "Civilisation and Climate", de Ellesworth Huntington.

los cambios moderados de las estaciones. Nunca, sin embargo, la atmósfera de las Islas Británicas alcanza esos extremos que provocan la tensión nerviosa tan característica de la vida de los Estados Unidos".

Bajo la influencia brutal y sabrosa de este clima, la raza humana que audazmente se lanzara a este territorio vacío adonde llevara sus cualidades antiguas y sólidas, tales como el país, la historia y la civilización de Inglaterra se las diera, esta población no tardó en convertirse en nación original. A ella la vemos ahora instalada entre el Atlántico y el Pacífico, los Grandes Lagos y el Golfo de México. Este pueblo no es solamente el pueblo inglés de América, es el pueblo americano. Esta triple intimidad de un hombre con la tierra y el aire debe su fecundidad a la acción del tiempo. Antes de examinar lo que es el norteamericano de hoy, veamos cómo ha llegado a esto a través del martilleo de sus otoños y sus primaveras, de sus inviernos y sus estíos.

La unión del hombre con su cielo

El hombre, ávido de tierra, y contento de encontrarla en este nuevo continente, sintióse en un principio inquieto de este cielo que no conocía y que le pareció hostil. La intimidad comenzó mal. Los indios, flacos, sucios, mezquinos y miseros, encontrados por los primeros colonos de América, no les ocultaron los peligros de las costas malsanas; pero pronto los blancos tuvieron una personal experiencia. Las orillas de esta soledad bordeada de rocas, repleta de árboles y sembrada de pantanos, ofrecían una hospitalidad descorazonadora; se trate de Massachusetts o de Virginia, la muerte estaba por todas partes acechando. Bajo la brisa del norte, los emigrados se enfermaban del pecho; con el calor del sur, atrapaban fiebres y morían de anemia. Más de la mitad de los pasajeros del "Mayflower" murieron el primer año. En Virginia, de seis domésticos importados, cinco terminaron a un mismo tiempo. En octubre de 1609, 500 colonos había establecidos; en mayo de 1610, no quedaban sino 60. Evelyn escribía: "Los viejos virginianos afirman que durante los primeros años de la colonización la enfermedad se llevó a 5 mil personas". En Nueva Inglaterra, durante el primer invierno, si no se hubieran encontrado las reservas de los indios, todo el mundo habría muerto de hambre. En 1636, 1.000 personas perecieron de inanición en Virginia, según se dice.

La mortalidad se hizo menor cuando las colonias se tornaron más numerosas, más sólidas, y fueron mejor avitualladas; pero los principios resultaron tristes y desastrosos.

No puede uno extrañarse, en tales condiciones, de que la América del Norte tuviera en Europa mala fama. A pesar del entusiasmo de los filósofos por los salvajes y sus soledades, pronto quedó establecida una corriente de opinión hostil al Nuevo Mundo. No fué, primero, sino un sentimiento; pero la ciencia le prestó armas, como hace siempre allí donde hay pasiones.

Un eclesiástico erudito, el abate de Pauw señalóse por la violencia de sus ataques, el rigor de su sistema, y la amplitud de sus demostraciones. Según él, América era un continente muy recientemente salido de las aguas. El diluvio se había producido allí más tardíamente y había demorado más que en las demás partes del universo. De aquí que la tierra fuese tan húmeda; no había tenido tiempo para secarse. Y los resultados eran deplorables. La raza humana y todas las especies animales, en esta atmósfera debilitante y malsana, nunca llegaban a una talla que en ellos era normal en Europa. Nunca los animales, ni los hombres, podían tener el número de hijos acostumbrados en el Viejo Mundo; de una manera general, carecían de virilidad. Y el buen eclesiástico, que tenía el espíritu demasiado científico para retroceder ante los detalles concretos, no vacilaba en decir que la visible falta de pelos en el cuerpo del indio era del peor augurio para la satisfacción de los legítimos deseos de las damas indias.

Aún más, aseguraban que esta debilidad se encontraba también en los vegetales, las frutas, y todos los productos de la tierra americana; las flores poseían menos perfume, las manzanas tenían menos sabor, las legumbres menos gusto que entre nosotros.

Esta teoría no dejó de impresionar al mundo sabio y a los universitarios del siglo XVIII. Los mejores espíritus se dejaron cazar y Buffon, en particular, reprodujo en su grande obra, tan seria y digna de crédito, una parte de los argumentos de Pauw. La leyenda circuló y tornóse pronto en una verdad generalmente aceptada: el clima americano era demasiado malo para prometer a las criaturas y las bestias un normal desarrollo.

Este rumor molestó mucho a los viajeros americanos que residían en Europa. Irritó a los diplomáticos y hasta les pareció un peligro cuando, a fines del siglo, vinieron a Francia en busca de un apoyo contra la corona de Inglaterra.

Benjamín Franklin y Thomas Jefferson eran demasiado astutos y patriotas para tolerar mucho tiempo tan desagradable teoría; no obstante, a pesar del inmenso crédito de que gozaban en los salones, las calles y las antecámaras de París y Versalles no podían luchar contra este murmullo vago y universal que atacaba a su país y denigraba su vitalidad. Cuando un escritor de moda, el abate Raynal, tomaba por su cuenta estos rumores, aquello sobrepasaba ya el límite. Y Franklin se decidió a actuar. En su linda casa de Passy, que desde su altura dominaba la ciudad de París y sus innumerables campanarios, y en la que el sabio desarrollaba una vida de actividad intensa, de sutiles intrigas y de brillante mundanalidad, invitó un domingo a comer al buen abate Raynal, y también invitó a un grupo de franceses y de americanos. Para honrar a su huésped, lo colocó frente a él, y la conversación se entabló entre plato y plato, que servían sencillos criados. De súbito el sabio de Filadelfia pidió silencio y, obteniéndolo, pronunció un caluroso discurso en homenaje al filósofo francés. Lo terminó con un apóstrofe. "Tenéis —le dijo a Raynal— aquí una ocasión para verificar una de vuestras teorías, y como poseéis un espíritu prudente a la par que curioso, no dejaréis de hacerlo. En vuestro libro, pretendéis que el clima de la América debilita a la especie humana y que los hombres allá no alcanzan el mismo desarrollo que en Europa. Para permitirnos comprobar esta verdad, he invitado a cinco de mis compatriotas y a cinco de los vuestros. Los primeros están colocados del lado mío, en la mesa, y los otros del lado vuestro. Levantémonos y comprobemos". Todos obedecieron. Y se asistió a un curioso espectáculo. Benjamín Franklin era muy grande, y como siempre había vivido bien, no carecía de anchura; el abate Raynal era un filósofo pequeñito que a pesar de su gruesa peluca no llegaba al mentón a Franklin. Y el malicioso legislador de Filadelfia había invitado a un grupo de la misma talla de Raynal, mientras todos los americanos eran unos gigantes. La demostración habría sido definitiva y Franklin habría podido pensar que había alcanzado su objetivo, si el eclesiástico, testarudo, no hubiera declarado rotundamente que en filosofía hay que desconfiar de los hechos y de los ejemplos, pues lo principal de todo son las ideas. Entre filósofos, también hay que desconfiar de las vanidades que pueden herirse, pues de nada sirve conven- cer a quien se niega a ello.

Aún en la hora actual, difícil es discernir si Raynald tenía razón, o si Franklin era el mejor informado. La débil resistencia de los indios ante los colonos ingleses de la América bien parece indicar en ellos una carencia de fuerzas, una deficiente energía, una insuficiencia de recursos. La avidez con que se lanzaron sobre el alcohol y los estragos que éste produjo entre ellos, sin que nunca pensarán en reaccionar por sí mismos, revela en ellos una mezcla de infantilismo y de imprudencia que no los honra. En fin, los postreros especímenes que se pueden ver aún en los Estados Unidos o en el Canadá, a pesar de los cuidados de que son objeto, dan bien la impresión de una raza fatigada, sin grandes defensas y sin posibilidades.

Los europeos resistieron mejor y lejos de dañarles la dureza de las circunstancias y la misma insalubridad pres táronles servicios. Eliminaron a los más débiles, tornaron aguerridos a los otros; les obligaron a tomar precauciones cuya recompensa vino en seguida. Muy pronto, para luchar contra los miasmas, para protegerse contra la suciedad de los indios, para poder resistir la humedad, la niebla, y para bastarse en las fatigas múltiples de la vida de pioneros, los americanos viéronse obligados a adoptar métodos sanitarios todavía ignorados del Viejo Mundo. Los inmigrantes y los viajeros de la época anotan esta tendencia ya desde el siglo XVIII. En una época en que el campesino europeo vivía principalmente de sopa, y a menudo iba descalzo, el cultivador americano había tomado ya la costumbre de comer diariamente carne y de no salir nunca sin zapatos de su casa.

La limpieza de las casas y la de los cuerpos, la costumbre de renovar de continuo la ropa interior y de cambiar fácilmente de habitación, la de no vacilar en quemar el bosque para sanear un lugar cualquiera, o de mudarse cien kilómetros más allá en busca de un sitio más agradable, todo esto señaló la vida de los primeros habitantes. Se necesitaron, no obstante, muchos años para triunfar de todos los obstáculos que el clima de los Estados Unidos ponía a la civilización. A fines del siglo XVIII, cuando se amontonaban en precarias ciudades de madera y ladrillo masas de emigrantes venidos de Irlanda, de Renania y de las Antillas, las epidemias de fiebre amarilla estallaron y se multiplicaron hasta el punto de desolar y aun diezmar la población de Nueva York, la de Baltimore, y todavía más la de Filadelfia (1792-1800). No se logró el triunfo

sino en el siglo XIX, cuando se secaron los pantanos que rodeaban estas ciudades y se destruyeron los mosquitos que las infestaban. Gracias a los recursos dados por el comercio marítimo, la pesca, la banca y pronto también por la primera explotación de las minas, los Estados del Norte consiguieron crear para cada hombre un bienestar tal que lejos de deprimir al individuo el peligro del clima, le movía a fortalecerse. La población flotante, que avanzaba por el desierto y arrasaba los bosques, era también un medio de mantener la fuerza física de la nación. Esta vida de pionero obligaba a los más violentos esfuerzos musculares a las mayores privaciones, y llevaba a un régimen que engendraba atletas o mártires. Así el oeste, como el noroeste, contribuyeron al mejoramiento progresivo del tipo americano. Lo mismo ocurrió con las clases más holgadas de la zona sur, donde el propietario blanco rodeado de sus esclavos, viviendo entre sus plantaciones, podía garantizar a su propia persona, a sus hijos, a sus servidores blancos un lujo que de ellos hacía una raza aristocrática. Unicamente los blancos pobres, instalados en pequeñas granjas, sin esclavos y relegados generalmente a la zona del interior, estaban entregados a la miseria física al mismo tiempo que a la pobreza. El destino ya les había condenado cuando la guerra de secesión (1861-1865) vino a aumentar su desnudez y a trastornar definitivamente el equilibrio ya frágil de su vida precaria.

Después de esto, en la América nacional, en que triunfaban los colonos de Nueva Inglaterra, no quedó sino esta raza de hombres robustos, bien hechos, de alta estatura, de rostro alargado, de miembros largos, de salientes pómulos, que constituyen el tipo norteamericano de hoy. Obligado por su clima a ser un aristócrata o a desaparecer, el norteamericano se convirtió en un escogido de este mundo.

El hombre de América y su aureola

Se ha reunido con su primo de Inglaterra.

En el siglo XX, el inglés de Gran Bretaña y el anglosajón de Norteamérica se consideran y son considerados como los dos últimos aristócratas vivos. Por medios opuestos han realizado un análogo destino. Sin embargo, sus vidas son diferentes. Encerrado en su isla que nadie nunca ha podido conquistar, que ningún ejército extranjero ha

invadido desde 1066, el inglés sigue llevando esa vida regular y monótona, al amparo de peligros bruscos y de emociones violentas, que fuera su suerte desde hace nueve siglos. No tiene nada que temer, salvo de sí mismo. Defendido por el cinturón de sus mares brumosos, por sus flotas gigantescas y por las riquezas acumuladas en veinte generaciones, puede amenazar a los otros, y no se le puede poner en peligro. Cuando entra en conflicto con otros pueblos, éstos arriesgan su vida, mientras que él no arriesga sino reducida parte de su oro. En esta lucha desigual le es fácil mantener su serenidad y enloquecer al adversario. Su fuerza más grande hecha está de esta calma, que le permite enfrentarse con genios superiores como Luis XIV y reducir a héroes sobrehumanos como Napoleón I. Su formidable poderío reside en esta continuidad, en esta calma y sus inagotables recursos, siendo el más precioso de ellos la costumbre tomada por su pueblo de resistir, de fiarse en esta capacidad suya y de saber esperar los resultados de su resistencia. Sumido en sus angostas riberas, su existencia cotidiana se desenvuelve como un continuo rosario, monótono y regular, nada viene a interrumpirlo, reposa en un lecho denso de paz, de seguridad, de holgura y de calma.

Cada generación, al pasar, agrega algo al capital del país y a su seguridad. Ahora el inglés percibe a lo lejos las agitaciones del universo y las revoluciones mundiales como un espejismo ilusorio y agradable, mientras encuentra en su hogar el sentimiento de lo real unido al sentido de la estabilidad. A fuerza de verse inmutable, se siente fuerte y verdadero. Cogido en una peligrosa aventura que no ha cesado de exigirle toda su energía, el norteamericano no ha podido escapar al sentimiento del esfuerzo, ni al del peligro; su sentido de su personalidad y su percepción de lo real han tenido por bases estas impresiones profundas. Pionero, ha sufrido el embate de las tempestades y de los ciclones, el asedio de los prolongados inviernos y el agotamiento de los veranos tórridos. Inmigrante, se ha estremeado bajo las brisas brutales, nuevas para su cuerpo y turbadoras para su espíritu. Ha conocido a los hombres, a los seres y los objetos por la resistencia que le oponían; conquistador, se ha habituado a acampar en el mundo y en su propia existencia. Ha debido plegarse a la disciplina de un suelo nuevo, aceptar el ritmo de insólitas estaciones y dejar que jueguen en él fuerzas que violentaban su

ser. De ello ha sacado su elasticidad, su desarrollo, y sus riquezas, que forman su bien; cree tanto más en sí mismo cuanto más íntimamente mezclado está en la lucha; el paroxismo de su ser está hecho de contrastes, de contradicciones y combates. La exageración del "yo" en un inglés es una especie de adormecimiento; en el norteamericano, una forma de delirio. Cada región, cada pueblo, cada raza se hace la felicidad a su manera. Para los unos, el calor generoso y regular del sol expande por sobre ellos y en ellos una tibia vitalidad, igual, serena, que les adormece, procurándoles un latente placer, al que vienen a agregarse las mil pequeñas impresiones de fuera que el ser puede captar y puede gustar en el sencillo recogimiento de la distensión física. La flojedad del napolitano o del siciliano, que evita los movimientos para mejor apreciar la dicha con que le gratifica, generosa, la naturaleza, no es diversa en su esencia al recogimiento espiritual que se impone al místico cuando se juzga llegado lo bastante alto como para aguardar pasiva y heroicamente los dones de la divinidad.

Bajo otros cielos, el ser humano, habituado a la lucha, obligado a endurecer su piel contra los hielos y las tempestades, de tender su voluntad contra las dificultades y las sorpresas, no puede conseguir esta beatitud pacífica: su epidermis es demasiado dura y demasiado rígida su contracción para que entre él y el estremecimiento profundo de la naturaleza se establezca este contacto. No puede dejar que circulen por él las savias de fuera; mientras que la piel del meridional parece tan fina que lejos de separarlo del mundo externo lo une y le hace participar en todas las palpitaciones de las plantas, la del hombre del norte es dura y su placer no puede venirle sino de una exaltación del esfuerzo.

Esto es verdad en todos los climas septentrionales, y aún mucho más en los Estados Unidos. Mientras que la voluptuosidad de sentir excluye en los trópicos la acción y la tensión, éstas son las condiciones indispensables de la alegría en Suecia, en Noruega, en la Rusia del Norte, en los Estados Unidos; pero en la América esta alegría es más intensa, pues el clima, que exige estos esfuerzos, los facilita al mismo tiempo por el impulso que da a todas las fuerzas del ser. Hace, pues, a la par, necesarios y fáciles todos los paroxismos. Hace de la acción el juego supremo y más encantador. Expande por todas las clases, tan-

to en el plomero como en el sabio, en el jugador de fútbol como en el ladrillero, esta embriaguez de la acción. El europeo que asiste a estas extrañas y majestuosas partidas de fútbol norteamericanas en que, frente a frente, jóvenes gigantescos, protegidos por cueros y acolchados de algodón, se miden de una manera pesada y rápida bajo el sol deslumbrante del otoño, llega a concebir la ebriedad de este deporte. La pelota no vuela, liviana, de un extremo a otro de la cancha, como entre nosotros. Si así lo hace, es accidentalmente; el verdadero drama de la partida lo constituyen esos dos bandos amontonados de cada lado de la pelota y que se lanzan el uno sobre el otro, penetrándose, tensas sus energías y exagerando su peso para golpear lo más brutalmente posible a los que se le oponen. Estos altos cuerpos jóvenes, los más robustos, los más intactos y poderosos que la juventud americana pueda tener, sienten la agria e incomparable voluptuosidad de chocarse con el máximo de brutalidad contra otros cuerpos tan robustos como ellos. En América, la voluptuosidad es un choque.

Es por medio del aprovechamiento vertiginoso de su fuerza, con todo lo que esto encierra de caballeresco, de razonable y también de útil para un país en que todo está por construirse, cómo el norteamericano realiza su destino y conquista su felicidad. En este juego no puede dejar de gastarse. Pero el desgaste mismo, con la violenta distensión que implica, es también una voluptuosidad. Cada cual, del otro lado del océano, necesita la explosión para sentir la vida en su intensidad, y para poder rehacerse en la intensidad de la fatiga. La existencia en América está hecha de una serie de explosiones, podría decirse que este país, semejante a los automóviles, es un motor de explosión, que tras la apariencia de un movimiento continuo se mueve gracias a una serie de choques sucesivos, repetidos, incansables.

Se trate de diplomacia, de política, de comercio o de vida sentimental, el norteamericano siente siempre en un momento dado esta necesidad de vehemencia. A veces son grandes declaraciones, confesiones, denuncias, lo que se llama un "show-down". El norteamericano vive en lo sensacional, la crisis es un elemento necesario para su salud, así como la uniformidad es indispensable al inglés. Siempre llega el momento en que el banquero, cargado de millones y de éxitos, el político, al que los periodistas agui-

joneados por su gloria, no dejan en paz de día ni de noche, la linda mujer de moda, que no ha podido ni almorzar, ni comer, ni cenar en casa durante seis meses, el predicador en boga, al que las almas sedientas reclaman a cada minuto, de día y de noche, para que les predique la palabra santa, la modista, cuyos modelos son pedidos telefónica y telegráficamente desde los cuatro rincones del país, después de haber hecho resonar y vibrar todas las ciudades norteamericanas con el eco de sus nombres, llegan por fin a aquello que, de hecho, es el más alto grado de la gloria y la satisfacción, a lo que les confiere en un triunfo la postrera aureola, la suprema consagración: la crisis nerviosa (nervous break-down).

De todas las instituciones del Nuevo Mundo ésta es la más saludable y útil. Permite al hombre, a quien el brillo de su felicidad o de su infortunio enloquecería, y el zumbido de su reputación entontecería para siempre, el reconquistar su humanidad, el defenderse contra los demás, contra sí mismo y contra su destino. Gracias a la crisis nerviosa, el hombre y la mujer norteamericanos pueden tocar tierra, volver luego a partir. Esta fórmula no es una coartada sino una justificación. Este resultado no es un fracaso, sino una realización. Uno de nuestros poetas decía años: "Quisiera morir completamente desesperado"; cuando el norteamericano consigue gastar por entero sus fuerzas, siente el mismo género de satisfacción moral.

Tierra de grandes huracanes, y de auroras boreales, patria de ciclones, de rascacielos, de empresas gigantescas y de entusiasmos cósmicos, Norteamérica ofrece a la vieja y prudente Europa, donde los hombres nunca han osado darle todo de su suelo, la imagen de un continente en que la tierra y los seres se han unido con tal intensidad, creadora y devastadora, que no han cesado de arrancarse de sus entrañas sus más íntimos recursos. Nunca se había visto en la tierra un ritmo semejante, y nunca para adquirir tanto el hombre había gastado tanto.

CAPITULO IV

L A L E Y

Nacimiento de la ley

El otro día, cuando iba yo a cruzar una calle, en Burlington (Vermont), un hombrecito gordiflón, cuya cabeza se cubría con un gorro de lana azul con borla amarilla y cuyo vientre estaba adornado con un grueso cinturón de cuero blanco, me detuvo con gesto imperioso. Me hizo aguardar a que los niños de una escuela hubiesen atravesado la calle, y en seguida me autorizó a continuar mi camino. Todos sus movimientos eran llenos de autoridad, y a pesar de la dignidad escasa de su nariz mal sonada, su barriga era tan gorda y brillante bajo su blanco cinturón, que parecía tan imponente como un policía de sesenta años; sin embargo, no tenía nada más que diez y era, sencillamente, "escolar sargento de guardia", miembro de esa voluntaria milicia que se organiza para facilitar la vuelta de los niños a su casa, después de la escuela. Resplandecía de importancia y orgullo. En vez de jugar a los gendarmes y los ladrones, este niño jugaba a la ley y estaba encantado.

La ley es uno de los mayores placeres de ultramar. Todo el mundo la acepta, todo el mundo habla de ella, todo el mundo la aplica y todo el mundo la infringe. Es uno de los más curiosos espectáculos, uno de los fenómenos más pintorescos y más importantes de América. Es muy diferente a la de Inglaterra, que lleva peluca, y a la de Francia, que ha conservado la toga romana y la capa del magistrado. Está en todas partes, bajo mil formas, y a Proteo se asemeja. Aparece como un producto de la naturaleza y del

hombre, y es digna, para quien desee conocer a los americanos, de una atenta observación.

Al comienzo de América, no hubo ley. Y esta fué, sin duda, una de las contradicciones que después permitieron su feliz desarrollo. Los colonos que abandonaban el Viejo Mundo para venirse al Nuevo, deseaban, principalmente, que se les dejara tranquilos; no fueron como los colonos de las ciudades griegas antiguas, que se llevaban con ellos, cuidadosos, los dioses de sus antepasados y un código redactado por algún sabio famoso o algún filósofo de prestigio. Viniéronse lo más pronto y lo más discretamente posible, y trajéronse el menor número de reglamentos que pudieron.

El gobierno inglés no se ocupó de dárselos. Después de todo, el gobierno de la Madre Patria no se ocupaba de aquellos aventureros. No tenía escrúpulos a su respecto. Por inmorales que sean los hombres y poco sensibles a las realidades espirituales, los Estados son siempre más deshonrados, impúdicos, mentirosos y, para decirlo de una vez, más groseros que los hombres pueden serlo. El Estado inglés de los siglos XVI y XVII no era una excepción a esta regla. Si veía gustoso a súbditos británicos embarcarse para América, no era en absoluto por preocupación de su pureza moral, ni siquiera de su bienestar físico. Se trataba, para él, de procurarse pez, alquitrán, troncos de abetos, tabacos, y demás productos que necesitaba para su flota, para sus manufacturas y para su comercio. Satisfaciale el cambiar individuos turbulentos por objetos útiles. Era una operación comercial, fría, cínica y sistemática.

Con estos audaces individuos Gran Bretaña guardó, pues, una actitud bastante despegada, y utilitarísima. Las cartas que les concedió fueron grandilocuentes, pero llenas de prudencia; dióles el derecho a expandirse por los vastos espacios, pero no les concedió apoyo ninguno; no pudo, pues, imponerles regla ninguna, salvo la de ganar dinero y reservar a la Madre Patria el corretaje de sus operaciones. Si el monopolio del comercio no hubiera sido uno de los dogmas de la época, ningún gobierno habría pensado dejar a sus súbditos que se expatriaran. Pero ya que se pensaba obtener utilidades de su audacia, de buenas ganas se les veía tentar suerte. La lejanía, las dificultades de las comunicaciones, las revoluciones de Inglaterra en el siglo XVII no debían dejar al rey la manera de ejercer la autoridad que sus súbditos le reconocían; de hecho, pronto viéronse

en la obligación de gobernarse a sí mismos, y los "gobernadores reales" que se les enviaron, pronto advirtieron que era mejor para ellos el hacer la voluntad de sus administrados, entre los cuales vivían, a 4 mil kilómetros de Inglaterra, que la del rey, de la que les separaba un océano. Antes de que hubiera democracia en América, hubo independencia personal y colectiva.

Los americanos fueron libres porque estaban lejos, porque estaban solos y porque se les necesitaba, más de lo que ellos necesitaban a los otros. Les fué, en suma, posible hacer lo que se les antojó, en la medida en que permitíaseles la dura ley de las cosas. Mientras Europa vivía en la calma y las facilidades resultantes de una civilización antigua, siempre precaria, pero siempre protectora, los ingleses de Norteamérica, sin nada para protegerse, estaban rudamente expuestos a las necesidades de la naturaleza. El triunfo, que de ellos se esperaba, y que ellos deseaban tanto para sí mismos como para el Estado, les constreñía a someterse dócilmente a la necesidad material: obligados a mantenerse en un continente hostil, a sobrevivir a mil peligros, a producir cosechas fructuosas en un mundo hasta entonces estéril, hubieron de dar una extremada atención a la realidad física, que sin ello los hubiera aplastado.

Por esto muchos se han sentido chocados. A menudo se ha acusado a los norteamericanos de materialismo. Ellos mismos no han disimulado que, en su vida social y para su cotidiana existencia, hacían pasar a primer rango estas cuestiones prácticas. ¿Pero no fueron éstas las actitudes y la orientación de todos los pueblos desde 1730? En el curso de los dos últimos siglos, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, ¿no se han visto cada vez más preocupadas por los problemas económicos y dominadas por sus exigencias? La única diferencia con Norteamérica consiste en que ella los abordó directamente y reconoció con brutal franqueza la primacía de lo económico. Por lo demás, esta rectitud compensaba, en parte, lo que esta decisión tenía de cinismo. En una época en que, bajo la influencia del espíritu crítico y del lujo sin cesar creciente, el dominio de la vida espiritual se restringía día tras día y la inteligencia, orgullosa de su práctica eficacia, no vacilaba en adoptar el escepticismo más impúdico, el norteamericano, cuidadoso de seguir las reglas exactas que le imponía la realidad material, fué menos divagador, menos extraviado, menos negativo que la mayoría de los franceses, de los ingleses, de los alemanes.

Al abrigo de antiguas civilizaciones, éstos podían a la vez proclamar su refinamiento y perseguir con sus burlas, sus negaciones y su ignorancia insultante todas las realidades espirituales y tradicionales sobre las que se edificaban las civilizaciones que aún les amparaban, el americano, obligado a batallar cada mañana por su vida cotidiana, no podía permitirse tales juegos. Ese mundo de sueños que el romanticismo literario y poético, que las especulaciones filosóficas y "científicas" crearon en la Europa del siglo XIX, no penetró en la América. Esta conservó el idealismo como un lujo, pero aplicó a su vida cotidiana las reglas que le revelaban sus enemigas íntimas, las cosas, en la lucha diaria que les unía. El gusto y el instinto del trabajo, el sentido de la iniciativa, la necesidad del entusiasmo, el placer y la necesidad del riesgo, el papel necesario de una autoridad firme en todas las empresas, éstas fueron las lecciones que las cosas dieron a los americanos durante el siglo XIX, y que hicieron de ellos, ante los europeos embriagados de especulaciones tan abstractas como arbitrarias, hombres, vivos, reales, duros y poderosos.

Al contacto de la naturaleza, todavía virgen y erguida para resistirle, el americano contrajo una especie de paganismo, se vió instalarse en los Estados Unidos un respeto religioso de lo real, de la materia viva y de todas sus fuerzas, a las que hay que arrancarles por la violencia los objetos de que el hombre necesita para vivir, los recursos que hacen de él un rey de la creación, las reservas que le garantizan su seguridad y consagran su gloria. En una época en que los hombres más inteligentes de Europa, embriagados por sus palabras y por las visiones de su espíritu, imaginaban que les bastaba organizar la existencia política de sus hermanos para darles la felicidad perfecta y protegerlos contra todos los peligros, los más sabios de los americanos, de acuerdo en esto con la masa americana, pensaba que en el dominio de la política debe ser lo más restringido posible, pues el hombre en su lucha por la vida y para dominar la naturaleza debe conservar su agilidad, su libertad de movimientos y ha de permanecer lo más desnudo posible. Mientras en Europa el instinto social tornábase en algo así como sinónimo de instinto político y que cada vez más se hacía de todas las dificultades unos problemas constitucionales, el americano, al contrario, reducía la política al mínimo y su prudencia le movía a relegar el Estado al más estrecho marco.

Las primeras cartas que el gobierno inglés dió a los colonos de Virginia, Massachusetts y Nueva Inglaterra, no eran sino rudimentarios reglamentos; éstos les bastaba a los emigrantes que no podían más y que se opusieron en lo posible a los esfuerzos de la corona para multiplicar, precisar y definir los vínculos políticos que unían a América con Inglaterra y a los colonos entre sí. Esta tendencia se mantuvo durante más de dos siglos. Cuando, irritados de ver al Parlamento de Inglaterra legislar a sus espaldas, los americanos rompieron sus relaciones con la Madre Patria, y les fué indispensable darse gobiernos locales, siguieron los mismos procedimientos. No se apartaron de ellos tampoco cuando en 1788 redactaron su Constitución Federal.

La más original característica de la Constitución de los Estados Unidos consiste en esa tendencia a definir estrictamente los límites de su propio poder. De todos estos grandes y famosos documentos, es el más breve y el menos complicado. Bryce pretendía que se le podía leer en voz alta, con sus correcciones, en 28 minutos. Trata de inmiscuirse lo menos posible en la vida y las ambiciones del individuo; hasta podríamos decir que tiene menos respeto por la democracia que por el ser humano. Limita, desde luego, la influencia del poder colectivo sobre el individuo. Para discernir la originalidad de esta actitud, hay que recordar que el siglo XVIII había hecho un fetiche del gobierno y tenía una fe ciega en las constituciones. ¿No era Turgot el que exclamaba: "Dadme buenas leyes y os daré hombres virtuosos?" Discreta y prudente, la Constitución de los Estados Unidos practicaba el respeto de las personas y el de las instituciones ya establecidas; reducía su dominio al mínimo, a los puntos esenciales de la vida política y administrativa. No contenía sino 7 artículos:

- El primero sobre el Congreso y sus poderes;
- El segundo sobre el Presidente y su autoridad;
- El tercero sobre la Justicia y su organización;
- El cuarto sobre las relaciones entre los Estados;
- El quinto sobre la manera de enmendar la Constitución;
- El sexto sobre la supremacía de esta Constitución,
- El séptimo sobre la ratificación de la misma.

Ningún país ha conseguido nunca definir y limitar más estrechamente el papel de la política; era rechazada del dominio social, intelectual, religioso y emotivo. Hasta la vida

económica se le escapaba y no era mencionada sino indirectamente. En contraste con todos los demás legisladores, de Solón a Lenin, los americanos parecen haber carecido de la imaginación necesaria para crear un documento grandioso; sea sabiduría, sea prudencia, se contentaron con seguir de lejos las mejores normas políticas de la época. Esta reserva, esta moderación, este respeto por las realidades de la vida formaban extraño contraste con la producciones brillantes y fantásticas de los legisladores franceses entre 1789 y 1803. (Cinco constituciones de cincuenta páginas cada una, sin contar los esbozos y los proyectos de constitución). Los filósofos franceses no podían consolarse de que los americanos no les hubiesen consultado. Tenían mil sugerencias brillantes que hacer para mejorar y alzar el tono del documento. Los mismos americanos se avergonzaban un poco de este flacucho bebé. El sabio y viejo Franklin escribía entonces a sus amigos de Europa unas cartas humildes y apologéticas, para hacerles compartir su esperanza de que con los años la Constitución se completaría y mejoraría.

Nada de ello fué. La Constitución que siguiera de lejos las teorías de Montesquieu sobre el reparto de los poderes y las tradiciones de la ley inglesa sobre la independencia individual, era por sobre todo el producto del suelo y de la raza americana; su más grande cualidad es aún ese ancho espacio libre que deja al desarrollo de la iniciativa personal y de la originalidad nacional. Parece un simple esbozo junto a las constituciones europeas, que forman enciclopedias morales, sociales y políticas para las naciones que las poseen. La Carta americana afirma poco, no hace elecciones exclusivas y definitivas; deja al porvenir plena latitud y transmite a las generaciones futuras una rica herencia sin hipotecas.

El poder de la Constitución americana ha residido en la brevedad de sus órdenes y en la vastedad de su silencio.

El hombre y su ley

Se juzga a la América un pueblo joven, se le atribuye un carácter infantil. Sin embargo, la Constitución de los Estados Unidos es, en la hora actual, la más antigua del mundo. Desde que viera la luz (1788), Francia ha cambiado de constituciones unas veinte veces. Alemania unas diez, Italia otro tanto, Inglaterra ha renovado la suya, y todas las demás naciones europeas han participado, con

afán emulador, en este concurso de composiciones políticas. Unicamente América se ha atenido a su fórmula de 1788.

Una bella constancia debe de ser el resultado de un acuerdo profundo y esencial entre el carácter de la constitución y el del pueblo norteamericano. Cada nación tiene su particular manera de abordar el problema constitucional, es decir, de clasificar y expresar sus ideas políticas. Cada tipo de hombre mantiene con las ideas relaciones de un género especial. Para nosotros, franceses, la idea está al comienzo de toda acción. No podemos ponernos al trabajo, emprender alguna empresa, reunir nuestras fuerzas y mover las de nuestros vecinos, sin poseer una noción precisa e intelectual de lo que **deseamos hacer**. Adoramos los planes, y todos nuestros planes son de orden ideológico, son ideas. La idea es lo que hay de más fecundo en Francia, solicita nuestra imaginación, aguijonea nuestras pasiones, canaliza nuestras energías, torna eficaces nuestros deseos. No sabemos actuar en lo vago, no sabemos amar en lo indeterminado, y no sabemos exaltarnos ante lo que es brumoso, lejano, confuso.

Tal es, sin duda, la razón por la cual los más grandes santos y señas europeos desde hace diez siglos han salido de Francia. Se trate de las cruzadas, se trate de las formas religiosas o literarias del Renacimiento, de la concepción lógica de la edad clásica, o de la campaña de los enciclopedistas, Francia, que no siempre fué el inventor de tales doctrinas, siempre fué el sitio en que se definieron y se lanzaron. La Revolución francesa es el más perfecto ejemplo del poder que tiene Francia para acoger los principios venidos de fuera y expandirlos por el universo, después de haberles dado una forma lógica y un aparato doctrinal. Las fórmulas parlamentarias, las nociones democráticas, originarias de Inglaterra, no alcanzaron todo su valor abstracto sino después del trabajo realizado por los filósofos franceses.

Una idea, para un francés, es un punto de partida; una idea, en los Estados Unidos, es una conclusión. Los norteamericanos las estiman, las gustan, pero surgen en ellos como la imagen resumida de lo que han hecho, como el fruto y la flor suprema de un acto. Para actuar, aguardan el íntimo impulso, necesitan el sentimiento vago y embriagador de un porvenir no todavía definido; en una palabra, quieren sentirse creadores, libres, frente a un porvenir no definido ni limitado aún. Esta diferencia de puntos de vista ha aparecido

con claridad recientemente, respecto de la Sociedad de las Naciones.

Mientras fué una tendencia, un sueño, un programa vano y quimérico, tuvo a su lado a todos los americanos pero no inspiró sino mediocre simpatía al francés, que desconfiaba de tan ambigua fórmula. Aplicáronse, pues, a darle un contexto preciso y contornos exactos, tras lo cual estimaron que era un lindo bebé capaz de crecer y hacerse útil. No se daban cuenta de que, obrando así, la hacían odiosa al americano. Apenas la armazón lógica del acta de la S.D.N. fué preparada para agradar al espíritu francés, suscitó en el espíritu americano las más vivas repugnancias y las más agrias sospechas. Por todas partes se manifestó una oposición en el pueblo, que los senadores del Congreso cristalizaron. Todas las objeciones venían a dar, en el fondo, a esto: este documento es tan explícito, entra en tantos detalles, se preocupa de definir tan exactamente nuestro papel, que nos arrebatara nuestra libertad, destruye nuestra soberanía, ofende nuestro instinto vital. La S. D. N. fué lanzada por la borda. Sin embargo, el culto de la S.D.N. es mantenido hasta hoy con un fervor singular, y a la hora en que sin pesar ve Europa desaparecer esta institución, América sigue dedicándole una veneración emocionada.

Los grandes antepasados del siglo XVIII que redactaron para su país el breve documento de 1788, conocían muy bien las disposiciones psicológicas de sus compatriotas. Se esforzaron de todas maneras para limitar las reglas que el legislador impusiera a la iniciativa humana. El elemento capital de la constitución es el compromiso que contrae de no sobrepasar ciertos límites, de no mezclarse en ciertos asuntos, y de permanecer como un contrato entre las partes, que siempre podrán romperlo.

Gracias a esta prudencia, y a pesar de la oposición de una parte de los ciudadanos americanos, a los que asustaba este arnés destinado a sus hombros, la Constitución de los Estados Unidos ha revestido con el tiempo un carácter casi divino, y se ha impuesto al espíritu de los ciudadanos como un acto definitivo. Goza en los Estados Unidos de un crédito tan profundo y tan universal que ningún otro papel análogo podría serle comparado en la tierra; únicamente la ley de las Doce tablas ocupaba entre los israelitas un sitio semejante. En la hora en que fué redactada y firmada, parecía, no obstante, insuficiente, y mal construída aún a aquellos

que la votaron. Ni siquiera la hubieran propuesto, si las circunstancias no los hubiesen obligado, imperiosas.

Después de la Guerra de la Independencia, ganada gracias al genio de Washington, a la energía de una selecta minoría social y al concurso de Francia, tanto como a la torpeza de Inglaterra, América se hallaba en un estado próximo de la anarquía: de 1783 a 1788, el poder central fué tan débil que cada Estado actuaba a su antojo, y en el interior de cada Estado las facciones se desgarraban sin escrúpulo. Un levantamiento de ciudadanos que no querían pagar los impuestos, y de destiladores que no aceptaban el control administrativo, terminó de sembrar el pánico. Fué entonces cuando los mejores espíritus, los más grandes propietarios y los abogados más prestigiosos, se reunieron para arrancar al país de su disolución. Los unos eran monarquistas como Alexandre Hamilton, los otros aristócratas como Washington, los otros demócratas como Franklin; cada cual tenía su personal punto de vista, no había ni unanimidad, ni siquiera mayoría. Una sola certeza les ligaba: si fracasaban, los Estados Unidos dejaban de ser una nación. Fué entonces cuando se vió surgir ese elemento misterioso y todopoderoso, esa feliz fatalidad que parece dominar la historia de los Estados Unidos. Por encima de sus diferencias individuales, por encima de su fe en la democracia, la monarquía, los hombres se unieron en un mismo principio, que les impuso su instinto: la necesidad de llegar a un positivo resultado a cualquier precio. Contentáronse, pues con un compromiso, prácticamente huérfano de toda idea abstracta, y aún de toda teoría neta.

No hay preámbulo en la Constitución de los Estados Unidos. La Fayette, Mirabeau y nuestros revolucionarios se indignaban mucho, no viendo que una petición de principios habría hecho imposible e inaceptable la obra a los americanos. La única vez que éstos se aventuraron en las grandes ideas, no fué para crear sino para destruir: lanzaron su Declaración de los Derechos a la cabeza del rey de Inglaterra, cuando quisieron separarse de él. Pero en 1788 querían entenderse entre sí y evitaron toda idea. Hasta evitaron el escoger un régimen. La Constitución de 1788 no creaba una nación, sino una federación. Adoptaba la forma republicana, pero daba al Presidente poderes monárquicos, superiores a los que el rey de Inglaterra, el Presidente del Consejo francés, el rey de Italia, etc, poseen hoy. Instalaba un parlamento, pero se daba prisa en atarle las manos proclamando que el senado y el cuerpo de los representan-

tes federales siempre deberían respetar la soberanía inalienable de cada Estado. Organizaba una democracia, pero preveía que la autoridad del Presidente podría siempre vetar las iniciativas del Congreso, que todo el cuerpo de embajadores, los ministros, los jueces y muchos pequeños funcionarios serían nombrados directamente por él. Utilizaba el sistema de Montesquieu, la división de los poderes. Pero no por esa preocupación intelectual de un Montesquieu, deseoso de extraer la quintaesencia de todas las grandes ideas y de combinar todas las cualidades teóricas; muy al contrario, la Constitución de los Estados Unidos trataba de guardarse de las grandes ideas para permanecer en lo concreto, en el marco de la América.

La ley viva

La Constitución de los Estados Unidos se ha tornado para el pueblo americano un monumento, como la ley de las Doce Tablas. Se han olvidado las amargas disputas que opusieron a sus redactores. Se ha olvidado la repugnancia que pusieron los ciudadanos en aceptarla y ahora se ha impuesto a la conciencia nacional americana en el mismo grado que su bandera.

Lo debe a su sabiduría. Lo debe aún más a la idea genial que tuvieron los grandes ascendientes americanos de crear para ella un clero que, en seguida, ha sabido acrecentar tan bien su prestigio, y hacerla penetrar en la conciencia popular, que allí ocupa el sitio de un credo, irreflexivo, irrazonable, imperioso: en la Corte Suprema de los Estados Unidos, nueve ancianos que el Presidente nombra a su gusto (bajo el control del Senado); conservan su función toda la vida, son inamovibles, al abrigo del Senado, del Presidente y de la misma opinión pública. Su poder es inmenso, pues la Constitución, poco confiada en la sabiduría, sea del Congreso, sea del Presidente, previó que la Corte Suprema podría siempre invalidar las leyes votadas por el Congreso si no estaban conformes con el espíritu de la Constitución. Con otras palabras, la Corte Suprema es el supremo honor y la suprema responsabilidad de arbitrar entre los intereses momentáneos de los vivos y el código de conducta definido por la sucesión de sus antepasados.

Su autoridad acrece gracias a su estabilidad. Mientras los presidentes cambiaban cada cuatro años, por lo general, y no conservaban su mandato sino, a lo sumo, ocho años,

y mientras ha habido de 1788 a 1939 treinta y un presidentes, durante el mismo período no ha habido sino 11 grandes jueces en los Estados Unidos:

Jay	1789-35
Rutledge	1795
Ellsworth	1796-1800
Marshall	1801-35
Taney	1835-64
Chase	1864-73
Waite	1874-88
Fuller	1888-1910
White	1910-21
Taft	1921-30
Hughes	1930

Mientras las administraciones y los ministerios se sucedían en torno de ellos, estos hombres, ancianos, importantes, obstinados, permanentes y sostenidos por el cuerpo más compacto de los Estados Unidos, ejercieron en verdad la balanza del poder. La faena que realizaron fué enorme, pues son ellos los que, por una parte, lograron solidificar el poder federal tan débil, tan vacilante, tan vago en sus comienzos y hacerlo coherente; mientras que, por otra parte, impedían a cada uno de los presidentes y aún a las mayorías más desgredadas el instalarse en el poder y acomodar de prisa el país a su antojo. La Corte Suprema de los Estados Unidos ha hecho a la nación los mismos servicios que la aristocracia inglesa a las Islas Británicas. Bajo Jefferson, que, hostil al estatismo, soñaba con un vago poder personal por encima de un pueblo abandonado a sus deseos con la soga al cuello, la Corte Suprema mantuvo las prerrogativas del poder central. Bajo Franklin Roosevelt, que por tendencias íntimas y el deseo de reaccionar contra los trusts llegó a una alianza con los sindicatos extremistas, la Corte Suprema declaró inconstitucionales las huelgas al lote; pero lo hace en el sexto año del gobierno de Roosevelt, cuando las elecciones parciales de noviembre de 1939 han revelado en el país una laxitud general respecto a todas estas querellas y todo este desorden social.

La Corte Suprema de los Estados Unidos, escogida tradicionalmente entre los abogados más célebres, representa el punto de vista de este medio y de este grupo. Expresa siempre la actitud de este cuerpo tan importante en

los Estados Unidos. En efecto, el ejercicio legal de la profesión no es allá, como aquí, arreglado de tal manera que el abogado sea una especie de funcionario que habla ante otros funcionarios, que son los jueces, unos y otros encargados de aplicar un reglamento, el "Código", última palabra del absolutismo intelectual, emanación del Estado.

No hay "Código" en los Estados Unidos (1), y aunque los diversos parlamentos locales y federales no cesen de votar leyes, la justicia es aplicada según el derecho acostumbrado; en cada caso, el abogado alega apoyándose en los principios generales de justicia y en precedentes concretos siendo estos últimos el elemento principal. La formación de un joven abogado consiste en meterse en el espíritu todos los precedentes cuyo sentido y detalles deberá conocer. Este oficio de hombre de ley implica una continuidad tradicional, y encierra, por lo demás, un papel incesantemente creador. El abogado es tanto más poderoso cuanto las funciones de juez son electivas, o están a la disposición del Presidente, y siempre van a dar a abogados. No hay, pues, barrera entre jueces y abogados. Estos son futuros jueces, y a menudo los jueces son futuros abogados. Unos y otros, son depositarios de la ley americana, que de continuo se forma por ellos, y cuyo cuerpo vivo constituyen.

Así, la ley se encuentra en todas partes en los Estados Unidos. No está confinada en las asambleas; germina, madura, se desarrolla en los menores pretorios y en todos los gabinetes de abogados; tiene por norma suprema no un texto definitivo, ni siquiera la voluntad de una mayoría sino la lógica tradicional anglosajona, el instinto moral, el respeto por la costumbre, el sentido del precedente.

El pueblo americano nunca ha querido confiar a su espíritu el poder de dar normas a su destino. Ha conservado en sí, en los pliegues más profundos de su vitalidad física y sentimental, el misterio de su porvenir y la garantía de su libertad. Pueblo muy humano, no tiene, como nosotros, más confianza en una fórmula o en un texto que en los hombres, que a éstos les ha dado crédito, y en ellos ha puesto su audacia y sus esperanzas. Su ley es la huella que han dejado en la tierra las generaciones transcurridas, el sello que han marcado sobre los vivos.

(1) Salvo en Luisiana, en que fué mantenido el Código de Napoleón.

CAPITULO V

LA MAQUINA

La máquina, conquista del hombre

Vista desde el mar, allende la Isla Larga, Nueva York aparece a lo lejos como San Gimignano, una plaza fuerte medieval que yergue orgullosas torres por encima de los llanos y los ríos.

No hay en la tierra nada que se parezca a Nueva York. Cuando se acerca uno a la ciudad baja, parece lanzarse encima con su masa enorme, culminante, acumulada, sobre la cual trepa una sucesión de monumentos góticos, romanos, babilonios, griegos, renacentistas... Toda una serie de líneas verticales que parecen tanto más gigantescas cuanto que emergen de un estrépito confuso de calles, callejuelas, muelles, plazas, navíos, docks, almacenes, tranvías... En tierra, la vida de los hombres es de tal modo intensa, brutal, ruidosa y gesticulante; caminan tan ásperamente, se mantienen tan apretados los unos contra los otros y tan celosamente apegados a los objetos que los rodean, que el impulso fantástico de esas torres semeja una paradoja, una apuesta. Cuando se cruza Nueva York por el río, el inmenso tablero que se extiende más de cincuenta kilómetros, con sus amasijos de casitas rojas y amarillas, de donde salen los rascacielos relumbrantes de mármoles, acero y porcelana, presenta el aspecto de una Babilonia moderna, con todos sus esclavos ovillados a los pies de los grandes dioses, de los gigantes del oro, de la industria y del comercio. Se percibe, desde luego, el santuario del dios pacotilla, la gótica catedral de Woolworth, el vendedor de objetos a cinco centavos, con su dorado techo. Un poco más

allá vense las altas fajas metálicas y el pilón para dirigibles del Empire Building, templo de innumerables compañías comerciales. Hacia la calle 42 se yergue una inmensa proa de oro y plata en el duro cielo azul pálido, un espolón que Chrysler ha bautizado y elevado para los adoradores del automóvil. Pero la más hermosa de todas estas iglesias es la que lleva el nombre de Rockefeller, que éste ha dedicado al más poderoso, misterioso, alucinante y obsesivo de todos estos dioses industriales, aquel que no contento con zumbiar, incensante, a nuestros oídos, ahora invade las calles, las encrucijadas y toda nuestra existencia, la radio. Rockefeller le ha edificado un grupo de enormes ciudadelas de largas líneas blancas, coronadas de verde, tan altas, tan delgadas, que parecen flexibles y tenderse al viento de alta mar, que no deja de soplar en Nueva York.

En la brisa, el corazón de los rascacielos forma una especie de orquesta titánica y bajo los resplandores del poniente estos grandes señores, dominando las muchedumbres, se yerguen como jueces, como testigos de una civilización nueva, edificada por encima del cuerpo humano y aún allende de su inteligencia, por máquinas y para máquinas.

En la cuna de todas las civilizaciones hay gigantes, hadas; entre los griegos, los titanes; entre nuestros antepasados hay de la edad media, los genios, el hada Morgana; en la joven América, los rascacielos, hijos desmesurados del hada Industria. Son ahora la característica de esta metrópoli, y cada ciudad de América tiene a honor, para afirmar su patriotismo y realizar su carácter nacional, el poseer también su rascacielos. No se trata de un simple esfuerzo pintoresco; el americano, consciente de su originalidad nacional, estima que estos productos de la ciencia son una dotación de los Estados Unidos, un definitivo rasgo de su carácter.

Mucho tiempo hace, efectivamente, que sus antepasados manifestaron su amor de la máquina. El más sutil, trabajador e inventivo de todos los hombres del siglo XVIII, Franklin, puede pasar por el santo patrono de esta raza nueva, fué un gran físico, un ilustre sabio, como muchos otros hombres de su época. Pero una gran diferencia les separaba. M. Leroy, el abate Nollet también eran grandes físicos que trabajaban las mismas materias que Benjamín Franklin; pero las trabajaban con su espíritu, con su razón, con su imaginación, con su hermoso estilo y su bien cortada pluma, sin quitarse las mangas protectoras. Mien-

tras que Franklin, con su delantal de cuero, sin peluca ni mangas, desnudos los brazos, hacía ciencia con su buen sentido y con ambas manos. Otros, sin duda, han tenido más sublime genio; pero nadie en el siglo XVIII ha tenido manos más diestras, perspicaces, osadas y felices. Los sabios de moda enviaban bellas comunicaciones a las academias de la época acerca de las diferentes características del trueno, los efectos del rayo, su origen probable, sus relaciones posibles con los demás fenómenos de la naturaleza. Si eran lo bastante ricos, enviaban a un experimentador que observaba una tempestad, o media el tronco de un árbol fulminado, y luego despachaba sus informes.

Bajo la lluvia azotadora, Franklin se iba con su cometa y sin aguardar a que cayera el rayo iba a buscar hasta el fondo de las nubes a aquella fuerza asesina, que la cola de su cometa le traía a domicilio. Con sus manos de artesano, recortaba y pegaba personalmente su instrumento, así también, formaba, moldeaba por sí mismo la barra de hierro que en seguida ponía sobre su casa para atraer el rayo. Ajustaba junto a la ventana la campanilla que instalaba en su cuarto, y que empezaba a sonar apenas la tempestad estaba cerca. Después, cuando estuvo viejo, su biblioteca se asemejaba al antro heteróclito de un mago. El gran sillón Voltaire en que se sentaba, con sus brazos amovibles y el curioso pedal que se hallaba a sus pies, le permitía, gracias a insensibles movimientos de sus piernas, agitar el abanico que había junto a su cara, de modo que el sabio podía a la vez discurrir, reposar y refrescarse. Poco más allá se encontraba una extraña botella que intrigaba a los visitantes y amedrentaba a los niños; encerraba en sus vastos costados toda una red de tubitos de vidrio, llenos de líquidos multicolores y cuando se interrogaba a Franklin, éste explicaba que aquello no era sino una fiel imagen de la circulación de la sangre del hombre. Del otro lado del sillón, ese macizo instrumento que había no era sino su máquina de copiar cartas, la más exacta y rápida del siglo XVIII. Posado contra el respaldo del sillón, había una especie de largo bastón, terminado en curioso gancho, o más bien, por una especie de trampa para ratón, que se podía manejar por medio de un cordel sujeto al mango: era el "brazo mecánico" de Franklin, que le permitía tomar, sin moverse, en los más altos anaqueles de su biblioteca, los folios más pesados y los más delicados in-24. Vecinos, amigos, extranjeros, todos los visitantes se mara-

villaban del inagotable ingenio del sabio. No veían en esas cosas simples juguetes, manías curiosas y un tanto ridículas, como hubiera pensado un europeo escéptico; no, todos esos objetos le parecían al filadelfino los más auténticos triunfos del espíritu humano en la materia, los éxitos más encomiables de la filantropía. Débiles y poco numerosos en una tierra dura, los ingleses de América buscaron inmediatamente el apoyo de los objetos contra la brutalidad de los elementos, los peligros del clima, los innumerables riesgos de la soledad. Si se deseaba vivir, había que cortarse cuanto antes el bosque, desmontar el suelo virgen, construir su casa, plantar su campo, rechazar a los animales salvajes, alejar a los indios. Necesitábase desplegar una actividad más que humana, y no se podía esperar el sobrevivir, o simplemente el bastarse para esta faena aplastante, sino desplegando una asombrosa actividad ayudada por un ingenio incansable. El europeo, rodeado de sus animales domésticos, apoyado en cosas que, desde milenios, han sido hechas para los hombres, por sus ascendientes, y pulimentadas, acomodadas, mejoradas por las generaciones sucesivas, debe siempre tender a no romper nada y puede de continuo llamar en su auxilio todas sus fuerzas humanas y todos sus medios civilizados de que reboza nuestro viejo mundo; en cambio, el americano ha debido crearse su instrumento como hubo de hacerse su sitio, y para respirar entre el mar despiadado y el bosque asfixiante ha tenido, primero, que destruir. En seguida ha tenido que buscar todos los medios para multiplicar su fuerza. Ha creado la máquina. La máquina ha sido, desde un principio, una parte de su cuerpo, un miembro suplementario. Desde su instalación en el Nuevo Mundo, los angloamericanos tantearon en este sentido; pero Franklin fué su mejor iniciador, Franklin tenía el sentido de la máquina, y de generación en generación, los americanos se han transmitido esta curiosa prerrogativa.

El siglo XVIII no había pasado aún, y ya su civilización estaba colmada de máquinas. Las mismas que nos parecen recientes les eran ya conocidas. He encontrado en diarios americanos de esa época anuncios de plumas automáticas (1750); el relato del experimento de una nave submarina y las famosas tentativas de Fulton (1807) para instalar en las naves el vapor. En las ciudades y en los campos, la carencia de mano de obra obligaba a los patrones a buscar todos los medios de disminuir el trabajo. La

técnica industrial aplicada a la producción de alimentos apareció ya al establecerse las primeras colonias. Los peregrinos no habían estado en Plymouth más de ocho años, antes de que hubiesen establecido un molino de viento y uno de agua para moler el trigo; la colonia de Endicott los construyó en Dorchester en 1629. Boston era apenas una ciudad y ya tenía un molino de agua. Los colonos de Guillermo Penn molían sus cereales por medios mecánicos, y en 1700 el procedimiento ya estaba esparcido por Nueva Jersey, Nueva Hampshire y el Maine.

Ya en 1731 se fabricaban anualmente en Nueva York y Nueva Inglaterra 10 mil sombreros de piel de castor. Cuando en 1771 miles de tejedores irlandeses vinieron a instalarse a América, esta industria se desarrolló de tal manera que suscitó los celos de los patrones y los obreros ingleses. Por lo demás, este desarrollo de las manufacturas en América debía provocar la explosión y traer la ruptura entre la Madre Patria y su emancipada hija. Después de la victoria, y gracias al bloqueo continental que aisló a América de Europa, y que le impuso el bastarse a sí misma, las artes mecánicas se desarrollaron a tal punto en el Nuevo Mundo que pronto los obreros mecánicos (mechanics) constituyeron uno de los grupos más influyentes y activos de la sociedad americana. Tuvieron sus clubes, sus diarios, sus reuniones políticas y, acerca de toda cosa, se hicieron escuchar. América estaba tan orgullosa de ellos que dió su nombre a ciertas ciudades (Mechanics city). En este dominio, como en casi todos los otros, la iniciativa partió de Nueva Inglaterra. Franklin había dado el ejemplo y es fácil comprender por qué la región más antiguamente colonizada, la que a causa de su comercio con Inglaterra disponía de un capital más abundante, en que el clima y la mezcla de poblaciones aportaban el mayor estimulante al hombre, fuera la que formara el tipo del mejor obrero industrial de los Estados Unidos. Nueva Inglaterra superó tanto a las demás regiones, que tornóse proverbial el hablar del "ingenio yanqui". Con la Biblia, con los largos domingos, con su lógica experimental y legalista, con todos los demás principios de la vida social y mental, los angloamericanos de Nueva Inglaterra dieron a su patria el instinto mecánico, el amor de la máquina.

¡Hay que maldecirlos por ello?

El hombre conquistado por la máquina

La máquina ha penetrado todas las diversas formas de la actividad americana.

Es, por cierto, el principal resorte de la industria, pero también lo es del comercio, de la educación, de la opinión, de la vida intelectual. El cultivador americano no es, como el nuestro, un campesino que vive entre sus gallinas, sus cerdos, sus vacas, su estercolero y su viña, su huerto y su cuadra; es un explotador industrial que pasa la mayor parte de su tiempo viendo sus tractores, verificando sus sembradoras, sus cosechadoras, sus trilladoras y otros instrumentos mecánicos. Al menos, esto es verdad para todos los granjeros anglosajones, pues los campesinos de origen canadiense, germánico o italiano están retrasados frente a aquellos cuyos antepasados vienen de Inglaterra. Mientras en Europa un agricultor es ante todo un hombre que entiende en animales; en América, un granjero es, ante todo, un hombre que sabe manejar máquinas.

Una análoga tendencia se ha desarrollado en la educación. Sin duda, el maestro de ultramar como en todas partes, es ante todo un hombre frente a otros hombres; sin embargo, ha querido apoyarse en el mayor número de instrumentos mecánicos, ha buscado todos los medios de hacer intervenir la psicología experimental en su trabajo, y ya se trate de las grandes universidades o de las pequeñas escuelas, todas han desplegado un esfuerzo que no cesa, para disminuir en lo posible el factor personal, y dar a la educación un carácter unánime, general, universal y mecánico. En las universidades, un misterioso sistema de anotaciones por puntos, por créditos, allega todos los conocimientos a una medida común, en lo posible cuantitativa. En los colegios, liceos, etc., y aun en Harvard, Yale, Princeton, se trata de dar por base a la educación, no la enseñanza oral, sino el libro, la palabra escrita, y de esta manera, gracias a las soberbias e inmensas bibliotecas, con el apoyo de bibliografías complicadas, han llegado a una instrucción sólidamente encadenada, maciza, a la vez robusta y material. La palabra cede allí al signo, la palabra a la cifra, la idea a la fórmula.

Sea cual sea su profesión, el patrón anheloso de rendimiento, se esfuerza en organizar su negocio con la precisión de un taller y de dar a todos sus hombres la disciplina

de una máquina. El famoso "sistema Taylor", ya viejo, nunca ha sido abandonado; se ha conquistado, al contrario, el país entero y se ha tornado en el tipo ideal de trabajo en una fábrica americana. Este método, según el cual un obrero que realiza constantemente el mismo gesto llega a hacerlo con la misma monotonía y la misma perfección que tendría un objeto, es en la actualidad el ideal de la gran industria, como también de innumerables oficios de ultramar. Su éxito es indudable. Ninguna nación en la tierra ha obtenido los resultados conseguidos por América. Su producción de automóviles en grandes series es de una homogeneidad tan perfecta al mismo tiempo que de una calidad tan superior, que entre 1920 y 1940 se ha convertido en la dominadora indiscutible de todos los mercados. En las industrias más recientes y delicadas, como la construcción de aparatos de radio, ha alcanzado una perfección casi absoluta. Desde hace varios años ya, ha puesto en obra y realizado un aparato de visión a distancia que parece cosa de magia, y que se ha prohibido el presentar al público, para no trastornar la vida económica. En una palabra, la experiencia comenzada por Franklin se ha continuado con éxito creciente y la disciplina ensayada por los americanos de Nueva Inglaterra se ha convertido en una característica nacional.

Algunos llegan a encontrar que es una manía. Se protesta contra su introducción en todos los dominios. Cuando se la ve aplicada a la política, por ejemplo, se extrañan y escandalizan. Aquí aun la noción de máquina ha reemplazado a lo que en otros países, parece salir del gusto y las fantasías individuales. Cuando se le pregunta a un americano qué domina su vida política, habla siempre de dos grandes partidos; y si se intenta hacerse explicar sus diferencias, si entre ellos se quiere ver opuestas doctrinas, clases sociales diferentes, orientaciones ideológicas que se contradicen, el americano mueve la cabeza, de todo ello poco se preocupa y todo ello, a su entender, no representa a los partidos. "—No, no —dice— nuestros grandes partidos son unas máquinas". Los dos grandes partidos, republicano y demócrata, son, en realidad, vastos organismos cuya finalidad consiste en llevar el mayor número posible de ciudadanos a votar. En esto residen el poder, el valor y la razón misma de los partidos. El partido es verdaderamente próspero, no si tiene una doctrina original, o si posee en sus filas a un superhombre, sino si cada una de

sus ruedas funciona armoniosamente, y si hoy día cada "capitán", encargado de un barrio, puede llevar a la sección votos un número considerable de electores. La elocuencia, la fe, la pasión, no tienen sino restringido sitio en este sistema. Los intereses, sin duda, sirven de resortes; pero el hecho característico es aquel vínculo mecánico que debe establecerse y mantenerse entre los distintos elementos y los diversos resortes del partido.

Esta organización tiene por símbolo, por centro, la máquina de votar. Hay que haber visto en América, en los grandes periodos electorales, ese imponente instrumento enlazado de manecillas, guarnecido de flechas, de leyendas, majestuoso como un cofre misterioso como caja de Pandora, brillante como máquina de dentista y apetecible como una campana de buzo, gigantesca, en fin, y ruidosa, para darse cuenta del prestigio y del papel de la máquina en la vida americana. Ella sola parece digna de presidir las más altas funciones de la actividad humana. Ella sola parece dar una garantía de exactitud, de lealtad, de dignidad, que conviene al ciudadano soberano. Frente a frente a su máquina, el elector tiene el sentido de su responsabilidad y de su soberanía.

Así, los héroes legendarios de América, sus "mediadores", no son tanto los políticos, siempre expuestos a los saltos del humor nacional, ni los literatos, que parecen harto estrafalarios, ni los predicadores, que parecen de sobra vacíos, sino los inventores de máquinas, que parecen duros reales, sobrehumanos. Uno tras otro, Harding ("el hombre profundamente normal"), Coolidge, el sabio de Nueva Inglaterra, Hoover, el ingeniero perfecto, y aún Roosevelt, el héroe de un humanismo renovado, han conocido los grandes aplausos y las muecas que hace la muchedumbre mientras que, estable en el horizonte, el astro de Ford no palidece.

Ha podido desafiar a la opinión pública y hacerse respetar: en 1914-19, cuando todo el mundo quería la guerra, él envió a Europa una delirante misión de paz; cuando el país no soñaba sino con la igualdad y la fraternidad de las razas, se atrevió a desencadenar una campaña antisemita; cuando la nación aclamaba a Roosevelt como al más grande de todos los jefes que hubiera conocido, y gozosamente ponía su suerte entre sus manos, Ford se mantuvo apartado y manifestó su desaprobación. Se ha tratado de difamarlo, se le ha querido arruinar. Hasta parece que se

haya intentado asesinarlo; pero nunca se ha conseguido arrancarle su halo. Este curioso rostro delicado y fino, de huesos menudos, de ojos claros, de una sutil dureza, es el de un muy grande hombre, porque Ford ha sabido, con el trabajo de sus manos diestras y de su inteligencia inflexible, asociar las dos más grandes pasiones que obseden el corazón del norteamericano: su gusto del espacio, de la libertad material, y su amor de la máquina, del objeto complejo y logrado.

Los automóviles que desde hace 30 años crea Ford, se han tornado en la vida americana, del rico o del pobre, del granjero, o del banquero, un elemento esencial, familiar y legendario. Su nombre, con sus creaciones, sus anuncios y sus puntos de vista, se han hecho de un sitio permanente en la conciencia del país. Digase lo que se quiera, Ford es uno de los profetas del alma americana, ha transformado más profundamente la vida de sus obreros, la existencia de todos sus clientes y el estado espiritual de todos sus compatriotas, que cuanto han podido hacerlo Hoover, Roosevelt, Lincoln y el mismo Washington. Es el más convincente testigo de la extraordinaria fecundidad de la máquina en los Estados Unidos. Les ha vendido a los Estados Unidos 23.308.684 automóviles (al I — IX — 38). Bajo su voluntad de hierro, millones de hombres han dado sus vidas a las máquinas, y con su destreza extraordinaria millones de máquinas han expandido por entre decenas de millones de vidas humanas un goce y fantasía nuevos, la alegría de la emancipación y la embriaguez de la libertad concreta.

La máquina y el alma americana

La máquina se ha convertido en parte integrante de la vida americana; en realidad, es un miembro del cuerpo americano; y es también el atributo de su alma.

El hombre termina siempre por hacer lo que piensa y siempre es llevado a modelar con sus dedos las formas que lleva en lo íntimo de su espíritu. Si el americano ha sabido tan pronto y tan abundantemente crear máquinas, es porque en él llevaba un instinto y una necesidad de mecanismo. El norteamericano necesitaba la máquina. Venía de Inglaterra, había dejado la vieja patria, irritado, medroso, e inquieto. Dejaba a sus espaldas una aristocracia de que estaba celoso y a la que quería imitar. Cada colono anglosajón de América se consideraba, en derecho, como un je-

fe; la emigración es siempre una forma de la altivez, aún cuando es el resultado de la desesperación. La aristocracia inglesa tenía desde siglos establecida su autoridad sobre poblaciones a las que mantenía con demasiada fuerza para que pudieran sacudir el yugo. Los mejores partieron para libertarse de sus antiguos amos, y para imitarlos. El sueño de muchos colonos fué, primero, el de dominar a los indios; pero estas multitudes ariscas, incapaces de trabajo, incapaces de obediencia, y poco aptas para mezclarse con el europeo, no proveían de buen personal de servidores. Sin embargo, no hay aristocracia allí donde no hay domésticos. De este modo, el habitante de Nueva Inglaterra fué gradualmente movido a la creación de máquinas, y éstas ocupan, en la civilización americana, el sitio que entre nosotros pertenece a los empleados y los diversos servidores. Todo americano, capaz gracias al reducido precio de las máquinas de comprarse un auto, una radio, un frigorífico, siente con esto su autoridad sobre las cosas y su superioridad sobre los animales. Más y mejor que la Constitución de los Estados Unidos, la inmensa organización mecánica de la América le repite constantemente a cada americano que es un señor de este mundo, un rey en su dominio. Es ella la que les dispensa de todos esos trabajos materiales a los que están encadenadas las clases bajas europeas, y muchísimo más las asiáticas. Es ella, pues, la que garantiza esa liberación, prenda y origen de la igualdad, por la que todos los hombres son gratificados con un bienestar que hubiera parecido fantástico a nuestros ascendientes. Ahora no hay necesidad ninguna de preocuparse del frío o del calor: las máquinas se encargan de ello; no hay necesidad de esclavos, de "coolies", ni siquiera de caballos para arrastrar o tirar la silla móvil en que el hombre se instala. No se necesitan servidores para atizar el fuego o preparar los alimentos: todo esto ha sido preparado en las fábricas por las máquinas. Bástale a la mujer girar el botón del horno eléctrico, y al hombre hacer un hoyo en la cubierta de la caja de conservas. Pueden comer en toda estación legumbres, y fresas en diciembre. El trapero, como el millonario, se va en automóvil a su club, y la igualdad que resulta de tan grande libertad engendra también la fraternidad. Frente a este bienestar general, individual y colectivo, propio de su país, y resultado del uso de la máquina, el americano siente un enterrecimiento en que se mezcla el lirismo poético, la filantropía y el patriotismo.

La máquina, aparato de paz social, es un complemento precioso para la unidad nacional. El pueblo americano no vive, como nuestros viejos países, de sabiduría acumulada, de alegrías y dolores sentidos en común, de experiencias innumerables intentadas y convertidas en hábitos, no es su pasado el que le mantiene reunido, sino el deseo y la esperanza que posee de un porvenir magnífico, prometido a sus hijos y a sí mismo si sabe trabajar.

Las catedrales y los monumentos antiguos no le aportan, como entre nosotros, la seguridad y el símbolo de su destino; la máquina se los da. La máquina está vuelta hacia el porvenir; es una perpetua anticipación, un medio de invadir el futuro y de instalarse a toda velocidad en los días que nos esperan. Quien crea una máquina, sabe exactamente todo lo que dará en los años venideros; y si se puede apoyar la vida en las máquinas, se puede vivir en el futuro, pues su contorno está definido anticipadamente por las máquinas de que se hace uso. Nuestras civilizaciones agrícolas del viejo continente no tratan de horadar el velo de los tiempos; no lo podrían; los dones de la tierra siempre son imprevistos, imprevisibles y tienen sus estaciones; al contrario, el atributo característico de la industria es el de funcionar según programas definidos, de atenerse a ellos, y a ellos obligarse. Plan de tres años, plan de diez años, programa Roosevelt, todas estas fórmulas de nuestra época se establecen en la previsión y en la facultad de la máquina de instalarse en el porvenir.

Mientras que entre nosotros la máquina, apenas aparece, destruye el pasado del país, trastorna nuestros campos y nuestras ciudades, expande en torno suyo una suciedad odiosa y repugnante, humo, grasa, olores a muerto, la máquina en Norteamérica es bella y poética, porque está en continua faena de edificación del porvenir, en un país que de porvenir se nutre. No hay que buscar en las callejuelas de las ciudades ya antiguas de América la encantadora atmósfera de nuestro viejo mundo: los colores, los matices y los contornos pintorescos que revelan el alma del país. Hay que ponerse frente a edificios gigantescos, los más nuevos, para que su deslumbrante belleza proclame, con ritmo bárbaro pero persuasivo, las cualidades más profundas de un país en que la audacia y el juego son la poesía de un continente.

La máquina es el puente entre las edades, es también el guión entre las razas. Mientras en nuestro viejo mundo,

cada región, cada población local, es movida por sus instintos a escoger, a su manera, vestiduras, coches, alimentos, casas, etc., y no se siente por entero a sus anchas sino dentro de ropas y mansiones de su suelo, el americano se ha entregado a la máquina para encontrar una medida común que satisfaga a los anglosajones y los filipinos, los sirios y los suecos, los canadienses y los canacas, los noruegos y los negros, los mexicanos y los montenegrinos, los portugueses y los polacos, que vivían juntos en sus grandes ciudades. La máquina, en que todo es cantidad, donde todo es medido en cifras, permite a todos entenderse y colaborar sin preocuparse de matices, colores, gustos, sensibilidades. Para encontrar una medida común, entre tantas poblaciones diferentes, las palabras habrían sido impotentes, y para organizar la colaboración de espíritus tan disímiles, de cuerpos formados en medios tan múltiples, harto difícil era inventar procedimientos, descubrir una disciplina que a todos pudiese convenir. La ley fecunda y dura, sin duda, pero simple de la máquina, ha plegado a todos los cuerpos bajo su yugo; hubiera sido demasiado largo y tal vez imposible el enseñar a esas naciones diversas el arte de conciliar sus instintos y sus intenciones, pero todos han aprendido a contar, a analizar, a calcular y a razonar de la misma manera. Cada cual, según su origen, tenía una concepción diferente de la belleza, y habrían podido disputarse respecto del contenido y los sentidos del adjetivo "bello", o justo o conveniente; únicamente la grandeza se presentaba a todos de la misma manera, y la cifra indefinidamente repetida, uniforme, perceptible a cada cual, idéntica para todos, cuya acumulación impresiona a los espíritus más obtusos como a las sensibilidades más finas, debía ser el vehículo de su unanimidad. La América está colmada de máquinas, pues los espíritus de los hombres están llenos de cifras.

Las máquinas de América funcionan mejor que las de ningún otro país, pues las inteligencias de ultramar están habituadas a esta constante repetición de la cifra, que es el alma de la máquina y que se ha convertido en el alma del ser humano. El maquinismo en los Estados Unidos no es un procedimiento artificial y exterior, un incidente, como se produce en la existencia de nosotros, los europeos, que seguimos expresándonos por medio de adjetivos, viviendo en un mundo de calidades, gozándonos en nuestras

sensaciones e impresiones: es una forma vital, es un impulso hacia la grandeza, una tentativa sobre el porvenir, un desafío al destino.

Argumento en forma de discusión

Cuando su amigo hubo terminado de hablar, el Campesino le manifestó la alegría que había sentido escuchándolo; pero le confesó que no estaba satisfecho.

El Campesino.— Su descripción de América me ha persuadido de que la ama, y me ha hecho ver que la teme. Ha compartido usted esa embriaguez del espacio indefinido que ha permitido a los norteamericanos constituir su nación y conducir a su pueblo hacia la unidad gracias a la esperanza de fructuosas conquistas y de un porvenir sobrehumano. Ha sufrido usted la influencia de la raza anglosajona que, con su valor, su energía y su genio simplificador ha conseguido formar los marcos sociales de América. Ha admirado usted esa ley, hija de la costumbre y madre de la inteligencia, y hasta acaso la ha preferido a la nuestra, que se dice hija de la inteligencia y madre de las costumbres, pero que, lo más a menudo, es hija de la charlatanería y madre de las "combinaciones". No creo, sin embargo, que la haya usted abrazado; no es la clase de objetos que le gusta abrazar; tiene usted siempre el alma anárquica. Pero se ha traído usted la nostalgia de ella. También ha saboreado ese clima, que casi me hace echar de menos, y que conviene a su romanticismo, a su amor de los excesos y su manía de trabajo. El es, imagino y compruebo, el que le ha hecho tolerar la máquina, de que tanto mal dice usted entre nosotros. En fin, me ha descrito usted América como un país excelente para ser amado, como un lugar agradable e interesante de frecuentar. No obstante, no me ha convencido de que usted allí pudiese vivir, o que yo mismo sea capaz de tal cosa.

El Viajero.— No lo he intentado. América es una de las más vivas alegrías de mi existencia, pues no hay país en que sienta latir mi corazón con mayor rapidez y fuerza, no hay sitio en la tierra en que me encuentre más ausente, más despojado de todo lo que no es "yo mismo" y también de una parte de mí mismo. En cuanto a vivir allí, es otro cuento. ¿Es posible "vivir" en alguna parte, en nuestro siglo? No hacemos más que pasar. Y si este tránsito es tranquilo, agradable, no debemos quejarnos.

El Campesino.— Creo que se engaña usted. El hombre ha nacido para vivir y no sólo para morir y disolverse sin demasiada pena. Llevamos en nosotros el instinto, la necesidad de un desenvolvimiento y de una realización que la palabra "vida" expresa. Es posible, lo sé, acumular en sí durante largos días sucesivos una fuerza que se enriquece y que se adapta cada vez mejor a su medio tanto como a su faena. Es posible recibir del medio en que se ha nacido, en que se trabaja, una energía acrecentada, y darle, en cambio, cosechas regulares, bellas filas de árboles, casas sólidamente construídas, todos esos objetos reales, independientes del papel y de los sueños. Es posible pasar años fecundos en una tierra fecunda antes de legarle, por fin, esos residuos fecundantes, aunque lastimosos, que no podemos rehusarle.

No, no me interrumpa aún. Ha sabido usted demostrarme que América es un sueño fascinador. Estoy de acuerdo con usted en que fué para la Europa de los siglos XVIII y XIX su "sueño familiar". También fué su escapatoria. Con este doble título, derecho tiene a nuestro respeto, aunque haya de verse teñido de pudor y de un matiz de remordimiento. Acepto que, provista de su inmenso espacio, de su raza imperial, de su ley poderosa, de su clima exaltador y de sus máquinas fantásticas, sea una potente nación. Pero, ¿podemos conceder a un pueblo el epíteto de civilizado si no ha conseguido establecer una vida estable, plena, equilibrada, en que el hombre llegue al sentido de su destino, en que la familia encuentre los recursos necesarios para constituirse, mantenerse y prolongarse, en que la sociedad sea capaz a la vez de proteger a sus miembros y de asegurar su propia duración?

¿Puede haber una civilización allí donde el hombre, aunque experimente mil placeres, no parece descubrir los elementos necesarios para una instalación permanente?

En el gran torbellino, en la inmensidad de América, en su disciplina social y entre sus máquinas, me ha mostrado usted sueños, ebriedades, vitalidades maravillosas, nacimientos y muertes... ¿y hay vidas?...

El Viajero.— No lo dude usted. Las horas del americano son aún más plenas que las nuestras, y si él pasa más rápidamente, no es menos capaz de crear que nosotros. Sus puertos, sus ciudades, sus instituciones, todo ese mundo que ha sacado de la nada en tres siglos apenas, están a su favor. Ese equilibrio de que usted habla, esa armonía del

hombre y su medio, los ha obtenido a su manera, que es originalísima.

El americano tiene su vida y me he mezclado en ella; pero no quiero decir que en ella esté, pues a pesar de su generosidad, de su hospitalidad legendaria y casi desenfrenada, América es una tierra cerrada, y nunca me convertí en un americano. Sin embargo, participé en sus trabajos fecundos y se los describiré.

No hay que pretender que usted lo reconozca. El ritmo de la existencia es allá totalmente diverso de nuestro género de vida. Ponen prisa donde ponemos lentitud, y lentitud donde acostumbramos a valernos de la rapidez. Sus placeres y los nuestros no concuerdan; no aceptan por pena lo que nos aflige, y quédanse desolados por aquello que de ordinario nos deja indiferentes. Su gran alegría, y esto nos choca, está en los "negocios"; su distracción principal es la política que aquí tanto nos fastidia, su disciplina es la opinión pública, y su problema más grave, más obsesante, es el de la vida interior. Mucho se preocupan de procurarse regocijos sentimentales e intelectuales, de llegar a la belleza y a la divinidad; contrariamente a lo que aquí de esto se piensa, gastan en ello una gravedad, un celo, una inquietud que sorprenderían a nuestra gente.

No obstante, si quiere usted seguir escuchando, le mostraré la vida americana bajo sus cuatro principales aspectos: negocios, política, opinión y vida íntima.

Pero, se lo suplico, no se irrite usted. No se trepe a un altísimo tribunal para juzgar lo que voy a decirle. Que no le acontezca lo que a ese dios de que habla la historieta india. Era un dios muy bueno y sabio, tal vez algo pomposo; pero esto no está de más en un dios. Protegía de la manera más eficaz, con paternal solicitud, a un tribu india. En todos los procesos procedía con justicia. Apartaba de ella las epidemias, los ciclones, los incendios de los bosques, las sequías, las hordas de búfalos, las tribus enemigas y a las malas mujeres. Sin embargo, al hacer una de sus jiras acostumbradas, encontró desolada a su tribu. "¿Qué tenéis? —les preguntó. ¿Habéis caído en alguna emboscada?" Los llenó de preguntas. Un poco avergonzados, los ancianos respondieron por fin: "Nada semejante nos aflige, oh gran dios, nuestro amparo; pero, nos avergonzamos de decírtelo: nuestra tribu está infestada por las farsas insoportables de un muchachito, de apenas siete años, que a ninguno de nosotros deja descansar, que tira

los cabellos de nuestras mujeres y las barbas de nuestros guerreros, que noche y día prodiga su imaginación para hacernos rabiarse, y que lo consigue admirablemente. No nos atrevemos a matarlo, porque tiene todo el aspecto del hechizado, y no podemos curarlo. ¿Qué debemos hacer?" El dios dejó oír una risa que hubiera sido homérica, de haber sido un dios griego, pero que fué una inmensa risa como el Mississippi, pues era un dios americano y no conocía nada mejor que el Mississippi. "Traiganme al mocoso —respondióles— para que le dé una inmediata lección". —"Tened cuidado, oh gran dios— dijeron los ancianos, vacilantes, consultándose con la mirada, pues el niño es peligroso: el genio malo que lo habita lo hace increíblemente impetuoso y muy astuto; preferiríamos que no lo vieseis, ya que no dejará de trataros con impertinencia". —"Ya veremos eso —dijo el dios, que no dudaba de sí mismo. Traedlo".

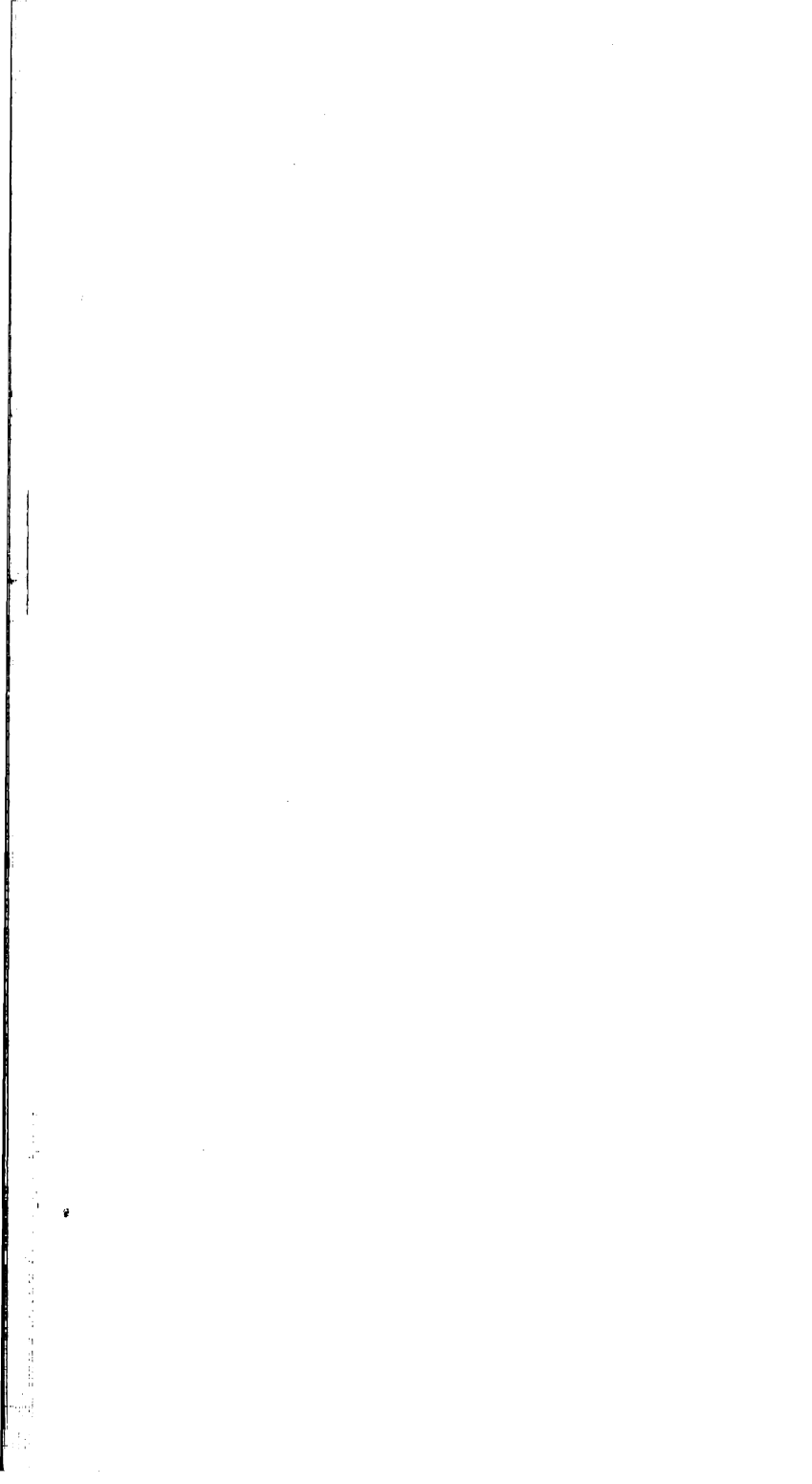
Se hizo acudir al muchacho. Era pequeñito, desnudo, sucio, pues las mujeres hacían tiempo que habían renunciado a limpiarlo. Y como él no encontraba en eso placer ninguno, no se lavaba, salvo cuando iba a nadar en el río. Por lo demás, era bonito, esbelto, bien torneado.

El dios lo saludó con un trueno. El niño no respondió, ni se movió siquiera. El dios le dijo, multiplicando las señales de su ira: "Piojillo, te ordeno que te arrodilles ante mí y confieses tu insignificancia, pues yo soy un dios todopoderoso y tú no eres sino un mocozuelo, incapaz de acciones grandiosas". El niño no se arrodilló y dijo: "Apuesto a que yo podría hacer un montón de cosas que tú no eres capaz de hacer, todo un dios que eres". Sinceramente furioso esta vez, el dios tronó más fuerte y gritó: "Si de aquí a cinco minutos no has hecho una sola cosa que yo no pueda hacer, te arrancaré la piel y entonces verás lo que eres". Sin responder, el niño se sentó tranquilamente en medio del círculo que formaban los ancianos del pueblo y que así se instalaban para fumar su pipa y recibir al dios. Se posó cómodamente en sus nalgas, tomó en su mano derecha su pie izquierdo y luego, mirando fijamente al dios, introdujo en su boca el dedo gordo de su pie.

Un gran número de europeos se situaban ante los norteamericanos como el dios ante el niño; y esto nada valía. Pero usted, amigo mío, no va a ser de éstos. Principio.

SEGUNDA PARTE

LOS ESTADOS UNIDOS



CAPITULO I

LOS NEGOCIOS EN AMERICA

La tradición comercial y el rol nacional del bienestar

He visto americanos felices e infortunados.

Del otro lado del océano, la dicha tiene una calidad fulgurante que aquí no le conocemos. Un hombre feliz es color de cielo, transparente y deslumbrante; un hombre infeliz es opaco. Lo más extraño es que un hombre feliz parece pesar sobre la tierra, mientras que el hombre infeliz parece haber perdido su peso, al mismo tiempo que su color, su claridad y su vitalidad.

Cuando les preguntaba a los hombres felices qué era aquello que hacía su felicidad, no me respondían: "Tengo un gran amor"; ni tampoco, como yo hubiera podido creer en este país democrático: "Soy un ciudadano de los Estados Unidos", sino simplemente: "Tengo un empleo". ("I have a job"). Esta palabra sublime, esta palabra divina, esta palabra a la vez sobrehumana y que parece perfeccionar la humanidad de aquellos que la emplean: un "job" me ha parecido siempre la expresión por excelencia mágica de los Estados Unidos, la que daba cuenta a la vez del triunfo de la nación, de la psicología de los individuos y también del estado moral de la raza. Otros están orgullosos de su nobleza, o de su fuerza, o de su hermosura, o de su dinero; los norteamericanos están orgullosos de tener un empleo, de servir. Esta idea de servicio adquiere una importancia particular con el hecho de que este servicio es útil para aquel en cuyo bien es realizado, como para el que lo realiza. Estar empleado en un ministerio, gozar de una sinecura, haber logrado meterse en "un

queso", todos estos éxitos que tanto nos agradan a los franceses, porque revelan una rara destreza y una agilidad espiritual de que nos enorgullecemos, poco prestigio tienen en los Estados Unidos. Al contrario, un empleo remunerador y activo, que da al hombre la doble gloria de crear riqueza y de ganar dinero, parécete la coronación de su personalidad, la legitimación de su existencia.

Otros pueblos han estado ávidos de gloria militar: los griegos, los romanos; los mongoles han llevado a través del deslumbrado universo sus estandartes brillantes; éste no fué jamás el sueño de los norteamericanos. Otras naciones se han embriagado con la inteligencia y el resplandor de las artes: Atenas, las ciudades italianas del Renacimiento, nuestro gran Rey Luis XIV han debido su situación mucho menos a sus armas que a la superioridad de su civilización; sin despreciar esta ilustración, los Estados Unidos no la han deseado. Algunos de sus antepasados soñaron para su país una aureola como la del antiguo Jerusalén; los "peregrinos" de Nueva Inglaterra tenían la obsesión de la Biblia, del Eterno y de la teología. Eran sinceros, y, sin duda, su celo no desempeñó mediocre papel en la conquista del continente americano; pero murieron, y el continente inmenso, rebosante de riquezas, pobre de espiritualidad, quedó en posesión de sus hijos. Y los hijos, unos tras otros sin venderse al Baal ni al becerro de oro, fueron obsesionados por la grandeza de su país, su enorme destino, y el deber que ellos mismos tenían de tornarse poderosos. América, a pesar de su nostalgia de espiritualidad, se volvió a las cosas y ofreció estas cosas a sus hijos, que las aceptaron.

Los puritanos, que crearon la más antigua colonia de Nueva Inglaterra, estarían, indudablemente, en la hora actual orgullosos de ver que esta región ha seguido siendo el centro de la vida americana, pues los más grandes bancos, las mejores escuelas, las universidades más brillantes, los colegios de ingenieros mejor llevados han hecho de ella la cuna madre en torno de la cual se ha constituido toda la vida económica de los Estados Unidos.

Se quiera o no, la calidad de un ciudadano norteamericano se revela muchísimo más por sus aptitudes económicas que por sus cualidades ideológicas o sentimentales. El verdadero americano es bastante indiferente a las oposiciones de fe religiosas, poco se ocupa de los contrastes políticos y tiene gran desprecio por las preocupaciones filosóficas; pero conoce sobradamente las estadísticas comerciales.

les, tiene una idea clara de la aritmética, se interesa por la historia de la ciencia, de la industria, de los progresos técnicos, más que ningún europeo de su clase y de su medio. Juana de Arco era una campesina, Washington era un gran propietario, que hacía cuidadosamente sus negocios, y Lincoln era un abogado: América los venera como los tipos más altos de su civilización.

Cuando dejó el ejército americano en 1783, Washington había perdido lo más claro de su popularidad. Los civiles de los Estados Unidos le temían como a un dictador posible; el Congreso desconfiaba de este jefe tan amado de sus tropas; en cuanto al ejército, aunque lo quisiera profundamente, comprobaba con tristeza que no había podido impedir las injusticias que los poderes federales y locales cometían en su contra: sueldos no pagados, o pagados con retardo, falta de miramientos, sospechas injustificadas, jugadas sistemáticas.

Washington, triunfante, se retiró a su dominio de Vernon bajo la pesada nube de las dudas y los temores. Sentíase con el alma agobiada y también su país victorioso estaba inquieto y preocupado. Sin embargo, en 1789, cuando se trató de elegir el primer Presidente de los Estados Unidos, recibió la unanimidad de los sufragios y nadie puso en duda de que fuera a la vez el único jefe posible y el guía que el país necesitaba. Este extraño y brusco cambio parece enigmático. Lo sería en cualquier otro país; pero en los Estados Unidos no tiene nada de misterioso. De 1784 a 1788, Washington se encerró en su propiedad. Se ocupó de sus perros, de sus caballos, de sus vacas, de sus cosechas de tabaco, de maíz y de trigo; hizo sus cuentas, pagó sus deudas, emprendió vastas operaciones con sus banqueros, sus agentes y comisionistas; puso en pie la economía de un inmenso dominio largo tiempo abandonado; renovó relaciones con todos sus antiguos clientes y aún con Inglaterra. En el rincón del país en que vivía, puso en movimiento toda la actividad económica; fecundó su distrito y expandió en torno suyo la prosperidad. ¿Cómo se podía estar celoso de un hombre lo bastante sabio y diestro como para llevar bien su casa? ¿Cómo se podía dudar de un propietario lo bastante poderoso y sensato como para convertirse en el centro de la vida económica de su condado? Las cualidades militares de Washington han podido valerle, a los ojos de Europa, la aureola de que aún goza; su enorme fortuna, prudentemente adquirida, sabiamente administrada, vigorosamente

mantenida y protegida, le impuso a los Estados Unidos como su general en jefe, como primer presidente de la República federal de los Estados Unidos —y, en fin, como el hombre más normal, el tipo acabado del norteamericano.

Europa ha vivido de su gloria, de su pasado; para vivir América ha apelado siempre a su futuro, es decir, a sus esperanzas de felicidad; y nada las estimulaba y apoyaba mejor que el movimiento de los negocios. La bandera tricolor, las catedrales, nuestros palacios nacionales son, sin duda, los mejores emblemas de nuestra ciudad. La mejor garantía de la unidad norteamericana es la organización de su inmensa industria, de su comercio, la máquina de sus negocios.

Cada pueblo tiene su manera de glorificarse; los unos, como los alemanes, hablan de su raza; los otros, como los italianos, de la majestad de su pretérito; otros, como los franceses, de su inteligencia; los norteamericanos hablan de su bienestar. En el espíritu de un norteamericano corriente es decir, religioso de corazón, respetable y trabajador, el sentido de su moralidad se une a la percepción de su bienestar. Se juzga conveniente y debidamente recompensado de serlo con su bienestar. Los innumerables inmigrantes que, venidos de Europa, han entrado en el territorio del Nuevo Mundo, se han sentido atraídos no por la libertad o la igualdad, fórmula vana, vaga y vaporosa, sino por una realidad muy clara: el bienestar que transformaba a esa pobre gente mal vestida, mal alimentada, mal hospedada, en propietarios de casa, de automóvil, de teléfono, etc... No son estos solos instrumentos los que han hecho América, pero han contribuido a mantener unidos en un haz, a todos los norteamericanos.

El partido republicano, que representa el nacionalismo, lo ha visto bien. Es él quien ha empujado, desde 1860, primero a la lucha contra los Estados del Sur, esclavistas, y después, cada vez más, a la gran aventura industrial. Dominado por los elementos de Nueva Inglaterra, el partido republicano fué el de los industriales, los banqueros y los capitalistas. Gracias al bienestar, fué también el del pueblo. Es él quien apoyándose en los capitales de Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensylvania, instaló en todos los Estados Unidos la utilería moderna. Fué él quien trató de suprimir el odio de clases, dando al obrero americano una facilidad de vida incomparable. El procedimiento fué sencillo. Este país que contenía reservas minerales superiores a

todas las del resto del mundo, y una agricultura en pleno auge, admitió vender al Universo, pero se negó a comprar. Fué así pronto, y cada vez más, el centro de un movimiento de exportación de productos agrícolas e industriales, de importación de hombres, de capital y de plata. Se colmó de una inmensa riqueza cifrada, sacrificando una parte de su potencial. Al mismo tiempo, gracias a su tarifado aduanero prohibitivo, mantuvo en el interior de América precios muy alzados que permitieron pagar ricamente a todos los obreros y hacer de ellos una especie de aristócratas. Gracias al bienestar, el obrero norteamericano se sintió un "señor", no tuvo odio de su patrón ni de sus demás capitalistas pues vió claramente que su existencia era análoga a la de ellos, y a la de ellos estaba unida.

Los presidentes pueden cambiar; los principios políticos pueden modificarse; las guerras pueden estallar; y ser firmadas las paces más desconcertantes; pero mientras se mantenga el bienestar individual, mientras cada cual tenga su empleo, mientras los negocios sean prósperos, América es feliz. Su turbulencia no comienza sino en la hora en que surgen las crisis económicas. Su nacionalidad está establecida sobre esta prosperidad, su patriotismo está unido a estas condiciones económicas, y su unidad se acentúa en este bienestar.

No se podría coger toda la amplitud de este problema sin echar una ojeada sobre la historia americana y sobre algunos de sus más característicos episodios.

La cuestión del bienestar fué siempre angustiosa y aguda en las colonias inglesas de América en los siglos XVII y XVIII, y después en los Estados que ellas formaron. El gran obstáculo para la colonización, para instalarse, no fué la lejanía, o el peligro del indio, sino la dificultad de vivir bajo los climas y las condiciones que esas regiones ofrecían. La temperatura húmeda, y tropical del Sur, los inviernos rigurosos y largos del Norte, seguidos de veranos tórridos y trumosos, hacían la residencia penosa y arriesgada. No se podían aclimatar sino tomando grandes precauciones, poseyendo una buena higiene y la facultad de cuidarse. De manera que el lujo se desarrolló muy pronto en América. Los plantadores de la Virginia, los grandes mercaderes de Nueva York y de Boston dieron el ejemplo que todas las ciudades siguieron y que los campos, a su vez, imitaron. En el Sur, el lujo se acentuó principalmente en el número de servidores esclavos; en el Norte, hubo una mayor preocupación de hallarse bien aprovisionados, bien hospedados,

bien calefaccionados. Pero ya en el siglo XVIII América era famosa por los altos salarios de los obreros, y la holgura en que se vivía. Quien quiera convencerse no tiene más que dar una mirada a los libros de nuestro compatriota Crèvecoeur, muy poco verídicos, pero no enteramente falsos, que dan una cabal idea de los interiores burgueses en el Nuevo Mundo, en el siglo XVIII.

Algunas costumbres políticas favorecieron esta tendencia. América (sobre todo los colonos ingleses del Norte del continente) dejó siempre una gran independencia y atribuyó de continuo un papel importante a las administraciones municipales, esos famosos "Town meetings". Las grandes distancias, el mal estado de los caminos obligaban al gobierno inglés y aún a los gobiernos locales a dejar mucha iniciativa a estas reuniones que, gradualmente, tornáronse en el núcleo de la vida nacional americana. Y es evidente que estos burgueses de Nueva Inglaterra o de Nueva York no se reunían para discutir de la política de las grandes potencias o de los principios de la diplomacia, sino que, después de haber maldecido, sin duda, un poquito, a la gran enemiga, Francia, pasaban con rapidez a problemas interesantes y útiles, el precio del pan, de la carne, de las legumbres, del flete.

Se detenían principalmente en discusiones económicas de un interés inmediato. Se trataba de impedir a los franceses que compraran las pieles a los indios, se discutían los medios de organizar el comercio entre las Antillas y la metrópoli, de desarrollar la industria y la agricultura del pueblo o del cantón. No hay que olvidar que los norteamericanos riñeron con Inglaterra por cuestiones de impuestos y a causa de un diferendo económico. Se les quería obligar a consumir el té de la Compañía de las Indias, a recibir sus productos manufacturados de Inglaterra; no consintieron, dirigidos por sus mercaderes: Hancock, Bingham, Laurens, Deane, Morris; sus plantadores: Washington, Jefferson, se rebelaron; y también sus abogados, por cierto, como en toda revolución. Uno de sus principales jefes fué Franklin, cuya gloria científica provenía no de que hubiera descubierto algo inaudito (su gran descubrimiento, la identidad del rayo y de la electricidad, estaba en el aire y, en suma, admitida o sospechada por los especialistas), sino de que hubiese sabido aplicar tan bien a la vida práctica sus inventos y los de sus colegas. América y el universo entero admiraban su pararrayos. Quedábanse todos admirados y seducidos ante los mil pequeños trucos que había encontrado

para hacer la vida más fácil y confortable: mano para coger los libros a la distancia, cocina eléctrica, sistema para calmar el agua de los estanques y la del mar, navío sin ruedas, etc...

Este culto de lo útil y este cuidado extremoso del bienestar se hicieron todavía sentir durante las negociaciones de la paz de Versalles (1783), donde los victoriosos norteamericanos insistieron ante todo en ventajas económicas: los derechos de pesca en las costas de Terranova en particular.

El siglo XIX, época de desenfrenado idealismo en Europa, que vió la Santa Alianza, las revoluciones de 1830, el carbonarismo, Luis Napoleón Bonaparte y su política de las nacionalidades, en una palabra, toda laya de grandes principios entrechocados en las salas de los Congresos y en los campos de batalla, no revistió en absoluto este carácter en los Estados Unidos. Con gran sorpresa de los viajeros, esta república democrática, que fué la primera en esparcir las ideas nuevas, parecía haber renunciado a su idealismo, o, al menos, a su apostolado (ved los relatos de Víctor Jacquemont (1) en cartas de América y el libro de Tocqueville, en que esta misma impresión es consignada brutalmente en el primero, y en matizada forma en el segundo). Sean lo que hayan sido las diversas finalidades de los gobiernos americanos, el pueblo de América nunca ha perdido de vista la suya: conseguir vivir mejor. Peleábanse acerca de la esclavitud, por la moneda de plata, por la banca de los Estados Unidos, por la tarifa aduanera, que tornóse en el punto principal de todos los programas políticos y casi en la única manera de distinguir entre ellos a los grandes partidos, cuya doctrina social y constitucional era casi idéntica. Siempre reaparecían las preocupaciones económicas y la voluntad de obtener el bienestar. Gracias a esta constancia y a su energía para el trabajo, el pueblo americano, pobre a comienzos del siglo XIX, logró acumular el más importante capital del uni-

(1) "El conjunto de las costumbres americanas me desagrada, no se lo oculto: su aspecto severo, a veces, y entonces no desprovisto de nobleza, no es, por lo general, sino frío, chato, vulgar... En ninguna parte, sin duda, los hombres se han dado mayor prisa en asociarse para el trabajo, para obtener la ganancia, y han tenido más rapidez en separarse para gozarla. En parte ninguna hay más espíritu de asociación y menos espíritu social. La intriga no es menos necesaria en América para adquirir popularidad, que en Europa para cautivar el favor del poder: es acaso de una naturaleza más baja, o al menos más grosera..." (Víctor Jacquemont, "Correspondencia Inédita", vol. I, págs. 74-84).

verso y dar a cada ciudadano una felicidad material hasta entonces desconocida. Que se recuerde al americano típico de antes de la guerra, tal como nuestros caricaturistas lo representaban y nuestras muchedumbres lo imaginaban: un hombre vestido con amplio y sólido traje, gruesos zapatos, feos y confortables, en mangas de camisa y poniendo los pies encima de la mesa, no aceptando ninguna traba ni contrariedad, sacrificando, en un palabra, el decoro y casi la cortesía a su bienestar.

Se ha visto también, desde 1919, al pueblo americano testimoniar su celo incansable por su bienestar, sacrificándole su placer. Para mover a un obrero a comprarse un automóvil, se le impidió beber alcohol. Se preguntan a menudo en Europa cómo esta ley de la prohibición, para nosotros manifiestamente absurda y vejatoria, que atentaba brutalmente contra la libertad individual y no respetaba ninguno de los derechos pomposamente declarados en la declaración de la independencia americana, se preguntan, pues, cómo una ley semejante pudo ser votada, y, si no respetada u obedecida, al menos aplicada. Se ve en ello, ordinariamente, una deformación del sentimiento religioso en un pueblo en que el sentido místico se halla atrofiado, mientras la religiosidad continúa desarrollándose. Pero, sobre todo, hay que ver en ello una aplicación del instinto religioso a la vida práctica y una feliz combinación por la cual los grandes industriales norteamericanos parcialmente remediaron la crisis económica de postguerra, cerrando unas de las vías por la cual se iba el dinero de la nación, y tomando el lugar del comerciante en vinos. Durante la prohibición, la venta de automóviles adquirió una extensión que nunca habría logrado si los obreros hubieran necesitado de su dinero, como en otros días. Esto ayuda a comprender por qué los señores Gary (trust de acero), Ford y la mayoría de los magnates industriales fueron tan favorables a la prohibición, para sus obreros y sus clientes, al menos. No se gasta ni se gastará nunca en naranjadas lo que se consagra a comprar cocktails. En vez de líquido, el obrero llevó a su hogar, en la era de la prohibición, toda clase de objetos sólidos y mecánicos. Así triunfó el bienestar de la excitación y del placer.

El partido republicano se vió largo tiempo obligado a continuar su cruzada por la prohibición, pues ha atado su suerte a la doctrina del bienestar. Sus sólidas filas están, ante todo, constituidas por los comerciantes y los industriales. Ha luchado victoriosamente contra la esclavitud y la civilización agrícola del Sur, que amenazaba la civilización mecáni-

ca y los altos salarios del Norte. También ha luchado contra el principio del libre cambio y ha conseguido mantener en torno de los Estados Unidos la tarifa aduanera más alta que se haya visto, conservando así a la industria nacional la soberanía del mercado americano y, con ello, la facultad de pagar grandes sueldos, la obligación de pagarlos a causa de la penuria de la mano de obra que la ley contra la inmigración ha engendrado.

Harding y Coolidge fueron elegidos a los gritos de: "¡Prosperidad!" ¡Prosperidad! ¡Abajo el idealismo hueco!" Y cumplieron ellos su promesa: Norteamérica fué de 1920 a 1929 el país más rico y próspero del mundo, y de todos los grandes partidos conservadores, el republicano pareció el más sólidamente instalado en el poder.

La elección de Coolidge fué un triunfo (1924) y su popularidad acreció aún después de tal fecha. No es que su personalidad resplandeciera de encanto o de buen humor, que tuviera una elocuencia subyugante, que repartiera en torno suyo la satisfacción y el placer. Muy al contrario, parecía más bien rígido, frío, distante, no muy "democrático", para emplear el moderno lenguaje. En las comidas, hablaba apenas y comía menos, pues su estómago no era muy fuerte, no palmeaba, amistoso, a los periodistas, y no les contaba su carrera y cómo ganó sus primeros billetes. Apenas si estrechaba la mano. Cuando recibía a un funcionario, se balanceaba en su sillón, y, mirándole, le decía: "Hable"; después escuchaba, mientras que el infeliz, sudando, y helado, hablaba y preguntábase lo que este Presidente pensaba de él, segurísimo de no saberlo nunca y de no poderlo adivinar en aquel rostro frío y hermético de puritano. En todos los instantes de su vida, conservaba esa actitud de desenvoltura rígida y de dispepsia mal disimulada; aun con su mujer no cambiaba, y aunque fuera cortés con Dios no le dejaba gozar de especiales privilegios. Se cuenta que un domingo, al regresar del servicio religioso, almorzaba con su mujer. Para iniciar conversación, ella le preguntó si el sermón le había agradado:

—Mucho— respondió él.

—¿De qué habló el predicador?

—De Dios y del Diablo— contestó lacónico Coolidge.

—¿Y qué decía de Dios y del Diablo? —insistió la señora Coolidge.

—Decía que Dios es muy bueno y que el Diablo es muy malo —respondió el Presidente, callando en seguida como agotado por el esfuerzo de tanto hablar.

La política no escapaba de sus sarcasmos. Una mañana invernal, durante su presidencia, estaba con la señora Coolidge en la ventana de su cuarto y miraba los autos, los jinetes y peatones que desfilaban por la plaza, ante sus ojos. De súbito Coolidge dió un grito, como si hubiera tenido una brusca punzada en su estómago o su hígado. Alarmada, la señora Coolidge le preguntó:

—¿Qué hay?

Con cierta emoción, su marido le dijo:

—Acabo de ver pasar al senador Borah en su caballo. Borah y el caballo seguían el mismo camino, y parecían muy de acuerdo. Debe de ser muy duro para Borah.

Pues este ilustre senador republicano era conocido por su carácter independiente y el gusto que tenía de protestar, de indignarse, de crear dificultades al gobierno.

Con toda esta sequedad, todo este escepticismo y esta frialdad a la vez espontánea y calculada, Coolidge conocía una popularidad formidable, profunda, calurosa. Igualó a aquella de que hoy goza Roosevelt, y fué más típica, por lo sorprendente. Coolidge desagradaba a la mayoría de los extranjeros; no tenía nada de seductor, y agradar le era indiferente. Pero el pueblo americano veía en él, con alegría, con gratitud y entusiasmo, al sabio, al magistrado prudente y juicioso, al que el brillo de los honores no impresiona, porque situaba por encima de todo los intereses materiales. Diplomacia, ejército, marina, Coolidge trataba de ocuparse de esto lo menos posible; huía del arte y de la literatura. Permanecía en el terreno de la vida cotidiana, y hacía que primara por sobre todo el bienestar del pueblo americano.

Este jefe de un gran Estado, hostil a la grandeza, este político enemigo de la política, este alto personaje que se substraía a la altura, encarnó el ideal del "Presidente republicano" en los Estados Unidos. Para su partido y para sus adversarios fué el tipo perfecto siempre anhelado, pero raro de encontrar, de un hombre de Estado exactamente conforme a las aspiraciones de su pueblo. Se le estaba reconociendo de hallarse tan desprendido de todo sueño, tan negativo, tan duro, y de parecer real como esos objetos —hierro, acero, oro— sobre los que están establecidos la fuerza de América, su porvenir y su esperanza.

La epopeya de la riqueza en los Estados Unidos

La riqueza de América es fabulosa.

Se ha dicho, se ha vuelto a decir, nunca se dirá lo bastante, ni con suficiente energía, pues, habríanse de amontonar detalles tras detalles para ofrecer al espíritu una imagen justa de esta increíble acumulación en que nuestra imaginación se extravía.

Cuando los ingleses llegaron a las costas de América septentrional, este continente contenía 820 millones de acres de bosques vírgenes, llenos de las más raras esencias, las más útiles al hombre, desbordantes de animales cuyas pieles debían hacer la fortuna de los mercaderes de Londres; 600 millones de acres de pradera, erizada de toda suerte de hierbas y de arbustos que podían servir de alimento a los búfalos, entonces sus libres habitantes, a las vacas, a los carneros, las cabras, los caballos, que los colonos se llevaban consigo; 430 millones de acres estaban ocupados por terrenos áridos, cimas de montañas, y 50 millones únicamente eran desiertos.

Pacientemente, desde millones de años, la naturaleza había almacenado en este suelo sus recursos minerales, químicos y vegetales; bajo los bosques, la tierra ocultaba la inmensa cantidad de minerales aún desconocida; la mitad del acero del universo, la mitad del carbón del universo, la más grande reserva de petróleo que posea pueblo alguno, zinc, oro, plata, plomo, cobre, gas natural, helio... Toda esta riqueza era tanto más preciosa cuanto que estaba intacta, ninguna mano humana la había tocado todavía. Era fácil de explotar. Una vez rechazados los indios, el continente americano no presentaba peligros comparables a los del África o del Asia: los animales salvajes eran poco numerosos y menos bien armados para atacar o defenderse que los del Viejo Mundo. Leones y tigres, elefantes y gorilas eran desconocidos. Los diversos yacimientos estaban a menudo a flor de suelo; bastaba agacharse para encontrar oro, plata, hierro, petróleo, gas natural. Por fin, el momento que produjo el descubrimiento de América acreció el valor de esta riqueza. Todos estos minerales proveían al pueblo que ocupaba la América del Norte el medio de crear con el máximo de facilidad, un mínimo de gastos y una rapidez asombrosa un material que representaba entonces la opulencia y el poderío. Carbón, hierro, oro, eran infinitamente más preciosos entre 1800 y 1900 que entre 1000 y 1500.

Debía permitir a los norteamericanos procurarse fuera de sus límites cuanto pudieran desear: ciertos países de Europa, como Italia, estaban desprovistos por completo de riquezas minerales; otros, como Francia, las tenían escasamente; nadie poseía esa maravillosa variedad de materias primas de que estaba dotada América; en efecto, entre los grandes lagos vecinos del Canadá y Río Grande, que los separa de México, los Estados Unidos tienen a su disposición una gama extraordinariamente vasta de productos diversos, los de las regiones templadas y los de los trópicos. Su algodón, por su calidad, prima en todos los mercados del mundo; sin él, ni el Havre ni Liverpool hubieran podido vivir en el siglo XIX. Su petróleo hace caminar los automóviles de la mitad del mundo. Privada del helio norteamericano, Alemania no puede hacer andar sus zeppelines.

Así provista, América ha visto afluir hacia ella a los mercaderes del universo, venidos a ofrecerle sus tesoros. Pero como estaba tan bien provista, en vano se ingeniaban ellos para encontrar moneda de cambio. No necesitaba ni alimentos, ni metales; durante algún tiempo aceptó los objetos fabricados, pero pronto sus obreros tornáronse en los iguales, y luego en los maestros de los obreros europeos. Las dos únicas mercancías de que se mostró ávida, fuera de los productos coloniales, como el café y el caucho, fueron el oro y los hombres. En cambio de su carbón, de su madera, de su algodón, de su trigo, de su maíz, Europa y Asia hubieron de enviar sus reservas bancarias, o renunciar a comprar. Así, mientras pasaban los años, América atraía una ola de oro siempre creciente.

Pero, sobre todo, atraía a los hombres. Su prestigio fabuloso, lejos de decrecer con los años, crecía de día en día. En el siglo XVII había fascinado a los anglosajones, y en el siglo XVIII los desheredados del mundo entero acudieron allá en busca de refugio. Allí encontraron, con la paz y la libertad, la riqueza. En el siglo XIX, cada revolución estuvo enviándole olas de infelices, de exilados y proscritos; pero los mismos periodos de paz, con su estancamiento y su hastío, diéronle creciente ola de inmigrantes. Todos los espíritus ávidos, todos los ambiciosos, todos aquellos cuyo destino era inferior a sus sueños, en todos los rincones de Europa, escapaban hacia América, a la primera ocasión. No sólo fueron los infortunados, los arruinados y los desheredados, los criminales y los reincidentes en el mal; también fueron fundadores de religión, los teorizantes sociales y científicos, los ingenieros audaces, los capitalis-

tas emprendedores. Los más inquietos y vivos de los hombres, al salir de sus lares, volviéronse a los Estados Unidos. Vinieron de la China, del Japón, de Francia, de Bélgica, de Italia, de Alemania, de Austria, de Rusia, de Grecia, de Polonia, de Siria...

Todos fueron acogidos, todos encontraron un sitio en esa nación nueva, que ellos sin cesar renovaban. Fueron levadura de audacia y garantía de progreso. Mantuvieron en este pueblo las cualidades de energía y el amor del riesgo, a punto de desaparecer en las otras civilizaciones de Europa. Sin duda, tenían el instinto del éxito y el apetito de los bienes materiales, pero con generosidad. Si entre ellos se encontraban preocupaciones mercantiles más constantes y precisas, más desvergonzadas —dirían algunos— que en el Viejo Mundo, también mostraban mayor generosidad. Lo que rápidamente habían adquirido, prontos estaban a gastarlo con amplitud. América se hizo famosa por sus grandes fundaciones caritativas, sus enormes universidades, edificadas, dotadas, acrecidas incesantemente gracias a la generosidad de los grandes aventureros de los negocios, de los principales capitales de la industria: los Leland Stanford (Universidad de Leland Stanford); los Huntington (Biblioteca de Pasadena), y los Crocker en California, los G. Baker, los Widener, los Lowell (Harvard), los Guggenheim, los Carnegie, los Rockefeller (en el Este), los Edison (Rochester) los Duke (Duke University), para no hablar sino de los más ilustres.

La riqueza americana no cesa de crecer y circular. Un refrán pretendía que "del overall al overall no había sino tres generaciones". (There are only three generations from overall to overall). El abuelo, salido de la clase obrera, hacía fortuna, que el hijo aumentaba o mantenía más o menos; pero el nieto era ya un señor, que no pensaba sino en gastar, no sabía adaptarse a ese mundo siempre en movimiento, ni proteger su fortuna en aquel medio incesantemente agitado por remolinos brutales: zozobraba con su cuerpo y sus bienes. Su hijo siempre podía recomenzar, y nadie desesperaba nunca, pues enriquecerse era un juego, y el trabajo el más embriagador de los placeres.

El carácter más noble de esta riqueza americana era la fluidez. Estaba a la disposición de todos los que querían darse la pena y que sabían trabajar; no pertenecía definitivamente a nadie.

Algunas cifras ayudarán a comprender lo que era esto hacia 1860.

En tal fecha, se estima que la fortuna del país alcanzaba a 16.000.000.000 de dólares; los bosques representaban el 3,7% de este total; la agricultura (tierras y granjas) el 48%; las fábricas, el 8,7%; el comercio, el 8%; los transportes y todo lo que sirve para distribuir los productos, el 7%; el capital empeñado, el 2%; diversos, el 22,6%.

La tierra encerraba todavía la mayor parte de las riquezas nacionales; pronta estaba a entregarlas, pero las reservaba para aquellos que, dotados de audacia, de valor y destreza, se le acercaban y no vacilaban en luchar con ella. Así, pues, esta opulencia, en vez de entorpecer o de atrofiar al país, era para él un estimulante perpetuo. El ardor para el trabajo, la dureza de la aceptada disciplina y los constantes riesgos dejaban poco sitio al materialismo. Las desigualdades temporales no hacían sinc subrayar la igualdad general y esencial que reinaba entre todos esos hombres, de los cuales los mejores y los más fuertes ganaban un ascendiente evidetísimo, pero precario, sobre las fuerzas de la naturaleza y sobre la sociedad humana,

La vida era peligrosa y seguía siendo ruda. La generación que se estableció en el bosque removido y allí instaló su casa, apenas había terminado de instalarse cuando ya el celo de una más grande ganancia, el miedo de ver bajar el valor de la tierra en que se había fijado, movía a los jóvenes a amarrar los caballos y los pesados bueyes a las cubiertas carretas. Así, pues, una mañana cualquiera se partía por la ruta accidentada, que al cabo de algunos días de marcha se tornaba en pista. Se cruzaban los ríos por los vados; se espiaban, a lo lejos, los vahos más leves; había que desconfiar de las manadas de búfalos y tener cuidado con los indios; también se había de observar con prudencia a los demás inmigrantes que aparecían; la mayoría era buena gente, pero algunos llevaban la bravura hasta el bandolerismo. Cuando se llegaba al término del viaje, pradera desierta o filón de oro en la montaña, o yacimiento carbonífero en el valle, necesario era darse prisa en construir allí una civilización, que acaso durara cincuenta años, tal vez sólo treinta, si el filón se agotaba, si la mina no llegaba muy lejos, o si una inundación sobrevenía, que imposibilitaba en pocas semanas todas las tierras laborables. Movidos por el destino, aguijoneados por sus pasiones, los hombres avanzaban siempre.

Cuando vino la guerra de la Secesión, agrupáronse en un solo impulso en torno de la bandera nacional. Se

puede decir que el Sur representaba un ideal tradicional legítimo; hasta se puede sostener que el derecho estaba con él y que la historia de los Estados Unidos, los grandes hombres del país, los Washington, los Jefferson, los Madison, testimoniaban en su favor; pero el porvenir de América estaba del lado de los federales y todos los pioneros se agruparon en este campo.

1866 inició la más gloriosa era de la historia económica americana. Sólidamente constituida ahora en una unidad, la República ya no tuvo que preocuparse sino de su desenvolvimiento económico; lo hizo con un celo, una vehemencia, una fiebre que a menudo se asemejaban al vértigo. Después de los cinco años de pesadilla, después de los duelos, las privaciones, los terrores y los odios de la guerra, abrióse un período de esperanza y exaltación. Se construyeron entonces las grandes vías férreas transcontinentales. La primera, la "Union Pacific", fué abierta en 1869. El Pacífico estaba unido con el Atlántico. Nueva York se convirtió en la metrópoli incomparable y, surgiendo de los grandes lagos, Chicago comenzó aquel vuelo que la ha llevado a colocarse ahora como una rival de Manhattan. Instalados en el poder a partir de 1860, los republicanos animaban cuanto podían este titánico desarrollo. Su principio era: "Lo menos política posible en la vida de la nación". "Dejad tranquila a la gente de negocios". Se contentaban con proteger la industria por medio de una altísima tarifa aduanera y de asegurar la expansión americana en toda la zona de ambas Américas gracias a una política a veces brutal, que le permitió ocupar Hawaii (1898), Cuba y las Filipinas (1899) y de poner mano en Haití.

Bajo su firme dirección, el país se encaminó hacia la prosperidad. El ritmo de crecimiento de la población americana siempre había sido rápido; el pueblo americano había duplicado cada veinticinco años, desde 1630; pero la mayor parte de este crecimiento venía en otro tiempo de los nacimientos. Sin embargo, a medida que la nación se civilizaba y que el bienestar se expandía, la cifra de los nacimientos bajaba, de manera que la inmigración vino a desempeñar un papel cada vez más considerable. A partir de 1900 y hasta principios de la gran guerra hubo, por término medio anual, un millón de inmigrantes. En 1900: 448 mil. En 1901: 487,000. En 1902: 648,000. En 1903: 857 mil. En 1904: 812,000. En 1905: 1,027,000. En 1906: 1 millón 100,000. En 1907: 1,285,000. En 1908: 782,000. En 1909: 751,000. En 1910: 1,041,000. En 1911: 878,000. En

1912: 838,000. En 1913: 1.197,000. En 1914: 1.218,000. Fué una gran época para las compañías de navegación. En los más apartados rincones de Polonia y de Serbia se encontraban agencias de la línea Cunard, de la White Star, de la Red Star, de la Hamburg-Amerika, del Nord-Deutscher Lloyd, de la Compañía Transatlántica. Los grandes paquebotes se disputaban la cinta azul destinada al campeón que hacía en el menor número de horas esta travesía, y las agencias se disputaban a los inmigrantes, que hacían la fortuna de sus líneas.

También hacían la fortuna de los Estados Unidos. Construían las grandes líneas férreas; construían y poblaban enormes fábricas y sobre ellos se establecía la gigantesca prosperidad del país. Este crecimiento tan rápido y fatal de la población traía consigo necesariamente una necesidad acrecida de todos los bienes de este mundo. Sobre todo, el primer sueño de los inmigrantes era el de procurarse su casa, su "home". Los considerables salarios acostumbrados en los Estados Unidos, los precios enormes que Europa pagaba por las materias americanas, y el afluir de capitales ingleses, franceses, holandeses, belgas al Nuevo Mundo, permitían a los inmigrantes el satisfacer con rapidez sus necesidades, el realizar pronto sus sueños. Cada familia, al cabo de diez o veinte años, lograba instalarse en su casa, en una de esas casitas de madera como las que se ven por miles en los alrededores de cada gran ciudad. Alumbadas con electricidad, provistas de agua potable y de gas, a menudo provistas de sala de baño, representaban para los sirios, los mexicanos, y hasta el escandinavo, una felicidad de que se maravillaban.

Esta actividad repercutía por todas partes. La industria de la edificación traía consigo todos los demás aspectos del oficio: albañiles, pizarreros, plomeros, carpinteros, pintores, etc... Hacía la fortuna de los leñadores y los aserraderos; lanzaba las industrias metalúrgicas, que encontraban el mercado que necesitaban. Permitía a la clase media, arquitectos, contratistas, ingenieros, obtener salarios fabulosos y amasar esas grandes fortunas que se han hecho famosas en Europa. El símbolo, el estandarte, podría decirse, de esta prosperidad fué el rascacielos. Responde en Nueva York, si no a una necesidad, al menos a una concepción natural, pues en esta isla angosta, en que el terreno es costosísimo, en que falta sitio, en que se concentran las principales oficinas de las grandes compañías americanas y los servicios directivos de la mayor parte de los

negocios nacionales, es lógico crear edificios tan grandes para alojar a todos aquellos "trusts", también monstruosos. Sin embargo, en el resto del país, el rascacielos no se imponía; a veces, allí donde el terreno es blando, pantanoso o arenoso, representaba un peligro. Sin embargo, ha conquistado todas las ciudades de América, de Nueva Orleans a Chicago, y de Boston a Los Angeles, pues corresponde a una exaltación particular y proclama muy alto el triunfo de la arquitectura americana. Es la forma más original que haya creado el arte americano, y es la más clara característica del paisaje de ultramar. Es también el símbolo más completo de la felicidad en los Estados Unidos. Gigantesco, brillante y orgulloso, exalta la enormidad material de la dicha norteamericana que, consciente de su masa, tiende a izarse hasta el cielo para expandir por entre las nubes el resplandor de sus oros y los clamores de sus radios.

Esta creciente población exigía mayores provisiones; sostenía, pues, a la agricultura; gracias a ella, el precio de los terrenos, y más aún, el de los sitios en torno de las ciudades, aumentaba según una curva cada vez más próxima de la vertical. En una palabra, objeto o propiedad que se compraran en ultramar, tenía la suerte de poderlos revender a mayor precio que el de la adquisición, pues el número de compradores no dejaba de crecer; más aún, su avidez no cesaba de ensancharse. Después de diez años en el Nuevo Mundo, un serbio, o un portugués, pedía más alimentos, usaba más ropas, deseaba más jabón, más placeres, más diversiones de cuanto soñara a su llegada; el clima estimulante, el trabajo violento, y el ejemplo de todos los que le rodeaban, ejercían sobre él una influencia contra la cual no luchaba, pues había dejado tras él, en su país de origen, sus hábitos de prudencia, los ancestrales temores y las disciplinas tradicionales. También había adquirido el amor del riesgo, y sentía oscuramente que el papel de todo buen norteamericano era el apostar ganando sobre su país, y jugar en grande. A ello se lanzaba de cabeza, embriagado por este nuevo placer.

Toda la economía americana organizábase en función de este ritmo. Objetos y hombres jugaban al alza. No se trataba, como en Europa, de instalarse lo más sólidamente posible para permanecer el mayor tiempo y con la mayor comodidad imaginables en un suelo dado; no, el porvenir no era contemplado sino como perpetuo acrecentamiento. Las fábricas no se construían para el consumo pre-

sente, sino en vista de las futuras posibilidades; las ciudades, las universidades, los ferrocarriles, las administraciones, todos contaban siempre con este factor. La idea de duración obsedía a Europa ansiosa que en ella veía un ideal anhelable y precario; la idea de crecer parecía a la vez necesaria y natural a América. Los que hubiesen puesto en duda esta teoría, los que se hubieran dejado llevar hasta la prudencia, hubieran sido censurados; habríaseles considerado como malos ciudadanos. El hombre honrado no era aquel que recordaba el desconfiar, el mantenerse en guardia, sino aquel que se entregaba con agilidad y entusiasmo a la ola de la dicha y de la buena suerte cuya marea levantaba a la nación.

Cada americano apostaba por América. Se repetía: "Don't sell America short". (No juegue a la baja contra el país). Y pronto Nueva York se instaló como el banco de la operación. Vuelta hacia Europa, esta metrópolis en que tocan todos los barcos venidos del Viejo Mundo por donde vagan todos los financistas del universo, se ha tornado en el lazo de unión entre los dos continentes. Su enorme población judía (1.765,000 judíos practicantes; en 1938), le facilitaba su faena. Su magnífico puerto de aguas profundas, su clima brutal pero sano, todo lo animaba a esta empresa. Algunas grandes casas de banca, de las que son las más conocidas desde hace treinta años, Morgan y Compañía (anglosajona), Kuhn Loeb (judía), con los señores Warburg, Otto Kahn (1) Dillon y Read (irlandesa), Lehman hermanos, (judía), Sachs y Compañía (judía), y las famosas sociedades anónimas como "Farmers Loan and Trust Cy", "Guaranty Trust", "National City Bank", "Chase Bank, etc., han hecho de Nueva York el gran centro de las finanzas norteamericanas. Las más célebres operaciones bancarias de los tiempos recientes se han desarrollado allí. Los señores Morgan han puesto en pie los grandes ferrocarriles americanos (New-York Central) y el enorme trust del acero (Steel Trust); allí han preparado y colocado los empréstitos que permitieron a los Aliados continuar la guerra entre 1914 y 1917; allí se han organizado las finanzas de Polonia, de Checoslovaquia; allí el empréstito Dawes y los empréstitos Yung se han negociado... Los ojos del universo han permanecido fijos sobre Nueva York desde fines del siglo pasado, y de 1920 a 1930 fué una creencia

(1) Muerto hace algunos años, pero ha permanecido legendario.

general la de que Londres, destronada, perdería su privilegio financiero, su supremacía mundial, en beneficio de Nueva York. Parecía que el dólar iba a reemplazar a la libra como moneda internacional y, de hecho, durante varios años, el prestigio del dólar fué más grande que el de la libra. La energía y las esperanzas de América aventajaban al poderío y la estabilidad de Inglaterra.

En América y en el universo entero Nueva York había organizado la especulación sobre América. Los señores Morgan, por ejemplo, cuyo nombre es el más famoso y respetado, habían establecido en América, en Inglaterra y en Francia una red de bancos filiales, o afiliados, que trabajaban con ellos, y que les servían para lanzar las grandes empresas norteamericanas. En las más pequeñas ciudades de América, y pronto en las de Europa, se tomó la costumbre de colocar el dinero en los bancos de Nueva York. Los "trusts" desempeñaron en esto el mismo papel que el rasca-cielos. No se cansaban de discutir los méritos de estas enormes compañías destinadas a acaparar un producto y a dominar el mercado. Trust del acero, trust del petróleo, trust del cuero, trust de productos químicos fueron los más famosos. Carnegie debió al acero su fortuna gigantesca. Rockefeller debió la suya al petróleo; la familia Dupont de Nemours ha adherido su nombre a los productos químicos y a los explosivos. Estos triunfos ruidosos, que colmaban los diarios, servían a la vez de temas moralizadores para los políticos, siempre prontos a denunciar a los trusts, y de cebo excitante para el grueso público, siempre embriagado con el enorme espectáculo de estos triunfos.

Paralelamente, los dos sentimientos se desarrollaron en los Estados Unidos. La moralidad pública y la política de los partidos se irguieron con creciente vehemencia contra los trusts, acusadores de hambrear al pequeño comerciante, de corromper al hombre de Estado, de esclavizar al obrero y de explotar al consumidor. La admiración individual y el entusiasmo del mundo de los negocios los saludaron con acrecido calor. En buenas cuentas, después de muchas batallas, después de inflamados discursos del primero de los Roosevelt y de amargas arengas de Wilson, tras una ola de palabras bajo Roosevelt II, los trusts terminaron por ser aceptados como una necesidad nacional y como un legítimo medio de evitar el derroche. Se comprobó en 1938 que el 87 por ciento de todo el capital de las sociedades industriales y comerciales estaba entre las manos de un 5 por ciento de sociedades, y que el 84 por ciento de todos los beneficios

entraban en los cofres de un 4 por ciento de estas sociedades, tanto había avanzado la concentración de la fortuna privada. Mientras que en 1860, el 86 por ciento de los negocios era hecho por empresas individuales, en 1929 no había sino el 42 por ciento de los negocios. Sin aguardar la opinión pública había tácitamente concluido que era necesario considerarlos como uno de los instrumentos de la grandeza americana, y el dinero que afluyó a Nueva York fué una cédula de voto más elocuente que aquella de que se valían los electores para elegir a senadores y diputados hostiles a los trusts. Los trusts querían darle a América una prosperidad cada vez mayor; volvían hacia ella los sueños de todos los países y de todas las clases. Trataban de persuadir al universo de que los Estados Unidos lograrían hacerlo "siempre en mayor escala y mejor", que crearía así una civilización a la medida de su continente, si es que su pueblo deseaba asociarse a esto de todo corazón.

El pueblo no vaciló. Se ha comprendido mal en Europa la curiosa institución que se llama "Club de los Rotarios". Sin duda es considerada, con justicia, como una emanación de la francmasonería; semejante a lo que hoy es en Francia la Liga de los Derechos del Hombre, también la Liga de la Enseñanza, sirve, para la masonería, de medio de contacto con el mundo exterior; pero este no es para nosotros el elemento importante. Los rotarios son escogidos cuidadosamente en cada ciudad americana para que representen a los grupos mejores de los diferentes oficios, las diversas profesiones y los más influyentes medios. Se constituyen en células, ávidas de ayudarse las unas a las otras, pero también ávidas de ayudar a su ciudad y de servir, en conjunto, al país. La doctrina del rotario es eminentemente optimista y su práctica constante ha sido la de repetir a los americanos que no hay que preocuparse del porvenir, sino, al contrario, lanzarse a él por entero, con firme esperanza. Semejantes al doctor Coué, han querido sanar todos los males económicos de su nación con la confianza en el porvenir. Han repetido en todos sus almuerzos, en todas sus convenciones y en todas las charlas que han tenido: "América es hoy más grande y fuerte de lo que fuera ayer, pero mañana lo será más". Esta actitud ha encontrado, de uno a otro extremo del país, un auditorio bien dispuesto; grandes y pequeñas ciudades han acogido a los rotarios con aprobación; las Cámaras de Comercio se han apoyado en ellos y los gobiernos republicanos, entre 1900 y 1930 los han considerado como el tipo del mejor ciudadano.

La especulación que arrastraba a América por la vía de la prosperidad no era solamente un fenómeno de lucro, de deseo de garantía material; era también una actitud del pensamiento, hasta se podría decir que era una disciplina del carácter. Como parecía en Europa prudente y razonable el no arriesgar nunca todo de una vez, "el dejar algo de lado", el hacer economías, el tener una "media de lana", así parecía, del otro lado del océano, justo y moral, prudente y respetuoso ante la divinidad, el abandonarse a ella completamente, en todos los negocios emprendidos, con todo el dinero que se tenía y el que esperaban tener. América jugaba el todo por el todo a su futuro.

Apoteosis y catástrofe

Ganó. La guerra de 1917 fué para ella una apoteosis. No poseía hasta entonces para sus productos manufacturados sino un mercado interior, en verdad activísimo, pero limitado a las fronteras de los Estados Unidos. Con la gran guerra, los Aliados necesitaron súbitamente víveres que ya no podían cultivar, materias primas de que no podían pasar-se para sostener el esfuerzo de la guerra, material civil y militar para equiparse, medicamentos, etc... Petróleo, algodón, eran indispensables para la victoria.

Francia no los tenía e Inglaterra no abundaba en ellos. Hubo que comprarlos y, reconozcámoslo, comprarlos a gran precio. También fué necesario procurarse automóviles, municiones, pólvora, camiones, etc., una verdadera ola de diversos productos pasó entre América y Europa, en los años de 1914 a 1918. Gradualmente, los Estados Unidos consiguieron subvenir a las necesidades de la población no combatiente, pues obreros y campesinos habían partido a las trincheras, las haciendas estaban vacías y los talleres desiertos. Calzados, camisas, sombreros, etc, vinieron de América. América, dueña indiscutible de su mercado, lo fué también del mercado europeo; más aún, reemplazó a los europeos en los mercados exteriores, especialmente en América del Sur, donde hasta entonces Inglaterra lograra cerrarle el camino, y en China, donde nunca el Imperio británico dejara insinuarse a la gran República norteamericana. En 1918 se pudo decir que América estaba capacitada para proveer a todas las necesidades del universo. Un cronista de ultramar pretendía de una manera divertida que había tantas y tan hermosas fábricas de calzado en los Estados Unidos en 1918, que en el caso en que cada hombre pose-

yera cuatro pies en vez de dos, América podría proveer mensualmente de un par de zapatos para todos los pies de todos los hombres. Fué entonces cuando Londres conoció ese grave eclipse que permitió a Nueva York destronarla. Entonces fué cuando el nivel de vida subió bruscamente en los Estados Unidos. Por lo demás, algunas cifras evocadas por el diputado Piatt Andrews durante las discusiones relativas a las deudas de guerra, hace ya catorce años, permitirán darse cuenta de los resultados de la guerra sobre el estado económico y financiero de Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra y los Estados Unidos. Piatt Andrews decía:

"Los que han visto los documentos sometidos a la Comisión de deudas por los negociadores italianos hablan de ellos como que son exactos y verídicos, y tales documentos han profundamente impresionado a los miembros de la Comisión de deudas por la descripción que hacen de las cargas económicas de Italia. No obstante, el documento italiano titulado "Comparación de la fortuna y del presupuesto nacional de varios grandes países" constata que Francia es el único de los grandes países comprometidos en la guerra cuya fortuna estimada en "dólares sea menor ahora que en 1914". En la página 36 del documento italiano se encuentra la estadística siguiente:

(En mil millones de dólares)

<i>Países</i>	Fortuna		Renta	
	1914	1925	1914	1925
Italia	21,4	22,3	3,75	4,00
Francia	57,9	51,6	7,24	7,74
Bélgica	10,6	11,5	1,40	1,75
Inglaterra	68,1	117,8	10,95	19,00
Estados Unidos	200,0	380,0	33,00	70,00

Y si se considera la depreciación del dólar por el alza de los precios, como lo hace el folleto italiano en otra estadística, se verá que la fortuna real de Francia es un 40% inferior a la que tenía antes de la guerra. Pero, a pesar de tan fuertes pérdidas en su fortuna durante una sola generación, el "Atlantic" pinta a Francia como en el apogeo de su prosperidad.

En 10 años, la fortuna de los Estados Unidos casi habíase duplicado.

En todos los dominios, la repercusión de esta creciente prosperidad se hizo sentir. Lo que se ha llamado "el gran boom" de postguerra comenzó desde 1921. Esta nación, que acababa de decidir con su intervención generosa, oportuna, eficaz, el final de la más grande de las guerras y, con ello el destino del universo; esta República democrática y comerciante, que mantenía el equilibrio entre los mayores imperios del mundo; este pueblo soberano que, desdeñoso de la grandeza militar y de los arcos triunfales, rechazaba los territorios y aún toda ventaja económica para volver a su tierra a recobrar su sitio en el campo, en la fábrica, apareció a la vez como el gran vencedor y como el perfecto modelo del hombre moderno.

América había vencido a todos los corazones y conquistado todos los portamonedas. El mundo entero era su cliente, el mundo entero se asoció a ella a jugar por ella. En los más pequeños pueblos de Francia, los campesinos sacaban sus medias de lana para comprar acciones de teléfono en Nueva York o de minas de petróleo en Texas...

América sintióse mareada de felicidad. ¿Tuvo miedo? ¿O hay que creer que en tales momentos los viejos instintos de los antepasados de sus antiguos colonos súbitamente renacieron en sus descendientes? Sea como sea, América, aunque conservando los mismos propósitos, cambió de actitud. Le había gustado el riesgo; tornóse prudente.

El universo entero tenía los ojos vueltos hacia Nueva York y, de la Alemania vencida, de la Rusia desgarrada por la guerra civil, de la Italia y de la Francia empobrecidas, y aún de la Inglaterra, a la que su victoria apenas lograba consolar de sus terribles pérdidas, una ola humana se preparaba a acudir a aquellas riberas no assoladas por la guerra, no tocadas por la destrucción, respetadas por el Ángel de la Muerte. El partido republicano que entonces ocupaba el poder tuvo miedo de esta masa de inmigrantes. Tiempo hacía ya que se notaba una tendencia que inquietaba a los jefes de este partido. Ya no eran anglosajones, ni siquiera irlandeses que hablaban inglés, eran eslavos, italianos de la Calabria y de Sicilia, croatas, serbios, checos, ucranianos, israelitas del Este europeo los que se embarcaban en los puertos de Europa para venir a los Estados Unidos. Poblaciones robustas y trabajadoras, pero muy poco cultivadas y difíciles de asimilar, constituían un problema social gravísimo en todo tiempo; pero, en una época en que el comunismo se expandía, en que se viera, en el Canadá mismo, producirse explosiones bolchevistas, parecía temible. Desde 1920, los je-

fes republicanos se ocuparon de limitar la cantidad y de mejorar la calidad de la inmigración. Se trataba de eliminar a los alemanes ya muy numerosos en los Estados Unidos y que habían sido molestos durante la guerra, de rechazar a los rusos, sospechosos, en bloque, de tendencias bolcheviques, de protegerse, en fin, de los israelitas, los italianos y demás "degos" (nombre dado a los extranjeros de piel morena por los americanos de origen escandinavo o anglosajón).

Esta tendencia del estado mayor del partido republicano encontró favorable acogida en los medios sindicalistas. Los obreros de los Estados Unidos, orgullosos y felices de los enormes salarios de que gozaran durante la guerra, no querían por nada del mundo sacrificarlos. Si las barreras desaparecen, se decían, habrá una tal masa extranjera precipitada sobre el país que, en seguida, por la ley de competencia, los salarios bajarán. De acuerdo con los elementos conservadores del partido republicano, los conductores de los grandes sindicatos y de la Federación americana del trabajo hicieron presión sobre el Congreso para obtener leyes que reglamentaran estrictamente la inmigración. Tres veces el Congreso tomó medidas en este sentido. En 1917 redujo el número de extranjeros de cada raza admitidos anualmente en los Estados Unidos a un 3% del efectivo comprobado por el censo de 1910. Esta ley, que disminuía brutalmente la inmigración no pareció suficiente, dejaba entrar aún a demasiados amarillos, italianos, alemanes, eslavos, para que gustara a los anglosajones. Otro texto, votado por las dos Cámaras del Congreso, el 15 de mayo de 1924, y ratificada en seguida por el Presidente el 26 de mayo de 1924, llevó la cuota anual a un dos por ciento de los representantes de cada raza residentes en los Estados Unidos, pero nacidos fuera, tomando como base del cálculo el censo de 1890. Como en tal fecha las grandes masas de eslavos y de latinos no habían acudido aún a los Estados Unidos y, al contrario, los anglosajones habían venido ya en multitud, se establecía un privilegio de hecho para estos últimos.

Se hizo más aún: otra ley votada por el Congreso y proclamada por el Presidente el 1º de julio de 1929 estableció en 153.900 la cifra máxima de inmigrantes que anualmente podían ser admitidos en los Estados Unidos, y prescribió un examen estrictísimo de todas las solicitudes de inmigración hechas por los cónsules americanos. En fin, estas leyes y una serie de reglamentos complementarios dieron tales resultados que un buen día las emigraciones superaron a las

inmigraciones. Un cuadro que resuma las cifras entre los años 1920-1935 dará una justa idea de esta nueva situación:

Años	Inmigrantes	Emigrantes
1920	430.000	
1922	309.556	
1924	706.896	
1926	304.488	
1928	307.255	
1930	241.700	
1932	35.576	
1934	29.470	39.771
1935	34.956	38.834

De hecho, desde 1920, de una u otra manera, los Estados Unidos se las han arreglado para poner coto a la inmigración. Patrones y obreros, haciendo esto, han cedido al instinto de conservación, a los consejos de la prudencia, a todas aquellas obscuras voces que parecían muertas en ellos desde que desembarcaran en el suelo brillante de los Estados Unidos, y que la prosperidad despertó en sus corazones. El resultado de esta prudencia fué catastrófico.

Lo que aconteció nos parece evidente en la hora actual, y claro es también que nadie haya pensado en ello. He aquí lo que al respecto dice un escritor norteamericano cuyo libro representa el esfuerzo de comprensión más lúcido que se haya hecho hasta ahora:

"Una de las principales causas de la desocupación actual, está en el hecho de que la población ha cesado de aumentar en número tan rápidamente como lo hiciera antes de 1920. Nuestro sistema económico estaba adaptado a una enorme industria que producía casas, máquinas, en vista del acrecentamiento constante de la población. A la hora actual, todas nuestras industrias de construcción están estranguladas, la población ha cesado de aumentar, planes económicos basados en la constante prosperidad de la industria de la edificación no están ya conformes con la realidad" (D. C. Coyle. "Roads to a New America", pág. 90).

Con el fin de la inmigración se detuvo bruscamente el vuelo de la industria de la edificación. Al mismo tiempo, todos los productos agrícolas bajaron de valor y todos los productos industriales se colocaron cada vez más difícilmente

La enorme industria de los Estados Unidos que, en 1917, era suficiente para las necesidades del universo entero, perdió a un tiempo su clientela europea, pues Europa reconstruía sus fábricas, y la mayor parte de su clientela asiática, africana, sudamericana, pues aquí los europeos comenzaban a hacer la competencia y, gracias a sus bajos salarios, recobraban los mercados. Al mismo tiempo, en el interior mismo de su país, América del Norte veía su consumo, si no disminuir, al menos quedarse estacionario. Era perder a la vez en todos los tableros.

Para remediar tan enorme mal se recurrió a diversos paliativos. Los grandes bancos norteamericanos empezaron a colocar su dinero en empresas europeas, prefirieron las que daban mayores dividendos y, por cierto, fueron alemanas. Inútil es insistir en el resultado de esta operación. Por lo demás, ciertas tentativas de colocaciones financieras en China, y en América del Sur, no tuvieron más feliz suerte. Los norteamericanos no estaban bastante al corriente de estos mercados extranjeros y su gobierno no los sostenía en buena forma. Hubo necesidad, pues, de entregarse al mercado interno. Fué la gran época en que reinó la propaganda. En todo tiempo los norteamericanos amaron la propaganda, pero en 1920 adquirió un desarrollo desconocido. El pueblo de los Estados Unidos ama los bellos espectáculos, es sensible a las seductoras imágenes, las cifras subyugan su imaginación, las fórmulas claras convencen su espíritu, se crea, pues, todo un arte y toda una ciencia de la propaganda, cuya finalidad era mover al norteamericano a consumir cada vez más, supliendo así, por sí mismos, la deficiencia de los mercados exteriores.

En 1928 vi en California affiches pintorescos que, por un lado, mostraban a nuestro padre Adán, desnudo, peludo, y sin escobilla de dientes, y a una linda mujer de 1860 con una sola escobilla, y con los dientes bastante sucios, y haciéndoles juego, a un muchacho y una muchacha, ahora, vestidos deportivamente, sonriendo, y dejando ver a través de los labios entreabiertos unos dientes brillantísimos mientras en cada mano blandían una escobilla de dientes. Una leyenda explicaba: nuestro padre Adán no tenía una escobilla de dientes, nuestros antepasados tenían una sola para cada cual, pero el hombre moderno necesita dos escobillas de dientes, por lo menos, para su salud y su belleza.

Orgulloso de su alto nivel de bienestar, el pueblo americano animó la propaganda que movía a nuevos deseos, nuevas necesidades. La importancia que adquirió en las

versas industrias el servicio de ventas y publicidad tornóse gigantesca. Para la nación el presupuesto total de anuncio sobrepasó los 2.250.000.000 de dólares. Se cita la cifra de esas tres Compañías de cigarrillos que en un solo año (1936) gastaron 50 millones de dólares en propaganda. En realidad, la propaganda tenía mayor importancia en sus empresas que los mismos cigarrillos.

Este sistema no habría funcionado si no hubiera tenido la compañía un mecanismo de créditos. Toda cosa se vendía al crédito, los automóviles, las radios, los refrigeradores, las casas y hasta los abarrotes. Vi en 1927, en un pueblecito del centro de los Estados Unidos, un anuncio concebido así "Tráigame UN DOLAR y hágase acompañar de su novia, yo en seguida le procuraré una casa, con teléfono, calefacción central, un piano, un garage, armarios, buena cama; hasta haré venir al señor cura y podrá casarse en seguida POR UN DOLAR (y luego algunos pagos mensuales)".

Por todas las regiones se desparramó este sistema; como las altas ganancias en las ciudades permitían a los obreros el continuar sus compras, tuvo éxito en las regiones urbanas. Sin embargo, la prosperidad de la mayoría de las industrias dependía muchísimo más aún de los campos. Y aquí, desde la venta infortunada de los productos agrícolas (dando de 1920), la prosperidad era vacilante y precaria. Se combinó, pues, con el sistema de las ventas a plazo el de las hipotecas. El campesino hipotecó su tierra, el auto que acababa de comprar, su radio y su refrigerador. Hipotecó toda cosa y a medida que tenía que pagar los intereses por su casa, hipotecaba cada vez más ampliamente cuanto poseía.

El y el obrero de las ciudades no lograron salir de esto sino gracias al mercado de Nueva York, que subía siempre. El universo entero jugaba al alza en los Estados Unidos; América era refugio de todos los capitales; todas las especulaciones europeas, junto a la especulación americana, estaban al alza y esto compensaba los diferentes obstáculos de la vida económica de Norteamérica. El total alcanzado por la renta nacional presenta una cifra fabulosa para el año 1929: superó los 89 mil millones de dólares (más de 3 billones 500 mil millones de nuestros francos).

Los ciudadanos no eran menos ricos que el Estado. La renta, por cabeza, alcanzaba a 745 dólares (o sea cerca de 30 mil francos de nuestra moneda actual). De los 27.650.267

automóviles que circulaban por todas las rutas del universo, 22.137.334 estaban en los Estados Unidos, lo que hacía alrededor de un auto por cada cinco personas; toda la población hubiera podido subir al mismo tiempo en auto e irse, sin que nadie tuviera que aguardar ni por nadie se hubiera debido volver en seguida. 11.530.000 casas estaban provistas de teléfonos, alrededor de un aparato por cada $2\frac{1}{2}$ casas. En 1925 se vendieron y compraron en América 225 millones de dólares de radios, 100 millones de máquinas de coser, más de 55 millones de dólares de "vacuum cleaners", y el país se honraba, al mismo tiempo, con 10 millones de tinas de baño.

Todas estas formidables cifras nos revelarán también el defecto de la coraza, ya que nos informa que en 1925 el 90% de las ventas al detalle de las máquinas para lavar estaban hechas a crédito mensual, el 85% de las ventas de "vacuum" se hacían en las mismas condiciones así como el 55% de las ventas de autos nuevos y el 62% de las ventas de autos usados; el 90% de los pianos vendidos en América estaban en igual caso, y el 90% de las máquinas de coser y el 75% de los aparatos de radio. Las deudas a largo o corto plazo alcanzaban la espantable suma de 265,000 millones de dólares en 1929.

Una complicada red de compromisos, hipotecas y mensualidades mantenía prisionero al ciudadano de los Estados Unidos. Se consolaba acechando por Wall Street y escuchando las palabras de los más influyentes banqueros.

Recuerdo en los meses del estío de 1929, el discurso impresionante que pronunció en París uno de los oráculos de la alta Banca norteamericana, Charles Mitchell, Presidente del National City Bank, que entonces pasaba por un "mago" y que después... Sea lo que sea, interrogado por algunos franceses a quienes inquietaba el alza vertiginosa y poco lógica de los valores americanos, mientras la industria y el comercio del país parecían estancados, les habló más o menos así:

"Sólo vuestra falta de iniciativa os impide ver claro y tener confianza en nosotros. Sí, por cierto, el alza del mercado de Nueva York es especulativa; es el resultado del esfuerzo que todos hacemos en América para mejorar nuestra condición y de la esperanza que en ello tenemos. Un financiero juega al alza; logra hacer subir un título y realiza una gruesa utilidad; supongamos que sea en un negocio de radio, apenas obtiene su utilidad, se compra un automóvil

nuevo y un nuevo aparato de radio. Los que como él han jugado, hacen lo mismo; de esto resulta que estas ganancias, ficticias en su base, crean una real actividad industrial, y legitiman el alza, la especulación que, a su vez, trae un alza, que imprime a la industria un nuevo movimiento... Así se constituye un ciclo perfectamente bien equilibrado, que nos ha asegurado un largo y armonioso desenvolvimiento. No juguéis a la baja sobre América..."

Se engañaba. Nadie jugaba a la baja, pero algunos financistas prudentes comenzaron a retirar su dinero de los negocios que les parecían menos seguros. El rumor se propagó y un buen día de octubre de 1929, una marejada se desencadenó sobre la Bolsa de Nueva York. Aterrados, cohibidos, los agentes quisieron, en un principio, sonreírse; se encogieron de hombros, pretendieron que se había de "esperar". Los que les escucharon estuvieron perdidos, pues aquel día comenzó la gran depresión de que todavía sufrimos. Invadió todos los mercados de los Estados Unidos, se expandió por el mundo. Arrastró en su corriente a innumerables negocios, hizo zozobrar a los más débiles y atacó a los más fuertes. Redujo a la desocupación a más de 12 millones de obreros norteamericanos (algunos pretenden que, en el peor momento, hubo 18 millones de desocupados en los Estados Unidos, pero esta cifra no fué controlada). Pudo haber provocado la venta forzosa de casi todas las granjas de los Estados Unidos, tan hipotecadas estaban; trajo la bancarrota de todos los bancos instalados en las regiones agrícolas y, cada vez más, con el aumento del pánico, en marzo de 1933, todos los bancos de los pueblos, de las ciudades y hasta de Nueva York se cerraron. A principios de marzo de 1933, cuando el Presidente Roosevelt, recientemente elegido, se instaló en la Casa Blanca, no quedaba en todo el territorio de la Unión, en esa República, la más opulenta del Universo, un solo banco abierto, negociando. La gran máquina económica norteamericana, que causaba la admiración del mundo, que constituía el alma y el motor de la nación americana, estaba detenida.

Una inmensa cólera se adueñó del país. Comenzó a quemar cuanto había adorado. En 1928 había sido elegido entre las aclamaciones de una delirante multitud aquel que pasaba entonces por "el gran ingeniero", el tipo acabado del hombre de negocios norteamericano, creador de riqueza y dispensador de bienestar, Herbert Hoover. Se esperaba de él que ajustara de manera perfecta, estable y de-

finitiva, ese maravilloso organismo que eran la industria y el comercio de los Estados Unidos. Siempre había proclamado él que éste era su deseo, su voluntad, su programa. Era el Presidente de los Estados Unidos, pero era el santo patrón de los hombres de negocios. En todos los grandes puestos diplomáticos norteamericanos acababa de crear agregados comerciales, de los que esperaba mucho. Como Ministro de Comercio, había demostrado celo y habilidad, esperaba, en la presidencia, acrecer su actividad, sin modificarla. Tenía confianza en la prosperidad americana y en la supremacía de lo económico sobre lo político. Ocho meses después de su instalación recibió en pleno rostro el hiriente desmentido que el destino le dirigía: comenzó la crisis. Hoover reunió a los periodistas para decirles que no jugaran a la baja, que no desanimaran al país y esperaran, pues según él: "Prosperity is just around the corner" (La prosperidad está cerca, allí en la esquina). Pero ¡ay! allá quedó y la frase se hizo legendaria. El prestigio de Hoover se derrumbó; tornóse en el símbolo de la charlatanería, del infortunio, del conservatismo ciego.

Con él naufragó la gloria de los grandes bancos. Se le acusó de haber especulado y de haber llevado al pueblo a locas especulaciones. El Congreso, feliz de tener su desquite, después de todos esos años en que el público no dejaba de criticar a los políticos y de elogiar a los hombres de negocios, hizo comparecer a los jefes de la alta banca: los señores Morgan, Otto Kahn, Warburg, Mitchell, etc... No los libró ni de las preguntas insidiosas ni de las insinuaciones calumniosas, ni de las rotundas lecciones. Fué una ejecución en regla y de las más feroces. Nunca más la alta banca ha vuelto a levantarse.

Por lo demás, esta decadencia estaba orquestada por tantas quiebras, tantos suicidios, tantas quejas que brotaban de todas partes, un tan grande malestar social, una conturbación moral tan aguda y unánime, que nadie podía dudar de que una era terminaba: América dejaba a sus espaldas su juventud, con los brillantes sueños y la felicidad. Se internaba ahora por una época dura. La gran aventura del descubrimiento del país, de su explotación embriagadora, de su enriquecimiento vertiginoso había terminado. Los negocios habían perdido su romántico colorido. Vano era lanzarse de cabeza en el trabajo, que más a menudo llevaba a la quiebra que al éxito. Por lo demás, era difícil encontrarlo. Aunque se hubiera logrado encontrar un empleo

sacar de él hábil partido, aunque se ganara bien su vida, los tiempos habían cambiado, y en vez de gozar de la estimación de los vecinos y de la admiración de todos, se estaba rodeado de sospechas. Por un quitame allá estas pajas se podía ser tratado de "aprovechador". La multitud americana, privada a la vez de las esperanzas que la movieran, de la disciplina que la enmarcara, de los jefes que había admirado y de las ilusiones que la mecieran, no sabía ya a qué santo encomendarse. Vagaba inquieta e irritada; golpeaba a todas las puertas y pedía en todas partes un grande hombre, una fórmula, un entusiasmo.

Entonces apareció Franklin Roosevelt. Era bueno, humano, generoso y sensible; tenía encanto, agilidad y una rara comprensión de la muchedumbre. En el momento crítico animó al pueblo. A aquellas masas que dudaban y temían les propuso una panacea universal: la centralización administrativa. Bajo su influencia, la nación, dando la espalda a los negocios que tan amargamente la desilusionaban, lanzóse en experimentos nuevos, ensayó la política.

CAPITULO II

LA POLITICA

Política a la americana.

Los negocios interesan siempre a los americanos; la política los apasiona de vez en cuando, luego los cansa. Durante cinco o seis meses, cada cuatro años, todo el mundo habla en todo momento de las elecciones presidenciales, los diarios consagran las dos terceras partes de sus páginas a la batalla electoral, los editores publican libros acerca de los candidatos, los clubes multiplican las conferencias sobre los problemas en discusión, en los salones, los vagones de ferrocarril, los bares, las farmacias, zumban discusiones y polémicas. El tono va creciendo hasta el martes de noviembre que soluciona la cuestión. Después de esto los señores reanudan sus charlas interrumpidas cinco meses antes acerca del golf y el alza del cerdo, mientras las damas prosiguen sus partidas de bridge. Y nadie —salvo los asalariados o los chiflados— se vuelve a ocupar de esto durante tres años. La política es un espasmo agradable, y nada más, para el grueso público a lo menos.

A decir verdad, el observador discierne otro matiz aún en la actitud del elector y la electora americanos. La política les seduce tanto más cuanto que "las cosas van mal"; si hay una crisis económica, una guerra mundial, un terremoto, grandes inundaciones, el tono de la campaña sube, los espíritus se tornan febriles. La política se vincula bien con el descontento. Se aletarga en los periodos de prosperidad, queda plenamente entorpecida en una era de paz. Pero si el ciudadano está irritado, se lanza a la política; cae sobre el grupo que está en el poder, llámese Wilson o Hoover; lo vuel-

ca y sobre él gasta su nerviosidad. En seguida se siente mejor. En América la política es un medio para deshacerse de los políticos. Es también un medio para asegurar la discontinuidad gubernamental; con este procedimiento, el administrador alivia un poco la carga que siempre hace pesar sobre él el Estado. Se da, durante seis meses, el agrado de amedrentar a aquellos que lo amedrentan tres años de cada cuatro. Sin mucha ilusión, pero con avidez, afirma su soberanía.

Estos sentimientos parecen muy semejantes a los que en Europa vemos. Tengamos cuidado. Nada más difícil que comprender la política interna de los pueblos extranjeros. Cada nación posee su lógica, que no es la del vecino. Tras sus fórmulas constitucionales, cada pueblo esconde sus instintos, sus exigencias y necesidades. Cuando se emplean las mismas palabras, éstas no tienen el mismo sentido. La democracia reina en Washington, Varsovia, y en la República de Liberia; pero no tratéis, si sois americano, de practicarla a vuestra manera en Polonia, y, si sois polaco, de seguir las reglas de vuestro país en América. Pronto iriais a prisión.

Bien lo ha visto Europa entre 1917 y 1921, cuando se trataba de colaborar con los Estados Unidos. El Presidente Wilson, el elegido del pueblo norteamericano, vino a Europa a negociar la paz y desempeñó en la Conferencia un papel de primer orden, fué el árbitro, firmó el tratado de paz cuyas líneas generales trazara. En la democracia francesa, cuando un primer magistrado realiza este gesto, tiene éste un sentido y un alcance. Wilson volvió a su tierra, se peleó con su Congreso, cayó enfermo, no se repuso nunca del todo y se obstinó en una actitud que irguió en su contra a la mayoría de los senadores, de los electores, al conjunto del país. Nunca fué ratificado el tratado. Actuando así, los Estados Unidos aplicaban de la manera más estricta y legítima su constitución; sin embargo, infligían a sus antiguos aliados la desilusión más cruel y los ponían en posición desventajosa.

La política interior de los Estados Unidos desempeña, un papel capital en la vida del universo. No es enteramente falso el decir que desempeña un papel muchísimo menor en la vida norteamericana. En efecto, si domina y modifica la diplomacia de los Estados Unidos, se contenta de or-

dinario con representar y servir los grandes intereses de la nación. No olvidemos nunca que allende el mar se llama administración lo que nosotros llamamos gobierno.

El marco político

Los Estados Unidos son una Federación de Estados soberanos. Estos Estados, todos de forma republicana y democrática, han delegado en un organismo central ciertos poderes claramente delimitados y definidos. De ello resulta que el ciudadano lo es, a la vez, de su Estado y de la Federación. Elige al mismo tiempo a los diputados y los senadores del Parlamento del Estado, y a los diputados y los senadores del Parlamento Federal. Elige al gobernador del Estado y al Presidente de los Estados Unidos. Elige a un gran número de jueces locales y federales, y a otros funcionarios de todo género. Elige, como entre nosotros, a sus concejales municipales y departamentales, etc., pues cada Estado se halla dividido en condados, y, además, elige a los consejeros encargados de percibir los impuestos especiales para las escuelas y de administrar éstas. La multiplicidad de elecciones, el retorno frecuente (cada dos años, renovación general de la Cámara de Representantes) dan a cada americano un papel considerable en su pueblo, en su Estado, en su patria. Sin embargo, la importancia misma de este papel y la multiplicidad de cuestiones planteadas al elector créanle una dificultad casi invencible; no tiene tiempo de preocuparse de todos estos problemas. Se entrega al partido. Entre el Estado y el elector se coloca, pues, una máquina, de que hablaremos más tarde, y que es de carácter comercial. El partido norteamericano no es movido por lo que llamamos aquí "militantes", especie desconocida en el Nuevo Mundo, en que las pasiones ideológicas no se han instalado como entre nosotros. Está bajo la influencia de los políticos profesionales, que dependen del mundo de los negocios, que viene a ser el verdadero árbitro. Por lo demás, todas estas ruedas diversas no dejan de hallarse a veces en conflictos. El ciudadano se aprovecha y gracias a esta situación ha podido conservar mucho tiempo un grado considerable de libertad real. El punto delicado e importante es evidentemente el de la independencia y la soberanía de los Estados.

El conflicto entre las tendencias centralizadoras y las exigencias de libertad local ha sido el más persistente en los Estados Unidos; todavía se le ve. Trajo la creación de los

partidos. Fué el origen de la Guerra de Secesión con sus matanzas y la emancipación de los negros. Aún hoy, a pesar de cuanto se ha dicho, escrito y hecho, sigue siendo agudo. Por lo demás, a pesar de los inconvenientes que esto encierra, acaso sea mejor que así sea. Las naciones necesitan válvulas de seguridad, y estas querellas, que no alcanzan en estos momentos un grado de agudeza peligrosa, mantienen felizmente la actividad política.

La unidad del país está sólidamente asegurada: 1.o) por la masa popular, que la "élite" anglosajona ha logrado amasar, transformar, estandarizar; 2.o) por una serie de fuertes asociaciones nacionales como la "Liga Prohibicionista", "La Oficina Campesina Americana" (American farmer bureau), "La Confederación Nacional del Trabajo", "La Cámara Nacional de Comercio", "La Liga de las Mujeres electoras", etc.; 3.o), en fin, y sobre todo, por la maquinaria gubernamental propiamente dicha. Esta reposa en la Constitución de los Estados Unidos y sobre el organismo central: el Presidente de los Estados Unidos, su Congreso, su Corte Suprema.

El aspecto de este edificio constitucional es imponente. Se asemeja a la trinidad, al menos a la de Montesquieu. Se cree ver allí a los "tres poderes": ejecutivo, legislativo, judicial. El Presidente es el ejecutivo, el Congreso el legislativo, y la Corte Suprema el judicial.

El Presidente es elegido por sufragio universal en dos etapas, por 4 años. Es reelegible y ningún texto constitucional limita la duración de su poder. En estos 4 años, goza de una autoridad considerable, que es bastante difícil analizar. El artículo II, 2ª sección, párrafo 2 y 3 de la Constitución. que define sus funciones, le reconoce un rol (al menos en tiempos de paz) principalmente administrativo. Puede, sin duda, hacer recomendaciones al Congreso, pero éste no está obligado a seguir las. Para los tratados, como para el nombramiento de funcionarios, sus decisiones deben ser aprobadas por el Congreso; pero él, a su vez, puede vetar las leyes que el Congreso vota. Y la Corte Suprema, inamovible, autónoma, controla todo.

¡Qué satisfactorio espectáculo para un espíritu filosófico imbuido en las ideas del siglo XVIII! Sin embargo, esta visión teórica es falaz; los norteamericanos se han preocupado mucho menos de hacer una obra maestra que de evitar catástrofes; querían evitar dos peligros: 1.o) la anarquía; 2.o) el poder despótico de los imbéciles. De modo que se

esforzaron en crear ruedas que se neutralizan las unas a las otras, pero en las que hombres de valor pudieran imponer su personalidad. La convención constitucional evitó crear un sistema administrativo pesado, posar muy numerosos principios, pero dejó sitio, anchura a la actividad de los hombres con coraje y destreza. Cuando votó los textos relativos a la Presidencia, tenía ya en vista a Jorge Washington, cuya consumada destreza política conocía, así como su raro equilibrio y su innata autoridad.

De manera que la constitución trató al Presidente como a un rey constitucional, que debe su influencia a su prestigio y a su superioridad. En todos los casos en que los Estados Unidos han contado con un jefe de este género, su gobierno ha funcionado del modo más notable. Por desgracia, no siempre fué así. En efecto, la manera con que los Presidentes son elegidos, el sistema de los partidos implican preocupaciones muy diferentes. El partido busca ante todo un personaje que sea un buen candidato, muchísimo más que un conductor de hombres, o un estadista. Un partido prefiere un buen partidario a un espíritu grande. Hasta tiene tendencia a asustarse de los grandes espíritus. Un hombre obscuro constituye a veces mejor candidato que un héroe, pues da menos sombra a la multitud, y cuenta con menos enemigos. Así, este democrático procedimiento ha llevado a la elección de presidentes que no eran en nada diferentes del común de los electores. Me ha agradado el hacer que unos amigos americanos establezcan la lista de los Presidentes, agrupados según sus cualidades mentales y su eminencia general, tomando en cuenta tanto la rapidez de espíritu como la fuerza de carácter, la comprensión, la elocuencia, la flexibilidad, etc...

Personajes muy notables:

Washington, Jefferson, Lincoln, Th. Roosevelt; F. D. Roosevelt — 16,1 %.

Por encima del término medio:

J. Adams, J. Q. Adams, Madison, Monroe, Jackson, Van Buren, Hayes, Cleveland. Wilson — 29 %.

Medianos:

W. H. Harrison, Polk, Taylor, Fillmore, Pierce, Buchanan, Grant, Garfield, Arthur, B. Harrison, Mc Kinley, Taft, Coolidge, Hoover — 45,1 %.

Por debajo de lo mediano:

Tyler, Johnson, Harding —9,8%.

Encontramos, pues, entre los Presidentes de los Estados Unidos alrededor de $1/6$ de seres superiores, un poco menos de $1/3$ de muy buenos administradores, un poco menos de la mitad de funcionarios convenientes, y sólo tres rotundos fracasos. Estas cifras no son deshonrosas, tampoco son deslumbrantes. Pero si dan un rendimiento análogo al de muchas dinastías hereditarias, parecen indicar, no obstante, un nivel inferior al de los Presidentes del Consejo de Inglaterra, desde la misma fecha. Esto es lamentable, pues el Presidente de los Estados Unidos, más poderoso que la mayoría de los soberanos constitucionales, nombra personalmente sus ministros, que no son responsables ante las Cámaras. Posee atribuciones que, entre nosotros, están divididas entre el Presidente de la República y el Presidente del Consejo. Su poder de hacer el bien y el mal es considerable. Si de ello no han abusado, los Presidentes de los Estados Unidos lo deben a la prudencia instintiva del anglosajón y a la organización de la vida política norteamericana, con todos los límites y las restricciones que impone a cada uno de los poseedores de los tres poderes. Aunque pueda actuar como jefe, actúa sobre todo como árbitro. En esto reside su importancia. No puede dar órdenes al Congreso, y no tendría sobre él ninguna influencia si la división inevitable de este cuerpo no lo colocara en situación de solucionar los numerosos diferendos que se presentan. En efecto, elegido por votación popular, el hombre más en vista del país es en general capaz de arrastrar con él a la opinión, y, por lo tanto, de meter en razón a senadores y diputados. En tales condiciones, las ideas originales, lejos de ser una ventaja para un Presidente de los Estados Unidos, son más bien un peligro. Se ha visto en el caso de John Quincy Adams y Wilson. La más útil cualidad, es el buen sentido con obstinación y prudencia, pues al final de su mandato sus éxitos se marcan con el número de compromisos que ha logrado imponer a las facciones opuestas. No son, por lo común, sino semi-medidas, pero éstas son precisamente las que permiten al gobierno el desempeñar su oficio.

El Congreso no siempre le hace esto fácil. Este Parlamento soberano está constituido por dos Cámaras: la una, la Cámara de los Representantes, formada por 435 miembros elegidos por dos años en sufragio universal, en proporción

de 1 por 280.674 habitantes; la otra, el Senado, (96 miembros), se compone de dos senadores por Estado, todos elegidos por sufragio universal directo. Estas dos Cámaras tienen la autoridad legislativa y el artículo 1, sección 8 de la Constitución, define así sus poderes:

1.o) Fijar los impuestos y los empréstitos; 2.o) reglamentar el comercio; 3.o) hacer la guerra, reclutar y mantener las fuerzas armadas; 4.o) establecer las oficinas de correos; 5.o) constituir las cortes menores.

Se pueden agregar algunas otras prerrogativas de menor importancia, relacionadas con la naturalización, el depósito de libros, la bancarrota, la gestión de la ciudad de Washington, etc. Para estas diversas cuestiones, el Congreso crea comisiones que funcionan como las de los Parlamentos europeos. El Congreso también tiene derecho a crear comisiones de investigación, y no deja de hacerlo, pues esto para su reputación es excelente, hasta puede decirse que para su propaganda. Con un poco de imaginación, podría ir mucho más lejos. La Constitución dice, en efecto; "El Congreso tendrá el poder de ocuparse del bien general de los Estados Unidos". Es algo así como una carta blanca. En tales condiciones, el Congreso, compuesto de norteamericanos activos y concienzudos, se ha entregado a un derroche de labor legislativa. El número de leyes actualmente votadas y aceptadas supera los dos millones. La mayoría de ellas no es el resultado de la voluntad profunda del Congreso, ni aún de los irresistibles deseos del público; más o menos un 98% son el producto del trabajo realizado por los intereses particulares. No pretendo que la corrupción desempeñe un papel importante en la confección de las leyes, pues esto no me parece verdadero, pero basta el amedrentar a un diputado para inducirlo a votar leyes que, sin ello, no le interesarían. Y el número de grupos bien organizados para amedrentar, en los Estados Unidos, a los diputados, es considerabilísimo.

Se ha visto en ciertos días al correo de Washington embotellado durante 8, 10, 20 horas seguidas porque tal o cual organización bombardea a los senadores y los diputados con cartas, o bien telegramas (es lo que ha hecho este invierno el abate Coughlin a propósito de los asuntos españoles). También es el procedimiento que empleara la Liga Prohibicionista.

La mayor parte del trabajo del Congreso se hace en las comisiones, cuya labor consiste en examinar los proyectos de ley, escogerlos, y darles forma conveniente. Estas proposiciones forman una enorme ola. Varios miles en cada sesión.

pero se eliminan a lo menos 19 de cada 20 en las comisiones.

Las principales comisiones del Senado son: Finanzas, Gastos del presupuesto, Justicia, Comercio y Relaciones Exteriores. La Cámara de Representantes tiene unas 60, siendo las más importantes: Presupuestos, Gastos, Comercio, Correos, Agricultura, Inmigración, Bancos, Asuntos Navales, Asuntos Militares, etc...

En su conjunto, el defecto principal del Congreso de los Estados Unidos sería el de todos los Parlamentos modernos: es demasiado prolífico. Sin embargo, como lo dice Bertrand Russell, los norteamericanos deberían agradecer al cielo la falta de espíritu práctico del Congreso, pues sus vacilaciones y lentitudes le impiden hacer un mayor número de necesidades. Por desgracia, cada día, puede decirse que las hace mejor y que ensancha el círculo de su actividad en contradicción formal con las tendencias de la Constitución. El Congreso fué en otro tiempo notable por los esfuerzos que hacia contra la centralización; pero nunca ha luchado contra aquella de que es él el centro, y su opinión de sí mismo no cesa de inflarse. Se ha ocupado de la prohibición para crearla y para destruirla. Ha entrado en todas las cuestiones concernientes a la moral pública y privada... Nada hay que no le interese.

El Congreso de los Estados Unidos tiene algo de rudimentario ante los Parlamentos europeos; pero tiene la ventaja de la cohesión. Su error principal sería su vanidad, que a menudo la lleva a luchar contra el Presidente. La Constitución no ha previsto este caso, y resulta que semejante conflicto detiene la vida política de la nación. Los dos partidos que hay se miran en los ojos y se insultan. Así sucedía muchas veces al fin de los mandatos de los Presidentes, cuando las elecciones, que se realizaran después de sus dos primeros años, o sus seis últimos años, se volvían contra su partido. Esta rivalidad natural es agravada por la diferencia de duración de los mandatos. Un Presidente es elegido por cuatro años, un senador por seis, un representante por dos. Y como a menudo ocurre a los electores el cambiar de idea al cabo de dos años, el desorden que de ello resulta es inextricable. Así, el demócrata Wilson, en su segundo mandato, vió volverse contra él la elección e instalarse en el Congreso una mayoría republicana. De ello derivaron esos tristes acontecimientos que Europa pagó tan caro y el "sabotage" del Tratado de Versalles; así también, el republi-

cano Coolidge tuvo que luchar contra un Senado en que demócratas y radicales tenían la mayoría. Pero en su caso fué menos grave, pues pensaba con sabiduría que un Parlamento inactivo es mejor que un Parlamento activo. Lo malo está en que la inacción legislativa puede perfectamente unirse a una vehemente acción de elocuencia, de guerra política y de odio social.

La inercia es a menudo el resultado de la acción ejercida por el tercer poder, el judicial, sobre los otros dos. Los nueve jueces de la Corte Suprema, nombrados por el Presidente, pueden siempre declarar inconstitucional una ley votada por el Congreso. La situación independiente de estos nueve ancianos muchas veces les ha inducido a tomar esta posición, para grande indignación de los políticos demócratas.

En tales condiciones, el Gobierno americano parece bastante débil. En realidad, ejerce ciertas prerrogativas con gran fuerza. Su administración financiera es excelente, cuidada y casi militar en su exactitud. No hay ningún país en que el impuesto sobre la renta sea controlado más cuidadosamente y en que las derogaciones sean con más fuerza castigadas. Así también, la administración de la Guerra, y la de la Marina, tienen excelentes marcos. La de Correos goza de menor prestigio. Por lo demás, está recargada de un trabajo de tal manera agobiador que, en el mejor de los casos, apenas si podría bastarse; pero, sobre todo, los empleos que encierra son la recompensa normal dada por los políticos victoriosos a sus partidarios. El funcionarismo en los Estados Unidos fué siempre un gran problema, pero se ha tornado formidable desde que el mundo de los negocios, enloquecido por la crisis económica, y las masas agrícolas, aterradas por el marasmo mundial, han necesitado la ayuda gubernamental para escapar de la catástrofe. En presencia de 12 millones de desocupados, de una industria por entero desorganizada, de un sistema bancario incapaz de funcionar y de una economía agrícola en que la mayoría de las propiedades irremediabilmente hipotecadas hubieran debido de venderse, el Presidente Roosevelt se vió obligado a crear una red de nuevos servicios.

De 1921 a 1936, el número de funcionarios federales ha aumentado de 562.000 a 824.000. Esta línea continúa ascendiendo. Uno de los resultados de la crisis, de la política de Roosevelt y de la influencia adquirida por los teóricos radicales sobre el Gobierno de Washington, ha sido la crea-

ción de 64 nuevas oficinas, oficios, comisiones, comités, consejos, etc... desde el 4 de marzo de 1933; 30 de ellas han sido creadas o autorizadas por leyes votadas por el Congreso, 34 han sido establecidas por el Presidente mismo o por sus agentes. Las más importantes son esas famosas "agencias alfabéticas", de que tanto se ha mofado el público. Se les ha dado este apodo, porque el Gobierno y los diarios han tomado la costumbre de abreviar sus nombres y reducirlos a algunas mayúsculas: W.P.A. (Administración destinada a reducir la desocupación); F.H.A. (Administración encargada de las habitaciones baratas), etc... Las dos más importantes eran la N.R.A. (que debía tomar en sus manos la faena de reanimar la economía) y la A.A.A. (que debía ocuparse de la crisis agrícola); pero estas dos últimas han sido suprimidas desde que la Corte Suprema las declaró ilegales. Las que quedan son aún numerosas. Están bajo la influencia del Presidente y fácil es imaginar que esta inmensa masa de funcionarios aumenta grandemente el poder de éste. Ciertamente es todavía que el que con ello más se beneficia es el partido.

Efectivamente, no es posible comprender la Administración americana en función del Congreso y del Presidente. Existe bajo ellos, pero existe por los partidos. Está hecha para facilitarles la vida y consagrarles su éxito. La Constitución americana no es sino un instrumento entre las manos de los grandes partidos.

Las fuerzas políticas

Para comenzar, hay dos partidos en la política interna de los Estados Unidos, no tres como en Inglaterra, ni cuatro como en Bélgica, ni cincuenta como en Francia, ni uno como en Alemania, en Italia y en Rusia, ni mil como en China; "dos", ni uno menos, ni uno más. Un refrán norteamericano pretende que "uno es soledad; tres, multitud; dos, buena compañía". Así ocurre con su política; un solo partido no da a la política animación necesaria y sana, la democracia se para y aburre; tres son un caos, pues cada cual tira por su lado; dos constituyen una lucha política bien organizada, sin confusión, ni dispersión de fuerza, ni derroche de tiempo. No podría haber menos de dos partidos, pues entonces el elector no podría elegir y perdería todo gusto por votar; no debe haber más de dos, pues viene una complicación inútil. Con su instinto práctico y su formidable nece-

sidad de concentración, América siempre se ha negado a hacer vivir un tercer partido.

Consideremos ahora la característica esencial de los partidos en el Nuevo Mundo: un partido norteamericano no es como en Francia, un sistema filosófico explotado por intelectuales a quienes explotan los políticos; es, sencillamente, un equipo gubernamental. Nosotros pedimos a nuestros políticos el "pensar bien"; el americano les exige el pensar lo menos posible. Nada de teorías: la práctica. Nada de polémicas: realizaciones. Nada de opiniones acentuadas: sentimientos generales y comunes. Un político francés, para triunfar, ha de ser de "color vivo"; un político americano, para llegar, debe ser de borroso color y asemejarse a una mata escocesa que haya dado varias veces la vuelta al mundo en un paquebote.

Los demócratas y los republicanos son dificilísimos de distinguir para nuestros espíritus ávidos de tonos distintos. En política propiamente dicha, nada importante los separa, pues unos y otros, republicanos y demócratas, reconocen la soberanía popular, los derechos del hombre y la santidad del sufragio universal. Los republicanos, en administración, tienen tendencia a mostrarse más centralizadores, mientras que teóricamente los demócratas están más inclinados a hablar de los derechos de los Estados. Pero este es un matiz fugitivo, pues Wilson y Roosevelt, los grandes Presidentes demócratas, también fueron centralizadores, y ambos partidos se vanaglorian de una obediencia completa y ciega a la Constitución de los Estados Unidos, aceptada como texto definitivo.

Un grave problema en economía política ha opuesto durante largo tiempo a los dos partidos: los demócratas eran partidarios de una baja tarifa aduanera, los republicanos de una tarifa aduanera alta, los unos preocupados de los intereses de los hacendados exportadores de materias primas, los otros fieles a los industriales que tratan de conservar el mercado americano, contra la invasión extranjera. Esta distinción, ya se verá, tiende a desaparecer en nuestros días.

Los dos partidos formaban equipos muy diferentes, pues los demócratas se atraían a las muchedumbres extranjeras comprendidos los irlandeses; mientras que los republicanos desde la Guerra de la Secesión, son un partido yanqui, norteamericano, con todas las características anglosajonas. Los republicanos, antiesclavistas, industriales y centralizadores, dirigieron la Guerra de Secesión contra los Sudistas. Estos años

no se los han perdonado y hanse aliado con los demócratas, cuya falange forman desde entonces. Así un partido obtiene su fuerza de una región, mientras que el otro tiene como núcleo central una clase: los demócratas cuentan siempre con su "sólido Sur"; los republicanos, con su burguesía industrial.

Como esta última clase ha sido la gran triunfadora de los últimos diez años y ha mantenido sus posesiones desde 1890, arrastrando con ella al partido que la servía, los republicanos se han convertido, por esencia, en un equipo gubernativo. Los demócratas, con sus numerosos elementos sudistas, vencidos de 1860 a 1865, han tenido la tendencia a ser un partido de oposición. Gracias a su burguesía rica, industrial, moderna, habituada a mandar y realizar, los republicanos poseen una gran ventaja y fácilmente encuentran jefes entre ellos. Los demócratas, al contrario, cuyo estado mayor decapitara la Guerra de Secesión, y los arruinara, tienen menos recursos, menos jefes, menos grandes hombres. Casi siempre se ven obligados a utilizar a políticos profesionales o a profesores, pues sus tribunales no pueden hacer política por lujo, como los ricos republicanos.

Tienen, pues, muchísimo menor prestigio; hasta 1932 estuvieron menos bien organizados como partido nacional y casi siempre se encuentran poco favorecidos en las elecciones presidenciales. Desde 1900, no han hecho triunfar a su candidato sino cuatro veces: en 1912 y 1916 (Wilson). en 1932 y 1936 (F. D. Roosevelt). Y Wilson, en sus dos casos, fué el elegido de una minoría de electores: en 1912, sus dos adversarios (Taft, republicano; Roosevelt, progresista) contaban entre ambos más votos que él: 7.669.000 contra 6.280.000; en 1916, no triunfó sino gracias a la división de los republicanos, cuyos elementos radicales (el senador Johnson, de Virginia) aseguraron su victoria. En cuanto a Roosevelt, sólo una gran catástrofe, la gran crisis de 1929-1933, le llevó al poder y en él le mantuvo.

En las elecciones nacionales, desde hace veinte años, la mayoría "normal" para la Presidencia parecía de 7 millones de votos. En 1920, Harding (republicano) tuvo más de 16 millones contra 9.150.000 de Cox (demócrata). En 1924, Coolidge (republicano) tuvo más de 15 millones y medio contra 8.400.000 más o menos de Davis (demócrata) y cerca de 5 millones de La Follette (progresista). Después de tales fracasos, puede parecer asombroso que el partido demócrata haya sobrevivido. Debe su vitalidad a

las cuestiones de política local, en que es mucho más fuerte y que trata con mayor felicidad. Sus éxitos locales compensan sus fracasos nacionales. En 1924, 12 estados solamente dieron una mayoría al candidato demócrata a la Presidencia, mientras uno votaba por el progresista y 25 se declaraban por Coolidge. Sin embargo, 21 estados de 49 elegían gobernadores demócratas, 15 estados nombraban legislaturas democráticas y 2 legislaturas igualmente divididas. El Senado contaba con 46 senadores demócratas contra 47 republicanos. Así, pues, en la política local no se encuentra la misma desproporción que asombra en la política nacional.

En este terreno, la composición dispar de sus fuerzas les daña menos. Pueden, sin inconveniente, apoyarse en los anglosajones conservadores y baptistas del Sur, los irlandeses católicos de las grandes ciudades, los canadienses católicos del Norte, los polacos y alemanes radicales del Noroeste. Esta mezcla de razas y de tendencias que sólo rara vez permite a los demócratas reunir todas sus gentes bajo su bandera para la campaña presidencial, no les impide sostener una lucha activa y a menudo coronada por el éxito en las elecciones locales, en el que el almacenero griego, el salchichero italiano, el granjero sueco, el mecánico irlandés, desempeñan un papel preponderante.

Sin embargo, aún para estas competencias restringidas, dos grandes motivos de debilidad han venido a agregarse a todas aquellas que ya ponían a los demócratas en una adversa posición. Los alemanes nunca han perdonado a Wilson el haber llevado a los Estados Unidos a la guerra, después de haberse dejado elegir como pacifista. En ello ven una traición y su descontento, no por ser casi silencioso, es menos eficaz. Desconfían aún de los demócratas y de todo cuanto patrocinan: la Liga de las Naciones en particular. Además, la extensión del derecho a voto hasta las mujeres ha sido generalmente perjudicial a los demócratas. Las mujeres del Sur, conservadoras, las mujeres irlandesas y canadienses católicas, gustan menos de votar que las mujeres más emancipadas del Oeste, también republicano. Los republicanos, más ricos, han podido y sabido más rápidamente organizar comités femeninos y utilizar el voto de la mujer. A veces han tenido sorpresas; pero, con la ayuda de la Liga antialcohólica, han seducido a la mayoría del bello sexo, al que parecen como

más serios, más distinguidos y más respetuosos de los derechos de la mujer.

Así, con su falta de homogeneidad, sus desventajas múltiples y sus ataduras sudistas, el partido demócrata parece un grupo de oposición. Desde 1870 ha luchado contra la corriente, frente a un partido republicano apoyado por una clase burguesa que se está enriqueciendo inmensamente y está organizando la nación en un país industrial. Los republicanos tenían por jefes a esos mismos que han dado el tipo humano adoptado por el conjunto de los Estados, el yanqui, el anglosajón de Nueva Inglaterra, puritano y práctico a la vez. Durante la Guerra de Secesión, el apoyo de esta clase, también sostenido por los granjeros del Centro y del Oeste, aseguró el fracaso de los sudistas, menos numerosos y más frívolos. La misma agrupación de las fuerzas garantizaba automáticamente la victoria política de los republicanos en las elecciones. Únicamente un conflicto entre sus elementos restablecía el equilibrio en beneficio de los demócratas. Así ocurrió en 1912, cuando Teodoro Roosevelt, rompiendo con su partido (republicano), que no quería dejarle presentarse por tercera vez, desató de los republicanos conservadores a los granjeros suecos y alemanes del Centro y del Oeste. La escisión había dejado bastantes huellas para permitir a Wilson, en 1916, el hacerse elegir gracias al concurso de los radicales californianos.

Así fué también en 1932 y 1936, cuando los "radicales" de las regiones agrarias abandonaron a los republicanos, cuyos candidatos Hoover y Landon permanecían odiosamente conservadores.

Agrupando en torno a ellos a todos los descontentos, reuniendo a los antiguos radicales, los demócratas han logrado, con Franklin Roosevelt, un golpe deslumbrante. Han volcado la antigua mayoría de 7 millones y han creado otra de igual volumen, en beneficio propio. (Roosevelt: 22 millones 800,000; Hoover 15.700,000 en 1932. Roosevelt: 22 millones 476,000; Landon: 16.679,000 en 1936). Sin embargo, en 1938, se ha visto una nueva decadencia del radicalismo; las masas populares parecen cansadas de guerra social y teorías extremistas. Los grandes campeones del radicalismo envejecen y los jóvenes no están establecidos aún. Las ideas extremistas pierden terreno, se opacan.

Esta disolución de las teorías en el Nuevo Mundo es un efecto fatal del clima, o de la vida, o de la felicidad

americanos. Se la puede percibir en cualquier parte, pero especialmente en la política. Los partidos tuvieron doctrinas en otro tiempo, o, al menos, programas, claramente diseñados. Con el crecimiento de los Estados Unidos y el desmoronamiento de la felicidad, se muestran cada vez más preocupados de no ser originales ni precisos. Buscan las fórmulas vagas, que puedan agradar a la multitud sin comprometerlos demasiado. Repudian el espíritu de aventura y cultivan un instinto de oportunismo sistemático. Así se ha visto paso a paso al partido demócrata sacrificar el ideal de la Liga de las Naciones (una de sus principales fórmulas en 1920 y 1924), de que ya no se habló en 1928, ni después, pues parecía que el público nada quería de esto, y también sus teorías de libre cambio, que suavemente fueron dejadas de lado.

Por su parte, los republicanos, para satisfacer a la muchedumbre y, sobre todo, a la mujer, han adoptado un vocabulario pacifista, a pesar de sus convicciones que los llevan a preferir para la defensa nacional un fuerte armamento. Votan por los cañones, pero "para mantener la paz", mantienen acorazados y hasta los hacen viajar, pero como "mensajeros de buena voluntad". Su flota, su ejército, sus municiones no son sino la expresión particular de su amor al universo.

Así, cada cual poniendo de su parte, los dos partidos han llegado a parecerse como dos gemelos. Hay que tener mucho cuidado, cuando se leen sus declaraciones, de leer en lo alto de la página para no olvidar cuál es el partido que habla, porque sin esto no se lo podría saber y uno se lo enredaría.

Unicamente los equipos son aún diferentes y representan dos tipos de hombres diversos. Los republicanos son gente rica, industriales, comerciantes, que hacen política directamente, o por medio de políticos domesticados. Los amarran bien, con el dinero que les dan, pero no se lo prodigan. Los demócratas son gente pobre, o de escaso haber, y sus políticos se ven obligados a tomar la política como una carrera. Son a menudo laboriosos, y a menudo menos honrados que los políticos republicanos. Les ocurre hacer fraudes con sumas pequeñas, lo cual es una de las mayores deshonoras, como todos sabemos, y una de las más peligrosas. Mucha más gente distinguida trabaja por la política republicana, como dan fe las familias Roosevelt de Nueva

York, Lodge, de Massachussetts, Mac Cormick, de Chicago; Crocker, de California, etc...

Sin embargo, tampoco en esto habria que exagerar la diferencia de los partidos, por real que sea. Los republicanos, en 1920 y 1924, dieron los dos mayores cargos del Estado a dos politicos profesionales: Harding y Coolidge, mientras el candidato demócrata de 1924 era un verdadero hombre de mundo, John W. Davis, abogado eminente, culto, y de la más seductora personalidad, y el gran jefe demócrata de hoy, F. Roosevelt, en un verdadero aristócrata.

No obstante, el estado mayor de los dos partidos permanecía bastante indiferente: los republicanos, fieles a la industria, que colmaba sus cajas y les pasaba las principales consignas; los demócratas, tratando cada vez más de atraerse a todas las clases y grupos descontentos. Así, estos últimos se ganaban a la mayoría de los profesores universitarios y de los colegios. Su comité nacional los comprendía en gran número y los trataba con miramientos, mientras los republicanos no poseían bastantes denuestos para los "educadores" que querían hacer política.

Estos politicos demócratas, a la vez más inquietos e imaginativos, soñaban renovar su partido, y de 1920 a 1928, principalmente después de las derrotas de 1920 y 1924, ya no se trató sino de planes susceptibles de volver a echar a andar la vieja máquina guerrera democrática. Algunos, dentro y fuera del partido, aconsejaban transformar el grupo en un movimiento radical. Así se atraían —pensaban— a todos los campesinos descontentos del Centro. La idea era buena, pero peligrosa. Raros son los radicales orgullosos de serlo y deseosos de defender su fe política en los Estados Unidos. Acudir a ellos era procurar una menuda ganancia a riesgo de fuerte pérdida. Efectivamente, en la masa de la nación, las fórmulas radicales tiene malísima reputación. Mac Adoo, yerno de Wilson, que durante la guerra había dirigido los ferrocarriles y dado a los obreros diversas satisfacciones, era por este capítulo vituperado y perseguido. Se le reprochaba el haber malogrado los ferrocarriles de los Estados Unidos, y siendo uno de los rarísimos demócratas eminentes, se veía privado de toda autoridad en su partido y en el país a causa de su radicalismo.

Espiritus lógicos, pero peligrosos, habían sugerido a los republicanos el proclamarse partido conservador y a los demócratas intitularse partido radical; pero la proposición no tuvo éxito ni con los unos ni con los otros. Los demó-

cratas sabían bien que una declaración de este género les quitaba toda probabilidad de éxito durante veinte años. Los republicanos pensaban que hubiera sido una locura el ir al encuentro de las graves dificultades que podían nacer de una lucha política así organizada. Allí donde están agrupados en partidos, conservadores y radicales se pelean en todo tiempo, en toda ocasión y aún fuera de los períodos electorales. No ocurre así en los Estados Unidos, donde la política es una especie de espasmo que sacude a todo el mundo cada cuatro años, y no a tanta gente cada dos. Pero fuera de estas crisis, de ella se ocupan lo menos posible y ella nunca rompe la unidad nacional. Tal actitud sería imposible de mantener si un partido se especializara en el radicalismo, y otro en el conservatismo. Mac Adoo fué definitivamente eliminado como jefe demócrata en 1924. Y los republicanos les impusieron silencio a aquéllos de sus filas, como el presidente Butler, que patrocinaban la dopción de un partido rotundamente conservador.

Esto no tenía, por lo demás, sino pocos inconvenientes para los republicanos, sólidamente organizados y en posesión del poder. Les bastaba el triunfar materialmente y el hacer, en la proximidad de las elecciones, algunas promesas bastante tentadoras. Pero los demócratas, que no eran ni bastante ricos, ni bastante poderosos para hacer otro tanto, debían buscar una solución más franca. No podían, so pena de un sueño eterno, prescindir de un programa, de un hombre y de un plan de ataque.

Todo esto lo encontraron, no en 1928, sino en 1932. Roosevelt fué un candidato notable, mesurado, ponderado, humano, simpático durante toda su campaña, y no engendró ni susceptibilidades, ni inquietudes, ni corrientes adversas; luego fué un Presidente diestro, valeroso, lleno de iniciativas. Sus dones oratorios y su encanto personal, su flexibilidad de espíritu y su intuición psicológica han hecho de él uno de los más grandes Presidentes de los Estados Unidos. Pero nunca hubiera podido triunfar de no haber tenido a su lado a un capitán asombroso, M. Farley, político irlandés, que ha puesto en pie la máquina del partido democrático.

Este hombre grande, grueso, redondo, de cabeza en forma de huevo, de rostro adornado con una sonrisa que no es, como la de su patrón, dorada, sino buenamente gris y por ello más democrática, ha ejercido en la vida política americana de 1930 a 1939 una influencia preponderante.

Hay que saberlo, y se lo ignora en Europa. El alma de un partido americano no es una idea ni un hombre: es la "máquina", y la función de esta máquina es conducir a la elección al elector. Para ser elegido en un puesto cualquiera, en los Estados Unidos, antes hay que haber sido elegido candidato en las elecciones primarias de uno de los dos grandes partidos. Bien se echa de ver que la masa de electores, sobre todo aquellos que son ricos y ocupados, o aquellos que siendo menos ricos tienen que ganarse su vida, no tienen tiempo para acudir a todas estas operaciones electorales. El número de votantes en las elecciones primarias es, a menudo, poco importante. Hay que ir en busca de las gentes a sus casas. De este modo, los partidos cuentan, en cada condado, en cada distrito, con un organismo llamado "club", cuyo "jefe", el "capitán del distrito", se ocupa de llevar ante las urnas a todos los miembros regulares del partido; son, se lo adivina, todos los beneficiados por la política, todos aquellos a quienes el partido ha dado pequeñas funciones, desde la de barredor de calles hasta la de juez. El capitán del distrito lo tiene en su mano por el miedo que pasan de perder su puesto y por la ayuda financiera que les da, directamente o no. En efecto, el capitán del distrito está en contacto con los hombres de negocios que subvencionan el partido. Sin ellos, nunca tendría los recursos necesarios para hacer andar su "club". El establecimiento de relaciones armoniosas y de una colaboración activa entre los proveedores de fondos, los jefes del Comité de un condado, los capitanes de distrito y los asalariados del partido, es cosa esencial para el partido. No hay que caer nunca en la baja corrupción; no hay que dejarse llevar nunca al idealismo; es posible entregarse al azar: hay que poner firmísimamente la mano. La catástrofe de los republicanos en 1932 se explica sobradamente con el marasmo de los negocios que impidió a sus proveedores de fondos el mostrarse tan generosos como de costumbre, y también a la desorganización de sus cuadros, debido a la torpeza del Comité Central Republicano. El éxito del partido demócrata desde hace ocho años se ha debido, al contrario, a la destreza personal de M. Farley, a las enormes sumas que ha sabido llevar a sus cajas, a la excelente elección que ha hecho de sus ayudantes, y a la estricta disciplina que ha reinado en su partido. Por lo demás, su papel ha sido muy facilitado con la ola de estatismo de estos últimos años, que ha acrecido considerablemente las facilidades del partido en el poder, aumen-

tando el número de cargos a su disposición. No por ello es menos cierto que el Comité Central del partido, órgano permanente, y el Secretario del partido, alma viva de este Comité, son los personajes más poderosos de América, pues forman un vínculo entre el país real, los hombres de negocios, y el país legal, los electores. Todo esto ocurre en la sombra, sorda y sutilmente; es peligroso querer juzgar a priori y lo mejor es considerar una elección, para percibir su exacto funcionamiento. El espectáculo de la elección de 1936 aclarará las ideas que acabo de exponer.

EL FUNCIONAMIENTO DE LA POLITICA AMERICANA

LA GRAN ELECCION DE 1936

La banderola del asno y del elefante

Nueva York. 20 de agosto de 1936.

Como los caballeros de la Edad Media, que nunca partían a un combate sin ponerse bajo la protección de un símbolo, testigo de su valor, los partidos políticos en los Estados Unidos tienen sus símbolos: el elefante para los republicanos, el asno para los demócratas.

El elefante se llama Bildad y el asno Bolivar (1).

El origen de estos símbolos se pierde en la noche de los tiempos (2) y aún su sentido es oscuro; pero su aplicación a las presentes circunstancias es fácil, interesante y feliz. El elefante es la enorme fuerza del partido republicano, apoyada en el nacionalismo americano que estimuló y utilizó ella, primero, para poder aplastar a los Estados del Sur (1861-1866), y luego para conservar el poder de una manera apenas interrumpida de 1862 a 1912. El elefante es la masa compacta del pueblo de los Estados Unidos, agrupado en torno de sus grandes capitanes de la industria y de sus poderosas sectas protestantes, son sus bancos, los grandes negocios, los trusts gigantescos, el macizo sentimiento que América posee de su unidad, de su poder, de su riqueza y de su virtud. El elefante es la burguesía america-

(1) Esta tradición no es aceptada por todos, pero es respetable.

(2) Algunos pretenden que un tal Nash, dibujante, fué el primero en utilizar estos símbolos; pero todavía no se ha hecho un prolijo estudio de la cuestión.

na desde el garagista, el granjero y el lustrabotas, hasta los señores Ford, Morgan, Rockefeller, tal como ha prosperado, gobernado, reinado entre 1860 y 1912, entre 1920 y 1932.

El asno encierra a todos los otros: los irlandeses católicos, los intelectuales y pseudointelectuales, los habitantes de los Estados del Sur, derrotados y humillados, los endeudados granjeros, los arruinados aristócratas, los obreros descontentos, los disidentes, los nerviosos, los vencidos y los solitarios. Trepado en el asno se representa a menudo a un profesor con toga y gorro, blandiendo sus diplomas y luciendo antiparras. El pobre asno trotó penosamente de 1860 a 1912, con el lomo hostigado por el fardo de todas las acritudes de un país que no ama la acritud. Sin la ruptura del partido republicano en 1912 y la crisis económica de 1929-1935, el asno no habría avanzado nada.

El elefante tenía la fuerza, la masa, el prestigio del triunfo y el optimismo en un país consagrado al optimismo. Conducido por políticos astutos, que dirigen la alta banca, dominaba el país. En el ojal, al acercarse el día de la elección, todo el mundo lucía un elefante, impreso en una tarjeta, o pendiente de un cordel, o suspendido de una cadena. En todas partes había un elefante: de madera, de felpa, de tripa, de fieltro, de porcelana, de cobre, de manteca, de grasa de cerdo; de gelatina, o de pan. También veíanse algunos asnos, pero eran pequeñitos y pelados.

Este año, en la esquina de la 4.ª avenida y la calle 104, admiro un asno y un elefante artísticos esculpidos por Charles M. Umlauf, en grasa de ganso. Y el asno es más gordo que el elefante.

La creación de un candidato

Boston. Septiembre

Me paseo por las calles por donde pasean los ciento treinta millones de ciudadanos de los Estados Unidos, la mayoría en auto, algunos a pie. Y me detengo a mirarlos. La campaña ha comenzado en julio. Sin embargo, todos los ciudadanos de los Estados Unidos no parecen preocupados sino del calor y del sol.

Discútase lo que se discuta, piénsese lo que se piense, los norteamericanos no se ocupan de política. Leen los títulos de las informaciones en sus diarios matinales y miran las fotos de las revistas. En la tarde, al regresar de la oficina,

dan una mirada a las informaciones de Bolsa, a los resultados del futbol o del baseball. Pero de lo demás no se ocupan. Tienen bastante que hacer en sus negocios, y no hay norteamericano que no posea alguno. Dejan a sus mujeres el discutir sobre la próxima guerra europea, el estado de la Sociedad de las Naciones y la conducta del Japón. No reanudan sus discusiones políticas sino cada cuatro años, en la cercanía de la elección. Entonces el papel de cada partido consiste en obligarlos a leer su propaganda, a interesarse por su lucha y, sobre todo, a entusiasmarse.

Cada partido busca entonces un candidato para confiarle la "bandera". Pero, en verdad, el hombre será la bandera, y es a él a quien se intentará hacer penetrar en cada hogar de los Estados Unidos, en la imaginación de cada norteamericano, en la sensibilidad de cada norteamericana. Hay que hacer que 130 millones de individuos perciban a este hombre, pues de ellos 45 millones son electores.

Frank rie y Alf llora

Este año, los partidos no tienen que escoger; el destino les dicta sus quehaceres y sus tipos. La prosperidad que vuelve, siendo Roosevelt el Presidente (y después que el Presidente Roosevelt se haya entregado a mil ingeniosas y audaces tentativas, que van desde el socialismo del Estado, pues el embargo sobre los bancos no carece de audacia, hasta el malthusianismo económico, como lo atestigua la famosa matanza de cerdos que tanto ruido hizo en los Estados Unidos, aún entre los humanos), impone a los demócratas representar a su candidato como el hombre de la buena suerte que con su sonrisa ha vencido el infortunio que afligia a los Estados Unidos, como el jefe cuyas audacias felices y liberales deben atraerle a todos los jóvenes, a los innovadores, a los espíritus abiertos, como asimismo a la gente grave, deseosa de contar con un buen jefe y consciente del reconocimiento que le es debido.

Tal debe ser, necesariamente, la leyenda del candidato demócrata en 1936, y ninguna otra ha de convenirle.

El candidato republicano debe aparecer como un honesto hombre al que las falsas apariencias de una rápida prosperidad no seducen, y que ve, indignado, los nocivos gérmenes expandidos por las innovaciones rooseveltianas, y las denuncia a las muchedumbres inquietas, deslumbradas. Es demasiado prudente para sembrar el pánico y demasiado fir-

me para tragarse las palabras. Es demasiado recto para atacar, por lo bajo, al Presidente, y demasiado buen ciudadano para no acusar a Roosevelt. En fin, es un hombre de negocios, persuadido de que en los negocios está el porvenir de los Estados Unidos, y que la norma primera de la política nacional consiste en dar carta blanca en todo a los hombres de negocios.

Así, guiados por el destino, los dos partidos han atado a sus candidatos a sus leyendas. Farley, como ministro de Correos, como jefe de la Oficina de Propaganda del partido democrático, tiene la misión de hacer andar rectamente a Roosevelt. Hamilton desempeña el mismo papel ante Alfred Landon, gobernador de Kansas, candidato del partido republicano.

Parecería que los señores Farley y Hamilton tuviesen una faena fácil. ¿No está Roosevelt a la altura de su leyenda? Landon, excelente ciudadano, ¿no se halla listo para hacer cuanto se le diga para que su leyenda se realice?

Pero, no; Roosevelt rebasa su leyenda —ahora demasiado angosta para él— mientras que Landon flota en la suya, excesivamente grande para su personalidad.

Roosevelt es mucho más libre, audaz y fantaseador que cuanto lo exige su papel. En su tren especial, hace subir a una hermosa dama rubia, una actriz, que encanta a los periodistas y asusta a los políticos. Tiene amigos rojos, consejeros socialistas, confidentes fantásticos, y una desenvoltura que se revela en cada uno de sus gestos. Farley tiene que dedicarse a velar, a esfumar, a ocultar entre brumas todo esto, y no es fácil, pues ciento treinta millones de personas contemplan, y el partido republicano espía, denuncia mañana y noche, treinta periodistas armados de treinta máquinas de escribir no lo dejan un segundo.

Pero esta tarea difícil nada es en comparación con las pruebas de Hamilton. Su candidato fué un admirador de Roosevelt, y un liberal; ha seguido como liberal. La indignación le es menos fácil que la comprensión, la comprensión menos habitual que la tolerancia. Y la cólera le es imposible. En vano se le redactan discursos brutales; al salir de su boca, suenan amables y pacíficos. A fuerza de insistir, únicamente se ha conseguido inflamarle la garganta. No, Landon no está hecho para golpear sobre una mesa. Y ha sido necesario resignarse a mostrarlo paseando a un niño sobre sus hombros. Triste cosa, cuando debería mostrar los puños a Mr. Roosevelt.

No hay nada que hacer: la sonrisa de Roosevelt ilumina toda esta campaña.

Acodado en una mesa que disimula sus largas piernas y no deja aparecer sino su alto rostro, emergiendo de una silla baja en la que casi está acostado, el Presidente Roosevelt sonríe al mundo. Vestido de gris, muy cuidadosamente, todo en él, desde su corbata hasta su mirada, tiene ese tono azulado que conviene al triunfo y a la serenidad. Su voz blanda, de sonoridades un poco lentas, pero ricas, contrasta con los vivos movimientos de sus manos y de su cabeza. En cualquier rincón de la pieza en que os encontréis, si habláis, el rostro de Roosevelt se vuelve hacia vos, y su boca suave, pero autoritaria, comienza una frase que comienza con un "¡pero, naturalmente!", y en seguida os lleva demasiado lejos. Lo quiera o no, es un jefe: y lo quiere.

Mr. Landon tiene anteojos de vidrios octogonales, que deben enorgullecer a su oculista de Kansas City, pero que le dan un aspecto de profesor de liceo de provincia. Su mentón redondeado, sus labios de contorno redondo, sus ojos que tienen la suavidad de la miopía, todo su honrado rostro regordete y fofo, evoca al buen hombre. Pero se siente que cuando os habla, no os ve. Y tampoco se ve a sí mismo, lo que es más grave. Y, además, sus consonantes son deplorables.

El monólogo electoral

Desde fines de septiembre hasta el 3 de noviembre, América es presa de la radio.

En el gabinete de las damas y los salones de los clubes, en los almacenes y los taxis, en las esquinas y en medio de las plazas, por donde el hombre pasa y puede detenerse, se han puesto altoparlantes, y noche y día zumba la despiadada palabra humana. Penetra por todas partes, a toda hora: nada la detiene, salvo el gesto terrible y final de la mano humana, que hace negligentemente girar un botón.

Hace más o menos ocho años que la radio se ha convertido en el árbitro de la vida política en los Estados Unidos y desde entonces reina como soberana implacable. Auxiliar de la democracia, también es su tirano, y, como ella, es esclava de los fuertes y la llaga de los débiles.

La radio en América es una mercancía, como cualquiera otra, y cada hora, cada minuto de radio se vende carísimo, de manera que únicamente los ricos pueden emplearla, mien-

tras que los pobres, los desheredados, los intelectuales, los poetas no tienen sitio en la radio. Por cada discurso de cada uno de los candidatos, uno de los dos grandes partidos debe pagar. Una campaña electoral es un placer de lujo (1).

Con su invasión, la radio ha cambiado la atmósfera de la vida política norteamericana. El norteamericano es un visual y gusta de los cuadros plenos de color. Antes de la radio, las campañas electorales se desarrollaban entre banderolas, oriflamas y grandes affiches ilustrados puestos por las calles, brillando al sol; en las noches se organizaban procesiones con antorchas y reuniones iluminadas, que coronaba alguna serpentina danza.

Ahora, no más desfile a la luz de las antorchas, no más reunión ardiente, no más apretones de manos y guiñadas de ojo de inteligencia. Entre el candidato y el elector, se ha insinuado la radio. El hombre ya no habla al hombre, sino a la máquina. En una plataforma inmensa, frente a una multitud compacta, a la que no ve, pues tiene fijos sus ojos en su reloj y en los tres micrófonos que forman en torno de su boca un baluarte sordo y sonoro, el candidato habla ahora no a hombres concretos, vivos, sino a seres abstractos. Ya no hace un discurso; utiliza diez minutos y medio de radio, que cuestan carísimo y son cronometrados cuidadosamente. Así, pues, para tener la seguridad de que en esos preciosos instantes no va a decir nada de más, nada de menos, sus secretarios le preparan sus arengas, indicándole con tinta roja, en el margen, el número de minutos que debe consagrar a cada párrafo y las inflexiones que debe utilizar para seducir a su público, dándole una impresión de espontaneidad.

No más azar, no más riesgo, no más vida en la campaña electoral. No quedan sino la estrategia y los moscardoneos cuidadosos. El candidato ya no es sino una función; se vale de la máquina para alcanzar hasta la masa y obtener de ella votos.

El Presidente Roosevelt tiene todas las cualidades radiofónicas. Su voz es buena; no es tímido. El sentido de sus palabras no lo amedrenta; al contrario, le agrada.

Como nunca fué un gran orador, uno de esos hombres a quienes el contacto de una masa vibrante eleva por enci-

(1) Durante la campaña, costaba 50 mil dólares una emisión de media hora a través del país.

ma de todos, nada pierde con la radio: más aún, como siempre su arte mejor fué la conversación íntima, familiar, matizada y astuta, tal como la practica con los periodistas en las conferencias de la prensa, parece haber nacido para la radio. Hablar por el micrófono es hablar para quien desea escuchar, como habla el diario.

Unicamente la calidad de la voz introduce un elemento nuevo; pero en cuanto a discreción, a intimidad, a sinceridad, diario y radio se merecen.

Y Roosevelt posee la voz más armoniosa de América y todas las radios del país lo escuchan.

Landon, en la radio, es un desastre. A pesar de las lecciones de dicción que ha tomado, según se dice, de un actor inglés, desde el estio, y a pesar de los heroicos esfuerzos que ha realizado para adaptarse, frente a un micrófono parece un pez ante el vidrio de su acuario. No parece haber comprendido lo que recita y da la impresión de haberlo aprendido con el celo de un buen alumno poco dotado, que ha preparado prolijamente su composición de recitación. Su voz desprovista de melodía tiene el don de adormecer.

Sus vocales son sin acento y sus consonantes sin distinción. Se le puede escuchar, pero es imposible seguirlo.

Se le desea buena suerte a Roosevelt, porque ha hablado. Se le desea buena suerte al que ha escuchado a Landon

El espectáculo político

A pesar del imperio de la radio, una campaña electoral en los Estados Unidos es ante todo un espectáculo. El ruido puede encantar a un norteamericano; pero no cree en los hechos y las verdades de que sus ojos no hayan sido testigos. Así, pues, el esfuerzo de los dos partidos se encamina desde septiembre hacia la imposición a cada norteamericano de la visión de su candidato y su programa. Donde vaya la muchedumbre, el partido republicano, el partido demócrata la asaltan; sin cesar, le imponen los dos grandes argumentos visuales a que el país es sensible: la imagen y la cifra.

En la hora actual, esta técnica de la propaganda por los ojos parece una supervivencia, destinada a desaparecer de aquí a veinte años, pero todavía desempeña considerable papel en 1936.

El elemento más sencillo y corriente es el "botón", redondelita con los colores del candidato y su nombre, que

se pone uno en el ojal, o en la parte del traje que se escoja. Algunos la ponen en su gorro, otros en la blusa o en el "overall", algunos en el cinturón. Por fin, hay ciudadanos celosos que lucen tres o cuatro botones, dos en la chaqueta, dos en el sombrero; las damas negras a veces se adornan con una constelación de botones en el pecho.

Este año, el botón de Roosevelt es tricolor, con el nombre de Roosevelt impreso en la parte blanca; el botón de Landon es amarillo y castaño, imitando un "sol", flor simbólica del Estado de Kansas, de donde Landon procede. También se hacen botones de lujo con escarapela y cintas con los colores de los candidatos; se les adorna con las cuarenta y ocho estrellas de la bandera nacional. En fin, los aficionados a lo pintoresco agregan, según sus convicciones, un pequeño asno o un pequeño elefante; que, atado al botón con una cinta, brinca gentilmente sobre ésta.

También sobre los autos florecen inscripciones y divisas. Se colocan también en las ventanas y en la calles de la ciudad. Los comités locales, que tienen recursos y celo, a menudo hacen poner por encima de una avenida un affiche multicolor con el retrato del candidato y algunas bien sentidas frases acerca de sus virtudes y sus méritos. Restalla contra el viento del otoño y enorgullece al barrio.

En las casas, en las oficinas, en los hoteles, tras los vidrios se coloca un retrato del candidato que se prefiere. y tras su efigie se instala una lámpara eléctrica poderosa, de manera que en la noche el rostro luminoso del jefe atrae y fascina a todos los que pasan.

Entre los sonos y las imágenes, el cine parlante desempeña en la campaña electoral norteamericana un papel creciente. Da a las multitudes de todos los rincones del país el placer de admirar a los dos candidatos, y de escucharles, y el deleite mayor aún de silbarlos o aplaudirlos, de silbarlos y aplaudirlos, y de aplaudirlos silbándolos. Es en el cine donde mejor se mide la orientación de la opinión norteamericana y su violencia. A comienzos de la guerra de Etiopía, el rostro de Mussolini no podía aparecer sin provocar tempestades de bullicio; al cabo de dos meses todos se estaban tranquilos, y algunos hasta aplaudían. Este otoño, la violencia de los sentimientos excitados por la guerra española es tal que los cines se abstienen de presentar sus imágenes entre las actualidades.

En cambio, rebasan de visiones y monólogos de ambos candidatos, y se ha visto sucesivamente a Roosevelt aplau-

dido estruendosamente y de manera casi unánime, mientras Landon no despertaba entusiasmo ninguno; y después, a Roosevelt silbado por algunos, mientras otros le defendían con apasionamiento; por fin, a Landon silbado y aplaudido, como si fuera digno de provocar sentimientos violentos. Aquel día el partido republicano pudo decirse que había conseguido hacer real a Landon para las multitudes. Aquel día Roosevelt pudo pensar que esos vagos fantasmas de lucha de clases que había despertado con sus discursos estaban a punto de tomar cuerpo.

Nada es más extraño que la sonrisa de los candidatos en medio de los aplausos de una multitud ausente y de la grito de una presente multitud. Es un espectáculo de que gocé frecuentemente este otoño. Pero me aconteció ver otro más curioso todavía. En Los Angeles, una multitud dura y grosera donde los elementos comunistas eran numerosos, silbó a Landon durante su visita, y lo hizo con gran refinamiento técnico para obligar a los operadores de cine a registrar sus silbidos. Y en todas las pantallas de Norteamérica se vió a Landon zarandeado por los comunistas de Los Angeles; pero como estos son procedimientos que se juzgan groseros, las multitudes de los diversos cines protestaban a su vez. Y los espectadores presentes, con sus aplausos, daban una lección a los espectadores ausentes, cuyos silbidos eran así dominados y condenados.

Como va el Maine, así va el país

Boston. Septiembre

En el comienzo de toda elección americana está el Maine. El Maine no es sino un prejuicio, pero es un prejuicio tenaz, y nadie puede escapar. Así como los norteamericanos están persuadidos de que si el puerco espín saca la nariz la primera semana de febrero y ve su sombra va a helar durante seis semanas, también están persuadidos de que el partido que triunfará en el escrutinio del Maine obtendrá la victoria en las elecciones nacionales.

El Maine elige a su gobernador, sus senadores, sus diputados la primera semana de septiembre.

Estado del Este, Estado agrícola, Estado de población anglosajona y protestante homogénea, el Maine es, por lo general, republicano; y América desde 1860 ha sido normal

mente republicana. Desde hace algunos años, el Maine traiciona. Sin embargo, este otoño, se piensa que el Maine volverá en sí y será republicano. Hay que aprovecharse de esto y se ha decidido enviar a Mr. Landon para que presida el triunfo y lo acentúe, si es posible. Su tren especial cruza las ciudades de Nueva Inglaterra. El se detiene para estrechar las manos, para saludar a la muchedumbre, para decir alguna palabra.

Después del tórrido estío, el cielo se ha encapotado. Treinta horas hace ya que el viento retuerce los árboles y arranca las hojas. Las grandes nubes negras corren por el horizonte y la lluvia comienza a caer. Da a todos los colores esa agudeza acentuada que tanto sienta a los campos de América y los hace asemejarse a tarjetas postales en colores, confeccionadas por un fotógrafo alemán un poco ingenuo y simplista. En medio del paisaje, la vía inmensa y luciente parece una joya, los rieles brillan como cadenas de diamantes negros, y el balasto tiene el brillar sombrío de un adorno de azabache bien limpio. En la plataforma de su tren, que decora un "sol" cuyo amarillo parece más fúlgido aún en esta atmósfera de tempestad y lluvia, frente al micrófono, y enmarcado por los altoparlantes gigantescos, Mr. Landon habla a la muchedumbre abigarrada de Massachusetts, obreros de "overall" y descubiertos, empleados del ferrocarril con sus curiosos sombreros de tela azul que les hacen parecerse a hortelanos Luis Felipe, burgueses de sombreros oscuros y trajes grises, granjeros venidos de lejos y todavía con sus sombreros de paja de anchas alas, junto a sus mujeres descubiertas y a sus hijitos de rubios cabellos. Toda esta muchedumbre, confundida, con los pies en el agua, el rostro al viento, grita y aplaude. Agita grandes carteles: "Vencer con Landon y Knox". Y fija los ojos en la plataforma del tren donde Landon, moviendo de izquierda a derecha su rostro, azotado por las ráfagas, trata de dar a sus palabras, gracias a los músculos de su cuello, la energía que su garganta y su estilo no le han conferido. De vez en cuando, alza el dedo como un pedagogo celoso que trata de hacer comprender bien a sus alumnos la importancia del tema tratado. Prudentemente, como se le ha dicho, procura sacar partido de la victoria próxima; y a fuerza de predecirla, de contar con ella, de describirla, consigue sentar un precedente que hipnotiza al resto de la región. La multitud le siente y le presta su apoyo. El granjero de Kansas agrada a esta masa de Nueva Inglaterra.

Que otros sean exigentes: aquí no se le reprochará a Landon el hablar de economías.

Inclinado sobre el micrófono, grita estas palabras que se esparcen por la multitud: "Sé que vosotros, los ciudadanos de Massachusetts, estimáis que uno de los puntos esenciales de esta campaña consiste en liberar al comercio y la industria del yugo que sobre ellos hace pesar el gobierno con su intervención y sus consignas". Y las ocho mil personas que patalean entre los rieles de la línea férrea, se empujan entre el tren y la estación de ladrillo, lanzan un aullido de alegría y aprobación.

La campaña electoral ha comenzado. Mientras el tren suavemente echa a andar hacia el norte entre las agujas y las señales, Landon hace un gesto con la mano, la muchedumbre echa al aire sus sombreros, agita sus letreros y sus banderas, los periodistas hacen estallar el magnesio y el policeman declara: "En realidad, parece un buen hombre. Pero qué oficio el suyo!".

Al otro día, en Portland, Maine, Landon hacía su primer gran discurso contra el derroche, y tres días después los republicanos reconquistaban el Estado de Maine, tras buena lucha. La operación había tenido éxito.

El país se preparaba para una elección disputada.

El Gran Juego

San Luis. 14 de octubre.

San Luis espera al Presidente Roosevelt.

Desde las siete de la mañana, un pelotón de policía montada, en motocicletas de plateados tapabarros, patrulla la ciudad. Y se instala en todas las veredas de las calles por donde pasará la comitiva, un cortejo de guardias uniformados de caqui, guantes blancos, revólver al cinto, la gorra echada sobre la oreja izquierda y reafirmada por el barboquejo. Son los soldados del 6.º regimiento de infantería. Asegurarán el orden con seiscientos policías uniformados, doscientos policías de civil y setecientos bomberos que patrullarán sobre los techos.

Aquí y allá, los comerciantes ponen banderas o anchas guirnaldas tricolores en sus vidrieras; la más grande es una inmensa oriflama que parece llenar toda la calle Washington: negra y amarilla, anuncia la realización de un stock de fusi-

les de caza y de cañas de pescar. Junto a ella, las banderas americanas que se han plantado a cada lado de la calzada, cada veinte metros, parecen mezquinas y subalternas. ¿Pero no es hoy la fiesta de los electores-reyes, y el comercio no es el rey de estos reyes?

Al centro de la ciudad, en la vasta explanada que se extiende entre la calle 12 y la del Mercado, se ha preparado un estrado de madera, adornado de banderolas, de retratos de Roosevelt, y de cuatro gigantescos altoparlantes que vigilan sus cuatro esquinas. Allí se instalará al Presidente y de allí hablará a su pueblo. Frente a él, podrá contemplar el armazón de fierro del edificio que viene a inaugurar y que completará muy felizmente el conjunto constituido por el Ayuntamiento "Renacimiento", cuyos muros se ven a la derecha, el Palacio de Justicia "clásico" (más bien a la manera de los pasteles de los salchicheros que a la de Palladio), y la masa neobabilónica del "Auditorium" municipal, que impera a la izquierda.

En el césped y entre los árboles debiluchos que ornamentan la plaza, la multitud comienza a reunirse. Vendedores de cacahuets, de turrón, de cremas heladas, de globos, de gomas para mascar, de emblemas políticos, ya están instalados en su sitio, y el sol bondadoso reparte su claridad sobre la escena, mientras que un gran affiche azul de cielo adherido al rostro pálido de un enorme rascacielos, justamente ante el estrado, restalla en el viento y proclama: "¡Salud a nuestro Presidente!" Por el cielo azul, pasa y vuelve a pasar una escuadrilla de aviones, ruidosos y dotados.

La multitud va espesando por minutos; al centro están los veteranos de la Gran Guerra con sus uniformes azules y bandas amarillas, que los combatientes negros adornan de medallas multicolores y misteriosas. En torno de ellos se aprieta una masa de mujeres y de ancianos, de jóvenes empleados en mangas de camisa, de vagabundos con botas, de muchachas vestidas con trajes multicolores, y sobre todo, negras armadas de carteles, que lucen estas frases: "Queremos a Roosevelt", "Los obreros piden a Roosevelt". Rebasan un entusiasmo que sus gestos y sus vestidos expresan. Cada una de ellas lleva varias escarapelas de colores con el nombre de Roosevelt; en sus sombreros han puesto a manera de cinta un pedazo de cartón rojo en que ha sido escrito con lápiz azul: "Roosevelt, Presidente", y sus vastos y palpitantes pechos agitan al aire las tarjetas

en que se ha escrito el nombre de Roosevelt. Se contonean y chillan, mientras los niños corren en todos sentidos y se trepan a los árboles.

Para entretener al público, el orfeón, que se ha instalado en el estrado, de vez en vez toca una pieza sentimental o una marcha militar.

De súbito la muchedumbre se inmoviliza y adquiere forma. El cortejo presidencial se acerca. Precedidos de una escuadra ruidosa y brillante de motociclistas, doce grandes autos descubiertos, bajos y repletos de banderolas tricolores, avanzan lentamente por entre la multitud que los encierra. En el segundo, sentado junto al chofer, se percibe la larga silueta, casi tendida, de Franklin Roosevelt. Vestido de gris, un sombrero de tela amarilla, sonreía en torno y volvía la cabeza con extraordinaria agilidad hacia los que lo aplaudían. De vez en cuando saludaba levantando una mano.

La muchedumbre está encantada de ver al grande hombre, de sentirlo tan cerca, de verlo tan grande.

¿Cómo no enorgullecerse de hallarse tan próximo de un tan grande hombre, y cómo no emocionarse? Si se olvidaba alguien qué es Roosevelt, allí estaba su figura para recordárselo, y los cinco agentes de civil, parados en el pedaleo del coche atestiguan sobradamente su grandeza e importancia. Con su alta estatura dominan la muchedumbre, a la que atalayan con sus ojos ansiosos.

Si se tuviera tiempo para pensarlo, bastarían ellos para demostrar que no es más posible al jefe de una democracia al tener confianza en su pueblo, que al elector el tenerla de aquellos a quienes elige. Por encima de esta asamblea fraterna de ciudadanos libres e iguales, ciérrnese la desconfianza, el miedo y el crimen. Y la policía reina.

Extrañas costumbres de nuestro tiempo. Este hombre que viene a pedirle a la multitud su confianza, no es libre de demostrársela, y él, que va a tenderle sus brazos a su pueblo necesita ochocientos policías para que con sus cuerpos le formen un baluarte, y le protejan de esta muchedumbre cuyo entusiasmo es tan peligroso como su odio.

Roosevelt habla. Su voz fuerte, clara, lenta y bien timbrada, se alza por encima del rumor, y no se perdería una sola palabra de su discurso si los aviones quisieran cesar de rondar infernalmente y si las mujeres no necesitaran gritar para oír.

Roosevelt elogia a los antiguos combatientes. En este instante una mujer se desmaya: acaba de recibir en la ca-

beza a un niño caído de un árbol. Otra aúlla porque la multitud la ahoga.

La voz armoniosa y grave continúa: "Nosotros, los norteamericanos, no construimos monumentos en homenaje a la guerra... (¿Y qué será, entonces, aquél?, podría preguntarse un oyente que comprendiera el sentido de las palabras. Por suerte, no lo hay en tales circunstancias). No construimos monumentos en homenaje a las conquistas... (¿Y la ocupación de América por los anglosajones se habrá hecho sin "conquistas"?), podría objetar el mismo sabio que a Dios gracias, está ausente)... La mejor manera de honrar la memoria de los ciudadanos muertos por la patria, es trabajar por establecer la paz y terminar para siempre con los temores de la guerra".

Después de —gracias a su elocuencia flexible— haber hecho servir un monumento a los muertos de 1917-1918 a la glorificación del pacifismo, susceptible de atraerle votos entre las mujeres y los radicales activísimos en tal momento, el antiguo ministro de Marina de Wilson, que no ha sancionado sus antiguos recuerdos, pasa, en transición audaz, a su obra presente.

"Las desigualdades sociales deben desaparecer; el verdadero patriotismo nos exige construir una América cada vez más substancial, donde todas las buenas cosas de este mundo puedan ser compartidas por un número cada vez mayor de nuestros conciudadanos, y donde las injusticias sociales no sean animadas..." Como estas palabras despiertan entre las damas negras y los vendedores de cacahuetes reunidos en torno del estrado, una marejada ruidosa de aprobación, Franklin Roosevelt, haciendo una nueva voltereta, celebra a los grandes antepasados que colonizaran este valle del Mississippi y del Oeste.

Termina una de las más significativas arengas de esta campaña declarando su fe en la democracia y entregando una bandera americana a Myrtill Shamp, presidenta de la Asociación de Madres de los soldados muertos en la Gran Guerra.

Los aplausos, los gritos de júbilo y el rumor que saludan esta peroración más parecen los de una feria, que el entusiasmo de un pueblo delirante. Al galope, el cortejo da la vuelta a la ciudad, saludado por cariñosos aplausos y papelititos multicolores y menudos que se lanzan desde los rascacielos. Al galope se llega a la estación y, se instala al Presidente en su tren. La policía respira: obsedida todo el

tiempo por la idea de que recientemente unos criminales habían robado una gran cantidad de dinamita en una fábrica de San Luis, temía un atentado estrepitoso. Ahora, en torno del tren, desfilan las delegaciones: empleados del ferrocarril, comités locales de obreros, asociaciones democráticas del Estado, damas "Jeffersonianas", niños de las escuelas, boy-scouts. Y, en racimo, empujándose, trepados en las escaleras que dominan los andenes (estrictamente obstruidos por una barrera y una pantalla de hierro), centenares de chicos, muchachos y muchachas, tienden el cuello para percibir la nariz del Presidente o la cola de su tren. Por la entornada puerta del andén, o por encima de la pantalla, distinguen solamente, en la plataforma del vagón presidencial, un escudo redondo con los colores de Roosevelt, tres micrófonos, y un policía barrigón que, fumando un grueso cigarro, escupe de vez en cuando a la vía, con aspecto importante y prudente. Esta espera se prolongará, con extrañeza de la multitud que patatea y aguarda siempre. Quiere creer que el Presidente se reserva el hacer una postrema aparición antes de salir de San Luis. Ignorará siempre que la única razón de este retardo de treinta minutos es la torpeza de Miss James Roosevelt, nuera del Presidente, que ha ido a buscar una madeja de lana que su suegra necesita para continuar un tejido, y se ha extraviado en algún almacén de San Luis.

Por fin vuelve, y el tren se va. Y por última vez, cada cual se da el gusto de aullar.

Luego la multitud se dispersa, charlando. Un empleado de ferrocarril le observa a un antiguo combatiente: "¡Qué suerte tiene este Roosevelt! Es la más linda mañana de este otoño". Pero el veterano, menos frívolo, y más artista, responde: "Tiene suerte, pero la merece: tiene una hermosa voz". Y todos se dirigen a sus trabajos.

Los accesorios. Trenes. El "Pioneer"

Los Angeles, 20 de octubre

Del 1.º de octubre al 3 de noviembre, Roosevelt habrá pasado más horas en su tren que en la Casa Blanca. Y le agrada muchísimo, por lo demás.

Es un tren como todos los de América, largo, pesado y metálico, una sucesión de vagones Pullman ordinarios con

sus camas a cada lado y su corredor al medio. Únicamente el último vagón tiene alguna personalidad. Se llama el "Pioneer" y pertenece a la Compañía Pullman, que lo reserva para Mr. Roosevelt, que es su predilecto.

Se entra en el "Pioneer" por uno de los extremos y en seguida se encuentra uno en un pequeño comedor en que pueden sentarse seis personas. La vajilla y los manteles y servilletas están en una alacena colocada contra el muro. En la tarde, se pone en la mesa un vaso lleno de flores. En la noche, el comedor sirve a menudo de dormitorio, pues siempre escasea el espacio en el tren presidencial.

Más allá del comedor se hallan cuatro compartimientos en que se acuestan el secretario, la secretaria, el mozo, el guardia de corps y algunos invitados del Presidente; dos grandes dormitorios para el señor y la señora Roosevelt; y un salón con mesas y sillones junto a las grandes ventanas. En un extremo del salón está la plataforma con su micrófono, para el que un ingeniero sutil ha ideado un pupitre. A veces, cuando quiere que se le vea, el Presidente habla desde la plataforma, pero también puede hablar desde el salón o su dormitorio. Los vagones delanteros contienen, fuera de dos restaurantes, una sala con duchas, una peluquería y un salón de correspondencia, toda una serie de compartimientos destinados al secretario, a los empleados, a los policías, a los periodistas y a los agentes de la Compañía. En el tren, la vida es activa. A toda hora, Mr. Roosevelt dicta su correspondencia y sus discursos, que en seguida son dactilografiados. Apenas los corrige, son mimeografiados y distribuidos a los periodistas, para que éstos puedan telegrafiarlos a sus agencias aún antes de que hayan sido pronunciados. Noche y día, tienen que dar el alimento que reclama la curiosidad de América, nunca dormida. A la misma hora en que en el Este se preparan las ediciones matinales, en el Oeste salen todavía las ediciones de la noche. De este tren mana noche y día una inmensa ola de palabras. En las estaciones, se instala una línea telefónica entre el "Pioneer" y la ciudad, para que el Presidente pueda hablar con sus ministros, y líneas telegráficas para que los periodistas puedan expedir sus comunicados. De vez en vez, un avión viene a dejar un saco de correspondencia, y constantemente un hombre se ocupa en clasificar las cartas que parten y que llegan. Nunca cesa el moscardoneo que gira en torno de estos vagones. La única persona silenciosa es Mrs. Roosevelt, que teje.

Se tiene gran cuidado de la vida del Presidente. Su médico no le deja; vigila todas sus comidas y le impide comer mucho. Los agentes de la Compañía multiplican sus cortesías. Se han arreglado para tener, este otoño, al "Pioneer", tan frecuentemente como es posible, en algún pequeño ramal en pleno campo, entre los maizales purificadores. Así se pone atajo a las efusiones políticas y se salva la salud.

Diez agentes de policía están adscritos al tren, dos hacen guardia noche y día. La policía de cada una de las ciudades por las cuales se pasa también cooperan, y se hacen vigilar todas las obras ante las cuales ha de pasar el "Pioneer". Cuarenta y cinco minutos antes de la llegada del convoy, se envía la orden: "Ruta libre". Luego una locomotora se va adelante y se asegura de que esté libre la vía.

Por fin, precediendo a la caravana, el coronel Sterling coordina todas las medidas de precaución. Se tiene la impresión de que a cada instante cada miembro del tren presidencial tiembla del temor de un atentado o un accidente. Sólo el Presidente no tiene miedo y se divierte. De todos los dones brillantes con que el destino le ha dotado, los dos más preciosos son, sin duda, la desenvoltura y la confianza. Recibe toda la popularidad que va hacia él como algo que le está debido, sin verse turbado ni cohibido, pero no sin gozar de ella. Y la facilidad que siente actuando, hablando, se expande en torno suyo. Da a la atmósfera de este tren, lleno de periodistas y políticos, una nota de alegría liviana y veraz, un poco irónica, pero apaciguadora, y hace de Roosevelt el ídolo de cuantos se le acercan.

El otro día, al final de un discurso, declaraba: "Ya sabéis, amigos, lo que aquí digo, lo digo en todas partes; preténdase lo que se pretenda, no tengo una doctrina para el Este y otra para el Oeste".

"¡Por cierto! —comentó un periodista burlón, instalado en el otro extremo del tren, pero que escuchaba el discurso por radio— ¡A todos les cuenta el mismo cuento!". Un político que por allí pasaba oyó estas impertinentes palabras y dióse prisa en repetirlas al Presidente. Este echó a reír y declaró:

"Ese muchacho tiene juicio".

El tren del señor Landon es idéntico al tren del señor Roosevelt, salvo que lleva a Landon en vez de llevar a Roosevelt, y que el gran escudo redondo del último vagón, en

vez de adornarse con el emblema tricolor de Roosevelt, luce el sol amarillo, emblema del candidato republicano.

La vida a bordo de ambos trenes es, no obstante, muy diferente. Roosevelt ama la compañía, pero le gusta desprenderse de ella. Landon también ama la compañía, pero no sabe deshacerse de ella. En su tren, no cesa de visitar a los periodistas y a los políticos que lo acompañan; las visitas que recibe parecen no cansarle nunca.

Tuvo, sin embargo, un debilitamiento de la voz en El Paso. Sin duda, la muchedumbre, a fuerza de silbarle en Los Angeles, le dañó la garganta...

Diarios

Desde el comienzo de la campaña, Landon tiene a su favor los 23 diarios de Mr. Hearst, repartidos por todo el país. No le dejan reposo al Presidente: sus dibujos satíricos, sus artículos de fondo, sus cartas abiertas y las noticias que publican forman un fuego incesante. Los amigos de Roosevelt se encogen de hombros y dicen: "Se conoce demasiado a Mr. Hearst para que pese algo su palabra; él y sus diarios están descalificados". Este argumento sería más convincente si durante la campaña de 1932, Roosevelt hubiera rechazado la ayuda que entonces le daba Hearst, o si no hubiera parecido dar a esta ayuda la importancia considerable que aparentemente le atribuía.

Por lo demás, Roosevelt ha dado pruebas de la nerviosidad que le causan los ataques de Hearst. El público leyó, sorprendido, en las ediciones matinales del 19 de septiembre, un comunicado de la Casa Blanca en que se rechazaba por anticipado un artículo de "cierto editor notorio"; se trataba de Hearst y de una declaración que se proponía lanzar a través de América para denunciar a Roosevelt como un rojo. Esta polémica no pareció oportuna: aumentó la publicidad que Hearst habría en todo caso dado a su ataque, y estableció una discusión entre la Casa Blanca y la casa Hearst.

El 21 de septiembre, apareció la declaración de Hearst. Todos los diarios del país la comentaron, y de un extremo al otro del país se la discutió. El mismo partido republicano pareció impresionado; y uno se pregunta si Hearst no ha encontrado el verdadero terreno en que va a desarrollarse toda la campaña. Se habla de un documento publicado en Moscú por la III Internacional y que recomienda votar por Roo-

sevelt, le representa como al protector de todas las fuerzas que quieren destruir la constitución de los Estados Unidos.

El partido republicano ha tomado por su cuenta las acusaciones de Hearst, ayudado por un cúmulo de circunstancias. Está claro que los comunistas y aún su candidato harán votar por Roosevelt; es visible que el Partido Socialista, aunque tiene candidato, votará por Roosevelt; y el periodista demagogo Upton Sinclair sostiene a Roosevelt, prefiriéndolo a Browder comunista, y a Thomas, socialista. Una especie de frente común se establece en beneficio de Roosevelt y las negativas de éste no cambian nada. No son sino un gesto piadoso.

Los 23 diarios del grupo Scripps-Howard, dirigidos por uno de los más diestros y activos periodistas de América, Roy Howard, defienden a Roosevelt. Este grupo siempre ha tenido tendencias liberales. Sostuvo a Wilson y a la Sociedad de las Naciones. Tiene cierta inclinación por las opiniones avanzadas.

En cada ciudad, los diarios han tomado partido. En Nueva Yory, el *Times* y el *Post* se han allegado a la causa de Roosevelt; la *Tribune* y el *Sun* a la de Landon. En Chicago, la gran prensa ha seguido a Landon: la *Tribune*, el *Daily News*, el *Herald Examiner*. Igual cosa en Los Angeles.

Varios órganos famosos por su fidelidad al partido democrático han metido gran bulla interviniendo en favor de Landon. Tal fué el caso del *Post Dispatch* de San Luis, perteneciente a Pulitzer.

No obstante, Roosevelt ha sabido ganarse el favor de la mayoría de los periodistas famosos. Salvo algunos veteranos como Sullivan, Kent, Lawrence, todos los nuevos, todos los que quieren brillar, y aparecer astutos y bulevarderos, siguen el ejemplo de Heywood Broun y de Westbrook Pegler; no se cansan de disparar sus flechas a Landon, candidato y puro, que semejante a San Sebastián sangra y no responde.

Así, mientras Landon cuenta con la mayoría de los diarios, Roosevelt tiene a la mayoría de los periodistas.

Ramillete

Nueva York, 30 de octubre.

Nueva York, este año, parece tener en sus manos la suerte de los Estados Unidos. Era cosa establecida en otro tiempo que entre el Noreste republicano y el Sudeste demócrata, el Oeste, indiferente y joven, servía de árbitro. El Oeste ha dejado de ser joven. Ha envejecido muy rápidamente. Su agricultura en decadencia y sus grandes ciudades arruinadas por la depresión de 1920-1933 le han dado, en pocos meses, experiencia y edad. De manera que el Oeste ha dejado de ser el árbitro de la situación, pues sabido es que únicamente los locos pueden arbitrar las querellas de los sabios.

Nueva York, eternamente joven, eternamente embriagado con su rico clima, con su riqueza enorme y su enormidad, es en 1936 el centro de la lucha. Con su decisión escogerá al próximo Presidente de los Estados Unidos.

De modo que, en vísperas del escrutinio, ambos candidatos han reservado su última visita y su mejor discurso para la ciudad dominadora.

Se ha preparado para Landon una inmensa recepción en Madison Square Garden, la sala más grande de los Estados Unidos. Una gran procesión con antorchas, acompañada de orfeones, lo sigue de su hotel a la sala. Una multitud demasiado vasta para las palabras humanas se ha reunido. Rebrillando entre mil reflejos multicolores, erizada de clamores vivísimos, punteada de carteles y banderolas, animada por lírico entusiasmo, marcha por la ciudad y colma el hall. Cuando Landon quiera hablar, tendrá que aguardar diez minutos a que los aullidos de sus partidarios se apacigüen, y, fuera, mil personas patalearán y gritarán para que se las admita.

A este mar humano, el candidato republicano dice:

"Creo en nuestra forma de gobierno, un gobierno establecido por el pueblo, responsable ante el pueblo, y al que se puede modificar según los deseos del pueblo.

Creo en nuestra unión indivisible de indestructibles Estados.

Creo en el sistema americano de libre iniciativa, bajo el control de la ley.

Creo en la libertad del individuo, como nuestra Constitución la garantiza.

Creo en los derechos de las minorías, como nuestra Constitución las ha definido...

Creo en una Corte Suprema independiente, protegida contra los escarceos del poder ejecutivo y del poder legislativo..."

Luego, volviéndose a Roosevelt, le acusó de haber arruinado la agricultura americana con torpes restricciones, de haber violado los derechos de los consumidores, insidiosamente preparado el advenimiento de los monopolios del Estado, y gastado los fondos públicos, y lanzado al país en el océano de las dificultades, de los peligros y las locuras. Le puso en la obligación de explicarse: "Una vez más, aquí, le pido que hable, que diga lo que piensa. Es su deber, no sólo como Presidente, sino como ciudadano de los Estados Unidos, el decirnos cuáles son, en realidad, sus fines y sus intenciones. Es su deber, y es el mío el dar confianza a la sabiduría del pueblo. Pues la Constitución, que él y yo hemos jurado respetar, está establecida en esta confianza en la colectiva sabiduría del pueblo..."

Así, en medio del inmenso clamor de una sala repleta de aullidos, Landon desafió a Roosevelt.

Nueva York, 31 de octubre.

Roosevelt le ha respondido a Landon.

Ante veinte mil partidarios de su política y de su persona, el Presidente ha dicho: "Nos ha sido necesario combatir a los enemigos tradicionales de la paz, a los partidarios de todos los monopolios financieros e industriales, a los animadores de la especulación, a los banqueros sin escrúpulos, a los partidarios de la lucha de clases, a los defensores de los intereses provinciales, a los aprovechadores de la guerra. Nunca, en ningún momento de nuestra historia, estas fuerzas habían estado tan estrechamente unidas contra un candidato como hoy día lo están; unánimemente me odian; y acojo este odio como un honor". Luego, en improvisación vehementemente y brutal, Roosevelt le ha prometido a la muchedumbre continuar, a pesar de todo, sus socorros del desocupado, establecer un sistema de retiro para los ancianos, y defender la paz del mundo.

Su voz, que sin cesar subía, empujada por la indignación creciente, terminó en una especie de imprecación religiosa y con una invocación bíblica: "Lo que el señor reclama de ti es que practiques la justicia, que ames a tu prójimo, y que vayas ante Dios humildemente". La muchedumbre, extrañada por la violencia y la grandeza de esta arenga, se aturdió con sus propias aclamaciones.

En la calle, al salir, un negro decía: "¡Qué bien habla! Se diría un predicador baptista". Y un inglés murmuraba: "Roosevelt se malogra; cuando nosotros, los anglosajones, citamos la Biblia, es porque tenemos miedo o porque preparamos un mal golpe".

Si Roosevelt es elegido, este discurso va a molestarle.

Por el momento, indica que los adversarios de Roosevelt han logrado hacerle comprender, sentir y percibir la opinión que de él tienen.

Vigilia

Nueva York, 1-2 de noviembre.

Durante dos días, el pueblo norteamericano digiere la elocuencia que ha debido engullir durante seis semanas. Las radios están desocupadas. Los diarios hablan de Mrs. Simpson, de los acontecimientos de España, y del concurso de natalidad organizado en Toronto. Entre ayer y mañana, los únicos vínculos son los delirantes pronósticos que ambos partidos publican. El *Chicago Times* (republicano) de este día anuncia que Landon puede contar con 32 Estados. Los diarios demócratas no están menos ciertos de la victoria, predicen a Roosevelt el sufragio de todos los Estados, salvo los de Nueva Inglaterra.

Lunes, 2 de noviembre.

Últimas admoniciones de los candidatos. Alrededor de Landon, una multitud pintoresca y extraña, una sufragista, un presidente del Sindicato de los carpinteros, una especie de predicador negro, representantes de la Juventud, el candidato a la vice-presidencia viene a cumplimentar y a hacer recomendaciones a su partido. A la muchedumbre, el mismo Landon dice algunas palabras amables y cálidas. Este eco endulzado de las luchas de ayer permite comprobar que si Landon no ha hecho progreso de dicción, ha sabido

guardar de un extremo al otro de su campaña su tranquilidad. Puede, sin duda, enorgullecerse de ello; pero también debería lamentarlo, pues el país lo ha sentido.

Roosevelt, calmado, da algunos buenos consejos a los electores, con el tono de un buen escolar que lamenta haber sido descortés con su madre. Luego, todos se van a acostar.

El gran día.

Nueva York, 3 de noviembre de 1936

A las 8 de la mañana, los diarios anuncian que Landon tiene una mayoría de 5 contra 2 en Mansfield, New-Hampshire.

Reunidos a medianoche, en el bazar que les sirve de Ayuntamiento, los electores de esta comuna han procedido, un minuto pasada la medianoche, como la ley se los permite, al escrutinio. De los doce electores, cinco se negaron a votar, dos votaron por Roosevelt y cinco por Landon.

Así, pues, Mansfield tiene los honores de la primera páginas de los cotidianos y Landon la alegría de poseer la mayoría en el país.

Quedan aún 45 millones de boletines que anotar, abrir, clasificar.

Nueva York vota. Todo el día, es una especie de feria, que divierte a los niños y encanta a los vendedores de baratijas.

Reunida ante las secciones de voto, la multitud mira entrar a los electores, firmar dignamente en el grueso registro que les presentan cuatro escrutadores (dos republicanos y dos demócratas), luego entrar en el pupitre secreto que encierra, imponente y monstruoso, la máquina de votar. Con su cuadrante complicado y sus manecillas, da miedo; el elector debe, por medio de pequeñas manecillas, orientar una flecha en dirección del nombre de su candidato preferido. Para cada uno de los numerosos puestos en que hay que elegir a los titulares, el elector debe designar un nombre. Cuando todas las manecillas están en su sitio, mueve una palanca que al mismo tiempo registra sus votos y aparta el velo del secreto recinto, de suerte que reaparece a la luz justamente cuando su veredicto se inscribe en las entrañas de la máquina.

No hay disturbios. Unicamente unos zonzos, algunos burlones, no pocos ociosos. Se podría creer que esta lucha

se termina en paz y concordia, si al cruzar la calle, en las esquinas, en las aceras, no se vieran inscripciones groseras garabateadas con tiza blanca, azul y roja por manos torpes: "¡Votad por Roosevelt! ¡Queremos a Roosevelt en la Casa Blanca y a Landon en el matadero!"

"¡Queremos a Landon... Para ahorcarlo!"...

Medianoche.— Los resultados llegan. En el Comité nacional republicano que ocupa dos pisos de un rascacielos en la calle 42, mientras los jefes reunidos en torno de un escritorio contemplan sin alegría los telegramas amarillos que en la mesa se amontonan, los ayudantes y la gente más joven se consuelan con chistes, whisky, sandwiches y familiaridad. Vencedor o vencido, el político posee siempre el último placer, la última satisfacción de no hallarse solo: ¡hay tantas lindas mujeres en el Cuartel General del Partido republicano, que no se puede considerar el presente, aunque muy sombrío, sin extraer de él alguna alegría!...

En el Comité nacional democrático, instalado en el hotel Biltmore, desde la once de la noche corre el champaña y se baila en los corredores. Todas las piezas y departamentos desbordan de una multitud sin cesar acrecida; vuelan los telegramas y se canta.

Pero, esta noche, el corazón de Nueva York está en Times Square; allí, entre los altos edificios constelados de afiches eléctricos, el bizarro edificio gótico, israelita y envejecido, que encierra al mayor diario de América, el *New York Times*, se atrae todas las miradas. Instalado en un islote triangular entre la cuarta avenida, la calle 42 y Broadway, atrae a una multitud inmensa, pues a partir de las 9 de la noche unos letreros luminosos dan las últimas noticias, y una pantalla luminosa permite proyectar los telegramas recién llegados; en lo alto del edificio, un faro, con sus intermitencias y su colorido, permitirá anunciar la victoria de los republicanos o el triunfo de los demócratas. Abajo, en las tres calles, es una batahola de taxis, de autobus, de tranvías, de policías a caballo y de gente de toda catadura.

La multitud está reidora y alegre; se divierte mirando las noticias. Estaría bastante tranquila, sin los esfuerzos de los vendedores de baratijas que se aplican en vender sus productos; y como la noche avanza, como hay que ocuparse y mirar una pantalla luminosa y unas letras iluminadas no bastan para las necesidades de una actividad normal de un neoyorquino, hay que comprar algo y hacer un poquito

de bulla. De manera que a la medianoche la muchedumbre se ha convertido en una vasta orquesta, discordante y agitada.

El instrumento más popular es una especie de largo cornetín, como el que usan, en algunas de nuestras montañas, los cabreros. Se le coloca en el hombro de la persona que marcha delante, ocupada en abrirse camino, y de repente se sopla. El efecto casi siempre es inmediato y sorprendente. Pero otros prefieren las campanillas; otros llevan globos, que meten gran bullicio al estallar. Unidos a los gritos roncocos de los vendedores de diarios, a los agudos gritos de las mujeres a quienes se empuja y a los decires de los partidarios excitados, estos ruidos diversos hacen una música de carnaval, y cuando el pueblo rey saluda con sus mugidos y chillidos la imagen del primer magistrado, acabado tan briosamente de reelegir, uno se dice qué será más digno de admirarse: si la sabiduría de una humanidad que así sabe tomar los acontecimientos más graves, o la ingenuidad de los filósofos que atribuyen a los veredictos de la multitud un carácter sagrado.

La agitación política

Franklin Roosevelt ha parecido el más gran político americano, y su triunfo en 1936 superó cuanto se conociera, como cifras de electores. Nunca se había visto antes votar a 45 millones de ciudadanos; nunca se había tenido más de 23 millones de mayoría; nunca un candidato había sido elegido por todos los Estados salvo dos (a excepción de Washington). En una palabra, Franklin Roosevelt ha adquirido proporciones heroicas.

Sin embargo, dos años después de esta apoteosis, el fracaso de su partido en las elecciones de 1938, señala el retorno del pueblo americano a sus antiguas costumbres. Así como Washington, como Lincoln, Franklin Roosevelt no ha derrumbado definitivamente a sus adversarios: político maravillosamente diestro, no ha metamorfoseado, sin embargo, la vida política de su país. América prefiere siempre el punto de vista económico al punto de vista político, y guarda la nostalgia de los negocios. Vacila siempre y trata de encontrarse fuera de la política, en el dominio del comercio, de la industria. Roosevelt ha podido condenar a Wall Street, poner la mano sobre los bancos, clavar en la picota a los grandes capitalistas; ante él, Henry Ford se yergue siempre y la ma-

sa compacta de los industriales pequeños y grandes, de los obreros ricos y pobres se preocupan más de su cotidiano trabajo que de su voto.

¿Nada ha cambiado, pues, ultramar? ¿No se oyen palabras nuevas y gritos insólitos? Washington y Lincoln, si volvieran hoy, ¿reconocerían la atmósfera y las palabras de su país? Ciertamente es que hay novedades, y estas novedades están mucho menos en la política, que sigue tradicional, como en las profundidades mismas del país, en esa zona oscura, tenebrosa, tempestuosa que es la opinión pública.

CAPITULO III

LA PRENSA EN LOS ESTADOS UNIDOS

El comercio de las noticias

El 31 de octubre de 1938, en su edición de las 4 de la tarde, el *New York World Telegram* anunciaba: "A su llegada a Nueva York, el señor abate Ernesto Dimnet, el famoso escritor francés, ha rendido brillante tributo a la prensa libre de los Estados Unidos".

"Durante la reciente crisis internacional, —ha dicho— las gentes de Europa no comprendieron qué les acontecía. Sus diarios, sometidos a una censura impuesta o voluntaria, no imprimían sino lo que los gobiernos querían, y esto distaba mucho de dar una pintura exacta de los acontecimientos. El abate Dimnet, que se encontraba en Francia durante la crisis, dice que, en conjunto, la primera ocasión que tuvo de comprender exactamente los acontecimientos europeos y su verdadero sentido la debió a los diarios norteamericanos que le enviaba uno de sus amigos de los Estados Unidos". Y agregó: "La libertad de prensa en los Estados Unidos es uno de los raros resplandores que nos consuelan en un mundo en que todo se ensombrece".

Con modestia púdica y, sin embargo, altiva, el *New York World Telegram* agregaba: Creemos que esto es cierto, y nos parece que las palabras del abate Dimnet deben tornar a la vez a los periodistas americanos orgullosos y extremadamente humildes; orgullosos, por cierto, de este homenaje, pero humildes ante su gran responsabilidad, pues

deben emplear esta libertad, pero no abusar de ella, deben dar a sus conciudadanos el medio de conocer la verdad".

Es indiscutible que de todas las prensas del mundo entero, la de Estados Unidos es la más poderosa, por su masa, por su actividad, por sus recursos y su volubilidad. Con sus 200 páginas hebdomadarias de la edición de los domingos, los diarios americanos no son en absoluto comparables con nuestras pobres gacetas de cuatro páginas. Los Estados Unidos son el paraíso del cuarto poder del Estado, y en un mundo en que reina la opinión, el periodismo americano reina sobre un inmenso imperio.

Lo debe a su culto de la noticia.

Cada pueblo llena sus diarios con lo que ama, de aquí que los diarios franceses desborden de literatura, mientras que los americanos, hoja tras hoja, edición tras edición, rebasan de noticias. Los mismos anuncios son presentados en forma de noticias y los artículos, reducidos al mínimo, no son sino resúmenes de noticias.

Los franceses nunca han gustado mucho de las noticias. El primero de ellos que creó un diario: "Le Mercure Galant", en seguida "Mercure de France" estimó que debía dar agrado a su mercadería; sin esto, se la habría desdeñado. Desde un principio, el periodismo francés buscó lo picante, y no aceptó la noticia sino en la medida en que pudo adornarla, hacer de ella un objeto artístico. Poco después, cuando el sentido artístico disminuyó en Francia y aumentó la curiosidad, se consideró a las noticias como una buena ocasión para enseñar, una materia de reflexión. Junto a los periódicos literarios, ha habido diarios filosóficos y a pesar de todos sus defectos, nuestros grandes cotidianos de hoy son aún, en su conjunto, diarios de enseñanza, de meditación, de discusión, de polémica.

Nuestra civilización es antigua, estamos un poco cansados de ella y de nuestros semejantes, no encontramos muy agradable el ruido que hacen. Este ruido nos parece fastidioso, necio. Preferimos el resbalar del viento entre las hojas, el del arco sobre las cuerdas del violín, o la armonía distinta que da una voz individual bien ejercitada. En una palabra, la vida social sin adornos nos fatiga.

Es, por el contrario, el perpetuo goce del americano. Perdidos en su inmenso continente, se han consolado ellos de todas sus pruebas con el contacto del hombre, y se embriagan con el codeo, el calor, con lo ajeno, con la multiplicidad humana. Todo lo que a otro les acerca les place.

Para ellos, pues, la noticia fué inmediatamente algo precioso. Desde los orígenes del periodismo americano, los editores imprimieron con exactitud, crudamente, las pequeñas historias de la vida cotidiana y de la existencia local: la vaca que se vendía, el garañón disponible, el esclavo fugitivo al que se había de atrapar, la llegada a puerto de una nave europea, la evasión de una mujer con su amante, contra la que el marido protestaba, decidido a no pagar sus deudas, etc... Las gacetas, en Europa, se contentaban con anotar los movimientos de las fuerzas armadas, las audiencias de los príncipes, y el ir y venir de los grandes señores. Las de América se interesaban por las invasiones de ranas que aterraban las ciudades de Connecticut, por el precio de la grasa, que no cesaba de subir, por la venta de esclavos que arribaban del Congo, o de los campesinos palatinos que venían de Colonia... El diario no es, ultramar como entre nosotros, el aperitivo de los ingenios, que los recorren antes de irse de visita, para aguzar la inteligencia. Es el alimento de todos, pues todos están deseosos de sentirse en contacto con todos y encantados del gusto que tiene la existencia material.

Los americanos son fabricantes que, en tres siglos, a toda velocidad, han hecho un universo nuevo, lleno de objetos nuevos, para ellos mismos y para los clientes. Aman su diario, como el catálogo de este inmenso éxito. Lo compran, lo subvencionan, lo leen porque les da placer. Hágase lo que se haga, el diario francés no será nunca comercial. Quiérase lo que se quiera, el diario americano lo será siempre, pues entre nosotros la noticia no tiene compradores, mientras que en ultramar todos están por ella ávidos. La faena del periodista francés consiste en inventar cada día una salsa para envolver las noticias, la del periodista americano es encontrar noticias y servir las tales cuales son.

La intimidad del americano con su diario es algo apenas creíble. En la mañana, al salir de mi hotel, me encuentro con mi amigo John en la calle. Antes de que alcancemos a conversar, saca de su bolsillo un recorte que le hace reír a carcajadas. Ha encontrado el chiste tan divertido, que no lo abandonará en todo el día. Diez pasos más allá se trata de un colega, que acaba de descubrir en su diario el resumen de la próxima teoría cosmo-matemática de Einstein y quiere discutirla conmigo. Le huyo para toparme con Arturo, que agita ante mis ojos un recorte de papel: de Reno anuncian el divorcio de su ex-tercera mujer con el antiguo marido de su segunda mujer... Así comenzada, la mañana se

sigue al ritmo de las diversas ediciones de los periódicos, bajo la influencia constante de los recortes que comentan vuestros interlocutores y de los que os dirigen vuestros corresponsales. El recorte de periódicos es una de las características de la vida americana. Al final del día, tengo de ellos colmados los bolsillos, e inundan mi mesa. Amigos, enemigos, proveedores, compañeros de colegio, compañías de seguros, vendedores de automóviles o de pepinillos, todos ellos os han traído recortes para probaros la excelencia de su producto o la sinceridad de su amistad y la seriedad de lo que afirman. Para ellos, la vida es una serie de noticias, es un diario.

La noticia constituye el gran recurso de la prensa americana, a la que debe, por lo demás, buena parte de su importancia. En una época en que era despreciada en todas partes, aquí fué gran descubrimiento. Desde el siglo XVII, los primeros periodistas de Boston y de Filadelfia se inclinaron hacia ella; pero un hombre genial se consagró a la invención de la noticia y a su lanzamiento: Benjamín Franklin.

Robusto, astuto, reidor, el sabio de Filadelfia se complació en atar los negocios y las noticias. Fué el único de los grandes hombres del siglo XVIII que se alzó a fuerza de brazos desde el almacén que tenía su padre, y en el que era el más insignificante de los empleados, a los dorados salones de la corte de Versalles, donde se le adoró como a un patriarca. Este inmenso camino lo recorrió gracias a su genio; y el atributo principal de su genio fué el amor de lo real en su forma más ruda, el ser el mejor observador del mercado de Filadelfia, y el escritor más diestro en narrar todos los hechos en su forma más simple y más directa. Trátese de plumas de ganso, o de estilográficas de las que tenía siempre una buena cantidad en su almacén, del virtuoso pastor Whitefield, predicador al que protegía, de las aceras y de los faroles que hizo instalar en su ciudad de Filadelfia, de los vicios, de las ridiculeces, de las necesidades, y de los errores humanos que nunca dejaron de divertirlo, Benjamín Franklin todo lo hizo entrar en su diario. Dotado de los cinco sentidos más alertas y ávidos que poseyera jamás la tan ávida América, provisto del espíritu más vivo, más claro y curioso que haya poseído nunca un anglosajón, Benjamín Franklin hizo de su gaceta, —*La Gaceta de Pennsylvania*— un repertorio universal de hechos presentes, en que sabios y locos encontraban siempre historias a su medida y gusto, en que todos los perfumes, tan fuertes, tan varios, tan densos

de esta vida a la vez brutal y encantadora del siglo XVIII se hallaban intactos.

De todo había en la *Gaceta de Pennsylvania*; pero este todo consistía siempre en noticias. Ningún artículo de fondo, ningún relato literario, ninguna novedad: pequeños párrafos acerca de lo que acontecía en Filadelfia, otros más breves sobre los acontecimientos europeos, anuncios de toda clase, y de vez en cuando una columna más compacta, para presentar un hecho más importante o detallar una aventura más compleja. Todo lo que sucedía en torno suyo llegaba hasta él; no rechazaba nada, nadie pudo tampoco negarle nada y llegó a los más altos destinos. Su imprenta, de que la gaceta era el florón, le enriqueció; le daba 2 mil libras esterlinas anuales, lo que era mucho para la época. Le hizo famoso. Le valió preciosas amistades e inestimables enemistades, de esas que hacen de uno un mártir, un héroe, un jefe de partido. Más que Voltaire, pasó por ser prototipo del sabio. Se le imitó, se le leyó.

Había lanzado el diario americano.

La edad de oro del periodismo

De 1760 a 1930, el diario americano ha vendido noticias. Este régimen le ha sentado; se ha tornado enorme, como se sabe. Pero, a cada generación, se han necesitado procedimientos nuevos para conquistar y reunir las noticias. Benjamín Franklin no tenía más que bajar al mercado, contra el cual estaba instalado su almacén, y que ir un centenar de metros más allá, hasta la taberna cercana al puerto, para saber cuanto decían las comadres, cuanto contaba el mayor-domo de postas y todo lo que anunciaban los capitanes llegados de lejos. Fueron sus tres agencias de información, no las más antiguas ni más abundantes; en 1750, eran las únicas. A partir de 1800, todo ocurrió de otro modo. Los servicios regulares de navegación, luego los ferrocarriles, en seguida el telégrafo, después el telégrafo eléctrico, el teléfono, poco más tarde la radio, etc., al multiplicar los contactos entre los hombres complicaron el papel del periodista y aumentaron sus cargos. La historia del periodismo americano es la historia de esos hombres que, unos tras otros, han descubierto los más modernos medios de tener acceso a las noticias.

Hubo horas duras. Después de la muerte de Franklin, a principios del siglo XIX, la América se emborrachaba con

su creación material. No se pensaba sino en comprar y en vender tierras, arrasar bosques vírgenes, especular y enriquecerse. El pobre periodista se afanaba en vano. Su papel y sus artículos no interesaban a nadie. Estaba peor pagado que un ebanista o un mecánico. Creyó conveniente lanzarse a la política y transformar su gaceta en órgano de un partido. En esto gastó algunos dólares, pero los políticos pagan mal, y la política es volátil. Se agotaba intentando hacerse entender en la multitud de mercaderes, gritando en la plaza su mercancía. Hay que perdonarle si para atraer la atención recurrió al escándalo. El Procurador General del Estado de Massachussetts decía que en los últimos seis meses del año 1811, la prensa de la ciudad había publicado 253 artículos que podían provocar procesos por difamación. Para sacudir a su público, los periodistas corrieron el riesgo de la multa, la prisión, la expulsión. Y, a pesar de todo, tenían deudas, los diarios fracasaban unos tras otros. Ningún cotidiano tiraba más de 900 ejemplares.

Fué entonces cuando apareció James Gordon Bennett. ¿Qué extraño americano este irlandés de Escocia, nacido en 1795, católico y aún seminarista, luego maestro de escuela, corrector de pruebas, traductor, conferencista, que de súbito se lanzó y creó el 6 de mayo de 1835 el más grande diario de América, el *New York Herald*. Durante 50 años, los Gordon Bennett dominaron a los Estados Unidos. ¿Qué hicieron para eso? James Gordon Bennett declaró su diario independiente, es decir, le arrancó de las luchas políticas que obsedieran al periodismo entre 1790 y 1835, y que había oscurecido el interés de la noticia. Fué el primero en publicar informes financieros sobre Wall Street (13 de junio de 1835). Fué el primero en utilizar el telégrafo para reproducir un largo discurso (1846). Fué el primero en publicar ilustraciones en su diario. Por fin, él fué quien inventó al "repórter". Antes que él, sin duda que hubo periodistas. Siempre ha habido gente pronta a escuchar y diestra para repetir. Pero no eran una gran cosa, pues estaban mal pagados. En un mundo en que todo era material, el pobre periodista laborioso, sujeto a la política, parecía sin substancia y sin importancia. Gordon Bennett al atar el periódico a la vida económica, y distribuyendo brillantemente grandes salarios a sus reporters, les confirió de golpe prestigio e importancia. Y de ello se aprovechó personalmente. Reinó sobre los espíritus y su nombre se volvió legendario.

Hubo competidores. Se trató de ganar por medio de la velocidad a sus redactores. Henry I. Blake, director del *Palladium* de Boston, compró para su diario una rápida canoa que le permitió salir al encuentro de los navíos que venían hacia el puerto; Tappan, del *Diario del Comercio* de Nueva York, se procuró embarcaciones rápidas y hasta instaló un semáforo en Sandy Hook, a la entrada de Nueva York, para ser el primero en comunicarse con los barcos que llegaban (1827). El *Sun*, de Baltimore, tuvo mayor audacia. En mayo de 1837, creó un "pony-express". Sesenta caballos "pur-sang" aseguraron el servicio entre el diario y el resto del país; el correo privado de este órgano fué más rápido que el nacional. Así, la competencia se hacía cada vez más dura y el público seguía, apasionado, estas rivalidades deslumbrantes.

El *Herald* se mantuvo gracias a Gordon Bennett el joven. Este tuvo una idea genial que nadie tuviera antes: la única manera segura de obtener noticias antes que los demás, es crearlas. Por consiguiente, no le bastó estar a la escucha para anotar lo que iba a acontecer; creó de punta a cabo los acontecimientos más importantes. En un momento en que todo el mundo se preguntaba, inquieto, por la suerte trágica de Livingston, al que se creía perdido en el Africa, envió a Stanley en su busca, y consiguió la increíble hazaña de encontrar al explorador. Instruido, arrogante y genial, dióse el placer de meterse en todo. Fundador, con Mackay, del *Commercial Cable*, una de las más grandes compañías telegráficas del mundo, deportista entusiasta que ganó contra Inglaterra la carrera Nueva York-Isla de Wight (1866), su nombre se arrima aún a pruebas deportivas que no han sido olvidadas y su fantástico renombre, su bizarría, han hecho de él el santo patrón del periodismo norteamericano moderno.

Adolfo Ochs fué su educador.

Este joven judío, de rasgos armoniosos y un poco fuertes, de cabellos crespos, de ojos húmedos y graves, tenía el don de la autoridad. Si el periodismo americano debe a la originalidad y al alma fantástica de Gordon Bennett su prestigio sobre la imaginación, debe a la inteligencia metódica y al carácter firme de aquel que comenzó como misero empleado en un diario local del Sur para terminar de propietario del *New York Times*, su prestigio sólido y ascendiente de que goza en el mundo de los negocios.

La familia israelita de que venía Adolfo Ochs era modesta. El mismo tuvo que hacer su fortuna con su propio esfuerzo. Comenzó su vida de editor a la edad de 20 años, cuando por la suma de 287 dólares 50 compró el *Chattanooga Times*, este importante órgano no le costó, en realidad, sino 37 dólares 50, pues el resto de la suma, o sea, 250 dólares, le fué prestado. Con esta base consiguió su asombroso ascenso gracias a un trabajo encarnizado, a un sistemático buen sentido y a la rapidez mental propia de su raza. Como los primeros éxitos le condujeran cada vez más arriba, hallóse en estado de comprar el *New York Times* en la primavera de 1896. Era entonces un periódico en plena decadencia. Tiraba diariamente 19 mil ejemplares, de los cuales se vendían menos de 9 mil, y no tenía ningún prestigio. La gloria de Gordon Bennett dominaba todavía al periodismo americano. Parecía hartamente difícil para un joven israelita, recién llegado a la metrópoli de Nueva York, el hacerse un sitio entre tanto magnate, en la sociedad americana brillante, arrogante, brutal, de fines del XIX, presa de una crisis de prosperidad febril y embriagada con el placer de enriquecerse. Ochs apuntó bien y tuvo éxito. No podía superar a los Bennett en audacia, en fantasía, pero le era posible comprender mejor el espíritu de los tiempos y conquistarse para la prensa la única gloria que le faltaba, la aureola científica e industrial. Sistemáticamente, hizo del *New York Times*, la fábrica más moderna, los archivos mejor tenidos del mundo. Nunca los Bennett habían estado suficientemente al tanto de los progresos de la ciencia. El *New York Tribune*, en 1861, había sido el primero en establecer la estereotipia en su diario. En cuanto al *New York Times*, aún antes de la llegada de Ochs se hallaba provisto de una instalación imponente. Con su nuevo propietario, apenas comenzó el éxito, tornóse en el más opulento de los diarios, se hizo construir en la calle 2 su rascacielos en forma de espolón de navío, envejecido y pintoresco a la hora actual, pero que todavía es uno de los monumentos del centro de Nueva York. Provisto de máquinas excelentes, de una imprenta de primera clase y de fotografías notables, dió a los americanos esa impresión de respetable bienestar que tanto gusta a las muchedumbres ultramarinas. En efecto, en todos los dominios, Ochs se preocupó de establecer su diario sobre bases sólidas y duraderas. Mientras Gordon Bennett reunía en torno suyo espíritus enamorados de la aventura, Ochs constituyó un equipo homogéneo y estable; mientras Gordon Ben-

nett buscaba para su *Herald* todas las noticias sensacionales, y creaba en torno suyo toda la agitación posible, Ochs voluntariamente daba un apacible aspecto a su periódico, manteniéndolo dentro de un tono sereno; mientras Bennett consagraba mucho espacio a la vida mundana y al escándalo, tratando de atraerse a un mismo tiempo a los elegantes y a los hombres de la calle, parecióle a Ochs que la masa del pueblo norteamericano era burguesa y quería sentirse como tal. Cuando tomó el *Times*, este diario, destinado a las clases ricas y poseedoras, se vendía a tres céntimos. Únicamente se vendían a un céntimo las gacetas sensacionales y los periódicos escandalosos. La idea genial consistió en conservar al *Times* el mismo aspecto burgués, reposado, y rebajarlo a un céntimo. El grueso público acudió en su busca inmediatamente.

Supo conservarlo. El tiraje del *Times* subió de 19 mil ejemplares en 1896, a 102 mil en 1901, a 209 mil en 1912; en 1921, superaba los 350 mil los días de la semana y 500 mil los domingos. Su valor aumentó en las mismas proporciones. Convirtiéndose pronto en el diario más sólido de la ciudad de Nueva York.

Para dar una idea, señalemos que en 1896 las réclames pagadas del *Times* no llegaban sino a 2.227.000 dólares, y en 1920 recibía 33.500.000 (más de mil millones y un cuarto nuestros) por sus anuncios.

Cada mañana, el banquero, el empleado, el plomero y la camarera negra leen el *Times* piadosamente, pues en él ven un testimonio decisivo de su seriedad, de la estabilidad americana y de su propia seguridad. Este sabio israelita consiguió crear en el Nuevo Mundo el órgano más profunda y diestramente alcanzado de la respetabilidad anglosajona, tal como se la practica en las Islas Británicas; ha sabido ponerlo al alcance de todas las clases, de todas las edades, de todas las razas.

Un irlandés debía aportar al periodismo moderno norteamericano las emociones y los condimentos de que no puede pasarse el habitante del Nuevo Mundo.

El nombre de Hearst es demasiado conocido en Europa para que aquí sea necesario dar una biografía de este magnate celta que posee un palacio en California, el más grande dominio de todo México, una cadena de 26 diarios, varias agencias de prensa, y la reputación más discutida de ambos hemisferios. Hearst se aprovechó del ascendiente adquirido en la política local americana por los irlandeses, de

1890 a 1930. El es quien ha dado el tono entre estas dos fechas. Este hombre de rostro huesudo, de ojos claros, cuyos rasgos duros revelan a la vez una compleja astucia y una asombrosa simplicidad, este bizarro millonario que, por su vestir, podría parecer un "bookmaker" achispado o un arzobispo de incógnito; este curioso personaje que nunca ha sido infiel al catolicismo, pero que pasa por haberse alejado a menudo de los 10 mandamientos, ha suscitado en América más cólera, más entusiasmo y más curiosidad que ninguno de sus contemporáneos.

Su influencia en el periodismo americano fué profunda, revolucionaria. Por vez primera un editor se atrevió a disminuir el número de noticias en los diarios destinados al pueblo, las páginas se colmaron de fotografías sensacionales, de dibujos extraños y de grandes caracteres de imprenta. Hearst sospechó oportunamente que la masa de inmigrantes, los nuevos americanos, se preocupaban poquísimo de lo que ocurría, no tenían ni deseo ni posibilidad de comprender esto, pero siempre estaban ávidos de emociones brutales. Asesinatos, catástrofes, traiciones, guerras, terremotos, todo esto era bueno. Sobre todo, convenía sembrar el diario de notas morales y de variaciones sentimentales.

Mientras el *Times* interesaba a las poblaciones de las grandes ciudades del Este, a los americanos de sangre anglosajona, los diarios de Hearst, desde *Los Angeles Examiner* hasta el *New York Journal* se conquistaban de golpe las multitudes alógenas.

Hizo escuela. Uno tras otro, todos los cotidianos del continente hubieron de adherirse a su punto de vista, y cada vez más se vió en América la "feature", es decir, el relato pintoresco, en reemplazo de la noticia. Ningún ejemplo mejor que el caso Simpson. Hace dos años, la revolución española ya estaba desencadenada; ya Hitler se había lanzado en su epopeya, a toda velocidad; Italia se sumía a fondo en su conquista abisinia. Ya China y el Japón se peleaban, todos los temores del universo estaban despiertos, todos los más graves problemas estaban en suspenso, y los Estados Unidos se veían desgarrados por los espasmos de una elección presidencial. Sin embargo, entre los meses de septiembre y diciembre, la primera página de los diarios a menudo se vió consagrada a los amores melancólicos e infelices del rey de Inglaterra Eduardo VIII y de Wally Simpson. En las granjas, en los salones, en las estaciones, en los paquebotes y hasta en las plazas públicas se arrebatában los diarios para saber cuán-

do y cómo este drama sentimental tendría su desenlace. A principio de diciembre, en la región del centro de los Estados Unidos, el teléfono de los grandes cotidianos era noche y día asediado por las mujeres que pedían las más recientes noticias de los hechos y los gestos de la señora Simpson. Y esta aventura fué lanzada de punta a cabo por los diarios norteamericanos. Ellos, en el estío de 1936, revelaron al público americano, luego a todos los lectores del universo y a la misma Inglaterra, las íntimas relaciones del joven rey y de la señora Simpson. Ellos publicaron las fotografías, ellos obligaron a la opinión inglesa y, por fin, al Gobierno de Gran Bretaña a ocuparse del caso; y ellos, entre todos, fueron, por último, responsables de la abdicación. De septiembre a diciembre, vivieron tres meses de ebriedad y de triunfo. Nunca se había visto aún en la historia semejante éxito.

El periodismo americano obligaba a un rey de Inglaterra a tomar una reina americana o a retirarse. Abdicó. Fué la apoteosis de la prensa de los Estados Unidos, y también puede decirse que fué el alba de su decadencia.

Pero antes de abordar el relato melancólico de las presentes dificultades, examinemos el funcionamiento de un gran diario americano, tal como era en su época más próspera.

Anatomía del diario americano

El aspecto de un diario americano no tiene nada semejante a lo que vemos en Europa. Su formato es más ancho que el de nuestros cotidianos. Un diario de gran ciudad cuesta dos "cents" y tiene veinte o treinta páginas. El *Times* de Nueva York, y la *Tribune*, de Chicago, tienen hasta cuarenta páginas. Los dos tercios del espacio de que el diario dispone están consagrados a los anuncios. Hay una abundancia tal que uno se siente aturdido: grandes cuadros, dibujos, pequeñas o grandes leyendas, etc...

Las noticias sensacionales aparecen en primera página o en las centrales. Los artículos de fondo vienen, por lo general, al medio, o al comienzo del tercer tercio del diario. La mayoría de las páginas está dividida en dos, en el sentido del alto: un tercio para las noticias, dos tercios para los anuncios. A menudo, por aquí y acullá, aparecen dibujos cómicos. Tiene buen espacio en el diario y gran importancia para los lectores, que enloquecen con ellos. Es la parte imaginativa y verdaderamente original del diario, cosa que no se

encuentra en ningún país del Viejo Mundo, ni tampoco en ninguna región del globo. Estos "cartoons", que en su mayoría no son dibujos satíricos, sino simplemente fantasías o variaciones del gran tema de la vida, expresan el concepto original, americano de la existencia. Se les puede encontrar feos, pero no se les puede negar la vida, y un buen humor muy atractivo. No hay nada en ellos libertino o cruel: tono simple, alegre, libre. Con el cine, son los dos más importantes testimonios de esta verdad: el americano es un visual ante todo. No tienen nada de intelectual ni de filosófico, aunque pueda encontrarse en ellos una filosofía bastante original, pero espontánea. Sirven para atrapar la atención del lector y retenerla. Es necesario, en efecto, por encima de todo, que el lector lea los anuncios. Un diario americano, a causa de la masa enorme que representa, no podría ganar con la venta de ejemplares, y menos todavía con los abonos. Su verdadero tesoro son los anuncios. Esto es lo único que hace su fortuna, y esto es para él una verdadera mina de oro. Un diario como el *Times*, de Nueva York, gracias a las reclames que inserta, gana anualmente 18 millones de dólares, de los cuales 4 son de utilidad líquida. Esta organización permite a todos los diarios vivir y llevar una existencia independiente y digna. Las noticias que imprimen, como los dibujos que reproducen, no están destinados, en suma, sino a asegurarse un público, a ganarse la atención del lector. La verdadera ganancia es el anuncio. De manera que el departamento de anuncios es particularmente cuidado. Veréis en las Universidades cátedras destinadas a enseñar la redacción de anuncios, y en la gran escuela de periodismo de Columbia University (Nueva York) un sitio preponderante le está reservado a la publicidad. Un buen redactor de anuncios está seguro de tener una vida fácil y próspera. Un buen agente de anuncios pronto se hace rico. Centenares de jóvenes de ambos sexos trabajan para avanzar en estas dos ciencias delicadas. A decir verdad, la publicidad es bastante más cuidada en América que en Europa. Se trata de encontrar fórmulas que no sólo agraden a la imaginación, sino que la retengan y que expliquen las cualidades del objeto encomiado. Hay actualmente en América toda una literatura de anuncios. Varias tendencias existen: o bien se trata de ser preciso y se muestra por medio de un dibujo analítico el valor del objeto, o bien se trata de fascinar hallando una divisa que obseda, como "El satisface" del cigarrillo Chesterfield, que se ve en todos los muros del Nuevo Mun-

do, ilustrada con un hermoso muchacho que fuma muy contento; o bien se quiere asombrar y sorprender. Este verano, en California, se encontraba por todas partes esta misteriosa inscripción en fondo blanco y amarillo: "Preguntadle a nuestro primo de Oakland; él está al corriente". Para comprenderla, había que saber que Ford, el gran fabricante de automóviles, llama a todos sus corresponsales primos y que posee en Oakland una agencia. Así, con un rodeo, sugería la superioridad de su servicio. La mayoría de los anuncios americanos tiene un carácter más práctico; citan cifras y dan ejemplos, pero con el freudismo y la moda de Einstein, los anuncios han comenzado a adoptar una psicología más compleja, que no siempre me parece juiciosa. Para adaptarme a sus enseñanzas, citaré aquí algunas cifras: darán una idea de lo que es la publicidad en los Estados Unidos y del inmenso campo que abarca. El *Chicago Daily News*, uno de los tres más grandes diarios de Chicago, ha publicado las estadísticas relativas a su servicio de anuncios. De enero a agosto de 1923 inclusive, ha publicado 9.676.876 líneas de publicidad. Se repartían así: 3.900.000 líneas para los almacenes de novedades; 1.500.000 para los vestidos; 620.000 para los almacenes de la periferia; 615.000 para los muebles; 500.000 para los comestibles; 426.000 para los automóviles; 108.000 para objetos íntimos; 82.000 para la radio; 80.000 para el libro; 77.000 para los inmuebles; 65.000 para las instituciones educacionales y los profesores; 49.000 para las iglesias; 17.000 para los ópticos y 1.500.000 para diversos. Estas cifras demuestran lo que es la réclame en un gran órgano americano y la amplitud de la clientela que se vale de este instrumento. Pero no hay que tomar estas cifras como que dan una idea general de las relaciones entre la publicidad hecha por los diversos oficios. Cada diario, en efecto, se especializa en tal o cual rama del anuncio, y no se debe deducir por el ejemplo más arriba citado que los almacenes de novedades proveen más o menos de la mitad de los anuncios a los grandes diarios, y las iglesias la centésima parte. Otro diario se ocupará más de los automóviles, otro de los inmuebles y terrenos, etc...

El *Chicago Daily News* es interesante, pues ha desarrollado de una manera bastante armoniosa todas las ramas del anuncio, lo que es difícil. Debo agregar que la ciudad de Chicago es una de aquellas en que la publicidad es más abundante y mejor. Una buena organización de los anuncios tiene una importancia vital para un cotidiano, pues,

perdiendo en cada número que vende, no puede resarcirse sino en la propaganda; ella es la encargada de tornar esta venta desastrosa en abundancia. En efecto, los diarios hacen pagar tanto más caro su anuncio cuanto mayor es su circulación, y les es posible procurarse buenos clientes en la medida en que se hallan bien difundidos y leídos. En esto reposa la fortuna del *New York Times*, que tiene más de 350 mil ejemplares de circulación cotidiana, y la del *Saturday Evening Post*, que vende 2.500.000 ejemplares a la semana.

Los anuncios de este último son célebres por su impresión y redacción; se pagan carísimos y son muy buscados. La dirección del diario, por probidad y para aumentar más aún el valor de su mercadería, ha adoptado el principio de no imprimir nunca ningún anuncio dudoso y de no aceptar la inserción sino de los productos de una efectiva calidad. Entre los diarios, los que viven de la propaganda farmacéutica, u otros productos dudosos, son parias, se descalifican y se les desdeña. La aristocracia de los diarios los trata desdenosamente. La calidad de un diario americano depende más de la calidad de su propaganda que de la calidad de su redacción, y el redactor jefe es poca cosa ante el director de publicidad. Este debe ser listo, bien educado, culto, para que tenga vastas relaciones necesarias, y debe saber expresar en buen estilo verdades vendibles, mientras que los otros no tienen más que revestir de cualquier manera hechos indispensables, pero costosos y pasablemente oportunos. Así concebida, la prensa es una rueda en la inmensa máquina económica de los Estados Unidos. Cada crisis industrial la alcanza, cada período de prosperidad comercial e industrial se refleja en ella. A decir verdad, en su conjunto es próspera. No obstante, se ve arrastrada de modo fatal a un estado más industrial cada vez. El diario, propiedad de un periodista o de un grupo de individuos, políticos o financieros, desaparece. No quedarán pronto sino inmensos trusts de diarios que extenderán sus ramas por territorios desmesurados y ciudades hormigueantes. Ciertos periódicos han luchado largo tiempo por conservar su carácter individual y reaccionar contra la industrialización gradual de toda la prensa. Recientemente se ha visto desaparecer uno de los más notables: el *New York Evening Post* que, entre las manos de Edwin Gay era ejemplo de diario inteligente, libre y audaz. Pasó a manos de Mr. Curtiss, que posee en Filadelfia uno de los más formidables que se co-

nocen (el *Saturday Evening Post* que tira 2.500,000 ejemplares, el *Ladies Home Journal* que Bok ha desarrollado de análoga manera, el *Philadelphia Ledger*, cuyo servicio de informaciones europeas nutre a decenas de diarios provincianos y a numerosas revistas más pequeñas). Así, estos magnates de la prensa ponen mano progresivamente en todos los periódicos. Los dos grupos más famosos son el de W. R. Hearst y el de Scripps-Howard. En octubre de 1923, el primero contaba con 8 diarios matinales, 12 del mediodía y 13 del domingo, repartidos en 14 ciudades. Cada día, 3 millones de ciudadanos americanos leían sus periódicos. El grupo Hearst debe su poderío al genio de Hearst, que es periodista experimentado y hábil estratega. Sus periódicos están dispuestos en todos los puntos delicados y sensibles del país: Nueva York, Boston, Chicago, San Francisco. Los Angeles, Seattle, Fort Worth, Washington, Detroit, Oakland, Milwaukee, Rochester, Syracuse, Atlanta. El grupo Hearst es especialmente fuerte en las ciudades del Este, del centro y del Oeste. Es bastante débil en el Sur y no tiene garra en las regiones agrícolas. Muy al contrario ocurre con el grupo Scripps-Howard, que con 24 diarios tiene fortísima posición en el Sur. He aquí las ciudades en que el grupo posee sus periódicos: Cleveland, Akron, Columbus, Cincinnati, Tierra Alta, Evansville, Toledo, Youngstown, Memphis, Knoxville, Norfolk. Houston, Dallas, Fort Worth, El Paso, Denver, San Diego, San Francisco, Washington, Indianapolis, Sacramento, Covington, Des Moines, Oklahoma, Baltimore, Albuquerque, Pittsburg. En el año 1923, adquirió la *Pittsburg-Press* en condiciones curiosísimas. Este diario, uno de los mejores de Middle West, fué comprado en 6 millones de dólares, de los cuales 1 millón al contado. Fué comprado en ausencia de Scripps (entonces de viaje en su yate) y que a su regreso ratificó el negocio hecho por su secretario. Se citan todavía cuatro grupos que poseen a lo menos 6 cotidianos: el grupo Schaeffer, fuerte en el Middle West, el grupo Perry y R. Lloyd Jones, poderoso en el Sur, la Compañía Booth, establecida en el Noroeste y el Sindicato Lee, que reina en el Iowa. Mencionemos aún un grupo en pleno crecimiento, el grupo Cowles, cuyo centro está en Des Moines (Iowa).

También se habría de citar a Munsey, en Nueva York, que poseyó algún tiempo tres diarios el *Sun*, el *Herald* y el *Globe*; a los Mac Cormick, que tienen la *Tribune* de Chicago, inmensa organización cuya influencia en todo Middle

West es colosal, y el *New York Daily News*, periódico ilustrado que tira más de medio millón diario. El *New York Times* unido al *Chattanooga Times* está afiliado a buen número de diarios y no es, por cierto, un solitario.

La organización de estos grupos de diarios no es uniforme. Cada uno de los propietarios tiene su concepción particular; éste, como Hearst, ejerce una influencia dominadora sobre el menor detalle del diario desde la sección cómica hasta los editoriales; este otro, al contrario, como Scripps, es liberal y se contenta con dar a los periódicos que posee directivas que les permiten amplia iniciativa. El grupo Hearst está centralizado y Hearst reina como un dictador. El grupo Scripps es descentralizado; su tesorería está en Cincinnati, su oficina comercial en Cleveland, la dirección de la propaganda en Nueva York, la secretaría de redacción en Washington y la dirección general a bordo del yate de Mr. Scripps. El grupo Scripps es demócrata y defendió a Mr. Wilson con vehemencia; pero exceptuando la política extranjera y las grandes cuestiones nacionales, cada diario del grupo Scripps tiene su propia línea de conducta. Al contrario, Mr. Hearst hace maniobrar todas sus fuerzas como un buen regimiento. Por lo general, en estos grupos, las noticias extranjeras, las de política interior americana, la parte económica, la sección cómica y las fotografías vienen de un centro común; el resto es elegido por el editor particular de cada diario.

En relación al inmenso número de diarios que tienen los Estados Unidos, los 70 diarios que acabamos de nombrar serían muy poca cosa, si no se tratara de los órganos más leídos, los más influyentes, y si este procedimiento de unificación no estuviera en camino de atraer hacia ellos a todos los diarios de los Estados Unidos, sin que ninguno de ellos pueda oponer una resistencia eficaz. En efecto, Mr. Hearst, además de los 34 diarios que le pertenecen, posee tres agencias noticiosas (*International News Service* y *Cosmopolitan News Service* para los diarios de la tarde, y *Universal Service* para los de la mañana); cuatro sindicatos para la venta de fotografías y films cinematográficos (*International Film Corporation*, *International Newsreel Corporation*, *Pathé News*, *Cosmopolitan Film Corporation*); cinco sindicatos para la venta de artículos, dibujos, etc. (*King Feature Syndicate*, *Premier Syndicate*, *International Feature Syndicate*, *Newspaper Service*, *New-York American Features*). Como se ve, todo en un diario america-

no es producido en series, luego vendido en series y destinado a servir en un sinnúmero de lugares. A los unos, el señor Hearst les vende noticias, a los otros las fotografías para sus ediciones del domingo o de la semana, a los otros les cede los dibujos aparecidos en sus diarios. Así su imperio real se extiende mucho más allá de los diarios que le pertenecen. Fuera del campo propiamente periodístico, en el dominio de las revistas, él y su mujer han sabido adquirir una fuerte posición; poseen nueve revistas: *Good Housekeeping*, *Hearst International*, *Cosmopolitan*, *Motor*, *Motor-Boating*, *Harper's Bazaar*, *Orchard and Farm*, en América; *Good Housekeeping*, *Nash's Magazine* en Inglaterra. Este es el reino de un príncipe americano del siglo XX. Y los reyes, si fueran sabios, le temerían. Cada grupo extiende sus tentáculos en torno suyo hasta muy lejos, en el mundo. El grupo Scripps-Howard, notablemente dirigido por los señores Scripps y Howard de que muy bien se habla en el Nuevo Mundo, posee una agencia de informaciones: *The United Press*, un servicio de actualidades cinematográficas, tres estaciones de radio, etc. Invaden el Canadá y la Inglaterra, donde han fundado una agencia noticiosa. Así también la *Chicago Tribune* vende sus cables a más de 35 cotidianos, de los cuales el *Times* de Nueva York, la *Crónica* de San Francisco, el *Globe* de Toronto, el *Sun* de Vancouver, el *Daily Telegraph* de Londres, el *Daily Record* de Glasgow, la *Dantziger Zeitung*, la *Morgen Post* de Berlín la *Neue Freie Presse* de Viena, y *Le Matin* de París. Se advierte la resonancia que puede tener una noticia, salida de la *Tribune* de Chicago, y la potencia que esto confiere a un financiero, y el país a que éste pertenece (1).

Esta organización colosal procura al periodismo a la vez una existencia digna, libre e interesante, y una especie de servidumbre. El diario es un organismo económico al que ninguna originalidad le está ya permitida; como el jabón, los ferrocarriles y la pasta dentífrica, debe ser cada día igual en todas partes, para venderse con facilidad y no desilusionar a las masas, sus mejores clientes, de que no puede pasarse. La audacia de pensamiento está desterrada, un estrecho conformismo social es impuesto y una ingenua tendencia a halagar los gustos de las muchedumbres. El periodista deja

(1) Este conjunto de datos representa el estado de la prensa norteamericana entre 1920 y 1930.

de ser un guía para tornarse en servidor. Por lo demás, metido en organizaciones enormes, si es listo, silencioso, dotado más bien de cualidades de invenciones prácticas que de genio intelectual, o de talento verbal más que de intelectual poderío, se encontrará muy a sus anchas en este ambiente de producción intensa, se desarrollará, logrará hacerse respetar y pagar por grupos que nunca le habrían conocido, de haber sido un simple periodista sin contacto por la vida económica.

Instituciones como la Prensa Asociada, especie de Compañía fundada por los principales y más antiguos diarios de los Estados Unidos, para procurarse informes acerca de los diversos países y saber lo que en ellos ocurre, ilustran bien las cualidades del sistema. Cada uno de los periodistas agregados a la Prensa Asociada es un hombre de mundo bien pagado, al abrigo de concusiones, y dotado de una influencia real que le permite desempeñar un rol internacional importante. Mientras permanece en el dominio de los hechos, goza de completa independencia y puede expresar cuanto encuentra justo y bueno. Si quisiera internarse en una polémica de ideas o arriesgarse a sostener teorías, se vería en seguida en situación molesta y comprometería su puesto. Debe tratar de ver el mayor número posible de cosas, y presentarlas en verdaderos folletines, rápidos, penetrantes y seductores; pero sin hacer nunca de todo eso una doctrina o una teoría general. Existen otras diversas análogas agencias, pero menos poderosas, de las cuales la *United Press*, de que ya hemos hablado. Así, por su organización, la prensa americana es a la vez omnipresente, al corriente de todo, y miope. Ve y amontona una serie de hechos, pero no trata ni de relacionarlos ni de extraer de ellos ideas generales. Cada magnate, tras de sus cadenas de diarios, bombardea al público con hechos para provocar en el espíritu de las masas la idea que le interesa, y que cuidadosamente oculta. Gracias a estos procedimientos, el periodismo norteamericano ha logrado conquistar infinitas muchedumbres. Mientras en 1775 América no contaba sino con 37 diarios, tenía ya 1.400 en 1840 y 5,871 en 1870. En la hora actual, 12,285 diarios aparecen en los Estados Unidos y su tiraje es superior a 265 millones (el tiraje de los cotidianos alcanza a más de 40 millones, cifras de 1935). Los más poderosos de la prensa americana son los diarios Hearst, que todavía contaba hace poco con 26 diarios; los diarios Scripps-Howard, un poco menos numerosos, pero de los

cuales alguno como el *New York Telegram* son importantísimos; el famoso *New York Times* y su rival el *New York Herald; Tribune*, el diario más grande de Chicago, la *Chicago Tribune* (republicana); el famoso diario de la tarde de Boston, el *Boston Transcript*, que pasa por uno de los mejor redactados del Nuevo Mundo. Filadelfia, Washington, San Luis, Cleveland, Des Moines, son también importantes centros periodísticos. De una manera general, el Sur y el Extremo Oeste están menos provistos. Estas regiones sufren la influencia de los diarios del Este, cuyas ediciones dominigueras cubren materialmente toda la nación. Una vez por semana, en esos largos días ociosos que la piedad y la crisis económica hacen tan lentos, los diarios prodigan a sus lectores, además de un resumen de las noticias mundiales, cuatro u ocho páginas de dibujos cómicos en colores, cuadros estadísticos, reproducciones de cuadros famosos, informaciones mundanas, críticas de libros, estudios históricos y artículos filosóficos adaptados a la época, al lugar y a los seres. Hay que haberse encontrado en América, en el campo, en una familia desocupada en una tarde de domingo calurosa, mientras la hija, en la puerta, se mece en un rocking-chair, leyendo sin alegría, sin interés y sin tregua las páginas cómicas; que la madre, en su pieza, recorre ansiosa las veinte páginas de anuncios para encontrar el nombre de una cocinera; y el padre, lápiz en mano, en la mesa del comedor, sigue el itinerario sugerido por el Servicio del Turismo para un paseo sin riesgos por una región fresca y boscosa; hay que haber conocido estas horas para darse cuenta del espacio que ocupa el periodismo en la vida de los Estados Unidos. Más que la religión, que la política, que la literatura, es él quien ha moldeado el espíritu y el alma de la América moderna. Franklin, Pulitzer, Gordon Bennett, Ochs, Hearst, son los Solón, los San Bernardo, los Montesquieu, los Victor Hugo del Nuevo Mundo.

Acaso haya que decir "eran", pues un nuevo día ha comenzado.

El ruido destrona al signo

Un buen día, América se dió cuenta que sin haber dejado de ser la región más rica del globo, era pobre. Cuando aconteció esta catástrofe, pareció que la civilización del Nuevo Mundo iba a hundirse. No se ha olvidado la famosa semana en que se cerraron todos los bancos, y en que los

menos desesperados suplicaban que se les pagase en monedas de madera. No hubo lugar, pues se restableció el dólar; pero, a decir verdad, no fué el buen dólar de oro o de plata, fué un dólar de caucho cuyas contorsiones no han cesado de asombrar al mundo.

Durante estos cuarenta meses reinó el pánico; todas las industrias sufrieron; únicamente el periodismo se vió libre, al menos en un principio. En efecto, si América consumía menos carbón, trigo, bencina, algodón, pedía más política, discusiones y emociones. Así, pues, ni el *New York Times*, ni el *Chicago Tribune*, ni el *Saint-Louis Post-Dispatch*, ni ninguno de los grandes diarios se vieron afectados en un principio. Sin duda, la propaganda afluíá menos a ellos, pero todavía tenían en cantidad suficiente. Por lo demás, una transformación se operaba en el periodismo. Los periódicos bien dirigidos siguieron creciendo; pero, en torno, los que se dejaron sorprender por las circunstancias y por el tiempo, desaparecieron uno tras otro. Como todas las demás industrias norteamericanas, el periodismo veía a los pequeños negocios cederle su sitio a los grandes, y a éstos absorber cuanto les rodeaban; en 8 años, el número de diarios cayó de 14.065 (en 1925) a 10 mil 343 (en 1933), sin que bajara la cantidad de ejemplares vendidos. La crisis era entonces anodina, no alcanzaba a las fuerzas vivas de la prensa. Fué entonces cuando la ciencia, tan favorable antes al periodismo, comenzó a volverse en su contra. Si las grandes rotativas, las impresoras rápidas, el telégrafo Morse, el sin hilos, la telefoto, el teléfono, el teléfono sin hilos, etc. habían facilitado, acelerado, acrecido el triunfo del diario, otro descubrimiento, la radio, vino a asestarle un golpe terrible.

Esta pequeña caja fantástica que basta que se ponga en un rincón del cuarto para que de todos los puntos de la tierra, los rumores del universo y las declaraciones de los gobiernos afluyan hacia el oyente; esta máquina misteriosa que lleva a domicilio todos los informes que no se necesitan; esta máquina sonora que dispensa del esfuerzo de leer, de comprender, de pensar, y aún de escuchar, debía ser harto necesaria para una inmensa nación que regresa del trabajo todas las tardes, muerta de fatiga, y que asocia a una incansable curiosidad una soberana despreocupación. En pocos años, la radio se convirtió en la reina de la información rápida. Ha suplantado al diario en el favor de las muchedumbres. Desde entonces asedia intatigablemente a las inteligencias y colma con su presencia constante el vacío que contiene todo ser humano. Bien

se vió esto en la última campaña electoral: ella condujo el juego.

La dama elegante retorna a su casa cansada de un largo día de visitas, té, cocktails. Su cuarto blanco, con sillones de cuero, blanco, con sus muros enlucidos, su alfombra blanca y sus chucherías de vidrio transparente o de blanca porcelana le dan un primer apaciguamiento. Se tiende en un diván de seda blanca, de blanda acogida; cierra los ojos, pero en su cabeza todas las palabras, todos los deseos y todas las esperanzas de deseo forman una danza tan ruidosa en medio del silencio que no puede soportarla; su mano blanca acaricia una manecilla que empuja, por fin, y en la palidez seca del cuarto penetra, resbaladiza y pacificadora, la sonora pasta: la radio. La oyente ya no necesita pensar; ya no le es posible echar de menos o temer; América la acompaña. Ese entorpecimiento que se llama opinión pública está con ella y en ella. Todo lo que ella pide a su radio es que sea continua y blanda. Y la radio política, más que otra ninguna, posee ambos caracteres.

A los oradores que desean seducir a las muchedumbres les es imprescindible esa unción que Franklin Delano Roosevelt posee en el más alto grado. ¿Cómo desconfiar de un hombre que sabe mecer tan admirablemente?

Se acaba de comer y la gente joven pone en marcha un fonógrafo para bailar. El club está lleno de adolescentes, muchachas y muchachos, que se agitan y sacuden en el comedor liberado de sus sillas; en las otras salas, los padres, los amigos, los visitantes, los periodistas agitan su onda fugaz. En un rincón, algunos hombres serios han comenzado a jugar al bridge. Hablan poco y manejan sus cartas concienzudamente. El clamor que hasta ellos llega no les conturba. No obstante, uno de ellos se acerca a un vasto mueble de madera de cerezo que parece una consola gótica construida por un obrero japonés, y meneando dos o tres perillas, expande por la mesa de bridge un ruido nuevo: una voz que pesadamente lanza cifras, estadísticas y habla de diagramas. Al volver a sentarse, les dice a sus compañeros: "De todos modos hay que seguir la campaña electoral; todavía no he tenido tiempo de ir a una sola reunión. Vamos a escuchar a Dewey, mientras jugamos; si nos molesta, podemos cortar. —Sí, le dicen los otros, pero arregla eso para que no nos moleste..."; de manera que da una leve vuelta a la perilla para que la voz del orador apenas sobresalga en el mar de sonidos bizarros y tumultuosos que colman la sala.

No son ricos y después de un largo día de trabajo van a acostarse. Sus lechos gemelos, abiertos y prontos para la noche, tienen una apariencia bucólica y modesta. En la calma de la pieza familiar, se desvisten rápidamente, luego apagan la luz y comienzan a charlar en voz baja; su vida no es fácil, los negocios no son buenos, el balance no es animador. Sus palabras van raleando, pero las preocupaciones se tornan más pesadas y abrumadoras. Entonces, echando atrás la colcha, él se levanta y se acerca a la cómoda y pone en marcha la radio:

—¿Qué quieres? —le pregunta a su mujer. —¿Jazz o un discurso político? Lehman habla esta noche en Syracuse.

—¡Oh, nada de jazz! —dice ella. —No podríamos dormir. Pon a Lehman, pero no muy alto.

Y mientras él vuelve a su cama, se oye la voz enorme y confidencial del gobernador del Estado de Nueva York describiendo sus esfuerzos para servir a la democracia, asegurar la libertad, extender la igualdad y hacer reinar la fraternidad; pronto se duerme y sus ronquidos cubren la palabra de Lehman que ya no parece sino una de esas canciones que cantan las nodrizas para que se duerman los niños buenos.

El autobús corre a toda velocidad por la llanura. Fuera, ha caído la noche y únicamente se percibe aquí y acullá la rápida palidez de una casa con sus postigos entornados, y el brusco brillo de un farol con el que se cruzan; en el interior del "bus", los 20 pasajeros van en penumbra, pues el conductor, para ver mejor su camino, ha apagado la luz, no dejando sino dos ampolletas. De súbito, con brusco gesto, mueve por encima de su cabeza un cofrecito suspendido en el techo del vehículo, y pronto se derrama por entre los viajeros la canción quejumbrosa y persuasiva de un candidato negro a las elecciones en Illinois, la voz seca e imperiosa de un político de Nueva Inglaterra, que se indigna contra la mala administración del gobernador que acaba de salir; entre los vaivenes, las vueltas, las sacudidas, los viajeros reposan sobre este cojín de clamores lejanos, de opiniones ensordecidas y de cóleras veladas.

El agente de cambio está aún en su escritorio; hace sus cuentas y llama a su secretaria: "Jane —le dice— me voy a quedar trabajando hasta tarde; tráigame un sandwich, un vaso de leche y dos radios; me pondrá una a la derecha para que oiga el discurso de Roosevelt, y otra a la izquierda para oír el discurso de Hoover". Luego se pone a trabajar, mientras

ella instala las dos colmenas de ruidos a ambos lados de su amplio escritorio. De vez en cuando, él interrumpe su trabajo para escuchar con más atención. Luego se bebe un sorbo de leche.

Así, de un extremo al otro de los Estados Unidos, en las casas, en los hoteles, en los vagones del ferrocarril, en los taxis, en los bares y en las clínicas, en las oficinas y en los salones, de la mañana a la noche, y de la noche a la mañana, hombres, mujeres y niños no se cansan de su radio. ¿Puede decirse que escuchan? Este estado de completa pasividad y de receptividad instintiva les permite oír sin escuchar, seguir sin prestar oídos, y asimilar sin digerir; anotan un peso que cae sobre ellos, sin que puedan juzgar las calidades de los diversos competidores y el valor de su causa.

La radio no es una fuerza intelectual sino una fuerza física; bien se echa de ver en los Estados Unidos, cubiertos de varias inmensas redes, poseedoras de 733 estaciones, y proveedores, según se dice, de aparatos en más de 20 millones de hogares. Estas compañías obtienen su privilegio del Estado federal y están sometidas a la jurisdicción de una Comisión con sede en Washington (*Federal Communications Commission*). Sin duda, gozan de una libertad intelectual y política completa, en teoría, pero es de imaginar cuánto el problema de las autorizaciones por obtener y conservar implica de flexibilidad y cortesanía, por decir lo menos, de parte de los concesionarios respecto del Estado federal. Sin embargo, tal es su boga que la radio se hace respetar. En tanto, declina diariamente la influencia de la prensa.

Esta situación nueva apareció vivamente en septiembre de 1938; en un momento en que América palpitaba de emoción, los diarios no tuvieron ocasión de lanzar una sola edición especial. Todas las noticias sensacionales eran transmitidas por radio. Cada familia se volvía, curiosa, no hacia su diario, sino a su radio. La gente oía mugir a Hitler y balbucear a Chamberlain. Terminada ya la época en que únicamente los reporters os podían dar, gracias a su arte, la impresión de una atmósfera, el agudo sentido de una situación o el aspecto pintoresco de una personalidad. Qué reportaje podía ser tan pintoresco como el tumulto de las grandes veladas de Nuremberg, transmitidas por los aires, o las mareas del Parlamento británico, instaladas justamente junto a vosotros.

Los diarios, entonces, tuvieron que medir la extensión de su decadencia. Era triple. Desde luego, el público comprobaba mucho menos los periódicos, los recursos de cada día

rio y de la prensa en general habían disminuido, y los reporters eran menos bien pagados. En vez de constituir una clase en cierto modo aristocrática por el espíritu, los modales, la independencia, la holgura de vida, como aconteciera entre 1900 y 1925, se encontraban encargados de misiones delicadas, importantes y peligrosas, con medios restringidos, con reducidos recursos; muchos de ellos se rebelaban y contraían un estado de espíritu de aristócratas proletarios, que les disponía a tomar una actitud más y más radical, a presentar de preferencia las tesis socialistas o marxistas y a apartarse así de la masa de su público; en los Estados Unidos, efectivamente, el lector ordinario se preocupa poco de ideología y desconfía de todas las pasiones políticas demasiado violentas. La cólera y el pesar lo indisponen. El empobrecimiento de la prensa engendraba, pues, condiciones que debían hacer precaria la autoridad de los diarios sobre su público.

Los acontecimientos de 1936 y de 1938 dieron la prueba. En 1936, durante la campaña electoral que opuso a Landon y Roosevelt, los 2/3 de los diarios, al menos, sostuvieron a Landon contra Roosevelt, lo que no impidió a este último el tener una mayoría aplastante. En 1938, los tres cuartos de los diarios eran hostiles al Pacto de Munich, y le condenaban en términos a menudo violentos, mientras que la mayoría de la opinión, sobre todo en los Estados del centro, aceptaban el acuerdo de Munich, como algo desagradable pero preferible a una catástrofe. El diario no es ya en los Estados Unidos el instrumento esencial para definir y formar la opinión pública.

La más gruesa pérdida sufrida por los diarios no es material; es de orden intelectual. La mercancía que vendía el diario americano era la noticia, y hay que reconocer que el periodismo norteamericano había logrado darle un brillo y una solidez notables. Dotados de espíritu alerta y de una gran agudeza de observación, los corresponsales americanos enviaban a sus periódicos aquellos largos telegramas precisos y pintorescos que resumían, con fuerza, las más complejas situaciones. Por desgracia, esto se ha hecho imposible. Antes de que el redactor haya tenido tiempo de informarse, de redactar su cable y enviarlo, el lector ha recibido por radio la noticia. Si la ha comprendido, no le interesará más; si no la ha comprendido, le aburrirá. Todo lo que en seguida lea le parecerá ya leído, viejo. El diario ya no lanza la noticia, no la crea; está condenado a comentarla o explicar-

la. Pero la mayoría de la gente no se preocupa del sentido profundo de los acontecimientos que no le atañen directamente. Así, pues, en América (¿es diferente en Europa?), los diarios ya no tratan de publicar informaciones —la radio ya las ha dejado atrás— sino que son emociones, sensaciones, pasiones las que expanden y cultivan. Llegan así a conservar un dominio que les es propio; pero al precio de qué sacrificios...

La prensa en 1939

Ahora la prensa no tiene sino un recurso. Ya que la radio se ha adueñado de la imaginación del público e invadido el espíritu de la gente por las orejas, el diario tiene que hacerse visual. Ofrece cada vez más imágenes. Los periódicos de gran clase recurren a las curvas, a los esquemas, a las estadísticas; los hebdomadarios populares están colmados de fotografías; en una palabra, especulan con los agrados de la visión y la curiosidad de los ojos. Este campo es vasto, sobre todo en un país como los Estados Unidos en que el hombre está constantemente ávido de espectáculos. No hay que asombrarse, pues, si ha aparecido últimamente una ola de diarios y revistas ilustradas.

El genial fundador del hebdomadario *Time*, Henry Luce, ha procedido hace un año al lanzamiento de otro semanario, *Life* (La Vida), especie de espejo en que cada semana se reflejan las preocupaciones, los deseos y fantasías del pueblo americano. La curva de este semanario subió de una manera tal que en pocas semanas su tiraje era de un millón. Si hubiera tenido máquinas suficientes, habría alcanzado los 3 millones en su primer año. Los editores Cowllus (de Des Moines, Iowa), que con Luce son los más activos y diligentes de América, han fundado, por su parte, la revista mensual *Look* (Mirad) que ha sobrepasado los 2 millones. Esta fórmula es manifiestamente popular y apropiada a nuestro tiempo. Tiene, sin embargo, inconvenientes, de los cuales el más grave no apareció en seguida. La radio cuenta las noticias, el diario las representa. ¿No constituye esto un armonioso trabajo de equipo? Sin duda, pero quien oye una noticia en la radio no se preocupa, por lo general, de retenerla.

Flota vagamente en su espíritu. Sus contornos son flojos y las resonancias que despierta son sentimentales o nerviosas más que intelectuales. Así también, fotografías, gráficos, curvas, etc... dan una impresión cruda y brutal. que

gusta al realismo americano, pero que dispensa al espíritu del trabajo de análisis y comprensión. Desde hace diez años, el público americano se ha tornado, si no menos preciso y menos comprensivo, al menos no tan impulsivo ni tan emotivo.

El domingo 30 de octubre de 1938, a las 10 de la noche, los Estados Unidos se vieron barridos por un ciclón de terror. Los puestos de policía del Estado de Nueva York, los de Pennsylvania, New-Jersey y también Delaware se vieron súbitamente inundados de llamadas: ansiosas voces preguntaban si era verdad que el mundo iba a terminar dentro de pocos instantes. En Toledo, tres personas se desmayaron en el teléfono, tratando de llamar a la policía que no contestaba bastante pronto; en Chicago, en los restaurantes, hubo clientes que abandonaron su mesa sin terminar de comer, para acudir a prepararse a la muerte; en Providence (Rhode Island), una masa de mujeres aullantes e histéricas invadió el diario pidiendo detalles sobre las masacres y la destrucción de Nueva York. En Richmond (Virginia), almas piadosas sugirieron al diario local, el *Times Dispatch*, la idea de invitar a los ciudadanos a rezar en común antes de morir. En Princeton (New-Jersey), hubo gentes que interrumpieron sus conversaciones diciendo: "Ya que el mundo se va a acabar, tengo mucho que hacer y tengo que ocuparme de todo inmediatamente". En Jersey City (New-Jersey), una concienzuda dama preguntó a la policía si en caso de acabarse el mundo tenía que cerrar su ventana o dejarla abierta. En Princeton nuevamente, varios profesores, valerosos pero imprudentes, salieron de prisa en sus automóviles para ir a estudiar en debida forma el fin del mundo.

En efecto, esa noche era la noche del Halloween, que según la tradición escocesa, generalmente seguida en los Estados Unidos, está consagrada a las brujas; fiel a esta tradición, pero deseoso de modernizarla, un conferencista de radio creyó agradable hacer un relato dialogado, tomado del libro de Wells, acerca del desembarco de los marcianos en Inglaterra. Para hacerlo más interesante, cambió la escena de la novela y situó el acontecimiento en el Estado de New Jersey, cerca de Princeton. El resultado fué triunfal y catastrófico. De un extremo al otro de América, las viejas se desmayaron, las jóvenes tuvieron ataques de nervios, las personas normales fueron presa del pánico, los hombres de buen sentido se prepararon a morir, y sólo los borrachos y los ignorantes, que no sabían que el planeta Marte estuviese ha-

bitado, y los perezosos que no se interesaban por semejante cosa, escaparon de la mortal angustia que estranguló al país.

Todo esto porque, sin escuchar el comienzo de esta conferencia dada por radio, los aficionados, abandonando a las 10.05 al ventrilocu famoso Charles Mac Carthy, que acababa de terminar su charla, cayeron en medio de la emisión marciana cuya veracidad no les pareció dudosa un solo instante.

Al otro día, los diarios publicaron el relato de este incidente, con un sentimiento en que había pudor y secreta satisfacción. Se podía decir que existía cierta vergüenza al ver al pueblo más democrático, liberal e iluminado del universo, dejándose llevar por tamaño susto, tan gratuito e irreflexivo, pero también se podía demostrar que esta ola de espanto se debía a las malas costumbres dadas a la población por la radio, desde la decadencia del periodismo.

Es evidente que si los auditores norteamericanos hubieran tenido la costumbre de escuchar con atención, si se hubieran dado el trabajo de seguir todo el programa de esta sesión de radio, habrían oído al comienzo que se les anunciaba una "Fantasía fantástica" adaptada de Wells. Pero la radio es un placer perezoso, cualquiera escucha cualquiera cosa, en cualquier momento y de cualquiera manera; todos los errores, todos los malentendidos, todas las incomprensiones son posibles. La transmisión radiofónica es una de las formas más bajas que puedan revestir las comunicaciones entre los hombres. Este progreso es, en realidad, un método de embrutecimiento que sin duda hubiese chocado y sorprendido a nuestros ascendientes de la época de las cavernas.

Los diarios al menos daban informaciones condensadas, controlables, que aún falsas conservaban cierta exactitud. Aunque el diario se haga polvo dentro de unos diez años, se puede durante estos diez años examinarlo y condenar sus necesidades, sus errores, y las inexactitudes de cada periodista. Es mucho. De la radio, nada queda. Este haz de ruidos no puede revestir una forma humana. Mana junto a nuestra oreja con mayor fluidez que el agua en una llave: pasa a través de nuestro espíritu como por el fregadero se va la sopa de la víspera. Apenas ha existido y nada queda de él.

Dicho esto, injusto sería denunciar a la radio como única culpable. Ha recibido ella a la opinión americana, más bien que haberla formado. La ha heredado del periodismo y si al-

go le ha agregado, las bases de la cultura norteamericana son imputables al periodismo. Hearst, Ochs, Pulitzer, Gordon Bennet, Benjamin Franklin, han dado al alma norteamericana su color, y al espíritu norteamericano su contorno.

Le han enseñado a creer en la ciencia. Desde 1740, Franklin predicaba que todo se había de comprender y que la ciencia todo podía explicarlo; agregaba que podía muchísimo y que lo podría todo en el futuro. Todo lo que se presenta con aspecto científico es a priori bien visto en los Estados Unidos; mientras que desde 1700 un escepticismo cada vez más agudo se aplicaba a los sentimientos, a los principios y a las disciplinas religiosas, desde 1740 un entusiasmo cada vez más cándido le era ofrecido a la ciencia, a sus descubrimientos y aplicaciones. Los auditores de radio se habrían echado a reír a carcajadas si se les hubiera dicho que el Arcángel Gabriel acababa de llegar a la calle 42 y que tenía intención de ir a visitar al otro día en la mañana a Mr. Roosevelt. Pero no tuvieron la menor duda, la menor vacilación cuando se les anunció que los marcianos acababan de desembarcar cerca de Princeton y comenzaban a destruir el país. Esto les pareció tan natural como un accidente ferroviario, la violación de una muchachita por su padre o la elección de un Presidente.

Sin embargo, un hombre del siglo XII habría encontrado esto absurdo. ¿En qué reside tan radical diferencia? Sin duda, en muchas razones, pero la más esencial es que el hombre del siglo XII estaba privado de la lectura cotidiana del diario; no oía cada mañana hablar de la campaña electoral, del error del guardaagujas, de la violación de las muchachitas por sus padres, y de los divorcios de las estrellas de cine. Así como tampoco de la telefonía sin hilos o la radiestesia. El vicio principal del diario (y esto no sólo es propio del diario americano), es el de meter en nuestro espíritu una tendencia a creer como verdadero todo "hecho" narrado por un diario, es decir, todo lo que parece exacto, y a aceptar como exacto todo lo que está impreso en cifras o en jerga científica, y abandonar resueltamente todo esfuerzo para comprender las relaciones lógicas que unen entre sí las cosas y que a nosotros las unen. El diario nos ha dado de la existencia una visión sacudida, cinematográfica y pseudocientífica. Sin embargo, hay matices entre los resultados obtenidos en Francia y los obtenidos en los Estados Unidos. Nuestro siglo XVIII, enciclopédico e intelectual, nos ha dejado en el espíritu ta-

les necesidades que nuestros diarios están obligados a presentarnos una teoría de cada suceso ocurrido. Esto retarda nuestra acción y a menudo la embaraza irremediablemente; pero esto conserva a nuestra inteligencia una cierta cohesión. El periodismo americano ha sido formado bajo la influencia de la ciencia experimental. Ha sobresalido en coger el contorno exterior de los acontecimientos y en presentarlos en su forma más clara; desde un comienzo, ha renunciado a unirlos entre sí y a presentar síntesis. Es un catálogo. Acrecienta el desorden de los espíritus y si estimula reacciones rápidas también anima los movimientos temerarios.

Conscientes de tal peligro, los periodistas americanos hacen un gran esfuerzo por reaccionar y por recobrar su sitio en la sociedad. Su situación en 1939 no deja de tener analogía con la que se produjo a fines del siglo XVIII. Entonces, como ahora, las condiciones económicas hacían difícilísimo el desarrollo del periodismo en cuanto a oficio autónomo. A fines del siglo XVIII, el periodista americano se vió obligado a ponerse al servicio de los grandes partidos políticos, que le mantuvieron, le sostuvieron. En la hora actual, el periodista intenta convertirse en el sacerdote y el predicador de la fe social, propia de la nación. Trata de tomar el lugar del clero y de hacerse el guía espiritual de su pueblo. Se ven multiplicarse en los diarios las "columns" es decir, los ensayos cotidianamente escritos por un periodista famoso sobre diversos temas, y teniendo todos como tema principal el culto de la democracia, el de la ciencia y el del progreso.

El periodismo americano presenta desde hace 20 años un grupo de apóstoles y de predicadores notables. El más distinguido es, sin duda, Walter Duranty, que pasó 20 años en Rusia y que es un muy grande hombre, ya que logró no perder su fe en la democracia y en el comunismo. Menos ilustre que él, dotados también de gran talento, son los hermanos Mowrer, John Gunther, Albert Mathews, Heywood Brown, Westbrook Pegler, el general Johnson, George Seldes, Dorothy Thomson y Walter Winchell, cuyo éxito es gigantesco en estos momentos. En sus diversos diarios, estos escritores eminentes, de los cuales, en gran número, los hay de sangre israelita, sostienen cotidianamente una lucha contra el totalitarismo, el nazismo, el

fascismo, la reacción y el ignorantismo. El reciente libro de George Seldes— *Lords of the Press*— (Señores de la Prensa), expresa bien sus puntos de vista y su orientación. A su entender, el primer deber del periodista es, aceptando la realidad, pensar incesantemente en los intereses de la democracia y formar el espíritu del pueblo para que siempre le sea fiel. El autor viene a considerar así que los propietarios de los periódicos y el público mismo no tienen ningún derecho sobre las declaraciones o publicaciones de los periodistas. Estos sólo son responsables ante su conciencia y su ideal de cuanto dicen. Este punto de vista teórico está adquiriendo una importancia práctica. Agrupados en una asociación sindical (*Newspapers Guild*), libran grandes combates para emanciparse de la tutela de los capitalistas y convertirse en los guías, más bien que en los servidores del público. Para conseguirlo, han afiliado su sindicato al de Lewis, el jefe extremista.

Esta cruzada adquiere formas todavía más insidiosas y violentas. Desde hace algún tiempo se asiste a la formación de boletines clandestinos, publicados por redactores de un diario contra tal o cual de sus colegas cuyas ideas o tendencias no les parecen ortodoxas. El poderoso *New York Times*, sospechoso de conservatismo social, ha sido objeto de un ataque de este género; por sus oficinas ha circulado una hoja amarga y misteriosa, "*Better Times*" cuyo origen no se ha podido descubrir, pero cuyas convicciones comunistas no ocultaba. En el grupo *Time Fortune Life*, otro de estos parásitos apareció, y con el título de "*High Time*" se dedicaba a denunciar a uno de los redactores cuya política extranjera parecía demasiado suave respecto de las dictaduras. En una forma algo más cortés, menos policiaca, pero no menos eficaz, un equipo de periodistas redacta y edita un boletín semanal que pone en la picota a sus colegas sospechosos de tibieza democrática.

El periodismo americano se rebela, pues, contra el espíritu conservador de la burguesía y contra el poderío del dinero; se niega a seguir siendo lo que fuera en el siglo XIX, una rueda dócil en el inmenso organismo económico de la República norteamericana. Toma el aspecto de un clero y desea sus prerrogativas. Sin duda, esta transformación no se realiza sin choques y la victoria está lejos de haber sido alcanzada. Sin embargo, la influencia de los

reformadores aumenta cada día, y su éxito creciente muestra al filósofo, al historiador, al observador el camino ganado por las pasiones ideológicas y el lugar sin cesar mayor adquirido en nuestras vidas por la terrible guerra de religión, en la que nuestra alma está expuesta.

CAPITULO IV

LA VIDA INTERIOR

LA EDUCACION

Iniciación en la felicidad

Emergida de lo más hondo de sus sueños, una fuerza empujó a los colonos ingleses a lanzarse a la soledad americana para encontrar allí la pureza y reencontrar su alma.

Se hallaron allí con la opulencia; y su cruzada, que comenzó con un embarque hacia la Jerusalén nueva, terminó con una especie de desembarco en Babilonia; al buscar un lugar propio para el calvinismo, los americanos redescubrieron el paganismo. De 1630 a 1930, su historia es la de un inmenso desarrollo, de un enlace del hombre con las más embriagadoras fuerzas de la naturaleza. Su optimismo, triunfante durante este periodo en el que toda piedad no estaba desaparecida, expresaba sobre todo su abandono a la alegría difusa del mundo, a las probabilidades innumerables de la vida.

La crisis de 1929-1934 les estremeció duramente y les hizo meterse en sí mismos. Rompió el encanto; desilusionados de las cosas, tuvieron sed de espíritu. De nuevo se expandieron en ellos todos esos instintos, ya ahogados, cuyo haz forma la vida interior: necesidad de aprender, necesidad de sentir, necesidad de orar. Las Universidades, los museos, las bibliotecas, los teatros, las iglesias y los templos se colmaron, mientras se vaciaban las fábricas y los mercados. La primera en beneficiarse fué la educación, que siempre gozó en América de particular prestigio.

GASTOS DE LOS RECURSOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

	Unidad	Recursos originales	Recursos actuales	Recursos gastados
Hierro	Toneladas	7.000.000.000	5.000.000.000	2.000.000.000
Cobre	"	44.000.000	21.000.000	23.000.000
Plomo	"	30.000.000	10.000.000	20.000.000
Zinc	"	26.000.000	11.000.000	15.000.000
Oro	Onzas	250.000.000	50.000.000	200.000.000
Petróleo	Barriles	29.000.000.000	13.000.000.000	16.000.000.000
Antracita	1.000	22.000.000	17.000.000	5.000.000
Carbones				
Bituminosos	Toneladas	2.250.000.000	2.230.000.000	20.000.000
Modera de				
Aserraderos	pies cúbicos	7.000.000.000	1.700.000.000	5.300.000.000

En otro tiempo, la religión podía unir o dividir a los pueblos. No había gran disputa nacional en que no se mezclara. Sin ella, los príncipes y las repúblicas hubieran tenido dificultad en hacer penetrar en el pueblo el entusiasmo necesario para atacar o defenderse debidamente. La religión guiaba los corazones y los espíritus, definía los deberes y tan imposible era impedirle que interviniera como que se abstuviera de mezclarse en las disputas nacionales o dinásticas. En nuestros días ha nacido una nueva potencia, que ha usurpado una parte importante de los antiguos privilegios de la religión y las Iglesias: la Universidad. No suelen darse cuenta clara, por lo general, del rol místico y de la posición eminente de los pedagogos. Un asomo de ridículo parece existir aún en torno de ellos. Tal vez; pero su oficio se ha tornado en una especie de sacerdocio, desde que para las muchedumbres los principios del Progreso han reemplazado a la fe en la Providencia, y el culto de la ciencia suplantado el hábito de la creencia religiosa. En nuestros campos (exceptuando el Oeste) los campesinos acostumbran ahora a obsequiar al maestro de escuela con pollos, leche, mantequilla, huevos, etc. Un maestro de escuela a menudo puede alimentarse con lo que le llevan los aldeanos. El diezmo ha desaparecido, pero esta costumbre ha tomado su lugar. La guerra ha acrecido el prestigio de los maestros de escuela, profesores y hombres de ciencia. Hágase lo que se haga ahora, fuera de las cosas que "caen por su propio peso" o de las reservadas a algunos especialistas, las muchedumbres

dumbres seguirán ante todo las enseñanzas recibidas en la escuela, en el colegio, en el liceo, en la universidad.

Tal es la situación en Francia. Se la encuentra análoga en todos los países dotados de sufragio universal y de enseñanza obligatoria. Pero, entre todos, los Estados Unidos han dado una situación privilegiada a los profesores y siguen su parecer. Dieciséis Estados de cuarenta y ocho tienen leyes en que se establece que nadie podrá votar si no posee cierta educación, y parece probable que tarde o temprano éste será un principio general en toda la Unión. La educación goza en el Nuevo Mundo de una popularidad tanto más grande y general cuanto que está concebida en diverso plan a la nuestra y trata de ser fácil, agradable, universal y selectiva, en vez de ser como entre nosotros competitiva. Todo lo que hace amarga la vida de un estudiante francés: composiciones, cursos generales, bachillerato, concursos de Saint-Cyr, de la Normal, del Politécnico, le está ahorrado al estudiante de Norteamérica. Se le instruye, pero se intenta ante todo hacer de él un buen ciudadano y eventualmente un "gentleman", si lo permite su fortuna. Se quiere que sea feliz, se considera como una de las cualidades más indispensables para la educación el adaptarse a los temas, siendo que entre nosotros los temas han de adaptarse a la educación. Así, pues, se ve en América una ola extraordinaria de estudiantes, una masa enorme de profesores. Esta carrera es tanto más popular cuanto que lleva a todo: uno de los más grandes Presidentes de los Estados Unidos fué profesor, Woodrow Wilson. La educación americana encanta a sus discípulos y los políticos esperan mucho de ella, pues ella es la que debe hacer un pueblo de 130 millones de ciudadanos de todos los colores, todas las razas, todas las nacionalidades, todas las religiones y civilizaciones que habitan el suelo de la gran república norteamericana. La educación debe "americanizar" a los negros, los japoneses, los eslavos, los latinos, y hacer a los anglosajones aptos para vivir con estos elementos disímiles, pero esenciales. Desde Roma, nunca los educadores tuvieron más hermosa faena, un rol más importante, una tan deseable posición.

Según el concepto original de Washington, de Hamilton, de Adams y de Franklin, la educación no concernía al gobierno federal. Concernía a los Estados, a las municipalidades, o al individuo. Desde aquel tiempo, y a pesar del desarrollo del gobierno central de los Estados Unidos, la educación nunca ha caído bajo la mano del Presidente o del

Congreso. Existe en Washington un comisariato de la educación, pero este organismo se ocupa únicamente de reunir informes acerca de la educación, componer estadísticas y desempeñar un rol consultivo. No hay ningún modo de imponer sus puntos de vista a los diferentes Estados, a las Universidades y las Iglesias. La educación, pues, es libre en América. Se advierte, a decir verdad, en ciertas porciones de la población, una tendencia a reclamar una organización federal y centralizada de la educación; pero hasta ahora no ha logrado arrastrar a las masas de la nación y de los electores, que juzgan bastante satisfactoria la situación actual. Los Estados tienen leyes que imponen la educación a los niños hasta la edad de 14 años y algunos de ellos han comenzado a instalar escuelas (en el Oeste sobre todo). La educación es una enorme máquina, admirablemente montada, pero que todavía está por debajo de las necesidades del país. 40 mil escuelas no tienen sino un maestro. Si 20 millones de niños (en 1935-36) iban a la escuela primaria y 6 millones a la secundaria, 1 millón de niños menores de 13 años no iban a la escuela, faltos de local o de facilidades, y 5 millones iban a escuelas insuficientes. Aunque en tal época se gastaran 2 mil millones de dólares para las escuelas, esto aún no respondía a las exigencias del país. Se estimaba en 1938 que, para satisfacerlas, el Estado federal debería aportar 72 millones de dólares en un año. Así se espera lograr poner término a la desigualdad que reina entre los Estados; el de Nueva York gasta 130 dólares anuales por niño; el de Mississippi, 30 dólares (el término medio para el conjunto del país es de 74.30 dólares). Los impuestos para la enseñanza son por lo general sobre los terrenos y pesan mucho sobre las poblaciones pobres de los Estados agrícolas. Para dar una idea de la importancia de esta red fiscal, señalemos dos cifras: existen en Estados Unidos 175 mil cuerpos elegidos con derecho a percibir impuestos, y 137 mil de entre ellos son comités especiales destinados a colectar los impuestos escolares. Esta es la proporción según la cual se reparten los gastos necesarios para las escuelas primarias en los Estados Unidos (1). Los Estados contribuyen con un 17 %, los condados (distritos) dan el 21 %, y las comunas el 62 %. Cada comuna crea, mantiene su escuela, como hace con sus iglesias, sus obras de caridad y sus clubes. Toda esta peque-

(1) Cifras de 1923.

La vida local es libre, espontánea y directamente regida por los mismos que en ella participan. Gran número de niños asisten a escuelas privadas o a las instituciones religiosas: en 1920, de 18 millones de escolares, 2 millones frecuentaban estas escuelas privadas. En 1936, 26 millones de niños estaban inscritos en las clases de las escuelas públicas y 2.600.000 en las de las escuelas privadas. 1.250.000 estudiantes frecuentaban las universidades.

La educación, pues, no tiene esa rigidez que entre nosotros. Los americanos tienen muchas razones para considerar bárbara nuestra manera de tratar a los niños. Para ellos, en efecto, la infancia y la juventud son los mejores instantes de la vida. Tienen un religioso respeto de la infancia, una admiración casi ingenua, pero conmovedora, por ella; en cuanto a la juventud, la adoran.

Brilla por todas partes en los Estados Unidos y forma la alegría y el orgullo de todos. Sea cual sea la vida de los americanos, sus años de juventud son hermosos y todos procuran que así sea. La educación, pues, debe ser fácil, agradable y útil. Ninguna dura regla, si puede evitarse. En sus claras escuelas en que niños y niñas trabajan juntos, los maestros tratan de hacerlo todo fácil, tanto como esto es posible en la tierra. Se intenta desde hace algún tiempo de implantar algún método que lleva bastante lejos este principio. Viene de Inglaterra. La escuela ya no es un local frío con grandes salas de clase, sino una serie de bibliotecas, de hermosas salas llenas de libros. Los maestros de escuela son bibliotecarios, y los niños acuden a leer. Escogen lo que les gusta, bajo la dirección del maestro que los guía y les da explicaciones. Cuando ha leído suficientemente sobre un tema y el maestro comprueba los buenos efectos de este estudio, hace un hoyito en una tarjeta graduada que se le ha dado al niño a su entrada en la escuela, y éste es admitido en nuevas salas en que libros más sabios le darán más completos conocimientos.

Nunca se obliga a un niño a leer un libro que le disgusta, o a que abandone una sala de lectura en que se halla a gusto. Un niño puede pasar seis meses en la sala reservada a la geometría, o en la de la literatura; se le permite sumergirse en estos conocimientos, en la seguridad de que vendrá la reacción y que deseará ir con sus demás compañeros a las otras salas. Así, pues, sin penosa disciplina y sin premios, el niño aprende pronto, y bien, y se le enseña, sobre todo, a que ame el aprender. Este sistema, que aplica

audazmente principios por todos admitidos en América, no es practicado todavía sino en algunas grandes ciudades: Boston, y Nueva York en particular, donde ha encontrado propagandistas entusiastas e inteligentes. En muchas otras ciudades, métodos análogos, aunque menos audaces, se practican. Siempre se me ha dicho que los resultados son excelentes; pero no he podido comprobarlo y me he encontrado con algunos padres harto escépticos.

Los paraísos de la juventud.

En todos los Estados Unidos, las escuelas están repletas de niños. No se sabe dónde ponerlos. Muchas ciudades se ven obligadas a separarlos en dos equipos, que alternativamente acuden a clases. Nueva York tiene diariamente 375 mil escolares en sus escuelas; Chicago, 305 mil; Filadelfia, 200 mil, y Boston 303 mil (1). Estas escuelas, a las que se llama "Grammar Schools", o "Primary Schools", corresponden en suma a nuestra enseñanza primaria. Viene en seguida la "High School", que no es muy diferente de nuestro liceo. Esta es, por lo general, una institución que depende de la ciudad. Como en las escuelas primarias, la mayoría de estas "High Schools" son mixtas, y en ellas se codean ambos sexos, sobre todo en el Oeste y en el centro de los Estados Unidos. En el Este no es así. Los hijos de la burguesía y de las clases altas son enviados a colegios privados, situados en el campo, y llamados "Preparatory Schools". Los más elegantes están en Nueva Inglaterra (Connecticut, Massachusetts, New Hampshire).

Pueden citarse Groton, el Eton americano, Saint-Georges, su igual, Saint-Paul, su rival, Phillips Exeter, más modesto, más serio y deliciosamente lindo, Phillips Andover, donde se forman buenos estudiantes para las grandes universidades, etc. La vida de estos establecimientos privados es encantadora. Guiados por maestros jóvenes, ni muy eruditos ni muy deformados, los niños aprenden ante todo la felicidad de ser muchos, luego la de ser sanos y fuertes, por último la de ser respetados. Adquieren el amor del éxito entregándose a los deportes y frecuentando sus clubes. Se les afirma su disciplina moral y se les da una instrucción decente. En estas escuelas privadas, los niños (12 a 17 años) son pupilos; pero

(1) Cifras de 1923.

estos internados en nada se parecen a las prisiones que se ven en el Viejo Mundo; dormitorios limpios y adornados con grabados, salas de baño y de duchas para cada dormitorio, jardines y flores en torno de los dormitorios, pianos en las salas, y en los atardeceres los profesores reúnen en sus cuartos a los alumnos que quieren venir a conversar con ellos. Nunca he visto tanto candor y felicidad como en estos sitios. Aquí se forman las amistades que para siempre han de modelar los caracteres de los niños. Se meten en un grupo que en el porvenir será su sostén y con el cual cruzarán la existencia. Las amistades de las "Preparatory Schools" tienen más importancia para un muchacho americano que el matrimonio. Influyen en la fortuna y en la felicidad. O bien son más peligrosas. Las muchachas tienen su equivalente. Y esto no posee ni menos encanto, ni menor utilidad. Por lo general, estos establecimientos, sobre todo los que están bajo la protección de las clases altas, no están abiertos sino a la juventud de un solo sexo.

Luego viene la enseñanza superior. Parece ofrecer ante el extranjero un inextricable caos: universidades y colegios repartidos a través del inmenso territorio de los Estados Unidos, muestra todas las formas, todos los sistemas, todos los programas, todas las dimensiones, desde aquellos en que se agrupan 32 mil estudiantes como Columbia University, hasta Dropsie College, en Filadelfia, que cuenta con 48 estudiantes. En total, hay más de 1.055.360 estudiantes en los establecimientos de instrucción superior (cifras de 1934). Mientras aún es posible comparar las escuelas primarias y secundarias de Norteamérica con las nuestras, a pesar de las diferencias de programas, que entre nosotros reposan en el principio de unidad intelectual y en Norteamérica todos provienen de la norma utilitaria, es imposible ver la menor similitud entre lo que nosotros llamamos universidad y lo que con este nombre por allá se designa.

Para dar una idea precisa de lo que es una gran universidad norteamericana, escojamos tres ejemplos ilustres: Harvard, la más antigua universidad del Nuevo Mundo (1636) y que es el típico colegio privado, frecuentado por las clases altas, los intelectuales y la gente de mundo; Columbia, la más gigantesca universidad de los dos continentes, la más ambiciosa y acaso la mejor dirigida; por fin, la universidad de California, universidad del Estado, joven, pero soberbia, inmensa y poseída de un espíritu de conquista que presenta las mejores cualidades del Oeste. Harvard con

sus 8.263 estudiantes posee según las estadísticas oficiales un capital de 134 millones de dólares. Columbia, con sus 32.000 estudiantes posee 70 millones de dólares (habría que agregar una buena suma de millones para ser exacto, pues a la Columbia están adscriptas instituciones que, libres nominalmente, dependen de esta universidad por su dirección). California no tiene sino 23 millones de capital, pero goza anualmente de un gran presupuesto que le es dado por el Estado de California. Harvard mantiene 1.835 profesores; Columbia 2.378 y California 1.894. Las tres tienen al frente a hombres de primer rango, cuyo elogio sería superfluo hacer aquí, pues todo el mundo en Francia conoce a Mr. Canant, el gran sabio y perfecto hombre de mundo que preside los destinos de Harvard; a Mr. N. M. Butler, que regularmente nos visita y cuyas hermosas palabras y generosas acciones a menudo hemos podido admirar; y a Mr. Sproul, uno de los mejores presidentes actuales.

Aquí terminan las semejanzas. Por lo demás, las tres universidades se oponen claramente entre ellas. Nada de parecido entre Columbia, universidad ciudadana, y la deliciosa Harvard, a la que viejos árboles y muros de ladrillos protegen contra la ciudad, y a la que conservan ese aspecto ambiguo y cortés de las cosas y las gentes que están en aislamiento. Harvard, con sus viejos edificios alrededor de sus patios arbolados, con un río cercano en que reman y nadan los muchachos, con su vida ingenua y regocijadamente triste, Harvard sigue siendo una institución de la Nueva Inglaterra, aunque se haya convertido en un centro mundial de saber y erudición. Ahí han enseñado Royce, William James, Santayana, Henry Adams. Harvard es la ciudadela del liberalismo. En los tiempos en que la huelga de los agentes de policía de Boston apasionaba a todo el mundo e indignaba a América entera, uno de los profesores de Harvard tomó públicamente la defensa de los huelguistas contra el que los perseguía con su autoridad y que, entonces gobernador de Massachusetts, vino a ser más tarde Presidente de los Estados Unidos: Calvin Coolidge. El profesor de Harvard, que así atacaba el principio de autoridad, se vió tornado en el blanco de mil críticas y abandonado de todos, salvo de sus jefes que declararon: "Cada cual es libre de expresar su opinión en Harvard". Tratábase de un israelita inglés, radical, socialista, y ruidoso. En todo caso, Harvard mantiene esta actitud. No hay restricciones para la admisión en masa de judíos, de negros o de amarillos. No hay normas

duras contra los estudiantes. Una inmensa libertad. Los muchachos viven de a dos o tres en departamentos construídos y amoblados para ellos por la universidad. Pueden tomar sus comidas en su restaurante organizado por la universidad, en un club dirigido por ellos, y aún en un hotel o un restaurante público. Escogen, entre límites amplios, los cursos que siguen, y fuera de la asistencia a clases y del deber de ser aprobados en los exámenes de fines de año sobre las materias de estos cursos, no cuentan con ninguna obligación. Las vacaciones son largas (quince días para Navidad y Pascua de Resurrección; tres meses en verano). Los deportes están bien organizados. La mayoría de los muchachos viene a Harvard a preparar su bachillerato (examen que se da a los 22 años). No obstante, desde hace algunos años, gracias al impulso del presidente Elliott y el decano Haskins, Harvard posee una verdadera Universidad con un importante número de muchachos que preparan exámenes superiores (licenciatura, doctorado, etc.). Su escuela de derecho es la mejor de América. Su escuela de medicina se cuenta entre las tres mejores y la enseñanza superior de la historia no tiene igual en el Nuevo Mundo. Harvard, para los que en ella vivieron, evoca inolvidables imágenes de paz, de hermosura y de nobleza.

La admirable biblioteca abierta a todos, a la que todos tienen acceso desde las 9 de la mañana a las 10 de la noche; el estadio inmenso con sus 70 mil localidades, llenas de una muchedumbre entusiasmada en las grandes partidas de fútbol de otoño; las noches de primavera, de esta súbita primavera de la Nueva Inglaterra, en que la nieve no tiene tiempo de derretirse antes de la llegada del calor, toda esa vida sin mancha, de contrastes ingenuos, sin temores ni pesadumbre, posee un encanto que temo expresar aquí, porque se me tildaría de exaltado.

Columbia es un mundo. Trepada en lo más alto de las colinas que limitan Manhattan, hacia el Oeste, yergue sus monumentos de mármoles y de ladrillo entre el cielo dorado y el Hudson inmenso. Columbia no se da reposo; una población incansable e inagotable de trabajadores hay allí noche y día, tanto en estío como en invierno, sin tregua posible. Fábrica, se ha dicho. ¿Qué fábrica podría vanagloriarse de semejante rendimiento? Columbia, abierta a todos, hospitalaria, inteligente y fuerte, es el tipo de la universidad de alto saber en el Nuevo Mundo. Tiene relativamente pocos muchachos que preparan su bachillerato; pero sí cursos in-

menos a los estudiantes que se destinan al profesorado, al periodismo, a los negocios. En Harvard, todos los estudiantes permanecen en torno de la universidad, en Columbia, sólo una minoría frecuenta los dormitorios y los hoteles que de la universidad están próximos. En Harvard, a pesar de todo, se advierte una raza: la de Nueva Inglaterra, cuya forma delgada, alta, fuerte y ágil se reproduce por todas partes y de la cual la misma arquitectura presenta su huella. Columbia es Babilonia, todas las razas y todas las civilizaciones se amontonan allí. Veis en agosto un curso de chino y otro de abisinio; en invierno, os cruzáis con magos y profetas venidos de la India. Columbia tiene cursos nocturnos para los muchachos que, empleados durante el día, quieren continuar su educación; cursos de verano, los más frecuentados del Nuevo Mundo, para los profesores que quieren aprender más aún, durante sus vacaciones. Su escuela de periodismo es una de las mejores del mundo y sus cursos de pedagogía son famosos.

California, situada en un paisaje de hechicería, al pie de colinas por todas partes cubiertas de bosques de eucaliptus, en la llanura que circunda la "Puerta de Oro" (se llama así a la rada de San Francisco) es también una ciudad de mármol blanco. En torno de un inmenso campanario, los edificios irregulares, pero bien dispuestos, se reparten, brillantes bajo el sol entre las flores que en toda estación crecen. California se parecería más a Columbia que a Harvard; hay pocos dormitorios para los estudiantes; los "undergraduates" (estudiantes que preparan el bachillerato) están en minoría, y la universidad da su celo y sus cuidados a un infinito número de jóvenes que pertenecen a todas las categorías sociales. Sin embargo, California es una universidad pública cuyos derechos de entrada son más bajos que los de la Columbia, y donde la vida es más democrática, donde los sexos se mezclan más, donde la libertad del Oeste por donde se vaya se advierte. Una raza fuerte y soberbia frecuenta sus cursos. Esta alta juventud del Oeste, desarrollada por el sol, el calor y el aire libre, es harto diferente de la muchedumbre casi europea que se ve en Nueva York. No tiene menos ambiciones que sus hermanos del Este, pero es diferente su actitud: la vida práctica, la conquista de los lugares y de las cosas les atrae de diverso modo. Por último, la universidad de California es la organización más democrática del mundo, mientras que la de Columbia es una monarquía.

En Columbia, los grandes problemas son resueltos por el presidente, y en su conjunto los profesores tienen voz consultiva. En Berkeley (California), los profesores de cada especialidad se reúnen en consejo y acuerdan los programas y el empleo de los fondos para su departamento, teniendo el presidente tan sólo el papel de coordinador y sirviendo de ministerio de relaciones exteriores de la universidad. Esta —siendo a la vez dirigida por un consejo de administradores que se ocupa de la gestión financiera, por el Gobierno del Estado, que la subvenciona y le impone una política, y por las reuniones de profesores que deciden todos los detalles— es un organismo complicado en el que el presidente tiene un papel tan delicado como importante. Por una parte, tiene que hacer con el gobierno de uno de los Estados menos sujetos a la influencia popular que haya en la Unión (California es el Estado del senador Johnson, famoso por sus tendencias demagógicas); por otra parte, sus administradores cuentan entre la gente más rica y poderosa del mundo; por último, la Facultad en su conjunto es extremadamente democrática, radical podría decirse. La Universidad de California, en el terreno de la educación, es un espectáculo tan curioso como bello. Un europeo se asombra a menudo que una tan enorme máquina pueda resistir procedimientos tan democráticos. Al pensar que los directores de cada departamento son anualmente elegidos por sus colegas y que una especie de campaña electoral perpetua se desarrolla en cada uno de esos bellos edificios, un visitante se preguntará si esto no perjudica al trabajo intelectual. Pero, hasta ahora, no lo parece. A decir verdad, el presidente y el vicepresidente ponen gran sabiduría en reglamentar el funcionamiento de estas instituciones, y la notable composición de la Facultad asegura el buen equilibrio de todos los servicios.

Bajo formas diferentes, adaptadas al clima, a las condiciones económicas y sociales, Harvard, Columbia y California buscan con una igual avidez la libertad real (y no teórica) para los estudiantes y su personal. Hasta los rodajes administrativos tienen por fin el garantizar esta libertad. El estudiante escoge el sitio en que va a vivir, las materias que va a estudiar (puede tomar cuatro cursos en el año; puede escoger música, chino, filosofía e inglés). Cada profesor tiene un contrato personal firmado con la administración de la universidad, contrato estrictamente secreto, que puede romperse en caso de no ejecución por una

de las dos partes. Cada profesor sabe que el éxito de sus cursos y el de los libros que publique tendrá influencia directa e inmediata sobre su situación en la universidad, dándole más autoridad, más prestigio, y, por lo tanto, poniéndole en situación de hacerse pagar más.

En estas tres universidades, y en todas las de América, el centro de la vida del estudiante está en la actividad social. El atletismo es el mayor placer, el trabajo intelectual es el deber más imperioso; pero únicamente los éxitos sociales hacen una buena carrera estudiantil. Todos los jóvenes agrupados en torno de las inmensas universidades viven mucho entre ellos; tienen clubes, diarios, reuniones religiosas, caritativas, políticas y sociológicas. En estos clubes, en estas reuniones brillan los "jefes", los que se imponen a los demás y saben a la vez agrandar y hacerse respetar. Un estudiante sabe que su reputación se fundamentará ante todo en lo que haga en este orden de cosas más que en los estudios propiamente dichos, siempre que éstos no sean demasiado malos. Hijos de burgueses intelectuales como en Harvard, o de hacendados ricos como en California, o venidos de todas las clases de la sociedad como en Columbia, estos jóvenes son, en suma, aspirantes capitalistas, futuros jefes sociales y políticos. Así se desenvuelve este contraste: mientras que todo en la vida de los profesores les hace amar y desear la libertad individual, toda la atención de los estudiantes durante los cuatro o cinco años de universidad tiende hacia la vida social.

No obstante, desde 1930, una nueva corriente se ha hecho sentir en las universidades. El dinero que por ellas circulaba libremente ha enrarecido. Antes de tal fecha, donaciones inmensas afluían a las grandes universidades: en Harvard, Yale, Columbia, Princeton, Chicago, no se veían sino edificios nuevos, obras, y por todas partes se escuchaba el rumor de los obreros; un millonario, digamos, no podía morir en Nueva York sin legar un dormitorio, una biblioteca, un laboratorio, un refectorio a la Columbia; de golpe, el banquero George Baker dió a Harvard ocho millones de dólares para construir una escuela de negocios. Al mismo tiempo, los estudiantes, cuyas familias tenían a honor el hacerles agradable la vida, no vacilaban en gastar de mil doscientos a mil quinientos dólares anuales en la Universidad; y claro está que los hijos de millonarios eran más liberales.

Desde 1930, la atmósfera cambió, ya no hubo enormes donaciones para las universidades, ni estudiantes pródigos: hubo que reducir los presupuestos, aminorar, a veces a la mitad, los emolumentos de los profesores, hacer, ante todo, economías. El efectivo de estudiantes disminuyó bruscamente. Si el Estado Federal no hubiese acudido en auxilio de las universidades creando un considerable número de bolsas para los estudiantes pobres, toda una clase pequeño burguesa, que antes formaba lo mejor de estas instituciones, se habría visto privada de instrucción superior. Gracias a las bolsas federales, pudo seguir enviando sus hijos a Harvard, Yale, Chicago, etc.; pero ya no pudo pagarles automóvil y hubo de renunciar a hacerles ingresar en los clubes. Los estudiantes se vieron obligados a vivir con el espíritu.

La política y el arte se adueñaron de las horas libres. Los "clubes liberales" o "radicales" antes desdeñados, tomaron impulso. Pero, sobre todo, las pequeñas revistas literarias, como las que poseemos en Europa, y las tentativas teatrales se multiplicaron. En Chicago, a impulsos de un presidente joven e intuitivo, se quiso proceder a la elaboración de un nuevo humanismo. En Harvard, Mr. Conant, a propósito del III Centenario de la Universidad (1936), proclamaba su voluntad de mantener en el primer rango de sus preocupaciones el esfuerzo desinteresado de la ciencia y la espiritualidad de los conocimientos.

Es, en verdad, un hombre nuevo el que se intenta crear. El americano del siglo XVII fué un colono, el del XVIII un pionero, el del XIX un hombre de negocios, ¿va el del XX a ser un héroe del espíritu?

LAS ARTES EN AMERICA

El gusto de la belleza y las artes

Basta mirar una ciudad como Nueva York, sus rascacielos brillantes y los escaparates de sus joyeros, de sus modistos, de sus vendedores de comestibles, para advertir de inmediato el dominio que ejercen sobre los americanos los placeres visuales. Los anglosajones del Nuevo Mundo no podían estarse con esos almacenes pequeñitos, mezquinos y polvorientos en que sus hermanos mayores ingleses exponen sus objetos en venta. Hasta en los pueblos del cen-

tro de los Estados Unidos se mantiene este cuidado de la exhibición; y en la Quinta Avenida, los vastos espejos de Tiffany, de Markus, de Cartier, de Sloane, forman un adorno resplandeciente y dorado que alegra la ciudad hasta la medianoche. Los americanos adoran el mirar, tienen el sentido de la belleza física y le dan tan grande importancia que la muchacha o el muchacho que entra en los negocios saca tanta ventaja de un físico atrayente como de una inteligencia rápida. Los grandes almacenes, los grandes bancos, las grandes administraciones prefieren un personal agradable de mirar y exigen de él un vestir cuidadoso.

Los europeos, sin embargo, se asombran siempre de que, salvo algunos éxitos excepcionales, América no haya producido aún grandes escuelas pictóricas. Olvidan que toda la energía del país ha sido concentrada en la construcción material de la civilización y que los americanos que deseaban cuadros los hacían venir de Europa. En la arquitectura hay que buscar el genio creador del país; allí se le encuentra. Las pequeñas ciudades de Nueva Inglaterra con sus iglesias de madera, pintadas de blanco, de líneas agudas, un poco secas y como emergidas de lo verde; las grandes casas con columnatas de los plantadores del Sur, voluptuosas entre la vegetación tropical; los rascacielos aturdidores y lógicos por encima del caos de los techos de las ciudades modernas, son los testigos originales del arte americano. La pintura, arte eminentemente analítico, individual e intelectual, no ha tenido en Estados Unidos sino triunfos efímeros. Se pueden citar algunos nombres como los de Copley, Trumbull, en el siglo XVIII, Whistler en el XIX, Sargeant en el XX; pero, en suma, nunca este gran pueblo, temeroso de las definiciones y embriagado con su contorno, ha aclimatado en su territorio una pintura nacional. La música, al contrario, encantó en seguida en América. Hasta en sus formas más altas, encierra una felicidad animal y un goce colectivo. En los Estados Unidos, el gusto de la danza ha aumentado la popularidad de este arte. Ambas tendencias combinadas han dado con la creación de una música popular. ¿Quién no aprecia en Europa los "ragtimes", los "blues", las melodías negras? Acaso estos sean los productos americanos que Europa haya conocido y apreciado mejor.

La música sabia de los Estados Unidos merecería una mención; la cultura de los compositores americanos es considerable y su originalidad es profunda. Han sabido apro-

vechase de Bach, de Beethoven, de Wagner, de Debussy, de Satie; pero hasta el momento forman un conjunto dispar cuyos elementos más bien se relacionan con el extranjero que con la América misma. Unicamente el arte popular tiene un sentido nacional. Las melodías, las danzas, las canciones, son para nosotros las ofrendas musicales de la América.

G. Gerschwin, Cole Porter, las han hecho penetrar en nuestros salones y salas de baile. Con sus sonoridades brutales y cálidas, acentuadas y precisas, han conquistado a las juventudes del mundo. Ninguna música, como ésta, logra adueñarse de una multitud y convertir a un grupo de jóvenes cohibidos, críticos, en una masa sincera, feliz y rítmica. ¿Hay que ver en ella una manifestación de esa felicidad animal propia de los negros, o una intoxicación sistemática de un pueblo al que su amor del trabajo y su fatiga vuelven apto para el delirio?

Sea como sea, como en la creación de los rascacielos, los americanos han encontrado una forma de alegría artística que conviene a su país y que tiene las líneas a la vez duras y ágiles, positivas y huideras que por todas partes se encuentran en las creaciones del país. Los Estados Unidos han inventado un arte nuevo, combinación de la música y del dibujo, el arte del movimiento lineal: el cine. Nacido al mismo tiempo a orillas del Sena y a las del Pacífico, este hijo del siglo XX se ha tornado de súbito en gigante. Gracias a esta técnica nueva, los americanos, entre 1900 y 1930, han conseguido elaborar una especie de concierto visual. Le han revelado al universo el valor del gesto, al mismo tiempo que han creado un estado de conciencia nuevo para esas multitudes que, prisioneras benévolas del cine, se sumen entre la penumbra y el movimiento, se absorben en una especie de excitación aletargada, hecha de intensidad y de sueño. El cine americano ha debido su supremacía a una idea justa, a un instinto profundo: es, ante todo, un arte del gesto y no de la expresión; no está hecho, como el teatro, para dar un bello espectáculo, para expresar sentimientos o ideas, sino para grabar en la conciencia humana la línea tan clara y esquematizada como es posible darla de ciertos movimientos. Así, pues, es una técnica original. De esta línea, grandes artistas como Charlie Chaplin, Douglas Fairbanks, Mary Pickford, William Hart han sabido adivinar sus normas, y han conseguido crear un

género particular que brevemente nos deslumbró. Triunfan tanto mejor cuanto que podían escoger a voluntad en uno de los más grandes tesoros de América, la muchedumbre inmensa, de hermosos cuerpos, de alma regocijada, de ojos ávidos de espectáculos, de gestos instintivamente armoniosos, que existe en todas las ciudades de ultramar. Durante veinte años fué una hechicería. Luego, de súbito cesó el fuego de artificio.

¿Qué le ha acontecido al cine norteamericano? ¿De qué ha muerto? Pues, a no dudarlo, ha muerto, y si la industria se ha mantenido, el arte ha desaparecido. El primer peligro para él fué la necesidad de novedades; un arte que no puede envejecer nunca logra perfeccionarse, y el cine, que era una industria, no quería envejecer, no creyó posible el envejecer: sin duda, la extraordinaria ceguera y el espíritu ingenuamente mercantil de los directores de las grandes compañías cinematográficas empeoraban esta situación, pero no fueron ellos los asesinos de su arte, ya que sólo fueron sus ejecutores. El cine fué masacrado por los ingenieros y los inventores. Estos, con la pueril ambición de los niños, trataron de acercar el cine a la vida. Quisieron gratificarlo con el relieve, los colores, los sonidos, las palabras; lo que era ya un arte fué reducido a un papel de esfuerzo continuo. Toda la experiencia adquirida se tornó inútil y la profesión vióse reducida a realizar constantemente obras maestras mecánicas cada vez más aburridoras y cansadas. Se volvió una linterna mágica para inventores científicos. Desorientado, el actor de cine perdió las cualidades que le eran propias y cayó en el rango de cómico. El arte, que se había constituido, no pudo mantenerse, ya que el actor, dejando de ser un mimo, debía ser también un orador, dejando de ser una imagen debía tornarse en héroe con voz de fonógrafo. La ciencia que había permitido la formación de un arte, habíase dado prisa en hacer imposible su desarrollo: el cine, obra maestra muerta al nacer, no vivió ya sino de apetitosas desnudeces, de lugares comunes sonoros y de anuncios bien pagados.

¿Puede decirse que este fracaso revela en los americanos una ineptitud para explotar los dones estéticos que poseen? ¿Hay que creer que su viejo instinto puritano se revela pronto apenas divisa un placer demasiado consciente, una alegría demasiado madura, o hay que considerar que la industria y la ciencia, uniéndose con el instinto religio-

so, nunca permitirán al americano sino furtivos goces? ¿El aliciente perpetuo de la creación artística será siempre en ellos seguido por el rechazo?

La literatura y el culto de lo social

Al considerar la literatura, se estaría tentado a aceptar esta hipótesis. Es en la hora actual, y desde hace unos 40 años, una de las más interesantes del universo, y es también una de las más engañosas.

No se debe hablar de los Estados Unidos sin hablar de su vitalidad. Se yerra al creerlos más activos, o más enérgicos, o más libres que nosotros; pero no se les puede comprender si se olvida su increíble vitalidad, su inaudita facultad de producción, que en todos los dominios hace de ellos los héroes del mundo moderno y los árbitros de casi todos los mercados. Petróleo, estaño, hierro, carbón, madera, algodón, atestiguan la generosidad del suelo; los automóviles, los films y los barcos prueban que los hombres en América siguen el impulso recibido de la tierra.

Aquí reside su superioridad principal, única dicen algunos en Europa; pero no puede admitirse en una época en que todos los países han aceptado como criterio esta facultad de producir. Aún sin la guerra, Estados Unidos habrían adquirido el lugar que ahora ocupan; la crisis de 1914-1918 únicamente ha hecho más rápida la evolución y más brillante, pues ha hecho coincidir el desarrollo del Nuevo Mundo con la quiebra, al menos temporal, del Antiguo. El dios Ciencia, el dios Progreso, el dios Industria habían preparado el sitio para la Nueva Nación, que deberíamos llamar el Nuevo Imperio.

Este triunfo a la vez material y teológico es tan brusco, tan completo, que aturde a americanos y europeos, a Mr. Borah y a nuestros gobiernos. Pero uno puede preguntarse si afecta al mundo intelectual. Tenemos revistas negras, jazz, victrolas y bailarines americanos; pero ¿hay una literatura contemporánea americana, grande en América, grande en el mundo como lo son Morgan y Rockefeller? Desde el punto de vista de la masa, la producción literaria es, efectivamente, enorme; por la calidad, la resonancia y la influencia la respuesta es más difícil de dar. Busquemos, sin demasiada inquietud, la que se puede dar cuando se mira desde Europa, con afecto y desprendimiento.

La primera impresión es la de sorpresa: los Estados Unidos, ricos en buenos autores, en poetas originales y poderosos, no tienen, de una manera general, como pueblo, la percepción de una tradición literaria propia. Tuvieron a Emerson, Fenimore Cooper (que tanto pesó sobre mi infancia, y al que después he perdonado lo suficiente como para no verme obligado a releerle), Edgar Poe, cuya influencia sobre nuestra poesía desde 1860 es tan esencial, Walt Whitman, que nos embriagó. Pero parecen haberlos producido, alimentado, lanzado por el mundo, y visto marcharse.

En las escuelas de los Estados Unidos reina la literatura inglesa, se habla poquísimos de Poe, considerado como un excéntrico, y de Whitman más bien se aleja a los estudiantes, porque "escribía mal" y porque menciona cosas sucias.

Se enseña la literatura americana, pero se impone la literatura inglesa. Por lo demás, ésta tiene una ventaja aplastante: forma una larga cadena, es coherente. La literatura americana vista por un americano es una lista de nombres, más o menos interesantes, pero sin relaciones íntimas entre ellos.

Estos escritores americanos, tan grandes e individuales, que hemos acogido con entusiasmo, o, más bien, que hemos paseado en triunfo, sufren en su país por este individualismo exigente que a nosotros nos ha movido a acogerlos.

La nación en plena crisis de desenvolvimiento social y de solidificación puede elogiar a estos hombres que fueron "pioneers", pero los deja de lado porque fueron ciudadanos muy condicionales, o al menos muy poco conformistas. El conformismo literario americano tiene por base no los instintos locales, sino la tradición anglosajona. América es el único sitio en que Shakespeare nunca me haya parecido "pompiere".

Este despotismo inglés sobre la literatura del Nuevo Mundo es total y nefasto a causa de una disposición del carácter americano que, muy dotado en muchos otros aspectos, tiene poca aptitud y gusto natural para el análisis psicológico, para la introspección. Los americanos gustan de las ideas, aman los sentimientos; pero, como pueblo, no gustan de examinar sus sentimientos en pequeños trozos conscientes e intelectualizados. No saben hacerlo y les cohibe como algo indecente. Resto del puritanismo, repugnancia para la confesión, aunque sea consigo, contacto de la naturaleza, no sé la causa.

Aquellos que se dan a la literatura y no poseen inspiración poética se hallan en trágica situación. No hay un vasto grupo a la vez dotado de características nacionales y de un método intelectual, para que les ayude a comprender y asimilar su país. Y, con esto, he aquí las exigencias de la literatura internacional, sobre todo después del advenimiento de la "Ciencia", y del "Progreso", que obligan a "Iluminar el fondo de las almas", a "interpretar los estados de conciencia", etc... El literato americano que desea conquistar una reputación mundial (¿y quién no la desea?) está obligado a apoyarse en la novela inglesa.

Los productos de este arte angloamericano son a veces muy estimables, rara vez son interesantes, y francamente no me gustan. Haría un excepción con Mrs. Wharton cuyo talento se impone, aunque represente en su forma más extrema esta tendencia. Sus novelas están admirablemente hechas, bien compuestas, son interesantes, bien escritas, verosímiles; pueden agradar a la juventud, a las muchachas, a las mujeres de edad, a los hombres maduros y a los domésticos de casa grande, tanto como a los profesores universitarios. Sus cualidades literarias son indiscutibles. Pero podrían haber sido escritas por una sobrina nieta de Henry James, que se hubiera casado con un primo de un criado de Proust, y viviera en Neuilly.

A decir verdad, existen algunas otras variedades de conveniencia literaria en América. La más desagradable es la que, saltando por encima de Inglaterra, va a buscarse antepasados entre los italianos del Renacimiento. Existe desde hace tiempo, responde a algo profundo del carácter americano, a un vivísimo amor a lo bello, a un verdadero culto por la obra bien hecha, a un respeto por los museos. Se encuentra esta misma tendencia en espíritus tan agudos y escritores tan dotados como Thornton Wilder (*El Puente de San Luis Rey. El cielo es mi destino*), y J.B. Cabell, que ha reconstruido en sus obras una especie de Turena rabelesiana, extrañamente colorida por su inteligencia puritana.

En estos escritores el concepto del arte está extremadamente desarrollado, sea a causa de esa seriedad propia del carácter americano, sea por una forma de sensualidad, extremadamente decente por lo demás, sea por la influencia de ese amor a la obra bien hecha que ya mencionamos y que por todas partes se encuentra en los Estados Unidos, contrariamente a lo que se cree en Europa. Así, pues, muchos espíritus notables y libres de prejuicios sufren la influencia

de estos grupos anglosajones e italianizantes. El número de jóvenes escritores americanos que "escriben demasiado" lo que escriben es incalculable. Nosotros, los franceses, tenemos algo que reprocharnos, pues nuestro Anatole France, con su enorme éxito, ha contribuido también a expandir e imponer este concepto de la belleza obtenida por las menudas gracias.

El mal es tan manifiesto en América que toda una escuela se ha puesto a hacer lo contrario. Es, acaso, el grupo literario de mayor prestigio en estos momentos, aquel que de una manera general goza del privilegio de llamarse "joven". (¿Habéis notado cómo este título, en todos los países del mundo, tiene tendencia a convertirse en denominación oficial y pomposa? De aquí a poco, se hará uno "joven", así como antes llegaba uno a ser académico. Se necesitará una elección o un examen. Joven no es ya una característica individual, sino un estado espiritual de grupo, un título social. Las aptitudes físicas nada tienen que hacer en la atribución de este título, sino de modo muy secundario.)

Este grupo americano considerado como "joven" o "radical", según se dice, es una reacción directa contra la tendencia anglosajona y esto le da cierta unidad. En su conjunto, está compuesto de escritores que más bien han tenido influencias germánicas o escandinavas, o la del realismo y el naturalismo francés. Quieren vivir en lo real, en la América tal como hoy es. Su actitud es valerosa, a veces brutal, siempre plena de conciencia. A menudo tienen que luchar contra la opinión pública, aunque ésta parece tornarseles favorable. Su más eminente representante es, sin duda, Sinclair Lewis, cuyas grandes novelas "*Main Street*", "*Babbitt*", "*Arrowsmith*" han levantado polémicas apasionadas, y que como escritor no carece de fuerza. Sabe plantear los problemas sociales, mostrar sus aspectos sobrecogedores, sabe ver con intensidad los medios físicos y morales y pintarlos sin reticencias. Su arte psicológico, un tanto pesado, es de una gran honestidad. En una palabra, responde muy bien a la fórmula de nuestro naturalismo y la aplica con mucha conciencia para tratar de liberar las originalidades del carácter americano que el arte anglosajón ahoga.

Nunca he podido leer sus novelas sin hastío, debo confesarlo. Son tan largas, tan lentas, tan verdaderas (tan exageradamente verdaderas, podría decir). Son tan sociales. Este hombre que quiere representar al hombre oprimido por

las multitudes y glorificar su guerra por la independencia, es incapaz de describir un individuo. Su percepción, en suma, es enteramente física, material, como en nuestro naturalismo, y su pensamiento, cuando tiene alguno, es tan pesado, tan penosamente definido que, de inmediato, la vida y los instintos intelectuales americanos, furtivos, púdicos, envueltos, se le escapan. No es un escritor desdeñable, pero no es un escritor revelador de los Estados Unidos.

Una de las figuras más características de la época, uno de los temperamentos más poderosamente dotados como novelista es John Dos Passos. Busca también el placer de montar en cólera, de irritarse y denunciar; pero la manera con que coge la materia adversa tiene al menos algo tan personal y apasionado, que imprime a sus libros una vibración poderosa (*Manhattan Transfer*). Sin duda, valdría la pena mencionar aquí el sitio considerable que ocupa en esta escuela el teatro y el interés vivísimo que la burguesía americana da a todas las cuestiones escénicas. El teatro es tal vez el arte más vivo de América, y es también aquel en el cual el realismo alcanza sus mejores efectos. Los famosos dramas de Eugenio O'Neill (*Strange Interlude*, etc.), dan una idea de los recursos de que disponen los dramaturgos norteamericanos. El contacto establecido entre estos autores llenos de espíritu social, los excelentes actores, obedientes y febriles, el público ávido y dócil, crea una atmósfera que en ninguna otra parte se encuentra. Tal obra, bastante mediocre en resumen, como *Dead End*, ha debido su triunfo, no al talento del escritor, sino a la extraordinaria calidad de los jóvenes actores y a la respectividad del público. Se alcanza aquí en lo vivo el aspecto especial de la vida literaria de Norteamérica, y se comprende por qué el equipo de reformadores sociales desempeña un papel tan grande.

Por lo demás, en todo este grupo, en que el elemento israelita es tan importante, y al que relaciono autores muy dotados como Waldo Frank, bastante conocido en Francia, el defecto doble y esencial, a mi parecer, es el no haber comprendido esta característica de espiritualidad reticente y de orgullo silencioso que toda personalidad americana contiene, y el dejarse tomar por la obsesión social, que reina en un país en que las masas son tan bellas y densas como en los Estados Unidos, donde las teorías económicas y sociales son aceptadas con tan piadoso frenesí.

Este grupo se ha convertido casi en una falange política, en un anexo del partido radical americano. Su cruzada contra el conformismo, el despotismo de las tradiciones y los prejuicios les lleva a formar una especie de clan, cuyos dogmas, aunque diferentes, no son menos angostos, y tienen la desgracia de ser peor adaptados a la nación americana. Su carencia de imaginación, de finura, de orgullo y de disgusto les aísla completamente de las muchedumbres que quisieran interpretar y sobre todo de los elementos sinceros, ricos y vivos de estas muchedumbres. Tienen una clientela, pero es más política, religiosa y social que artística.

Están muy cerca, en suma, de sus peores enemigos, los escritores "burgueses" de América. Estos, efectivamente, están igualmente obsesados por la idea de muchedumbre. No luchan contra ella, tratan, al contrario, de agradaarla. La necesitan para vivir. Necesitan, pues, producir mucho, rápidamente, en forma regular, y no variar sus maneras de hacer. Están preocupados, no de lo que escriben, sino de la reacción del público. Se dirigen a la gran masa de los americanos, pues si ésta los abandonara habrían con ello perdido su pan y su razón de vivir. Esta intención de hablarle a un público real, vivo, no tiene nada de malo en sí, obliga a escribir bien, a escribir sencillamente, a encontrar bellas y buenas historias. Pone al escritor americano en comunicación con el pueblo más productivo, más ambicioso del mundo. Así el *Saturday Evening Post*, el *Ladies Home Journal*, donde esta literatura florece, siempre me han interesado. No hay que olvidar que el *Saturday Evening Post* tira dos millones y medio de ejemplares. El jueves en la tarde, en Nueva York, Chicago y San Francisco, de 30 hombres en un vagón del "metro" o en un tranvía, lo leen al menos 20. El objetivo se ha alcanzado.

Esta literatura se vende en las calles de las grandes ciudades como un pan, y se siente que como pan es producida. No me disgusta, se encuentran en ella excelentes escritores como Mrs. Villa Cathers: se ven tan lindas muchachas y jóvenes tan virtuosos, se leen allí divertidas anécdotas. Pero, hecha para un medio social dado, esta literatura tiene el vicio esencial de desconocer o desdeñar sistemáticamente todas las originalidades fecundas, hondas y creadoras de este medio. Continúa así el trabajo comenzado por la educación y "britaniza" a la masa que preten-

de satisfacer. En este pueblo, en que el tipo social más alto es el anglosajón, todo el mundo pretende serlo, y fácil es utilizar esta vanidad y el gusto que casi todos los hombres sienten al leer los diarios de moda.

El *Saturday Evening Post* va así, y va muy bien. Lo sé porque lo leo regularmente cuando estoy en América, y me divierte adormeciéndome, el más alto grado de perfección para una revista destinada a leerse en el tranvía. También gusto de esos innumerables magazines que aparecen cada mes y que simplemente cuentan en todos los tonos, para todas las clases de la sociedad, algunas historias: *Verdaderas Historias* (todas inventadas), *Verdaderas Confesiones* (idem), etc. Estas últimas, teniendo un poquito menos respetabilidad que el *Saturday Evening Post*, tienen a menudo más sabor. Salvo cuando toman sus historias de la *Vie Parisienne*.

Las publicaciones de estos grupos (grupos radical, grupo burgués), y sobre todo este último, son verdaderos ríos, que transcurren sin cesar. Si se le mira correr mucho tiempo se siente uno aturdido y se arriesga el no advertir ya el trabajo notable que por aquí y acullá se hace en América, todo el tiempo, y principalmente entre los hombres que "jóvenes" o no, tienen el sentido de la vida. Se encuentran, en efecto, dispersos por todas partes y aún en las escuelas de que acabamos de hablar, escritores que trabajan en secreta armonía con el suelo y los deseos y los instintos profundos de la raza, producen obras notables, las más bellas que se escriben en inglés en estos momentos, a mi entender.

América es, desde muchos puntos de vista, el país más favorable al desarrollo de una gran literatura en el mundo contemporáneo. Este pueblo lavado por dos siglos de aislamiento, formado por individuos a quienes la soledad ha provisto de una aguda percepción, directa y personal de la naturaleza (y no del campo, única forma de la naturaleza que poseemos en Europa, es decir, la naturaleza más la tradición rural) se encuentra por ello mismo dotado de una singularidad y una sensibilidad originales, siendo los dos rasgos que más han atraído mi atención la delicadeza y el orgullo.

No quiero decir que el americano, individualmente, sea cortés y bien educado. Esto ocurre a menudo, pero importa poco. Quiero decir que, aún descortés y mal educado, el americano tiene una riqueza, una intensidad y una

variedad de percepciones físicas y psíquicas particularísimas. Goza intensamente de las cosas materiales. Aguarda mucho de ellas. Su gusto por los deportes y sus hábitos de confort lo demuestran. Al mismo tiempo tiene, con un grande y candoroso instinto de camaradería, una susceptibilidad aguda. Quien ha frecuentado a los norteamericanos ha debido darse cuenta de esto. De los hombres y de las cosas esperan muchísima mayor belleza y bondad que nosotros, pueblos desilusionados.

Antes he llamado optimista a esta tendencia americana, y no lo lamento; pero ahora, para hacer sobresalir otro aspecto, la llamaré exigencia. Es esta una tendencia de época grande, opuesta al eclecticismo, a la tolerancia y al cinismo de las épocas bajas (que también son, por lo general, épocas inteligentes, o al menos comprensivas). Encuentra su eco en algunos de los mejores escritores americanos y Ernesto Hemingway, al que una "élite" del pueblo americano aclama desde hace unos quince años, es la prueba mejor. Sus novelas cortas (*Men Without Women*, etc.) sus novelas (*The Sun also rises*, *A farewell to Arms*, etc.), tienen una sonoridad sorda, una sensibilidad a la vez brutal y sutil, una reserva orgullosa y castigada como la de un adolescente. William Faulkner, el novelista de los Estados del Sur, no posee menos fuerza en sí y menor soledad en torno. Su estilo poderoso que se vuelve sin cesar hacia el sufrimiento y las tinieblas, aún cuando se burla, parece pedir de continuo una apoteosis o una tempestad, que el cielo demasiado pesado y hermético no le concede nunca (*Sanctuary*, *Light in August*, etc.)

Esta exigencia es uno de los rasgos originales del carácter americano. No es el único. Hemos hablado de reticencia. Hemos mencionado el deseo de pasar a la acción. Había otros; algunos, bastante misteriosos para los europeos y, en general, desconocidos. Uno de los más curiosos es el culto instintivo y universal en América por la virginidad. Parece, al frecuentar a la juventud americana, que las manchas de la carne tiñen más allá que aquí. Esto no significa ignorancia de la sensualidad, que acaso tiene más imperio en el Nuevo Mundo que en el Viejo; pero, sí temor y verdadero odio de las realidades sexuales. Esta actitud, en su origen, pudo ser artificial, impuesta, fingida aún, y provenir de los puritanos; pero ahora es una manera sincera de sentir y de juzgar en América.

Los israelitas, aún los que residen desde hace tiempo en América, tienen dificultad para comprenderla. Los escritores de la escuela naturalista la han interpretado de una manera ciega o absurda, a mi juicio, pues no entraba en las categorías literarias de que Europa los proveía. Pero Sherwood Anderson, hijo de la gran llanura central de los Estados Unidos, la ha comprendido, o soñado más bien, y expresado maravillosamente. La llevaba en su sangre. Ha encontrado para decirlo ese ritmo balbuceador, esmaltado de palabras sonoras en que brillan imágenes oscuras y formas divinas. Ciertas novelas cortas de Sherwood Anderson *I am a fool, I don't know why, Broken, Brothers, The triumph of the Egg, The man who became a woman, The Man's story*, no pueden compararse sino a los mejores poemas de Whitman y como ellos deberán perdurar.

Para expresar un estado de personalidad original ha inventado una forma original, que no es ni novela, ni relato, ni poema propiamente dichos; sino una melopea en forma de historia. Es realmente un poeta, pero no es el único: la América actual cuenta con una de las más grandes escuelas de poesía. Su iniciadora es una mujer robusta, hecha de inteligencia, de alegría, de vida y del genio de la vida: Gertrude Stein. Ha sido la primera en saber adivinar, aun antes que Sherwood Anderson, todo lo que en el instinto americano podía arrancar de la palabra inglesa. No le ha bastado renovar ésta haciéndola clavar sus raíces en la tierra del Nuevo Mundo, como ha dado ejemplo en sus *Tres Vidas*, o construir la frase moderna con un trabajo audaz (*Americanos de América*); se lanzó en una serie de experiencias incomparables, y se llevó a su lado a lo mejor de la juventud americana. Está unida a ellos por la necesidad de crear, que la domina. Y los domina. No es posible separarlos de ella. En su prosa formidable, como en sus versos sorprendentes, Esmyn Cummings es un gran poeta. Su inspiración es muy diversa de las de Sherwood Anderson, infinitamente más abstracta y, de aquí más próxima de nosotros. De todas sus poesías, prefiero *Tulips and Chimneys*.

Cummings expresa a su manera la exigencia del americano. No hay que olvidar que viene de Nueva Inglaterra, más teológica. A ella debe, sin duda, esa especie de ferocidad triunfal y desinteresada de que su alma parece armada perpetuamente. Esta forma del orgullo americano me ha atraído, y la he vuelto a encontrar, con diferentes co-

lores, pero no menos ricos, en Miss Marianne Moore, que viene también de Nueva Inglaterra. El don poético de Miss Moore es asombroso; no conozco aún las palabras francesas que podrían traducirlo. Día vendrá, lo deseo y lo quiero, en que sabré hablar de ella mejor.

Mencionaré por fin a T. S. Eliott, el genial poeta americano, residente en Inglaterra, también demasiado grande para que su elogio pueda caber en estas pequeñas notas. Me parece más decente decir con sencillez: Vedlo. Os sorprenderéis y no encontraréis, sin duda, otro punto de comparación sino en Paul Valéry, también único. Si leéis a los pocos autores cuyos nombres acabo de dar, tendréis en grados diversos la impresión de que cada uno de ellos trabaja solo, en medio de una inmensa multitud que los rodea y los ignora.

Hay una florecencia de talentos originales, dispersos por América, de los cuales he citado algunos apenas, que son queridos. Cada cual brilla con vivo resplandor. Tienen entre ellos relaciones que me figuro agradable camaradería; pero no se tienen de la mano, en cadena estrecha de rivalidad, de colaboración, de afecto y de odio, como todos nuestros escritores (se podría decir mejor: toda nuestra gente de letras), se mantienen en Francia. Ellos están separados. Y el público que los rodea les es ajeno. No me atrevo a deciros las cifras de los tirajes de estos autores. En un país en que el peso y la masa tanto importan, éstos no tienen con ellos a la masa. Tampoco están abandonados, son conocidos, respetados y desatendidos.

Se les teme, parece, por esta cualidad de "reveladores", que nos los hace caros. A propósito de Sherwood Anderson hemos señalado en el pueblo americano esa vergüenza, ese pudor, esa timidez de reconocerse, sobre todo en un espejo intelectual de imágenes nítidas y sin misterio. Cada vez que se pone a la luz la personalidad americana, ésta huye, trata de esquivarse, de desaparecer, semejante a esos peces de las grandes profundidades a los que no se puede sacar del agua sin que, en cierto modo, se les vea disolverse. Por orgullo, por pudor no se acepta sino su leyenda. Evita todo lo que podría grabarla, definirla, aunque fuese para glorificarla.

Estos grandes escritores no pueden recibir, pues, del público sino un furtivo apoyo. Las raíces reniegan de la flor. Toda la falsa literatura se aprovecha de ello, la literatura américo-inglesa, américo-germánica, o escandiná-

vica, américo-italiana, etc... Esta, al menos, a nadie fastidia y no puede ser acusada de veracidad o indiscreción. Mantiene la ilusión de hablar, de producir, satisface el orgullo nacional y cumple una función social. Encuentra para confundir a su rival, la literatura propiamente americana (americana de objeto y de técnica), numerosos argumentos: incoherencias, faltas de estilo, y, por lo general, tiene con ella a los colegios.

Así, pues, la literatura americana continúa su caza amarga del público americano. A menudo obtiene brillantes victorias, que la consuelan de sus sinsabores. Y hasta puede que un día venza a la nación. Ora que por una forma perfectamente adaptada a la lógica y a la sentimentalidad americana un escritor logre expresar, disimulándolo, todo lo que la gente gusta sentir y detesta decir (y quizá los balbuceos de Sherwood Anderson sean, desde este punto de vista, una de las tentativas más interesantes y juiciosas, aunque a veces cansadoras), ora una poesía genial, imperiosa y soberana se manifieste, como la que asoma en Gertrude Stein, Cummings, Miss Moore, T. S. Elliot y otros, el público *olvide* acaso su necesidad de disimulo y, por fin, se una con su sombra en pleno sol.

Por el momento, las tres corrientes principales de la literatura americana permanecen: la poesía experimental, como Gertrude Stein y sus discípulos la practican; los grandes libros de novelas, ensayos, historias, enormes, apaciguadores, animadores de la burguesía, como la inmensa novela de Margaret Mitchell, *Lo que el Viento se Llevó*; y la literatura radical, influenciada por el espíritu israelita y el sueño marxista. A esta última, buen número de escritores realistas y naturalistas se han unido, pues para ellos es un medio de renovarse repitiéndose.

En realidad, la crisis, que ha expandido por un más vasto público la necesidad estética, más bien ha embrollado la cuestión que haberla resuelto. Se habla más libremente del arte en la América de 1939 que en la de 1919, pero se le concibe con menos nitidez; se mezcla esta idea a la de la democracia, el comunismo y el apostolado social; elementos independientes que antes luchaban por conservarle al arte su autonomía, han cedido, unos tras otros, empujados por el torrente. La sensibilidad nacional, a la que la felicidad había dado un tinte pagano y que, por consiguiente, había de modo sutil llegado hasta el gusto de la voluptuosidad, durante sus infortunios se ha interesado por lo amar-

go y lo triste; ha pensado que esto es más hermoso por ser más difícil, y el viejo instinto religioso calvinista ha anclado en ella con esta fastidiosa opinión. Así, lejos de emanciparse y desenvolverse, la literatura americana ha caído una vez más en la crisis religiosa.

Todo en los Estados Unidos, felicidad y desgracia, política y comercio, asesinato y prédica, conduce hacia la religión, que es la gran obsesión del país.

LA RELIGION Y LAS RELIGIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Del Dios de Calvino al Dios de la buena gente

En la ruidosa complejidad de la vida norteamericana es difícil ver claro, y, según sus tendencias y sus puntos de vista, los observadores enuncian afirmaciones opuestas. Algunos declaran: "Es asombroso hasta qué punto los norteamericanos son un pueblo religioso". Recientemente, el Presidente de un Colegio americano mostraba la vida religiosa como en todas partes aparecida y mezclada a todas las actividades de sus conciudadanos. Acababa de ver una casa en construcción en Atlantic City, en la que flameaba una banderola con esta inscripción bíblica: "Si no es el Señor el que construye la casa, los que la edifican trabajan en vano". También pudo haber hablado de esos *affiches* que se ven a lo largo de las líneas férreas y que proclaman *Christ is God* (Cristo es Dios); de los coches que a menudo se encuentran por las calles de las grandes ciudades, adornados con la misma inscripción; o de la costumbre que tienen ciertos diarios, aún los pocos morales, de pedir una cita bíblica cada domingo a uno de los principales pastores de la ciudad, para ponerla en lo alto de su página de redacción, etc... Pero también otros observadores pueden afirmar: "Ningún pueblo está más desapegado del cristianismo que los Estados Unidos, pues ningún país es más cerrado al misticismo y está más cogido por la preocupación de la vida material. El materialismo de los Soviets es tímido ante el de los americanos". Y la indiferencia respecto de los dogmas cristianos, es más general que en ningún país, dirían estos audaces acusadores.

Por sorprendente que esto parezca, estas dos tesis contienen una parte importante de verdad y no se oponen tanto

como en un principio parece. Por lo demás, esta situación bizarra y contrastada no es nueva en los Estados Unidos y se la encuentra desde el siglo XVIII. Las colonias inglesas de la América, fundadas en los siglos XVII y XVIII por grupos de colonos harto heterogéneos comprendían en su origen cristianos fervorosos, puritanos de Nueva Inglaterra, cuáqueros de Pennsylvania, católicos del Maryland, venidos a América para hallar libertad y practicar su religión, y exilados, deportados o emigrados políticos que huían de un poder enemigo o estaban proscritos por él: caballeros realistas en Virginia, soldados de Cromwell en Nueva Inglaterra, los alemanes de Renania en Pennsylvania, y aventureros que simplemente venían en busca de fortuna a un mundo nuevo, esperando descubrir oro y tabaco. Estos últimos se preocupaban poco de la fe y menos aún de la moral. Fueron numerosos e influyentes, desde un principio, en Virginia, diseminados en las otras colonias y sobre todo, se agruparon en torno de los puertos. En el Norte, los calvinistas, fuertemente organizados, mantuvieron bastante tiempo la dominación de su aristocracia devota y su piedad intransigente; en Pennsylvania, los cuáqueros, más moderados, pero buenos comerciantes, conservaron, durante algunas décadas, la preeminencia que desde luego les confirieran las circunstancias, el genio de Penn y su riqueza. Pero desde 1750, la oligarquía puritana de Nueva Inglaterra y la aristocracia cuáquera de Pennsylvania habían dejado de dominar y estaban reducidas a un papel subalterno. Clases nuevas, menos piadosas, menos estrictas, menos tradicionalistas, habían llegado al poder. En Charleston, Filadelfia, Nueva York, Boston, las más grandes ciudades de América en tal época, opulentos mercaderes daban el tono. Amaban el lujo, y sobre todo la botella, leían a los deístas ingleses, y sus costumbres eran bastante libres. Un historiador americano, James Truslow Adams, ha demostrado que el Boston del siglo XVIII contaba con más hijos naturales, raptos, adulterios escandalosos que la ciudad moderna (proporcionalmente al menos). Los resultados para Filadelfia serían análogos de creerse a los diarios americanos de ese tiempo. En los artículos que Franklin redactaba antes de tener 20 años, y donde describía las costumbres de Boston de 1720 a 1725, siempre se habla de jóvenes aprendices que merodeaban al anochecer por las obscuras callejas y los jardines sombríos en galante y femenina compañía, sin preocuparse mucho de los 10 mandamientos, ni de los gritos de los pastores. Un ingenio-

so artículo que escribió al respecto el 24 de septiembre de 1722, en el *New England Courant* termina con la anécdota del zapatero al que una bella dama de Boston preguntaba cuánto durarían sus zapatos, y a la que respondía cortésmente: "Sé cuántos días podrá usted llevarlos, pero no cuántas noches, pues en tal caso tienen que prestar un servicio hartamente más violento e irregular que en las horas en que se ocupa usted de los quehaceres domésticos". Franklin, bueno como era y patriarca como logró ser, conocía bien a las damas de Boston y Filadelfia. Tuvo en Filadelfia, hacia 1729, un hijo natural, que a su vez tuvo uno en Londres en 1760, el cual tuvo uno en Francia en 1785, que murió poniendo fin a la dinastía.

El siglo XVIII americano se parece al XVIII europeo. Bajo la influencia de los deístas ingleses se desparraman, en la primera mitad del siglo, violentos escritos contra las religiones reveladas, las iglesias establecidas, la "superstición" y más discretamente contra el cristianismo y sus principios. En el seno de las iglesias se produce una evolución. El clero se desprende de la teología y se vuelve a la ciencia. Trata de conciliar las creencias cristianas con las nuevas teorías científicas, y no es la ciencia la que ha de hacer el mayor número de concesiones. En Boston se ve a ministros puritanos proclamar que no ha de haber infierno, otros juzgan a la Trinidad una idea indefendible. Los primeros gérmenes del "Universalismo" (1) y del "Unitarianismo" (2) son lanzados y se desarrollan de una manera vertiginosa. Pronto la gran Universidad de Harvard pasa a manos de los "liberales". En la época en que estalló la Revolución, el Sur estaba bastante descristianizado. La Iglesia de Inglaterra, que allí tenía el rango oficial, era tan poco considerada e impotente que no se recobró nunca por completo de las persecuciones y proscripciones imaginadas contra ella por los patriotas que sospechaban de su lealtad. El Norte y el Centro se habían ya liberado mucho de su rigor original para recibir calurosamente a los franceses "papistas" y "filósofos", y aceptar la colaboración de los católicos americanos, antes proscritos. Un buen número de los más grandes revolucionarios americanos eran "filósofos".

El cristianismo de Washington era vago, más formal

-
- (1) Doctrina que afirma la salvación final de todos los hombres.
(2) Secta que se niega a creer en la Trinidad.

que personal; el de Jefferson, aún más nebuloso; el gobernador Morris era un deísta volteriano. Franklin, más sentimental, rogaba a Dios, pero no sabía qué nombre darle y hablaba de "Sócrates y Jesús" con una unción muy filosófica. Por fin, el gran héroe de la Revolución en el Norte. Ethan Allen, escribía un tratado antirreligioso *Reason the only oracle of men* ("La razón, el único oráculo del hombre"). Se puede pensar que los disturbios inherentes a toda guerra que se prolonga, la frecuentación de soldados y de oficiales que pertenecían a religiones diversas, o la "filosofía", y por último el afluir de comerciantes de todos los países a los puertos, no mejoraban las costumbres ni fortalecían la situación del cristianismo en los Estados Unidos entre 1780 y 1795.

A partir de esta fecha solamente se hace perceptible una reacción debida a la organización, luego a la difusión del catolicismo de una parte, sobre todo en las poblaciones de origen germánico, y a la constitución, de otra parte, poderosa de las iglesias baptistas, metodistas, y otras formas sentimentales, no intelectuales, pero sí populares del cristianismo, que penetraron en las grandes masas de los Estados Unidos y los relacionaron con el cristianismo durante las primeras décadas del siglo XIX. En efecto, estos ensayos de cruzadas cristianas, apelando a la emotividad de las muchedumbres, realizados con brillo durante todo el siglo XVIII, no dieron verdaderamente su fruto sino en el XIX. De 1750 a 1780, el historiador tiene la impresión que la gran fuerza moral que dirige los destinos de los colonos ingleses de América es la francmasonería (poderosísima y muy organizada, al tiempo que muy moderada) más que las diversas denominaciones cristianas. Es difícil probarlo, pero esto se advierte en un minucioso estudio de los acontecimientos y de los hombres, pues todos los organizadores de la Revolución americana eran masones de alto grado.

El período sangriento de la Revolución francesa trajo un eclipse a las ideas filosóficas en América y la masonería fué violentamente atacada. Hacia 1800, estaba en pleno retroceso. El cristianismo se reorganizaba y casi todos los grandes hombres del siglo XIX americano fueron cristianos convencidos: Lincoln es el prototipo. La vida dura y simple que llevaban los colonos americanos a través de su móvil frontera y las innumerables bendiciones que Dios repartía sobre ellos, en forma de territorios nuevos y de riquezas sin cesar acrecentadas, les mantenía en una especie de fervor cristiano, en que aún viven los pueblos del centro

de América. En su conjunto, sin embargo, las sectas protestantes se han multiplicado en los Estados Unidos, al mismo tiempo que han visto disminuir la fe de los fieles y aún del clero en los dogmas por ellas enseñados. Los obispos y los jefes religiosos han sido impotentes para impedir esta degradación progresiva. Donde han tratado de luchar y reaccionar, no lo han conseguido, y muchos de ellos, en vez de resistir, han empujado la rueda.

En los congregacionistas de Nueva Inglaterra tanto como en los baptistas del Sur, los episcopalianos de Nueva York, los presbiterianos de Jersey, los "cristianos" de Georgia, los unitarianos de Bóston, los luteranos de Chicago y de Cincinnati, el mismo movimiento se ha hecho sentir.

Entre Jehová y el Ser Supremo

El clero, ante todo liberal y democrático, ha seguido o precedido a los fieles en su evolución hacia formas de pensamiento y de organización religiosa en que las afirmaciones dogmáticas y las concepciones intelectuales de la divinidad se tornan cada vez más blandas. Mantenían su influencia social sacrificando la realidad espiritual de su culto. Cada individuo, a fin de cuentas, era juez de lo que deseaba afirmar. El infierno, la presencia real no eran los solos puntos sobre los cuales caía este nublarse de la fe y este aletargamiento de la esperanza. Muchos ministros protestantes dudan de la divinidad de Jesucristo, consideran a los obispos como desposeídos de todo magisterio espiritual, a la Biblia como un libro envejecido y poco seguro, indigno de servir de guía a espíritus modernos iluminados por la ciencia contemporánea. En tales espíritus, la física, la química, Darwin y Einstein desempeñan un papel mayor para modelar las ideas, la concepción y la percepción de Dios que San Agustín o San Pablo. He aquí lo que escribía en 1926 el más escuchado y respetado de todos los predicadores protestantes de los Estados Unidos, Harry Emerson Fosdick, pastor de la Iglesia baptista, a quien Rockefeller escogió para dirigir su conciencia y organizar sus obras de caridad:

"El lenguaje poético que empleamos cuando hablamos de Dios estará largo tiempo influenciado por las fórmulas obsesionantes del antropomorfismo, como las expresiones "puesta de sol" y "levantada del sol" nos llevan a asociaciones de ideas que corresponden a un concepto del mun-

do ya viejo y absurdo en nuestros días. Pero la fe religiosa estará siempre amenazada en los medios inteligentes, mientras no se haya reconocido que la astronomía de la antigüedad y de la Edad Media no es posible ya, como asimismo la idea antigua de un dios residente en un lugar dado y concebido en términos individuales y pintorescos. Es evidente que la realidad que nos enfrenta es diversa, como que se trata de un universo rico de poder creador... Este poder lleva a un vivir espiritual y debe ser interpretado en términos espirituales. Hay en nuestro universo organizado y sometido a la evolución más de un esfuerzo emergido de abajo, como si fuera alzado por fuerzas ciegas, y hay también un impulso, como si una finalidad se esperara y hubiera objetivos sucesivamente alcanzados. La filosofía nos lleva a estas comprobaciones; pero la religión va más lejos. Va al encuentro de este poder para relacionarse con él por la amistad y la buena voluntad. Trata de hacerse una idea de él, utilizando lo mejor que conocemos, y dice con Lowell:

Dios está en todo lo que libera y eleva,
En todo lo que mortifica, apacigua y consuela.

Encuentra a Dios no fuera, sino dentro: como Jesús lo describía, "una fontana que mana" (*Harpers Magazine*, 26, 1).

He querido citar esta página de un hombre honesto, recto, inteligente y muy representativo de lo que hay de mejor y de más general en el protestantismo americano actual, para demostrar hasta qué punto esta religión se esquivo ante la fe y el pensamiento distinto. Al lado de este eminente baptista, es interesante situar a un congregacionista, David E. Adams, que en un artículo titulado "La nueva base de la autoridad religiosa" declara:

"La base de la autoridad fué Jesús, luego la Iglesia, luego la Biblia, y ahora, en vez de ser la Biblia, es el individuo, cuando se sitúa junto al Maestro, sediento de verdad divina". (*Atlantic Monthly*, agosto del 26).

La vaga piedad del final de la frase trata en vano de borrar lo que tiene de formal la declaración. En fin, en un sermón predicado en Nueva York, un pastor episcopal decía:

"El cristianismo no es un libro, ni siquiera un *credo*, sino una persona y una vida que nos revelan lo que Dios espera del hombre, Dios que vive en el hombre y lo mueve

al cumplimiento de su misión divina. El Cristo viviendo en el hombre no puede ser limitado, pues, y atado por el pensamiento de ninguna edad. Si la Iglesia está atada por la teología del siglo IV al XVI, o de cualquiera otra época, está condenada. La religión sigue adelante, es tan viva ahora como en otro tiempo lo fuera, pero se ha alzado sin cesar".

Se ve hasta dónde llega en las denominaciones protestantes el afán de seguir los movimientos de la ciencia, de la vida y el pensamiento modernos. El increíble celo que han puesto en crearse pequeñas sectas, incesantemente ávidas de disminuir la distancia entre el pensamiento laico y el pensamiento religioso, sería otra prueba. En efecto, la multiplicación de los cultos es debida en América ampliamente a este afán. Las grandes sectas quieren tolerar en sus fieles y en el clero esta actitud modernista, pero se niegan a adoptarla en principio. Por esto, hay grupos que a menudo se desprenden de ella y forman pequeñas iglesias, celadas por la religión y la ciencia y por su fusión. Este desmigajamiento no debe ocultarnos que casi todos los protestantes de América van en la misma dirección y que en realidad las diferencias de fe, de liturgia, de hábitos han disminuido tanto entre las denominaciones oficialmente distintas que ahora parecen ilusorias. Se ve en Nueva York a pastores que aceptan dar la comunión a fieles que no pertenecen ni a su rebaño ni a su secta. Se oye elogiar la fusión de todas las iglesias protestantes, que se verificó en el Canadá, donde las grandes iglesias protestantes se han federado y han repartido entre ellas las parroquias según su importancia y las situaciones locales. Se celebran ahora en los Estados Unidos esas "Union services" destinadas a todos los protestantes indistintamente, y que más se parecen a las ceremonias deístas del siglo XVIII que a un oficio religioso. Las sectas parecen haber perdido al mismo tiempo el sentido de la liturgia y el del valor de la fe intelectual. Esto data de antiguo, sin duda, pues ya en el siglo XVIII Franklin elogiaba a un grupo de místicos alemanes residentes en América por no poseer ningún *credo* fijo y prohibir que se redactara alguna vez uno. De esta manera, decía Franklin, están seguros de no engañarse gravemente, de poder mejorar su fe a medida que la humanidad contara con mayores luces, y no ser prisioneros de un *credo* caduco. Es ya toda la teoría moderna de los pastores protestantes americanos. Sería injusto, por lo demás, negarles su celo. Han renuncia-

do casi por completo a enseñar la teología y a apoyarse en afirmaciones dogmáticas; pero han querido seguir siendo los médicos del alma, los consejeros del individuo y los guías sociales de las naciones. Los pastores del siglo XVIII buscaban ya estos roles de tribunos y la mayoría de ellos se inclinó activamente a la revolución (exceptuados los episcopales). Los de hoy desarrollan, por lo general, un gran celo democrático. ¿No están sus iglesias organizadas democráticamente, frente al catolicismo con su jerarquía aristocrática y su poder central constituido en monarquía electiva? Ciertas sectas son aristocracias electivas, (los episcopales), otras puras democracias como cuáqueros, que ni siquiera tienen sacerdotes. Por otra parte, como las iglesias no participan del presupuesto del Estado ni del Gobierno federal, deben mantener buenas relaciones con las clases superiores. En América, donde el pueblo es rico, esto no es un problema insoluble. Sin embargo, esto circunscribe la actividad de las denominaciones, sobre todo desde 1870, fecha del des-envolvimiento de la gran industria y, por lo tanto, de los conflictos entre patrones y obreros.

El clero protestante, esencialmente democrático y preocupado de las cuestiones sociales y políticas, supo, en este difícil paso, orientarse, y ya que el campo que a nosotros, los europeos católicos, nos parece el de la religión pura (orar a un Dios trascendente, misticismo, esfuerzo de comprensión y de obediencia personales), le estaba cerrado o le parecía cada vez más peligroso, se lanzó a las obras sociales. Esto no tenía sino ventajas; no se necesitaban dogmas, ni disciplinas morales complicadas, ni liturgia; no se aburría a nadie, se podía allí desarrollar los recursos de la bondad, del celo, del ingenio, se servía a los pobres, y al ofrecerles a los ricos la ocasión de dar, en un país opulentísimo, se les proveía de una especie de seguro social y de un medio de brillar. Se trabajaba, si no por el acercamiento de las clases, al menos por su buen entendimiento. La gran obra del protestantismo americano fué, desde luego, la creación de todas las Y.M.C.A. cuya reputación ha llegado hasta Europa, siendo imitadas. La *Asociación Cristiana de Jóvenes* instaló en cada ciudad locales para recibir a los jóvenes aprendices, a los obreros, a los empleados, y para alimentarlos con escaso gasto, hospedarlos, darles los medios para hacer deportes, distraerlos sin inmoralidad, vigilándolos discretamente. Estas especies de clubes (1,581 secciones en 1927, 1,082 en 1938 con un millón ciento veintiún-

mil miembros y un capital de 183 millones de dólares), tuvieron una gran clientela a causa de las condiciones y las costumbres del país en que el adolescente comienza su vida tempranamente, en que la familia se dispersa pronto, en que se viaja mucho y en que los grupos sociales se forman y se disipan rápidamente. La actividad de estos círculos, u "hogares" fué particularmente grande y feliz durante la guerra. Pareció, en realidad, que las iglesias protestantes habían encontrado un medio de acción y un procedimiento de evangelización notables.

Animadas por estos éxitos, emprendieron la más grande y grave campaña que jamás intentarían: la lucha por la prohibición del alcohol. Desde hacía largo tiempo, alrededor de un siglo, el movimiento en favor de la temperancia desempeñaba un papel en la política y la religión de los Estados Unidos. En 1917 un gran número de Estados ya habían votado leyes que prohibían el consumo de alcoholes (comprendidos el vino y la cerveza) en su territorio. Animados por este primer triunfo, las denominaciones protestantes (sobre todo los baptistas y los metodistas, pues los episcopales estaban divididos y las otras sectas se hallaban menos fuertemente organizadas), intentaron hacer inscribir la prohibición en la constitución federal. La empresa tenía algo de absurdo y de positivamente chocante, pues el carácter esencial de esta constitución es la brevedad, la discreción y el esfuerzo por imitar al mínimo los cargos y responsabilidades del Gobierno federal. Darle el cuidado de la prohibición era no sólo obligarlo a invadir una zona que era nada menos que la de la libertad individual o de la legislación de los Estados sino arrastrarlo a gastos considerables, a una empresa difícil e igualmente comprometedora, si fracasaba, pues el poder central se cubriría entonces de ridículo, y si triunfaba, pues arriesgaba el tornarse en un peligroso ejemplo.

Sin embargo, gracias a una organización cuidadosa y a preciosos apoyos, las iglesias vencieron. Crearon *The Antisaloon League* (La Liga contra la Taberna), apelando tanto al instinto de sobriedad y de dignidad de las masas anglosajonas como al deseo de los políticos de liberarse de la tutela, tan penosa en los Estados Unidos como en Europa, de los taberneros y proveedores de licores. Por fin, tuvieron a su lado a todos los grandes industriales, que conociendo el daño que las tabernas les hacían, eran entusiastas partidarios de la abolición. Veían en la taberna perju-

dicarse a sus obreros, y hundirse en ella sus ganancias, en vez de que sirvieran para la compra de vestidos, de objetos manufacturados, etc. Los cerveceros y los importadores de vino hubieran podido protestar, pero el sindicato de cerveceros, rico y poderoso antes de la guerra, estaba compuesto principalmente de alemanes o de antiguos alemanes, faltos de prestigio en 1917. Rockefeller prestó su generoso apoyo a esta cruzada, que también animó Ford, con la esperanza de ver a las clases bajas comprarse automóviles una vez que no pudieran tomarse un aperitivo o un whisky. El poderoso grupo de mercaderes de productos farmacéuticos y de bebidas no alcohólicas también prestó apoyo a la piadosa empresa. Se intimidó a los unos, se halagó a los otros. A los ricos se les dijo: "Siempre podréis procuraros lo que deseéis"; a las mujeres: "Vuestro marido no os golpeará más y os llevará al cine, el sábado en la noche en vez de irse a beber". Se las enroló en masa. Por último el Congreso pasó la ley, fué ratificada por los 2/3 de los Estados (Décimaoctava enmienda a la Constitución de los Estados Unidos. 18-XI-1917). Ya ningún americano podía beber legalmente licor, whisky, vino, cerveza, etc., conteniendo más de 1 y 1/2% de alcohol. En los meses que siguieron, el cine, el fonógrafo, la industria del automóvil, y la de productos farmacéuticos y bebidas higiénicas tuvieron una gran prosperidad. La partida estaba ganada. La causa de la Iglesia y de la moralidad había triunfado una vez más. La oposición de la mayoría de los católicos, del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson, y de algunos jefes políticos, había sido impotente.

Con este triunfo las sectas protestantes demostraban su fuerza, su influencia social, su celo por el bienestar y la moralidad del pueblo, preocupación por los intereses de la gran industria, y de las clases ricas, su espíritu moderno y su sentido de la política. Fué una apoteosis. Se habló entonces de un gran *Interchurch World Mouvement* para convertir y moralizar al globo. Sería una inmensa federación de todas las denominaciones protestantes de América. Se esbozó su organización que debía invadir Europa. Misioneros protestantes irían a evangelizar los pueblos católicos. Se les demostraría a las pobres gentes del Viejo Mundo, retardadas en religiones caducas, lo que debía ser la actividad religiosa moderna. El protestantismo, religión social e higiénica, veía abrirse una nueva era esplendorosa. Los pla-

nes eran soberbios y grandiosos. Pero vinieron algunos acontecimientos a arruinarlos y a detener tales impulsos.

En vez de poder derramar sus beneficios por el mundo y resplandecer, el protestantismo americano iba a verse obligado a defenderse en casa y luchar por su existencia. Atacado por fuera como hasta entonces no lo había sido nunca, iba a verse dividido interiormente por el peor conflicto que conociera. Las diferentes sectas americanas fueron cogidas entre las grandes masas populares o de baja burguesía, que estaban sedientas de una religión concreta, y los grupos intelectuales, de refinados, de altos burgueses, que pedían una moral nueva, una más completa sumisión de la ley religiosa a las doctrinas y los métodos científicos. Era imposible conciliar estos dos puntos de vista, o encontrar un buen término medio. Una verdadera guerra se inició, y que dura aún. Por extraña paradoja, cada una de estas fracciones opuestas puede pretender representar la verdadera tradición protestante americana, pues se relaciona con tendencias ya existentes en el puritanismo del siglo XVII, pero las circunstancias y su normal evolución las llevaron a diferir hasta el punto de hacerse contradictorias: la necesidad de una religión sensible, emotiva, literal, de una parte (en los fundamentalistas), y de otra parte (en los modernistas) el instinto calvinista de que la religión no debe ser simplemente un asunto privado, sino llenar toda la vida, modelar a la sociedad y para esto adaptarse a las circunstancias contemporáneas; por último, en aquellos que llamaré neopaganos, a falta de mejor término, la convicción de que los bienes de este mundo, siendo una bendición de la divinidad, no deben ser desdeñados, sino al contrario acogidos con alegría y entusiasmo.

La reacción contra el abandono de todo dogma, de la infalibilidad bíblica y de la moral estricta, tomó en América el nombre de "Fundamentalismo". Data de antiguo, en el siglo XIX, pero no ha revestido su forma aguda, diré casi violenta, sino después de la guerra, desde el momento en que el modernismo se hizo más audaz y en que las costumbres cambiaron bajo la influencia del aflujo de las riquezas. Un movimiento fundamentalista se hizo sentir en cada una de las grandes sectas americanas, episcopales, metodistas, baptistas, presbiterianas. En las diferentes iglesias, las oposiciones se han hecho formales y de una secta a la otra los diferentes grupos de fundamentalistas y de modernistas se han encontrado singularmente aproximados. Puede decirse

sin injusticia que desde el punto de vista de la fe, no hay sino dos grupos protestantes en los Estados Unidos: los fundamentalistas y los modernistas. Los primeros son fuertes sobre todo en el Sur, el Oeste, el Centro de los Estados Unidos, en las poblaciones rurales o simples, en las clases medias o bajas. Admiten la Biblia textualmente e integralmente, creen en el infierno, predicán una moral estricta y preconizan en general un nacionalismo racial. En sus prédicas evocan a menudo el fin de los tiempos y lo anuncian como próximo e inminente. Su posición frente al modernismo americano puede compararse a la de los jansenistas en Europa ante los jesuitas en el siglo XVIII. Mientras los modernistas apelan al refinamiento intelectual de las minorías, ellos se dirigen al instinto y la emotividad populares. Combaten la incredulidad, la disolución de las costumbres y a los modernistas. Frank Norris, uno de los más grandes jefes del Fundamentalismo, comparaba a los modernistas con lobos disfrazados de corderos, con Judas abrazando a Jesús, con Joad fingiendo amistad para llevarse aparte a Abner y matarlo, con Absalón intrigando ante el pueblo para despojar a su padre de su reino, a los cuclillos que ponen sus huevos en los nidos de otros pájaros, por fin a los leprosos de la espiritualidad, pues son como los leprosos que se dicen sanos, salvo a trechos".

Apoyado en estas fuerzas populares, en los *Bible Institutes*, centros en que se enseña la religión desde el punto de vista fundamentalista y en que se prepara a los predicadores, y en buen número de obispos y de teólogos, el Fundamentalismo intenta intimidar a los modernistas. En noviembre de 1923, la Asamblea de obispos episcopales recordaba a los pastores de esta denominación que estaban obligados a aceptar integralmente el símbolo de Nicea, so pena de no pertenecer a la Iglesia episcopal. Esta carta dió lugar a indignadas protestas. Se vió subir al púlpito a pastores que habían servido durante 60 años. Acusaron a los obispos de despotismo, de injusticia, y afirmaron que las escrituras no imponían que se creyera en la Inmaculada Concepción o en la resurrección física de Jesús. Sostenidos por una asociación, *The Modern Churchmen's Union*, los modernistas se declararon prontos a sufrir persecuciones por su fe, o su ausencia de fe, mientras que los obispos fundamentalistas anunciaban que acusarían de herejía a los rebeldes y los harían comparecer ante los tribunales eclesiásticos.

En el último momento, sintiendo el disturbio inmenso que esto traería en su iglesia, los obispos episcopales evitaron el conflicto; pero muchos, en particular el obispo de Nueva York, Manning, recordaron en el púlpito a su clero que la Iglesia episcopal no podía aceptar la teoría que permitía a cada cual concebir los dogmas a su manera. Tuvo la humillación de ver a uno de los más distinguidos curas episcopales de su diócesis y de la ciudad de Nueva York subir al púlpito en su parroquia para responderle y refutarle. No fué su única molestia. En una de las más viejas parroquias episcopales de Nueva York, "Saint-Mark in the Bowery", un cura más dotado de sentido artístico que de sentido litúrgico había organizado oficios en que muchachas muy bonitas y cubiertas de velos leves danzaban, mientras juegos de luces y melodías evocadoras debían crear una atmósfera religiosa y espiritual (1). El obispo de Nueva York no encontró que esto armonizara con la liturgia episcopal y se lo dió a entender a este cura y a su consejo parroquial, que en respuesta redactaron una carta y la publicaron. Alegaron que en tal caso la liturgia episcopal estaba en el error y que si el cristianismo no era capaz de adaptarse a los tiempos modernos, estaba muy enfermo. Sin embargo, las danzas fueron suspendidas algunos meses, pero al mismo tiempo una viva agitación reinó en las otras sectas, en particular entre los baptistas y los presbiterianos, y todo el mundo se excitaba con problemas teológicos, con cuestiones de disciplina y de dogma. Luego vino un buen crimen o la cuestión de las deudas interaliadas, y se habló

(1) He aquí, a modo documental, la descripción de una de estas "ceremonias": "Hace un mes, el servicio religioso de la tarde fué consagrado a una discusión sobre astrología y a la lectura del horóscopo de Mussolini. Luego se tendió una cortina ante el altar y comenzaron las danzas rituales. Cinco discípulos, vestidos de velos cuyos colores iban del azul ceniza al rojo, rodeaban la figura de Cristo, mientras que cuatro muchachas, en el fondo, representaban a las criaturas celestes."

El libreto de la danza databa del siglo II y había sido puesto en música por Gustavo Holst, compositor inglés contemporáneo. El Dr. Gunthrie llamaba a esta ceremonia "pantomima sagrada"... Una ceremonia imponente precedió las danzas rituales: se leyeron poemas de Walt Whitman sobre el martirio de Lincoln, himnos diversos y en particular "El Himno de Jesús", sacado de escritos apócrifos de San Juan. El Dr. Gunthrie explicó que los americanos comprendían mejor la Pasión de Jesús después de escuchar tales textos sobre Lincoln y el poema de Whitman: "La última vez que las lilas florecieron a la puerta"...

de otra cosa. Pero, en el seno de las iglesias, la guerra continuó. En 1926, los baptistas modernistas ganaron diversas victorias, los presbiterianos llegaron a contemporizar y los episcopales siguieron batiéndose. El monótono conflicto se prolongó. Y nada puede hacer que se adivine el fin.

Sin embargo, el problema no se plantea ahora como en 1923. En verdad, el Fundamentalismo se ha debilitado. Su influencia, tan vasta en su origen, no era tan sólo de orden religioso, sino también de orden social. Estaba estrechamente unido con el Ku Klux Klan, famosa organización secreta y nacionalista que pretendía defender el americanismo y a los americanos contra todo lo venido de fuera, el catolicismo, los negros, los judíos, las poblaciones mediterráneas, *la inmoralidad y la ciencia*. De 1920 a 1926, el Klan tuvo una verdadera importancia, sobre todo en el Sur y en el Centro de los Estados Unidos. Correspondía a esa necesidad de fe, de afirmación, de energía llevada hasta la violencia, que las masas populares americanas sentían en tal momento. Sus ceremonias nocturnas, en que, enmascarados y vestidos de blanco y con una capucha, los miembros del Klan se reunían en torno de una cruz ensangrentada iluminada por reflectores o luces de bengala, seducían a los espíritus simples y a las imaginaciones ávidas. El Klan dominó la política de ciertos estados: Texas, Indiana, Maine, etc. Pero terminó por hallarse en conflicto con muchas fuerzas económicas y espirituales, fué descalificado por una serie de escándalos, en particular el de Indiana, y hubo, sintiendo su debilitamiento, de entregarse a una especie de honorable enmienda. Renunció a sus máscaras, al uso de la fuerza, a sus vestiduras y se declaró moderado, "moderantista" (1). Fué una abdicación, tanto más grave y significativa cuanto que se produjo en vísperas de las elecciones presidenciales.

Muchos otros signos indican la decadencia del Fundamentalismo. Uno de sus medios de acción más eficaces eran las prédicas populares, los "revivals", algo más o menos comparable a las "misiones" de la Iglesia Católica, pero de un género más popular y material. Algunos de estos misioneros populares protestantes tuvieron gran éxito, como el famoso Billy Sunday, que en la época anterior a

(1) Proclamación del gran hechicero (gran maestro), Hiram W. Wans. Febrero de 1928.

la guerra y de la guerra convertía a las masas obreras del centro de los Estados Unidos, como todas esas misioneras que aparecieron entre 1919 y 1928, y siendo la más ilustre de todas Aimée Mac Pherson. Asistí recientemente a una prédica de esta evangelista en Chicago y conservo un recuerdo que difícilmente se borrará.

En una enorme sala de barrio obrero de Chicago, en el corazón del tórrido y húmedo estío, Aimée Mac Pherson tenía su sede: diez días de predicación para convertir a la gran ciudad atea y corrompida. Había adornado el gigantesco hall con banderas norteamericanas, en ambas puertas se vendían folletos, fotografías de la "santa", insignias. En un estrado bastante amplio se había preparado sitio a la orquesta, a los notables y a la predicadora. A la derecha, un coro de hombres y mujeres, y otra orquesta; detrás, decorados semejantes a los de la ópera. Cuando llegué, la sala estaba casi vacía. En el pequeño grupo que se presionaba en torno del estrado, unos tenían los ojos brillantes y los rasgos tensos, otros sonreían y mostraban ese maquinal movimiento de las mandíbulas que revela una masticación apacible de "chewing-gum". Obreros, viejecitas, familias enteras se hallaban reunidas junto a algunos empleados y a escasos intelectuales. Nadie parecía rico o elegante. Aquí se advertía el lado doloroso de América; aquellos que no tienen fortuna y que, siendo pobres, vienen a buscar junto a la "santa" un consuelo espiritual, o un placer ante lo cómico, lo pintoresco y lo ridículo, susceptible de distraerlos sin gasto alguno.

Se esperó una media hora que la sala se llenase, pero permaneció vacía en sus tres cuartas partes. De súbito, una mujer bastante grande, desgarbada, sin belleza, pero nerviosa y danzarina, subió al estrado. Destacaba su brillante cabellera roja. Tenía una falda azul, una chaqueta azul y la gorra azul de los empleados ferroviarios. Inclínada, cálida, dijo algunas palabras con su cascada voz para pedir que cantaran. Luego, cantando y llevando el ritmo con un tamboril, guió su coro, al que se unió la asamblea. Se cantaban cánticos sonoros y como vacíos que ascendían tristemente hacia las bóvedas de hierro y cemento del hall. Viendo la tristeza que reinaba en su asamblea, Aimée habló de sus esfuerzos, de sus sufrimientos (¿no la acababan de denunciar como habiéndose dejado raptar por su director de orquesta, y no estaba su madre conspirando contra ella en Los Angeles, su centro y su capital?). Describió el fracaso

de su campaña en Chicago, habló de los 10 mil dólares que esto diariamente le costaba; luego dijo: "Pero el demonio no triunfará. Vosotros estáis aquí". Hizo una pregunta a sus discípulos: "¿Quién —dijo— ha andado diez kilómetros para venir aquí?" Y decenas de manos se levantaron. "¿Quién me sigue desde hace diez años?" Y se dejaron ver unos rostros entusiastas. Hacía levantarse a sus fieles, les dirigía algunas palabras y los señalaba a la asamblea, los instalaba en torno suyo en el estrado. Hizo su colecta cuidadosa y lentamente, la contó, luego anunció el resultado. Después de nuevos cantos, comenzó su sermón. Pues su gran especialidad son sus sermones parabólicos.

Aquel día su prédica estaba ilustrada por medio de un ferrocarril, como los que damos a nuestros hijos en Navidad. Un decorado de cartón mostraba una estación de partida con dos trenes en espera, luego una línea se iba a la derecha, y subía por rudas montañas hasta un valle verdeante; otra línea trepaba por la izquierda a través de una rica campiña y llegaba a un túnel al fin del cual había un precipicio. Aparecían pequeñas estaciones con estos nombres: a la derecha: "Buena Voluntad", "Nuevas Acciones", "Virtud Paciente", "Vida Pura", "Muerte Cristiana"; a la izquierda: "Buenas Intenciones", "Titubeos", "Dudas", "Pecados", "Vicios", "Obstinación en el Mal", "Muerte Impía". Sosteniendo una linterna y una de esas banderas rojas que sirven para anunciar la partida de los trenes en América, hablaba. Explicaba que los trenes iban a partir: "All Aboard" —gritaba con el tono imperioso y suave, particular a los conductores, (¡Arriba todos!). "Arriba para el rápido del cielo, o el expreso del infierno. No hay un minuto que perder. Sea donde sea que queráis ir, iréis derechamente. ¡Arriba!". Y describía el fácil paisaje del vicio, la áspera vía de la virtud, con Cristo como fin supremo y juez. Los trenes partían cuando ella hacía un gesto. Silbaban en las estaciones y ante el túnel. Ella aceleraba sin cesar el ritmo de sus movimientos, de sus palabras, de sus afirmaciones, mostraba al demonio que conducía el tren infernal, y por fin, en medio de un gran ruido, éste se sumía en las tinieblas del infierno. Con su voz cascada, Aimée Mac Pherson gritaba: "Venid a mí; venid al Cristo". Mientras algunas personas se precipitaban al estrado donde se arrodillaban, manteniéndose abrazados, llorando y murmurando, un cántico más cálido se alzaba entre los asistentes. "Que se levanten todos los que quieran convertirse" —gritaba. Damas

temblorosas se erguían, gemían los niños, una obrera se deslizaba hacia la salida. "El Cristo —decía— el Cristo está entre vosotros". Y los asistentes, poquitos en la inmensa sala, participaban de su turbación, de su celo, de su inquietud, apretándose contra el púlpito. Decía una vieja: "Es una santa". Un obrero empujaba a su mujer: "¿Has preparado el café para la noche?".

Acerca del cristianismo americano

Para mí, europeo, el demonio había triunfado de Aimée Mac Pherson. Algunas pobres gentes habían estado distraídas o impresionadas, pero no fortalecidas. Todos habían sentido el vacío y el hielo de esta religión. En su esfuerzo por mantener el contacto con los tiempos modernos, con las muchedumbres, el Fundamentalismo me parecía y me parece, de una manera general, perder terreno. Ciertamente que en las tardes de estío frescas y polvorosas de California se ve aún en muchas encrucijadas la tienda del predicador popular y se oyen sus roncantes cantos. Ciertamente es que se hallan aún de esas "Conventions" como la de los "Clubes asociados de los agentes de publicidad" habida en 1927, en Filadelfia, donde el principal discurso fué el del Reverendo Cadman, y en que el Dr. Reisner, pastor metodista de Nueva York, presidió la sesión consagrada a la réclame en la Iglesia, que discutió acerca de los principios espirituales en la réclame y el reclutamiento de las clases bíblicas populares, "cómo se puede anunciar el Reino de Dios por medio de la réclame, sea por la prensa o por la radio". En la noche hubo *cabaret entertainment* (baile y entretenimientos). Claro es que tales esfuerzos continúan, y las iglesias no renuncian aún ni a luchar por la prohibición que los baptistas y los metodistas quisieran resucitar, ni a mantener sus comités locales que censuran los films e intimidan a las grandes compañías cinematográficas, hasta el punto de obligarlas a aceptar sus órdenes y prohibiciones (1).

(1) En 1927 se encontraban aún numerosas pruebas de la buena organización de las iglesias respecto de la censura; he aquí algunos hechos: prohibición del film de Chaplin "El Peregrino", por el Ku-Klux-Klan", en diversas ciudades; prohibición de diversas obras licenciosas en Nueva York durante el invierno (en particular "La Prisionera", de Bourdet); prohibición en Boston de vender ciertas novelas tenidas por inmorales y amenazas por la justicia de meter presos a los libreros, si desobedecían.

Las diferentes reglas y restricciones que las iglesias protestantes quieren imponer a la población no son aceptadas sino coléricamente. Numerosas son las razones que deben hacer de Estados Unidos uno de los pueblos más sensuales del mundo y tornar difícil toda restricción. La riqueza individual, la abundancia de materias primas y de productos de toda clase bastarían para embriagar a cualquier pueblo, sea cual sea su origen. Pero, buen número de americanos, siendo emigrantes, habiendo pasado bruscamente de la pobreza y de la vida dura en un medio pobre, a la opulencia y a la vida fácil en una civilización lujosa, deben de sentirse aturridos por el contraste. Por lo demás, la práctica del deporte, tan generalizada en América, no tiende sólo a fortificar los músculos, sino a desenvolver el interés por la vida física, la facultad de gozar con todo el cuerpo, el placer de la desnudez y de la belleza física. Hay en el deporte un elemento pagano que puede ser desdeñado o tornarse esencial, según la actitud de los que lo practican. La literatura, en todo el universo y en los Estados Unidos, mueve hacia aquella sensualidad consciente y ávida que caracteriza todos los goces paganos. El lujo del vestir, muy grande en los Estados Unidos, ya que la seda casi ha reemplazado por completo al algodón en los vestidos femeninos, y los refinamientos de una higiene loable, seguramente, e inocente en sí, pero también encaminada a la voluptuosidad física, acrecen aún más tales tendencias.

No hay que desdeñar tampoco ese elemento tan importante que es la promiscuidad de las razas y sus mezclas. Una región uniformemente habitada por blancos, como Francia, no puede concebir todo lo que el hallarse juntos blancos, amarillos y negros trae en materia de excitaciones físicas y de incitaciones sexuales. Existe, en verdad, en los Estados Unidos, un remedio para tales peligros: el trabajo extremo, agobiador, excesivo a que se entregan los hombres a partir de los 20 a 22 años y que les calma el ardor. Pero, antes de esta edad y en el período que se extiende entre los 16 y los 22 años, parece que todo estuviera hecho para empujarlos al goce de su cuerpo lo más posible y lo más libremente. Por lo demás, las mujeres blancas no tienen este antidoto, pues su vida, rodeada de respeto, de bienestar y ocio, se desarrolla sin fatigosos trabajos.

También la América ofrece un curioso espectáculo al visitante que quiere conocer sus costumbres. Se ve menos inmoralidad aparente, pero más sensualidad que en Europa.

Las formas "sociales" del vicio, que en Francia son toleradas, vigiladas benévolutamente por los poderes públicos, y que se exhiben en los anocheceres por nuestros bulevares, están severamente prohibidas en América; pero millares de muchachas se muestran por las calles, sobre todo en estío, en trajes que nada tienen que envidiar a los de París. En las tardes de primavera y de verano, en los alrededores de Nueva York y de Chicago, pueden verse por millares los autos cerrados, con las cortinas corridas, detenidos junto al río o al lago, o en algún camino poco frecuentado. También se puede alquilar un automóvil por semana, por día, por noche. Notemos también los divorcios que se multiplican cada año en los Estados Unidos (más de 180 mil en 1926; más de 218 mil en 1935). Esta forma particular de sensualidad parece característica de los Estados Unidos. Muchos europeos se han sorprendido al ver vender en las calles publicaciones maltusianas, al saber que diversos Estados tienen leyes para la "eugenesia", o impedir a los criminales no condenados a muerte el tener hijos. Algunos pastores protestantes defienden un maltusianismo moderado y metódico. En 1928, un juez de Denver declaró: "El maltusianismo es practicado por el 90 % de las parejas inteligentes, para limitar la familia", y seguía con un elogio del *Companionate Marriage*, que consideraba como un accesorio esencial del maltusianismo.

Este matrimonio de prueba, o *Compagnonnage marital*", de que tanto se habla en los Estados Unidos, recuerda muchísimo ciertas costumbres de los salvajes. Se trata simplemente de que un muchacho y una muchacha vivan juntos antes de casarse, para saber si armonizarán (1). La Iglesia católica y la mayoría de los pastores protestantes miran esto con indignación y un pastor de Montreal advierte en esto una poligamia progresiva, una forma de vida de harén. Sin embargo, esta idea es predicada en los Estados Unidos por predicadores entusiastas. Hace años, Mrs. Russell, la mujer del gran filósofo inglés, quiso dar una conferencia sobre este tema en la Universidad de Wisconsin para los estudiantes de ambos sexos. En el último momento, el presi-

(1) Se contaba recientemente en una gran Universidad la siguiente anécdota relativa a una pareja de estudiantes que recurrió al "matrimonio de prueba". Su ensayo debía durar un año. Tuvo éxito. Se casaron, pues, pero al cabo de tres semanas se divorciaron. ¿De qué sirve la prudencia?

dente Glen Franck, que no es un fundamentalista, le prohibió que hablase a los jóvenes y de allí vino una polémica, en que Mrs Russell hacía de indignada acusadora y Mr. G. Franck trataba de defenderse con moderación y prudencia. Mrs Russell protestaba en nombre del progreso, de la libertad de pensamiento y de palabra, de la juventud, etc... fórmulas, todas ellas, que Mr. Franck empleara a menudo contra sus adversarios, y que no dejaban de molestarle muchísimo. Respondía cortésmente y cohibido que estas teorías sexuales eran muy hermosas, pero que su Universidad no era el mejor sitio para expresarlas. Todos los diarios reproducían estas discusiones.

En verdad, las universidades parecen ser un sitio de disturbio moral y religioso. Esas muchachas tan hermosas y esos muchachos tan atléticos, a los que se cuida con tanto amor, tantas consideraciones y respeto, a los que se deja tanto ocio, a los que se da tanta libertad, en una palabra, que gozan de todos los privilegios que Dios y los hombres pueden conferir a criaturas en el apogeo de su físico y su moral, no encuentran en ello satisfacción, sino una especie de excitante que los embriaga y tortura. El crimen atroz de Chicago, en 1924, cuando dos jóvenes estudiantes judíos, inteligentes, ricos y hermosos, mataron a uno de sus compañeros por razones que nunca quedaron claramente establecidas, puso en evidencia esta bizarra situación. Después, y sobre todo durante 1927, —febrero, marzo, abril— los suicidios se multiplicaron de tal manera en las universidades y los colegios, que los presidentes, los profesores y todos los educadores se estremecieron. Se hicieron toda clase de encuestas para averiguar las causas. En general, los jóvenes que se mataban dejaban un papel más bien vago, manifestando su hastío de vivir, pero sin dar ninguna concreta explicación (1).

(1) He aquí, a modo documental, el relato de uno de estos suicidios (*New York American*, 15-3-1927) "Hubert Willett, hijo del Dr. Allan H. Willett, distinguido médico de Washington y de Mrs. Willett que enseña en la Central High School (liceo musical), fué conducido ayer al colegio por su padre. No se notaba nada anormal en su actitud. Al final de una clase, bajó la escalera acompañado de un amigo, Dorrance Kelly. Pasearon en torno de la fuente, y mientras Kelly se inclinaba para beber un poco de agua Willett se apartó. Kelly, volviéndose, le dijo: "¿Dónde vas?" Willett, según el relato que Kelly hizo a la policía, se puso un revólver

Los informes que se dan en los diarios no traen cosa alguna precisa. Interrogados los jóvenes que no se matan, responden que esta es una dolorosa epidemia resultante de la guerra, o de la crisis religiosa, o de la transformación de las costumbres. En 1928, una especie de congreso se reunió en Princeton (New Jersey) para examinar la "religión en el colegio". Asistían gran número de profesores y de presidentes de las universidades. Se habló de "la incapacidad religiosa" que reina en una parte de la juventud, de la importancia adquirida por "las creencias científicas" en la juventud americana. Fundamentalistas y modernistas se enfrentaron una vez más. Los unos, como el presidente Little, pidieron la elaboración "de una moralidad nueva" para reemplazar a la antigua que cesaba de bastarles a las almas. Los otros pidieron al contrario que se intentara dar hábitos religiosos a los estudiantes. Se habló mucho y no se llegó a ninguna conclusión.

La prohibición y el culto de la ciencia han comprometido gravemente el equilibrio moral de muchos colegios. Piénsese lo que se quiera de la prohibición en general, hay que reconocer que ha sido nefasta para los jóvenes ricos. No les ha impedido el procurarse alcohol, tornado así más interesante y peligroso. Muchos jóvenes y sobre todo muchachas, que antes no bebieran, cuando el vino, la cerveza y el whisky eran permitidos, pusiéronse a beber con entusiasmo. Por desgracia, después de la derogación de la ley, no han perdido esta costumbre. Un joven americano bebe con el mismo orgullo que un muchacho francés pone en escribir un poema cubista o surrealista. La ebriedad de desafiar a la ley precede y arrastra a la otra. Así los bailes de estudiantes antes muy decentes se han tornado mucho más osados. No es raro ver a jóvenes estudiantes mujeres que no aceptan bailar sino con muchachos cuyos bolsillos están bien provistos de whisky. Sucede también que estas exigentes bailarinas dejan ver en sus actitudes los efectos del alcohol o los resultados de su experiencia. En 1927, en Harvard, se vió a varios centenares de estudiantes borrachos mantener una dura pelea con la policía, que rudamente hubo de dominarlos.

en la sien, apretó el gatillo y gritó: "Me voy al infierno"... No se le conocían amores. Parecía estar en excelente salud y disposiciones. Tenía 17 años".

La irritación contra la prohibición, contra las restricciones y censuras de toda clase aumenta cada día en las universidades. Puesto ante un protestantismo despojado de casi todos sus elementos dogmáticos, intelectuales y místicos y que únicamente sobrevive como una norma social, los estudiantes no experimentan sino desagrado. Durante el invierno de 1927, se trató de definir y circunscribir exactamente el mal y se quiso hacer estadísticas. En Princeton, la gran universidad elegante vecina de Nueva York, se vió que de 1.061 estudiantes, 658 creían en un Dios personal antes de entrar en el colegio y solamente 504 al cabo de un año en el colegio (418 no, antes de la entrada; 557 un año después). Se encontraban 537 agnósticos contra 525 creyentes, 873 cristianos contra 101 ateos.

De una manera general, se comprobaba que cuánto más permanecían los estudiantes en el colegio, menos fe tenían. Hay que agregar no obstante que no pocos vieron en estas estadísticas, una pesada broma hecha por los estudiantes a sus profesores y a los diarios de Nueva York. Esto es posible, pero confirmaría de otra manera la teoría que disciernen en los estudiantes ricos a los más grandes enemigos o detractores del cristianismo; una "broma" de este género es significativa. Estadísticas análogas hechas en Darmouth, el colegio elegante de Nueva Inglaterra, dió resultados análogos. Y en el Oeste se señaló buen número de ligas de "Jóvenes Ateos" organizadas en torno de los colegios y las escuelas.

Estos jóvenes se encuentran a menudo en el colegio con maestros penetrados de un ateísmo militante. Hay, al parecer, en estos momentos, una sorda lucha entre buen número de profesores y el clero. Este siente que la fe de la juventud tiende a volverse hacia la ciencia más que hacia la religión, de aquí sus sospechas ante los profesores. Estos sea que se valgan de la confianza infinita e ingenua que les dan los estudiantes, sea que de ella abusen, a menudo están obligados a tomar posiciones contra las iglesias protestantes y aún contra el cristianismo. La mayoría de los profesores de las grandes universidades del Este es hostil a la prohibición. Importante número de ellos tienen sangre judía y el cristianismo les parece extraño, absurdo. Necesitarían un raro heroísmo para resistir a la llamada y al apasionado entusiasmo de las grandes multitudes americanas sedientas de instrucción y fascinadas por los "milagros de la ciencia": aviación, radio, teléfono sin hilo, etc... Los profesores no tienen que vérselas, como

en Francia, con un público algo escéptico y generalmente instruido, o al menos al corriente. Se encuentran ante masas humanas ebrias del deseo de saber e ignorantes, bastante torpes para aprender, pero a las que ni su ignorancia, ni su torpeza mental descorazonan, sostenidas como están por el optimismo americano. Junto a ellos, oyen decir a pastores eminentes: "La ciencia ha superado a la religión" (1). ¿Cómo no van a sentirse impresionados? Sin embargo, muchas universidades son confesionales y no toleran la manifestación de ideas radicales, sobre todo en religión. De allí, conflictos sordos que a menudo degeneran en guerra abierta y brutal. La propaganda atea es extremadamente activa en estos momentos en los Estados Unidos. El gran pastor fundamentalista Straton se quejaba de verse asediado por los ateos que colmaban su correspondencia de cartas injuriosas, de amenazas y denuncias. Ciertas ciudades como Chicago son centros de ateísmo activísimos. Las regiones más ateas son Oklahoma, Wyoming, Arizona, Nevada, Oregon y las grandes ciudades. Se comprenderá la importancia del problema al recordar que en 1926 de 118 millones de americanos, 65 no estaban inscritos en iglesia ninguna.

El principal conflicto entre ateos y creyentes reside en la ciencia y las teorías de Darwin sobre la evolución. Los fundamentalistas estiman que ésta, inconciliable con la Biblia, debe ser proscrita. Bajo la influencia del Fundamentalismo y el Ku Klux Klan, está proscrita, en efecto, en ciertos Estados y prohibidos les está a los profesores el enseñarla. Pero semejante prohibición es difícil de hacer respetar, sobre todo en un país que se vanagloria de liberalismo democrático desde hace dos siglos. La evolución es centro de un gran combate. En 1927, los Estados de Tennessee y Mississippi tenían leyes para prohibir la enseñanza de la Evolución; de Texas, California y Florida permitían que de ella se les hablase a los alumnos, pero únicamente como de una teoría; los Estados de Minnesota, North Dakota, Missouri, Alabama, Arkansas, West-Virginia discutían leyes al respecto, como Oregon, Washington, etc.

Cuatro grandes organizaciones fundamentalistas empujaban la rueda... *The Supreme Kingdom* (El Reino del Cielo), *The World Christian Fundamentalist Association* (Asociación cristiana Fundamentalista Universal), los *Bryan Lea-*

(1) Palabras del pastor Fosdick.

guers (Los de la Liga de Bryan), y *The Bible Crusaders of America* (Los Cruzados de la Biblia). Los beligerantes demostraban una igual intolerancia y notable estrechez de espíritu. Los sabios logran igualar a sus adversarios. Quieren presentar la Evolución como una verdad científica definitivamente establecida, necesaria para todo pensamiento humano y susceptible de aplicaciones universales y eternas.

Sus enemigos replican que la Evolución es una teoría imprudente y mentirosa.

La más grande batalla de esta guerra tuvo lugar en Tennessee (1926) durante el proceso de un profesor (Scopes) que había enseñado la Evolución a sus alumnos. Bryan, el antiguo ministro, llevaba el asalto contra la Evolución mientras el gran abogado de Chicago, Darrow, defendía a Scopes. Darrow trataba de presentar sus ideas de la manera más violenta e hiriente para aquel medio ingenuo (1), llenaba sus discursos de impiedad y conseguía chocar, como también a hacer que se condenara a su cliente. Bryan era una especie de arcángel de feria, que discurría, oraba, predicaba y comía hasta perder el aliento. Tanto entusiasmo puso en su defensa de Dios, que terminó por morir de indigestión.

El proceso terminó desfavorable a Scopes.

Después ha seguido la lucha. Se ha visto a pastores que han subido al púlpito con un mono entre los brazos, para que se advierta que el hombre no se asemeja al mono (Reverendo Colin O'Farrel de Butte, Montana). Los fundamentalistas organizaron una formación de ataque, *The Flying Fundamentalist* (Caballería ligera del Fundamentalismo) y ensancharon su campo de acción. Se alabaron de contar con agencias en Francia, Inglaterra y Sudamérica, de tener 100 colegios en los Estados Unidos y de querer perseguir a la Evolución a través de la tierra toda. Sus enemigos formaron un comité, *Tennessee Evolution Case Defense Fund*, pidieron dinero para sostener el combate, repartieron panfletos en favor de la Evolución. Galvanizaron grandes muchedumbres.

(1) He aquí un fragmento de un discurso de Darrow en el proceso: "El Estado de Tennessee, si quiere interpretar honradamente la constitución, no tiene más derecho para imponer la Biblia como un libro divino, que el Corán o el libro de los Mormones, o el de Confucio, o los de Buda, o los ensayos de Emerson o cualquiera de los 10.000 libros a que se han dirigido los hombres para encontrar consuelo y ayuda en sus penas".

Recibieron inesperada ayuda de la literatura. Se produjo una explosión de escritos antirreligiosos y anticristianos. El más célebre de estos libros fué *Elmer Gantry*, del famoso novelista Sinclair Lewis. Esta extensa y pesada novela cuenta, con numerosos detalles malolientes, la carrera de un mal hombre que se hace pastor por pereza, abusa de las mujeres con quienes se topa, explota diversas parroquias y diversas denominaciones, consigue éxito sobre todo como predicador popular fundamentalista, predica la prohibición bebiendo como un odre y la castidad entregándose a todos sus deseos. Este libro, bastante grosero, simplista y poco interesante, pues la acción es monótona y el carácter de Gantry de una pieza, sin matices ni finura, tuvo sin embargo un éxito auténtico. El cómico Will Rogers pretendía que, para traer gente a una conferencia en una ciudad que parecía alestargada, bastaba anunciar que se leerían algunos pasajes de *Elmer Gantry*, "y el anfiteatro se colma de damas metodistas y presbiterianas." Una obra presentada en Nueva York hizo eco a tal éxito: *Bless you, Sister*. Esta comedia es una sátira contra la religión, pero sobre todo contra los predicadores populares (diciembre de 1927). Se puede también notar el gran éxito de los libros licenciosos desde hace algún tiempo en América. Obras bastantes vulgares, de poquísimo valor literario, pero que tratan temas escabrosos, se venden por centenares de miles. Las fotos obscenas se multiplican en los magazines ilustrados y las veredas de Nueva York se adornan con las sobras de Berlín, Hamburgo, Salzburgo. La influencia social del clero protestante se halla en su más bajo nivel. Ni siquiera le ha sido posible defender con eficacia la ley de la prohibición, que fué barrida sin combate tras la elección de Franklin Roosevelt (1933) y que ha desaparecido de casi todos los Estados, dejando tras ella un recuerdo odiado, huellas vergonzosas y rencores amargos.

Sin duda, el catolicismo ha escapado de este desfavor; gracias a su prudencia, a su disciplina, al número creciente de fieles (más de 18 millones en 1926) y al prestigio de que gozaron los dos últimos Papas, su reputación es buena, su influencia considerable y creciente. Aquellos de entre sus sacerdotes que, como el Padre Coughlin, se valen de procedimientos audaces, ejercen gran imperio sobre su grey. Pero, con toda su fuerza, el catolicismo, religión venida de fuera al seno de un pueblo protestante, no está capacitado para combatir el creciente anticristianismo. Los más ilustrados y valerosos pastores protestantes se dan cuenta de ello, y tra-

tan por todos los medios de restablecer la situación de sus sectas.

La América de 1939 es presa de pasiones y deseos contradictorios. La necesidad de la religión y la rebelión contra la religión se encuentran por todas partes. A propósito de la guerra de España, se vió al protestantismo oponerse al catolicismo. Este último era el único que defendía a Franco, que al resto del país le parecía un asesino, un miserable, un Atila. La lucha fué de extremada violencia. Reveló tras la unidad americana conflictos latentes y sobre todo un ~~tanto~~ trágico.

Quien ha frecuentado las Universidades y ~~vivido~~ en contacto con el clero de las sectas protestantes más audaces, ha sentido esta turbia fermentación. Muchas veces me ha sucedido, discutiendo con sacerdotes baptistas o metodistas, oírles decir que a su entender la Religión estaba perdida si en la antigua forma del cristianismo no se incrustaba un espíritu nuevo. Estremecidos por el terrible fracaso que para ellos fuera la prohibición y deseosos de readquirir contacto con ese gran pueblo que tan querido les es, los predicadores soñaban con una nueva cruzada; después de haber escrutado el horizonte no veían sino un medio: reunir en un conjunto las tradiciones del cristianismo y las esperanzas del comunismo. "Allí —decían— existen una disciplina y una fe vivas: alrededor de estas ideas, se han agrupado hombres que están prestos a ofrecer y dar su vida por su ideal. ¿Hay en alguna parte de la tierra otra mística tan viva? Y el cristianismo, que en otro tiempo supo vencer al paganismo, ¿no tiene tanto el deber como el derecho de depurar esta nueva mística rastreada y sublime?".

Si no hubiera encontrado estos puntos de vista en muchísimos medios, no les habría prestado ninguna atención. Pero me ha sido necesario comprobar que América, en la hora actual, conmovida por su fracaso económico, inquieta por sus dificultades políticas y ávida de fe, sueña con estas extrañas combinaciones. Jóvenes estudiantes, jóvenes artistas, jóvenes escritores, jóvenes profesores, jóvenes pastores se unen en el "antifascismo": en torno de esta noción, los emigrados venidos de la Europa central se encuentran con los descendientes de los puritanos. El inmenso prestigio que el espíritu israelita ha conquistado gracias a la presencia de Einstein, instalado en Princeton, y de otros refugiados innumerables, que se encuentran en todas las Universidades, agrega a esta tendencia un matiz de mesianismo. Choca, sin

embargo, en las masas anglosajonas, en los burgueses y cultivadores, con una resistencia sorda, tenaz y eficaz. El más curioso espectáculo del Nuevo Mundo es, en la hora actual, este conflicto entre el tipo anglosajón, silencioso y activo, que quiere durar, y la nueva ambición elocuente e ideológica que trata de vencer o suplantarle.

Es una tempestad con innúmeros remolinos; agita el cielo de las honduras, refleja todos los rayos del sol, se encuentran allí restos naufragos, se admira el rebrillar y la espuma.

Cuando se disipe, se sabrá hacia qué cielo boga la civilización de los Estados Unidos.

CONCLUSION EN FORMA DE VOTO

El destino de América

La exposición del Viajero había suscitado a veces en su Amigo muestras de extrañeza; pero no había querido interrumpir, de manera que aprovechó la ocasión para hablar en cuanto pudo.

El Campesino.— Ahora estoy persuadido. El cuadro que me ha trazado de la América no me deja duda alguna acerca del valor y la fuerza de ese pueblo. Ha sabido crearse una civilización enorme y opulenta, brillante y dura. Pero, ¿no es frágil? ¿No parece que se rompe ahora? Sus mismas descripciones me muestran el mundo de los negocios en completo desorden, la política en una encrucijada, la opinión aturdida por su bullicio y los espíritus perdidos entre tanteos místicos. ¿Negará que es así?

El Viajero.— No, sin duda. Y agregaré que un trastorno harto más grande, harto más grave reina en la agricultura. Desde 1920, los hacendados, privados de mercados europeos, se debaten en latente crisis. No conseguían encontrar salida a sus productos. De año en año, la situación se complicaba. La naturaleza la hizo catastrófica. El clima de la cuenca del Mississippi había cruzado la fase húmeda de uno de sus ciclos; vino el periodo seco. En el estio de 1933, pasaron meses sin que Kansas recibiera una gota de agua. 1934 fué peor aún. El trigo no pudo madurar; faltó la hierba, el ganado se moría de hambre, y hubo de ser trasladado o muerto ahí mismo; se compraba una oveja en dos dólares; una vaca en cinco o seis dólares (menos de 200 francos). El

viento, soplando en las áridas llanuras, alzaba torbellinos de polvo. En la primavera de 1935, estas tempestades de arena se expandieron por todo el territorio nacional; revelaron en Washington y Nueva York la gran angustia de las llanuras áridas y aparecieron como un símbolo de muerte. Se vió entonces, en ciertas regiones, los setos y vallados cubiertos por el polvo que bloqueaba las casas hasta el primer piso, que ahogaba a los conejos en los campos y que torturaba a los hombres. Hubo que resignarse a comprobar que las fuerzas de la naturaleza se rebelaban contra el hombre. Agricultores y agrónomos hubieron de confesar en público que el suelo de su país se descomponía (1). El territorio de los Estados Unidos es de más o menos 1.900.000.000 de acres, de los cuales 410 millones en tierras labrantías, 420 en pastizales, 150 en bosques explotables, 330 en praderas no relacionadas con granjas. Si se le ha de creer a uno de los espíritus más ponderados y juiciosos de América, el profesor Paul B. Sears, de la Universidad de Oklahoma, la repartición cualitativa de las tierras de los Estados Unidos, en 1934, era la siguiente:

Primera calidad: tierra excelente	5,3 %
segunda calidad: tierra buena	11,1 %
tercera calidad: tierra mediocre	18,1 %
cuarta calidad: tierra muy pobre	19,1 %
quinta calidad: tierra inculta	46,4 %

Al tren a que van las cosas, parece, dice este experto, que si la población de los Estados Unidos asciende a 140 millones lo que es probable, las tierras empobrecidas no bastarán para su alimentación, a menos que se decidan a labrar los territorios ahora destinados a los pastos, operación que acarreará grandes riesgos y enormes gastos. "No somos, sin duda, tan desgraciados como ese explorador polar reducido a mascar sus zapatos para alimentarse; pero cierto es que hemos gastado todas las reservas que poseíamos y hoy nos encontramos ante una situación en que nos será necesario trabajar duro para colmar nuestra despensa". América, que siempre había creído la tierra de la abundancia, ("*land of*

(1) Acerca de esto, ver: Paul B. Sears, *Deserts on the March*. University of Oklahoma Press, 1935. Stuart Chase, *Rich land, Poor land*. Nueva York, 1936. Soils and Men, *Yearbook of Agriculture*, 1938. U. S. G. P. O.

planty") y que se consideraba como el territorio del Señor ("God's own country") ve de pronto extinguirse el dorado espejismo, y se encuentra cara a cara con la pobreza, la miseria, el polvo. "De varios kilómetros de alto, estos negros cortinajes de polvo forman la decoración de la terrible tragedia que vivimos. El gozoso desfile de la raza blanca a través del continente virgen no ha dejado tras si nada más que bosques destruidos, ríos turbios, campos devastados, un inmenso territorio marcado con el sello de una avidez titánica, ciega, ignorante de las leyes de la naturaleza. Y esta pantomima que llamamos civilización no puede ya disimulárnoslo" (1).

El Campesino.— Tan terrible pintura no me asombra. Espera ver algún día a la América sufriendo a consecuencia de su imprudencia. Lo que usted mismo me ha dicho del optimismo sistemático de los Estados Unidos y de las doctrinas del partido republicano me había preparado ya a esta conclusión. El fracaso de los principios económicos patrocinados por el partido republicano es ruidoso y hace más inteligible el éxito de Roosevelt, su popularidad, su dominio en los espíritus americanos.

El Viajero.— De seguro, pero no hay que echar únicamente la culpa al partido republicano. La catástrofe americana tiene orígenes más distantes y un sentido más profundo. Su causa no reside sólo en las torpezas de los políticos, en las imprudencias de los hombres de Estado; son tres siglos de errores colectivos los que de súbito engendran tales resultados. Un triple flagelo ha malogrado la tierra americana: la avidez del hombre, su peligroso poderío y su desprecio de lo real. Como a su vez lo dice Coyle: "Nuestros ascendientes, los pioneers, se afanaron en el continente con sus hachas y sus carretas de un solo caballo. Nosotros, armados de un poder gigantesco, los despojamos. Entre nuestras manos, la técnica científica es algo más que una serie de máquinas cómodas, más que una fórmula mágica para darnos nuevos placeres y nuevas delicias, en un instrumento para liquidar nuestro capital cada vez más rápidamente.

Estrujamos nuestra naranja siempre con mayor fuerza, exprimimos más y más su jugo, pero el fin se acerca. Si tal es el mejor uso que podemos hacer de la ciencia y de los inventos, mejor sería no tener hijos, pues la gloria de Amé-

(1) Sears; pág. 168.

rica desaparecerá como el relámpago pasa por el cielo; semejante al esplendor de Babilonia y del Yucatán, será sumergida por el desierto y por la selva" (1).

Cuando el hombre blanco llegó al Nuevo Mundo, vió una tierra virgen que millones de años habían enriquecido y que le deslumbró; pero no tenía los recursos profundos de los suelos europeos. El indio vivía allí estrictamente con algunos animales; poseía su sitio modesto que no era el de un amo. Su agricultura, juiciosa y bastante diestra, era restringidísima. Vivía sobre todo de la pesca y de la caza, pero de ello no abusaba; aún cuando se le dieron fusiles y carabinas fué lento en utilizarlos. Al contrario, apenas apareció el blanco, armado de perfeccionados instrumentos, mató a todos los animales, arrancó todos los árboles, tomó todo aquello que necesitara, y vendió el resto. En pocas semanas, un bosque que fuera constituido por millones de años, fué destruido. Allí donde el suelo no era propicio a la agricultura, no creció sino un poco de hierba, o algunos árboles de tipo inferior. El pionero, labrador o cow-boy, al avanzar, no abusó menos de las praderas que de los bosques. Sin escrúpulos, lanzó a sus animales por valles y colinas, no respetó ninguna de las leyes de la prudencia y de la moderación. Por donde pasó, los bosques se convirtieron en matorrales, la hierba cedió su sitio a los juncos; el tabaco agotó el suelo, y el trigo, el maíz, el algodón, impuestos a campos que no se renovaban ni se abonaban nunca, les detuvieron sus recursos; privado de sus bosques, el suelo no puede retener ya el transcurrir de sus aguas; las grandes inundaciones terminaron el desastre que comenzara la ciencia. Cada año, millares de metros cúbicos de tierra cultivable fueron arrastrados de la cuenca del Mississippi hacia el Golfo de México, sea por las aguas del Mississippi, sea por las tempestades de viento.

Embriagado por el orgullo de su descubrimiento y la soberbia de su posesión, el europeo desembarcado en América olvidó que la tierra nunca es dada a cada generación por el destino sino en préstamo, que tiene derecho a usarla, pero no a consumirla, y menos a agostarla. Se lanzó en una orgía que el instinto comercial del siglo XIX y el capitalismo liberal no cesaron de estimular. Para tener alguna idea de esto, veamos algunos concretos ejemplos.

A orillas del lago Hurón, los pueblos de Ausable y Os-

(1) Coyle, pág. 50.

coda fueron fundados en 1848, en medio de una soberbia región de bosques. En 1868, se instaló el primer aserradero, seguido de diez otros en 1873. La explotación, llevada a fondo, trajo en 1890 una extraordinaria prosperidad. En esta fecha, la ciudad tenía 15 mil empleados en las fábricas, un mil muchachos en sus escuelas, hoteles nuevos, diarios, canchas deportivas, pero ya había inquietud: el 80% de los bosques de los contornos habían sido cortados. En 1910, no quedaban sino dos aserraderos funcionando; en 1930, no había sino 61 habitantes en Ausable y 643 en Oscoda. Los hombres habían logrado destruir la riqueza de las cosas.

Fullerton, en Luisiana, fué fundada en 1907, en medio de un distrito forestal, entonces virgen. Desde 1913, tenía cinco mil habitantes en casas provistas de agua potable, de toda comodidad, de teléfono. Tenían un parque de deportes, un hospital, y pagaban impuestos locales que llegaban a 68 mil dólares. La Compañía que explotaba esta región, la "Golf Lumber Company", tenía un capital de 3 millones de dólares. En 1913, este capital no valía más de 8,750 dólares, y en 1935, en la ciudad desierta, en medio de su bosque destruido, no quedaba sino un habitante, un negro viejo, refugiado en una cabaña misera.

Sin duda, los economistas os dicen que la tierra americana no valía, en 1860, sino 16000.000.000 de dólares, mientras que en 1929 valía 452; pero esto significa que la tierra buena, haciéndose más rara, ha aumentado de valor monetario mientras el conjunto perdía en valor real. La fortuna de Norteamérica desde 1860 ha cambiado mucho; la agricultura que ocupaba entonces un sitio equivalente al 48 por ciento, ahora no es sino el 8%; los bosques han caído de 2,7 a 2,1 las manufacturas, de 8,7 a 7,8; mientras el comercio se ha elevado de 8 a 19, y los transportes y empresas de distribución han pasado de 7 a 18 y el capital de 2 a 11. Como lo dice el autor americano, allí se tiene el "cuadro de una nación a punto de liquidar su capital."

El Campesino.— Sus amigos de ultramar han creído demasiado pronto que su país era diferente del nuestro. Se han olvidado de ser campesinos y como todo el mundo especulaba, han especulado sobre su tierra en vez de vivir en ella; pero, después de todo, si han perdido como propietarios de tierras ¿no han ganado como miembros de una civilización industrial?

El Viajero.— ¡Ay! no, pues aquí también el derroche ha hecho estragos. En la hora actual, se cuenta que ya 28% de las reservas de hierro están agotadas, 52% de las de cobre, 66% de las de plomo, 58% de las de zinc, 80 por ciento de las de oro, 55% de las de petróleo (1). De 1900 a 1938, América ha perdido más minerales que en todas las épocas anteriores juntas. Al paso a que se va, dentro de 15 años, carecerá de plomo y de zinc; dentro de 40, el cobre será raro y carísimo; dentro de 20, el petróleo comenzará a hacerse precioso y buscado. La operación no es mejor en un caso que en otro, aunque el margen sea mayor para la industria. El comerciante y el capitalista llevan la pena de tales imprudencias; se ha calculado que si se comprende las quiebras diversas y las escasas entradas pagadas sobre el capital después de la guerra, "la experiencia en su conjunto revela que los capitalistas han perdido en sus inversiones en América casi todo su capital original como intereses o utilidades han recibido".

Agricultura, industrias, bancos, por todas partes está la desilusión. Los burgueses que han dirigido el baile parecen ser los más impresionados, pero también sufren los obreros. Las máquinas, que brutalmente destruyen el suelo cultivable y malogran los minerales, tienden cada vez más a reemplazar a los trabajadores. En la hora actual, aunque la industria americana conozca de nuevo horas de gran prosperidad, parece poco probable que los 12 millones de desocupados vuelvan a encontrar empleo. En efecto, si el dinero, las utilidades y los capitales afluyen hacia la industria, ésta, arrastrada por el movimiento vertiginoso de que es víctima, se verá obligada a multiplicar las máquinas y con el manejo ultramoderno de la industria el número de obreros disminuirá más aún. Tal es al menos la opinión de los jefes sindicalistas, pues los industriales protestan. No hay dominio en América donde no se esté pagando el error inicial.

El Campesino.— Me presenta usted el infortunio con tal facilidad que me asombra. ¿Adónde quiere llegar? Desearía comprender cuáles son, a su entender, las causas esenciales e internas de estas catástrofes.

El Viajero.— El desastre es tan evidente que no encierra misterio ninguno. Los campesinos que de 1630 a 1930

(1) Stuart Chase, pág. 46.

dejaron Europa para instalarse en Norteamérica, dejaron tras ellos una civilización que los enmarcaba, los guiaba y dominaba; organismo complejo, resultado de siglos, los países del Viejo Mundo ejercían su imperio sobre sus súbditos más por hábitos tornados en instintos que por leyes precisas. En contacto con el Nuevo Mundo, en que todo les pareció insólito, los inmigrantes buscaron en qué poder apoyarse. Una tendencia, natural en los hombres, les movió a desechar las disciplinas antiguas, que les parecían caducas ante la vida nueva; pero imposible era encontrar consejeros en un continente vacío, en que nadie, y sobre todo los indios sórdidos y despreciados a los que rechazaban con desdén, podía iniciarlos en los secretos de la naturaleza. Entregáronse, pues, a su propia desnuda inteligencia. Era la edad de las luces; dieron crédito a la razón lógica y a su gran instrumento: la cifra. Fueron así llevados a practicar la ciencia en su vida intelectual y las reglas del comercio en su vida económica, como la democracia en la política. La cifra reina en la ciencia como domina el comercio y los sistemas democráticos, mientras las artes, la agricultura y los regímenes aristocráticos se basan en una apreciación cualitativa de lo real. Los colonos anglo-americanos estaban llenos de prisa, querían actuar pronto, y los números informan de una manera hartó más rápida, hartó más precisa aparentemente que las artes o las tradiciones siempre retenidas por la prudencia, siempre sometidas a los ensayos. Una cifra de mayoría, que os señala un jefe elegido, os dispensa de saber si sirve para algo y es propia a su empleo; una figura geométrica, una fórmula matemática hacen trabajar vuestro mecanismo mental, pero dejan en reposo los instintos profundos de vuestro ser, que, sin esto, debían aplicarse a la búsqueda de una verdad siempre precaria. En fin, una operación, un contrato comercial, basados en la adquisición de cierto número de monedas de oro o de plata, implica una ventaja inmediata y tangible que os evita sopesar las consecuencias lejanas de vuestros actos; con un poco de audacia, de valor y de optimismo, no hay más que abandonarse en seguida a la alegría de un inmediato éxito.

Por desgracia, tales cifras no son la expresión más exacta de lo real; el jefe elegido, aun por gran mayoría, puede ser un estafador o un necio; la fórmula descubierta, aunque rigurosa, puede ser falaz o arriesgada, y el mercado, concluido por el oro, puede traer la pérdida de los bienes, me-

nos inmediatos pero más reales. Un autor moderno americano, analizando la crisis de su país, lo ha declarado: "La técnica científica con nuestra costumbre de considerarlo todo desde el punto de vista del dinero, nos ha lanzado en toda suerte de derroches cada vez más graves" (D. C. Coyle, pág. 47). Otro ha demostrado cómo en las colinas arenosas de Nebraska los cálculos generosos y simplistas de un político democrático engendraron la miseria en toda una población. Esta región, verdequeante, tan vasta como el Egipto, estaba alquilada por el Estado a grandes tenedores de ganados que sacaban perfectamente sus gastos. Pero las buenas almas, colmadas de progreso y de democracia, se indignaban de ver tan vastos dominios entregados a la avidez de un pequeño número, cuando se podía hacer con ello aprovechar a las masas. Sin tener en cuenta la pobreza esencial de la tierra, un demagogo de gran corazón pero de cerebro pequeño, Moisés Kincaid, lanzó por fin el grito de guerra. Fué elegido al Congreso con este programa e hizo pasar las leyes necesarias para permitir el establecimiento de familias pobres en estos parajes. Cada una recibió una milla cuadrada, la bendición del bienhechor de la humanidad y muchas esperanzas. Los unos trataron de utilizar su dominio en pastizales, pero para vivir tuvieron que meter tanto ganado, que los prados no bastaron; la hierba ramoneada en exceso por los animales cedió el suelo a la arena. Otros quisieron labrar, y fué peor; el viento, soplando entre los surcos, despegó la arena que el arado pusiera al desnudo. La levantó de modo que las hojas de los cereales fueron desgarradas, los tallos enterrados o las raíces arrancadas, según la dirección del viento. Una cruel miseria se expandió por el distrito. La mayor parte de la población abandonó esta lucha estéril y esta tierra que se esterilizó tras algunos años de dura labor. Los otros vegetaron en un suelo cada vez más inclemente. La región se vió así arruinada, innumerables vidas humanas quedaron malogradas y el porvenir se vió comprometido.

No había por qué acusar a un hombre; cuantos se vieron mezclados en la operación deseaban el bien; sólo el método era el culpable.

El Campesino.— Sin duda; pero este "método", ¿no es sencillamente la "civilización americana"?

El Viajero.— No lo creo. Esta derrota no es propia de los americanos, aunque les haya tocado en suerte. No se confiesan vencidos. Apenas las grandes tempestades de are-

na de 1934 les hicieron sentir la eminencia del peligro, comenzaron a actuar. Ese mismo año, el Estado Federal puso en pie un programa para la restauración del suelo y gastó mil millones de dólares. Lanzó un vasto movimiento: allí donde el suelo se resquebrajaba, se establecieron terrazas, se escogieron con cuidado las cosechas que convenían para mantener o renovar la vitalidad de la tierra; el "Servicio Federal de la Conservación del Suelo" tuvo un presupuesto anual de 30.000.000 de dólares consagrados a demostraciones, destinados a los granjeros; 164 obras de demostración fueron instaladas, 353 campos de reforestación se organizaron, que en la hora actual han "tratado" ya 4.421.000 acres de bosques privados y 2.618.000 de bosques públicos. 18 Estados han adherido a esta cruzada en 1938; 85.000.000 de árboles han sido replantados en la región de las llanuras; se prevé que con un gasto regular anual de 290.000.000 de dólares consagrados por el Estado Federal y los diversos Estados a este problema, el bosque americano quedará salvado. Estas sumas bastarían para ayudar a los hacendados a reemplazar los árboles de sus tierras, para vigilar 128.000.000 de acres recientemente replantados, para construir torres para atalayar los incendios de los bosques y para comprar dominios para que el Estado pueda en ellos reconstruir los bosques. Bajo la influencia de Roosevelt y de su ministro de agricultura, Mr. Wallace, este trabajo va por buen camino. Los americanos aportan para reparar el mal que han hecho a su suelo la misma destreza y la misma energía que demostraron para devastarlo. Nada se ha perdido; tales pruebas estimulan a un gran pueblo y no lo abaten.

El Campesino.— Le oigo y no creo más que usted en el desaparecimiento próximo de los Estados Unidos. Aunque la decrepitud los aceche, son jóvenes, fuertes, activos, y su destino no ha terminado. Poseen aún más de la mitad del oro del mundo y la renta de la nación supera los 80 mil millones de dólares. Confíese sin embargo que no les bastará con gastar una parte de su dinero en replantar árboles, o en trasplantar matorrales para que su nación dure y su civilización crezca. Si no retornan a las normas de la sabiduría, antes inventadas y siempre conservadas por la vieja Europa, este pueblo se sumergirá en las arenas de los desiertos que sus máquinas, sus inventos y sus ciencias habrán creado.

El Viajero.— No tan rápido; no tanto. Si alguna vez se ven sumergidos, no será como norteamericanos, sino co-

mo descendientes de europeos y como hijos de nuestro siglo XVIII. Los Estados Unidos son el sueño más puro y típico de nuestros enciclopedistas; son ellos los que han predicado la doctrina y tomado la responsabilidad de las grandes fórmulas en que se fundamenta la civilización del Nuevo Mundo: la Ciencia en lugar de la "rutina", para activar en lo posible el "progreso"; cada hombre dejado en posesión de todas sus fuerzas individuales y animado a gastarlas como le plazca en nombre del doble dogma "libertad" e "igualdad". Los americanos no inventaron la cifra ni todos esos conocimientos numéricos que tanto les agradan: economía social, economía política, estadística, sociología, etc... Estas grandes doctrinas salieron del cerebro de nuestros filósofos antes de instalarse en el Nuevo Mundo, y nuestros sabios del siglo XVIII, nuestros revolucionarios, nuestros espíritus progresistas del XIX no cesaron de aplaudir, de animar, de estimular a los Estados Unidos en el desarrollo de sus "métodos". El dinero que pagaba sus ensayos venía de Inglaterra, Francia, Suiza, Holanda, Alemania, como los hombres que los intentaron. No, no tenemos derecho a criticar a los Estados Unidos si han sido más valerosos que nosotros, más sinceros y capaces de vivir lo que pensaban, es decir, lo que nosotros mismos pensábamos. En la hora actual, muchos americanos ven como nosotros el peligro, que es mundial y no local.

En su libro, Sears escribe: "La América del Norte fué colonizada una buena mañana, justamente después que el Universo occidental despertara del largo y profundo sueño, tan vivificador, de la Edad Media. La esperanza y la fe dominaban a esos hombres, aunque sus manifestaciones fuesen groseras y egoístas. El Nuevo Mundo, según sus sueños, debía ser un mundo mejor. A medida que se establecían las nuevas granjas y los nuevos centros, se preocupaban menos del pasado y sus lecciones. En teoría, cada nuevo centro debía ser mejor que los antiguos, y los hijos más felices y virtuosos que los padres. Con semejante programa, se hubiera podido pensar que seres dotados de razón hubiesen podido hacer previsiones para el porvenir, y no solamente para una distribución equitativa de los bienes conforme a las inmediatas necesidades, sino para asegurar rentas permanentes, legítimas y estables en el futuro. En realidad, cada cual se preocupó de sus intereses sin pensar en el vecino y sin preocuparse del porvenir. ¡Qué extraña ceguera en un mundo que se pretendía orientado hacia lo venidero!...

Esto no niega que sabios y soñadores, así como filósofos, intervinieron en la modelación del país. Franklin y Paine previeron los inconvenientes de la fortuna que se concentra demasiado; y el primero no se cansó de denunciar el derroche, que ha sido nuestro pecado capital. Pero sus manos estaban atadas, sus espíritus asediados por la magia de estas dos palabras: Igualdad, Libertad. La libertad terminó en licencia, y la igualdad llegó al caos con los desastrosos resultados que hemos explicado en este libro...

Nuestra filosofía de la iniciativa individual y de la libertad se ha visto por entero embrollada por nuestra insistencia sobre la igualdad. En nuestro deseo muy loable de evitar las injusticias y los privilegios del antiguo mundo, hemos desafiado el buen sentido. La ciencia tanto como la experiencia nos ofrece pruebas abundantes de que los hombres están lejos de ser iguales desde todos los puntos de vista. Con nuestra negativa a reconocer este hecho evidente hemos creado una nación en que todos los hombres son menos iguales ante la ley que lo que actualmente son en Inglaterra... Los fuertes, entre nosotros, sin darse el trabajo de procurarse los ornamentos del poder, se las han arreglado para apropiárselo a expensas del bien común".

Sears conoce muy bien el suelo y las plantas para ignorar en qué consiste la imprudencia de la gente de ciencia, y les ha dicho: "La fe que profesa el espíritu humano en el poder de la ciencia y su capacidad de hacer milagros es conmovedora y peligrosa. Curioso destino de esta rama del saber humano que tanto ha hecho para libertar a la humanidad de sus más groseras supersticiones. Por el hecho mismo de que esta fe no carece de fundamento, es importantísimo que cada cual se dé cuenta de hasta dónde puede legítimamente llegar. Hay muchas otras cosas que puede hacer".

"La falta principal de la agricultura en tiempos de Washington era también la de los médicos de la época; así pues, se la sangró hasta venir la muerte en su última enfermedad. Agricultura y medicina querían usar recetas científicas antes de que la ciencia tuviera recetas seguras que dar. En tales condiciones, la actitud más reservada es la más sabia. En medicina, los prácticos de la Edad Media habían inventado numerosas recetas empíricas que eran incapaces de explicar, pero que daban buenos resultados. Por ejemplo, quemaban las heridas con un hierro candente. En la época de la Revolución francesa, todas estas viejas recetas fueron

desechadas como supersticiosas, la medicina pretendió ser científica y obtuvo resultados desconsoladores. En vez de cauterizar las heridas, se las vendó y curó con hilas que, hoy lo sabemos, eran químicamente sépticas. La gangrena debía ser el resultado normal de tal tratamiento”.

Y D. C. Coyle no es menos claro en sus denuncias del culto ciego de la ciencia:

“Peligrosísimo es llevarse hasta la creencia, como tantos de nosotros lo hacen, de que si la frontera de nuestro país está ahora cerrada, las de la ciencia no lo están y que ante nosotros abren un campo ilimitado. Ciertamente es que hasta ahora no hemos sino rasguñado la superficie de los conocimientos científicos. Acaso algún día lleguemos a descubrir un mundo nuevo de fuerzas que nos permitirán iluminar una ciudad desprendiendo la fuerza atómica de un pedazo de azúcar. Maravilloso sueño, pero no lo bastante justificado para decidarnos a vender nuestras últimas reservas de petróleo al extranjero. No; seamos prácticos. Necesitaremos materias primas durante largo tiempo. La técnica científica debe hacer aún muchos descubrimientos antes de poder nutrir, vestir y divertir al hombre gracias a sustancias sintéticas extraídas por entero del agua del mar, de la elocuencia de los políticos y de otros inagotables recursos de la naturaleza”.

Ya lo ve usted, mi amigo, los americanos no se engañan más que nosotros y su error, que fué el nuestro, no constituye el fondo de su ser.

El hombre ha creado en ultramar la ciudad de los filósofos, pero también ha creado un mundo de hombres, independientes de las doctrinas y de los principios, dotados de sus instintos, sus cualidades y su energía. Si ha cabalgado sus sueños más que nosotros, también mejor que nosotros se ha librado de ellos. Está más cerca que nosotros de saltar en un nuevo futuro. No admiro su política, y su economía política me parece, como les parece a ellos, un fracaso, pero, ¿estamos nosotros en postura mejor? ¿No ha conseguido crear un ser humano fuerte, valeroso, atrevido, enamorado del riesgo y dócil a sus fantasías del destino, que nosotros llamamos novedades? A pesar de la ciencia, que casi siempre ha echado a perder las artes transformándolas en mecánicas, el americano ha querido amasar la belleza, y por ella ha sido él modelado. Su gran continente estremecido de vida, sus masas hu-

manas plétóricas de deseos, y sus hombres ágiles, calurosos, y la desnudez de su destino, he aquí su triunfo. En nuestro mundo crujiente, corremos los mismos peligros que ellos, pero nuestra enfermedad lenta no nos da ya fiebre. Morimos durmiendo.

El Campesino.— Sea. Ellos mueren estremecidos y nosotros aletargados; no los envidio. Si el hombre desaparece del planeta por haber olvidado sus instintos y querido jugar demasiado groseramente con esa inteligencia lógica, con las cifras alucinantes y las máquinas, de que debió desconfiar, la civilización americana le habrá mostrado el camino.

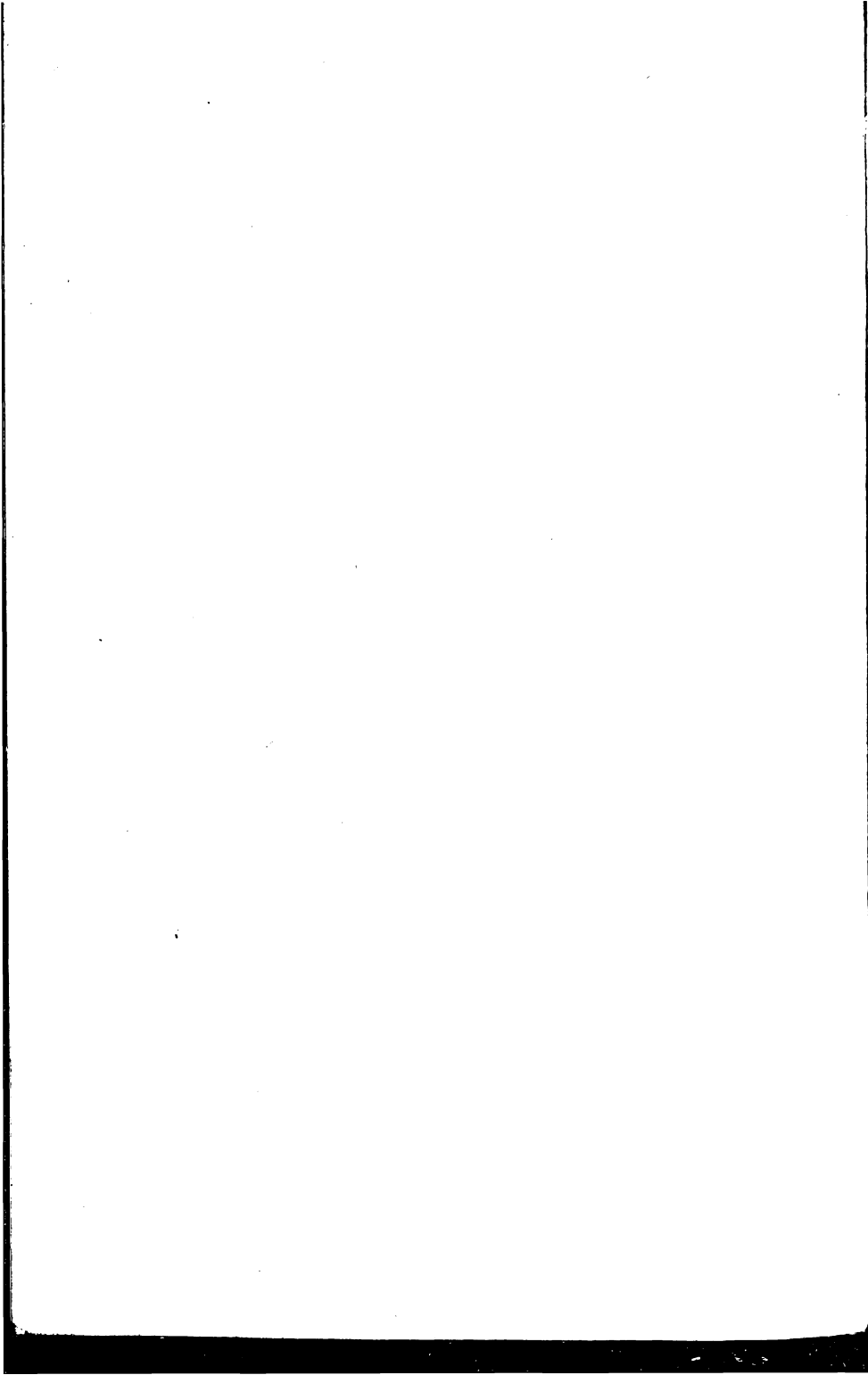
El Viajero.— Pero, el hombre no morirá. Los peligros que lo amenazan los ha fabricado contra sí mismo; podrá, pues, vencerlos. Sea cual sea la fuerza de su imaginación, no es aún lo bastante grande para destruir la continuidad de su vida, y no lo fué nunca. Lo que desaparecerá del planeta dentro de los dos siglos venideros, no será el hombre, sino uno de los espejismos del hombre. Vamos a perder, perdemos ya todo un mundo de sueños que nos fueron agradables: nuestra fortuna en banco, nuestros derechos políticos y constitucionales, nuestras ilusiones científicas e industriales. Los americanos se han dado cuenta desde 1929 que todos esos lindos papeles multicolores llamados "obligaciones, acciones, partes, partes privilegiadas" y que parecían representar la riqueza material, no eran en realidad sino actas de fe. Lo mismo ocurre con la moneda; ahora discernimos que son operaciones de nuestro espíritu, convenciones de nuestra razón y no objetos reales. Nuestras diversas libertades están en el mismo caso; súbditos de la dictadura o ciudadanos de las democracias, todos estamos llamados a tornarnos en números en los grandes ejércitos militares que defenderán sea a la nación y su "espacio vital", sea la "libertad" y la "justicia", o empleados en la inmensa milicia que, con guerra o sin ella, deberá consagrar todas sus fuerzas y todo su tiempo a pagar las deudas de nuestros Estados en bancarota. El hermoso sueño del siglo XVIII desaparece.

Sin embargo, quedarán campos y árboles, mañanas frescas y puestas del sol, casas, algunas catedrales, aquí y allá un rascacielos y aquel montoncito resbaloso y blando de que brotarán, apoyados en nuevos sueños, mundos de acero y de piedra: el cerebro del hombre.

Las naciones más grandes no serán las que prolonguen por más tiempo la lenta agonía de los antiguos errores, sino

las que se sumerjan primero en la aventura de los instintos eternos y de los deseos nuevos. Con su arnés de liviana civilización y su inquietud vigorosa, la América está bien armada.

FIN





INDICE

	Pág.
Introducción en forma de diálogo.....	7

PRIMERA PARTE

AMERICA

CAPITULO I

<i>El espacio</i>	13
El vértigo del espacio.....	13
La conquista del espacio.....	17
El espacio y la vida.....	21

CAPITULO II

<i>La sangre</i>	23
América antes de los ingleses.....	23
Los ingleses desembarcan.....	26
El crisol.....	35

CAPITULO III

<i>El clima</i>	40
El esplendor de América.....	40
La unión del hombre con su cielo.....	44
El hombre de América y su aureola.....	48

CAPITULO IV

<i>La Ley</i>	53
Nacimiento de la ley.....	53
El hombre y su ley.....	58
La ley viva.....	62

CAPITULO V

<i>La máquina</i>	65
La máquina, conquista del hombre.....	65
El hombre conquistado por la máquina.....	70
La máquina y el alma americana.....	73
Argumento en forma de discusión.....	77

SEGUNDA PARTE

LOS ESTADOS UNIDOS

CAPITULO I

<i>Los negocios en América</i>	83
La tradición comercial y el rol nacional del bienestar.....	83
La epopeya de la riqueza en los Estados Unidos.....	93
Apoteosis y catástrofe.....	103

CAPITULO II

<i>La política</i>	114
Política a la americana.....	114
El marco político.....	116
Las fuerzas políticas.....	123
El funcionamiento de la política americana. La gran elección de 1936.....	132
La creación de un candidato.....	133
Frank y Alf llora.....	134
El monólogo electoral.....	136
El espectáculo político.....	138
Como va el Maine, así va el país.....	140

	Pág.
El Gran Juego.....	142
Los accesorios. Trenes. El "Pioneer".....	146
Diarios.....	149
Ramillete.....	151
Vigilia.....	153
El gran día.....	154
La agitación política.....	156

CAPITULO III

<i>La prensa en los Estados Unidos</i>	158
El comercio de las noticias.....	158
La edad de oro del periodismo.....	162
Anatomía del diario americano.....	168
El ruido destrona al signo.....	176
La prensa en 1939.....	182

CAPITULO IV

<i>La vida interior</i>	189
La educación. Iniciación de la felicidad.....	189
Los paraísos de la juventud.....	194
Las artes de América. El gusto de la belleza y las artes.	201
La literatura y el culto de lo social.....	205
La religión y las religiones en los Estados Unidos. Del Dios de Calvino al Dios de la buena gente.....	216
Entre Jehová y el Ser Supremo.....	220
Acerca del cristianismo americano.....	232
Conclusión en forma de voto. El destino de América.....	242

En esta misma colección:

- EL NILO, por Emil Ludwig: \$ 30.-
EL NILO y EL EGIPTO, por E. Ludwig: \$ 30.-
LAS HISTORIAS DE JACOB, por Thomas Mann: \$ 30.-
AMERICA HISPANA, por W. Frank: \$ 30.-
CLEOPATRA, por Emil Ludwig: \$ 24.-
NAPOLEON, por Emil Ludwig: \$ 28.-
VIDA Y MUERTE DE ADRIA Y SUS HIJOS, por Massimo Bontempelli: \$ 15.-
EL JOVEN JOSE, por Thomas Mann: \$ 24.-
EN LA SELVA AMERICANA, por Waldo Frank: \$ 30.-
HOT JAZZ, por Hughes Panassié: \$ 25.-
CIEN AUTORES CONTEMPORANEOS.
(2.a edición ilustrada, dos tomos encuadernados en tela): \$ 100.-
JOSE EN EGIPTO, por Thomas Mann: \$ 35.-
JESUS, por Ricardo Dávila: \$ 30.-
SIMON BOLIVAR y las Guerras de la Independencia Latinoamericana, por Wolfram Dietrich: \$ 25.-
LAS OLAS, por Virginia Woolf: \$ 20.-
INTRODUCCION A LA HISTORIA DE EUROPA EN EL SIGLO XIX, por Richard Pattee y Arturo Morales Carrión. Los dos tomos, encuadernados en tela: \$ 70.-
HUMANISMO INTEGRAL, por Jacques Maritain: \$ 25.-
CIVILIZACION AMERICANA, por Bernard Fay: \$ 22.-
HISTORIA DE INGLATERRA, por André Maurois: \$ 35.-

EDITORIAL ERCILLA, S. A.

Casilla 2787

—

Santiago